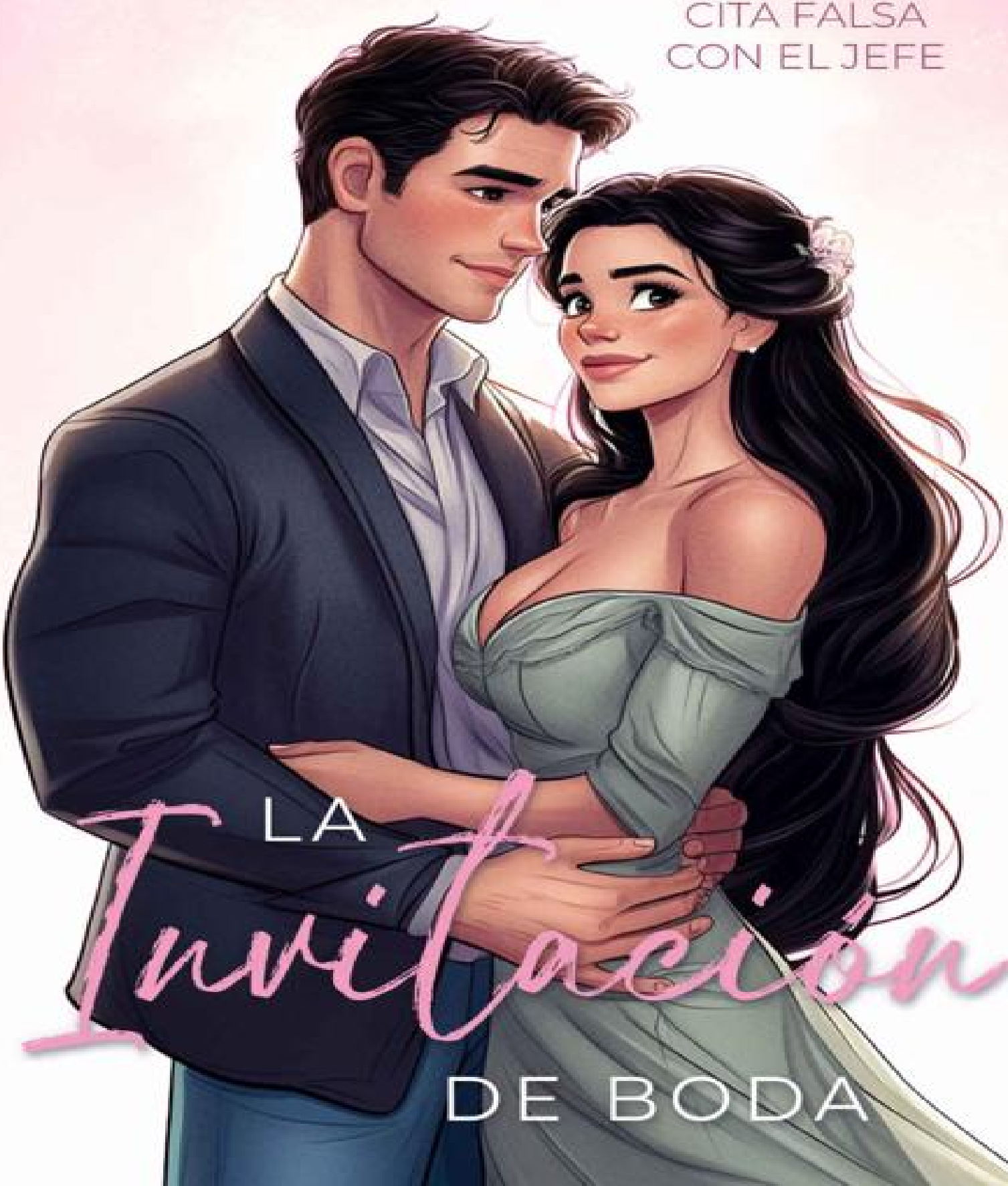
TANJA NICKEL

CITA FALSA
CON EL JEFE



LA Invitación DE BODA

La invitación de boda

Cita falsa con el jefe

Tanja Nickel

Contenido

Página del título
Nota de la autora
Créditos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
Nota de la autora

Nota de la autora

Este libro es autoconclusivo y puede leerse de forma independiente del segundo y tercer volumen.
Tan solo algunos de los personajes aparecen en todas las obras.

Créditos

© 2023 Tanja Nickel
Todos los derechos reservados.
Todos los personajes representados en este libro son ficticios.
Cualquier semejanza con personas reales es pura coincidencia y no intencionada.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida en forma alguna o por ningún medio sin la autorización expresa y por escrito de la autora.
Diseño de portada y maquetación: Coverhexe
(con el uso de motivos de © Adobe Stock)
Corrección de estilo: Julia Friesen
Tanja Nickel
St.-Michael-Str. 9
86450 Altenmünster
www.tanja-nickel.com

Primera edición

Para todos los que hablan con fluidez el idioma del sarcasmo, o, como diría la abuela:
—Quien no disfrute de este libro, aún tiene trabajo que hacer consigo mismo.

1

Leah

Seis semanas antes de la boda

Frustrada, giré y volví a girar entre los dedos el delicado papel que sostenía en las manos, en el que se leía, con letras doradas: Invitación de Boda.

Justo lo que me faltaba.

Llevaba casi un año sin ver a mi mejor amiga Amanda y ahora, de pronto, me llegaba una invitación para su boda con Roger, un tipo al que ni siquiera conocía. En sí, eso no tendría por qué ser un problema. Me alegraba por Amanda, y en circunstancias normales habría dejado todo de lado para ir corriendo a verla.

Pero esto no eran circunstancias normales. Amanda era la hermana de mi infiel exnovio Alex, ese al que le había entregado un tercio de mi vida. Ocho años… y el último recuerdo: su trasero desnudo, encaramado sobre su escritorio mientras se tiraba a Marge Thomson, una clienta asquerosamente rica. Aquella imagen puso fin a nuestra relación.

Solo de pensar en volver a verle la cara en la boda de Amanda, se me revolvía el estómago.

Conocí a Alex la primera vez que trabajé con Amanda en un proyecto escolar y fui a su casa. Ni siquiera reparó en mí. Para él, yo era invisible, mientras yo le miraba a escondidas con el corazón en un puño.

Ya entonces me di cuenta de que veníamos de mundos completamente distintos. La familia Craig era todo lo que yo no era: rica, respetada y exitosa. Yo, en cambio, era… del montón.

Desde que tengo memoria, siempre he sido la chica mona, pero por lo demás bastante normalita. Hija de inmigrantes italianos que, tras cuarenta años, apenas chapurreaban inglés, una entre cuatro

hermanos y la primera —y posiblemente la única— que alguna vez tuvo la oportunidad de pisar una universidad.

En resumen: un cero a la izquierda. Al menos, en presencia de Alex.

Ser del montón nunca me había parecido algo malo. Al contrario. No quería destacar ni estar en el centro de nada.

Mientras mi mejor amiga Amanda se unía a las animadoras, dirigía el periódico escolar y presidía el club de debate, yo prefería pasar desapercibida, mantenerme lejos de las fiestas y dedicarme a estudiar. Sí, fui la mejor de la clase, y no, no pude evitar dar el discurso de graduación. A veces hay que tragarse el orgullo.

Pero para Alex Craig quería ser más que una chica promedio. Quería dejar de ser invisible.

Y entonces todo cambió de golpe, cuando me aceptaron por sorpresa en la Universidad de Harvard. ¡Y con beca incluida!

Harvard… Mi sueño hecho realidad. Y como si eso no fuera suficiente, en el campus me encontré con Alex. En ese momento creí que no podía ser más feliz.

Hasta que descubrí que ni siquiera recordaba que yo era la mejor amiga de su hermana.

Aun así, le ayudé con un trabajo para clase. Luego vinieron muchos más. Y un día me invitó a cenar. Fue el primer hombre que me besó y me sentí en las nubes.

En la universidad estudiaba como si la vida me fuera en ello. En cierta forma, así era. Quería salir. Salir del pequeño barrio italiano de Boston. Salir del apartamento asfixiante y diminuto de mis padres. Salir del trabajo en la pizzería familiar.

Quería algo más.

Sí… Quería llegar a lo más alto. Y lo que conseguí fue a Alex.

De un beso fugaz pasamos a una relación. Y con apenas diecinueve años, ya era la mujer al lado del riquísimo Alex Craig. Me mudé a su lujoso apartamento en el centro de Boston y, sí, incluso me presentó a sus padres.

Eso sí, no perdieron la oportunidad de despreciarme, igual que lo habían hecho cuando aún pensaban que era una mala influencia para su hija.

Ahora, vista con perspectiva, sé que nunca fui la mujer a su lado, sino la tonta que le hacía los trabajos para ayudarle a sacarse el título.

Incluso cuando ambos ya teníamos el diploma en la mano, y él me consiguió un puesto en la empresa de su padre, yo seguía esforzándome por tapar sus errores. Aun así, no logré salir de la oficina compartida, pese a tener un expediente impecable con el que podría haber dirigido la empresa. Bueno… tal vez no yo sola, pero sin mí, Alex no era capaz ni de atarse los zapatos.

En el trabajo me pasé años esperando un ascenso que nunca llegó. Y en casa, esperaba una propuesta de matrimonio que jamás ocurrió.

Ocho años logré aguantar, aferrándome a la idea romántica de envejecer junto a mi primer gran amor. Hasta que Marge Thomson dejó la huella de su trasero desnudo en el escritorio de Alex.

En un solo día dejé el trabajo y me mudé de nuevo a casa de mis padres, amarga y destrozada. Había terminado con Alex, con su empresa y, sobre todo, con el amor.

Pasé dos semanas enteras llorando de día y de noche, hasta que mi madre apareció en la puerta de mi habitación y dijo lo que tenía que decir.

O me ponía a trabajar en la pizzería o me buscaba un empleo.

Y cuando una *mamma* italiana habla en serio… lo mejor es no discutir.

Elegí la segunda opción. Adoro la cocina italiana, pero la idea de trabajar con mis tres hermanos no me seducía lo más mínimo.

No es que no los quiera, pero son agotadores. Como la pequeña y única chica de la familia se habían empeñado en protegerme constantemente.

Tuve que sudar tinta para evitar que fueran a hacerle una visita a Alex.

Así que me puse a buscar trabajo, aunque tenía claro que no quería volver a trabajar en una gran empresa. Por eso, me decidí rápidamente a postularme en Miller Consulting, donde me contrataron al instante.

La única vacante disponible era la de recepcionista, pero no me importó. Lo único que quería era salir del apartamento minúsculo de mis padres.

El hecho de que me ascendieran en menos de un mes a asistente de mi jefe, Dan Miller, no se debió solo a mis capacidades, sino sobre todo a que su anterior asistente se había fugado a Europa con su prometido.

Y allí estaba yo, sentada en la antesala de aquella pequeña oficina de veinte personas, mirando aún la tarjeta de invitación como si fuese veneno puro. Justo cuando me disponía a tirarla a la papelera, mi jefe salió de su despacho. Se despidió de una clienta que prácticamente babeaba por él y respiró aliviado en cuanto estuvo fuera de su alcance.

—Pensé que no se marcharía nunca —murmuró, y se giró con gracia hacia mí.

Dan Miller era, sin lugar a dudas, el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Y no lo decía por tener un enamoramiento —no, lo admiraba sinceramente por su ética de trabajo y la manera en la que dirigía su empresa. Jamás había conocido a alguien que hubiese escalado desde tan abajo hasta tan arriba sin perder un ápice de humildad.

Eso se notaba en cómo trataba a sus empleados. Era generoso, siempre amable y reía a menudo. Y maldita sea, esa sonrisa le sentaba demasiado bien.

Ahora estaba allí, pasándose una mano por su cabello oscuro y mirándome con esos ojos azul océano. Yo le sostuve la mirada y le dije:

—Tal vez deberíamos pensar en una palabra clave para la próxima vez, así sabré cuándo tengo que salvarle de clientas demasiado insistentes.

Ahí estaba de nuevo. Esa sonrisa encantadora y esos hoyuelos. Si no supiera que el señor Miller no tenía vida privada, y si no siguiera arrastrando las secuelas de mi relación con Alex, probablemente yo también estaría babeando como todas esas mujeres que hacían cola para recibir asesoramiento de Dan Miller.

Pero no buscaba un nuevo amor, ni me interesaba tocar la segunda cuerda para un adicto al trabajo como él. Quien se involucraba con Dan Miller terminaba convertida en eso mismo. La mujer que él estaba viendo últimamente lo estaba comprobando en carne propia.

¿Cuántas veces la había llamado yo para aplazar una cita porque el señor Miller no era capaz de despegarse del trabajo?

Desde luego, no era algo que me apeteciera vivir.

Se acercó a mi escritorio y se detuvo justo frente a mí. Curioso, miró la tarjeta de invitación y me la quitó de las manos.

—Oh, una invitación a la boda de… —abrió la tarjeta y leyó—: Amanda y Roger. Suena interesante. Vermont es precioso en esta época del año.

—¿Vermont? —pregunté, desconcertada, poniéndome en pie y arrebatándole el elegante papel.

—Sí. Aquí dice que la boda será en Vermont. ¿No lo había leído? —Dan se inclinó hacia delante y señaló con el dedo la línea que indicaba que la ceremonia se celebraría en un hotel pequeño pero distinguido en el norte.

—Pues menos mal que no pienso ir. Lo último que me apetece ahora mismo es un viaje a Vermont —mentí, porque en realidad lo que no quería era toparme con mi ex, Alex.

Dan me observó durante unos segundos y luego comentó:

—Lleva un año trabajando para mí y no se ha tomado ni un solo día libre ni ha llamado enferma. ¿Por qué no va a Vermont, se relaja un poco y vuelve renovada?

Le miré con escepticismo, entrecerrando los ojos y torciendo los labios.

—¿Está intentando deshacerse de mí?

Levantó las manos en señal de inocencia.

—¡Oh, no! Pero la veo estresada, y creo que ese descanso se lo ha ganado con creces.

—No podrá arreglárselas sin mí, Dan —dije con una sonrisa desafiante mientras arrojaba la invitación al cubo de basura.

Dan Miller se agachó, la recogió y la dejó de nuevo frente a mí, mientras comenzaba a rodear lentamente mi escritorio. Siempre

hacía eso cuando se ponía a pensar.

—Creo que debería ir.

Volví a tomar la tarjeta y, sin dudarlo, la lancé otra vez al cubo.

—Y yo creo que no puedo dejarle solo. Con mi suerte, acabaría incendiando la oficina.

Una sonrisa divertida asomó en sus labios. Ya había alcanzado de nuevo la papelera, se agachó y recuperó por segunda vez la invitación. Muy despacio y mirándome con descaro, la colocó otra vez sobre mi escritorio, dio otra vuelta y añadió:

—Sobreviviré unos días. Puede volver después y seguir cuidando de mí. Pero ahora debería cuidar de usted misma.

Estaba a punto de lanzar la tarjeta por tercera vez, cuando él se adelantó, dio un salto ágil hacia delante, agarró el cubo entero y salió corriendo de mi despacho como un chiquillo travieso.

Yo fui tras él, entre risas, con todas las miradas clavadas en nosotros. No era de extrañar. De Dan Miller uno podía esperarse cualquier cosa. Era, sin duda, el hombre más divertido que había conocido jamás, y siempre estaba dispuesto a bromear, lo cual hacía que el ambiente en la oficina fuera de lo más agradable.

Dan Miller pasó corriendo junto a mi compañero Benny, que lo miraba embelesado, dio la vuelta al escritorio de Margret y se detuvo, riendo, justo detrás de ella.

—Creo que por hoy ya has producido suficiente basura. ¡Te vas a esa boda!

—¿Qué boda? —preguntó Benny de inmediato, mirándome con curiosidad. Era el único en la oficina a quien le había contado mi historia y que sabía lo de mi ex.

—Nuestra querida Leah ha sido invitada a una boda en Vermont, y no quiere ir.

Lancé una mirada fulminante a Mr. Miller. No pensaba permitir que toda la oficina se enterara.

—Oh, una boda. Qué emocionante —exclamó Benny, dando saltitos de un pie al otro—. ¿Y quién se casa?

Lo miré con tristeza y respondí en voz baja:

—La hermana de Alex.

Mi jefe aguzó el oído enseguida.

—¿Quién es Alex?

Incluso Margret, la madre veterana de la oficina me miró con interés.

—Eso, exacto, ¿quién es Alex?

Fastidiada, crucé los brazos sobre el pecho y respondí:

—Alex es mi ex… y no quiero hablar del tema.

Aun así, mis compañeros seguían mirándome como si fuera el último episodio de un drama. Ya estaba por regresar a mi despacho cuando Dan me gritó desde atrás:

—¡Entonces con más razón deberías ir!

Me giré con escepticismo.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque tienes que demostrarle que estás mejor sin él —contestó Margret por mi jefe.

—¿He oído bien? —pregunté, mirando con desconfianza a mis compañeros—. ¿Queréis que me plante sola en Vermont, únicamente para sonreírle a mi ex y hacerle creer que soy feliz? ¿Que no me importa vivir en un apartamento más pequeño que su dormitorio, estar sola y…?

Demasiado tarde me di cuenta de que había dejado escapar más de lo que debía sobre mi estado emocional. Fastidiada, intenté ignorar las miradas compasivas que me lanzaban.

—Yo te acompaño y me hago pasar por tu nuevo novio —anunció Benny, que apareció de pronto a mi lado con una sonrisa conspiradora.

Parpadeé, sorprendida, y lo observé de arriba abajo. Llevaba pantalones rojos, una camisa ajustada de seda con flores de colores y un pañuelo al cuello a juego. Empecé a reírme y dije:

—Si ni siquiera sabes andar como un hombre. ¿Cómo vas a hacerte pasar por mi nuevo y viril novio?

Benny me miró indignado, agitando las pestañas cubiertas de rímel.

—¡Claro que sé andar como un tío de verdad!

Y, decidido, comenzó a desfilar delante de mí, provocando una carcajada general en toda la oficina. Enseguida se unió Dan Miller,

que se colocó a su lado para enseñarle cómo se hacía correctamente.

—Eso hay que ensayarlo otra vez, Benny.

Benny, que miraba con lujuria el trasero de nuestro jefe mientras este pasaba junto a él, parecía estar ya en otro mundo.

—¡Los ojos arriba, Benny! —ordenó Mr. Miller, devolviendo de inmediato su atención.

—Quizá deberías acompañar a Leah a Vermont —opinó Margret, mientras observaba cómo Benny intentaba de nuevo caminar entre los escritorios como un vaquero que llevaba demasiado tiempo en la silla de montar—. Todo en la actitud de Benny grita a los cuatro vientos: "¡A mí no me interesan las tetas!"

Sonriendo con diversión, me senté sobre uno de los escritorios y contemplé el espectáculo. Me encantaba trabajar aquí. No solo el buen humor de mi jefe nos contagiaba a todos, sino que además el equipo estaba formado por un grupo de personalidades tan peculiares como entrañables, capaces de hacer que venir a trabajar fuese siempre un placer.

Finalmente, alcé las manos como si caminara por una pasarela imaginaria y, fingiendo estar harta, declaré:

—Está bien, antes de que esto se desmadre del todo, iré a la boda. ¡Pero no pienso ir sola!

Benny me sonrió con los ojos brillando.

—Ay, va a ser genial. Gritaremos tanto en la habitación del hotel, que tu ex va a pensar que estás teniendo el polvo de tu vida.

Estaba a punto de protestar, horrorizada, cuando Margret negó con la cabeza y añadió:

—Tú ni siquiera sabes si ella es ruidosa en la cama.

—¡Un buen amante hace gritar a cualquiera! —replicó Benny, tirando la cabeza hacia atrás con toda la gracia del mundo.

—Estáis todos completamente mal de la cabeza —sentencié, y me volví a mi despacho, donde me dejé caer en la silla con un suspiro resignado.

Dan me siguió, no sin antes gritar a los demás que esa teoría merecía sin duda ser discutida con más profundidad en otro momento. Después cerró la puerta.

Durante unos segundos se limitó a mirarme, y lo hizo con una intensidad tan seductora que me costó mantener la vista alejada de él.

—¿Quiere hablar de ello? —rompió por fin el silencio, bajando la mirada con una timidez casi desarmante.

—No se lo tome a mal, Mr. Miller, pero no suelo compartir mi vida amorosa con mi jefe —respondí, intentando mirarle con seriedad—. ¿Dónde está mi papelera, por cierto?

Él sonrió, salió del despacho y volvió con mi cubo de basura en las manos. Me miraba con cierta compasión, y fue entonces cuando levanté las manos, rindiéndome.

—¡Está bien! Alex y yo estuvimos juntos ocho años, hasta que me engañó con una clienta rica encima de su escritorio. Renuncié a mi trabajo en su empresa, le dejé… y eso es todo lo que tengo que contar.

Mr. Miller me miró, sorprendido.

—Espere un momento… Usted trabajaba en Craigs & Son. ¿Quiere decir que Alex Craig es su…?

Cerré los ojos un segundo. Cuando los abrí de nuevo, respondí con firmeza:

—Sí. Y ahora no quiero hablar más del tema. Gracias a mi jefe, pronto tendré que volver a verle la cara a ese idiota.

Dan Miller volvió a rodear mi escritorio, pensativo.

—Está haciendo lo correcto. Enséñele a ese imbécil que fue el mayor error de su vida haber traicionado a una mujer como usted. Es fuerte, es independiente… y está increíblemente buena. No necesita a ese capullo.

Una sonrisa traviesa se dibujó en mis labios, y le guiñé un ojo con exagerada coquetería.

—¿Así que cree que estoy increíblemente buena, Mr. Miller? Usted sí que sabe. No me extraña que las clientas hagan cola cuando va repartiendo piropos como esos.

Él alzó las manos como si se defendiera.

—No son piropos. Solo constato hechos.

Negué con la cabeza, riendo. Mi jefe era, sin duda, un personaje único.

2

Leah

Ocho días antes de la boda

Pocas semanas después, un viernes por la tarde, me encontraba en mi despacho preparando carpetas y notas para mi jefe. Una semana sin mí iba a ser realmente dura para él, ya que era yo quien organizaba su agenda, establecía los primeros contactos con los clientes y le cubría las espaldas cada vez que algo salía mal.

Margret se había ofrecido a sustituirme durante mi ausencia. Pero yo conocía demasiado bien a mi compañera. No solo le encantaba charlar y pasarse horas al teléfono, tratando tanto asuntos laborales como personales, sino que además era la tranquilidad en persona.

El resultado era que, muchas veces, no terminaba su trabajo a tiempo y acabábamos todos en la oficina corriendo como locos… menos ella. Aunque, siendo justos, tampoco se le podía reprochar. Al fin y al cabo, estaba a punto de jubilarse.

Dan Miller había estado fuera de la oficina toda la mañana. Probablemente solo nos veríamos un momento más antes de que yo terminase la jornada y emprendiera mi viaje de siete horas en coche hasta Vermont.

Me horrorizaba la idea, pero al día siguiente estaba previsto un brunch con los amigos y familiares más cercanos de los novios, y como mejor amiga de la novia no tenía más remedio que asistir.

Después comenzaría la gran semana de celebraciones y eventos, que culminaría con la boda de Amanda y Roger.

Benny, en cambio, llevaba toda la mañana evitando cruzarse conmigo, y cuando por fin se atrevió a asomar la cabeza por la puerta, comprendí de inmediato por qué.

—Cariño… ¿tienes un minuto? —preguntó en tono tímido.

Ya me veía yendo sola a la boda de mi mejor amiga.

—¡Como me dejes tirada, te voy a colgar de las pelotas, Benny! —le solté con una mirada fulminante. Él bajó la vista con expresión culpable.

—No, no te voy a dejar… bueno, no del todo… o más bien… —empezó a balbucear, hasta que al fin entró, cerró la puerta tras de sí y se acercó a mí—. ¿Te acuerdas del nuevo vecino del que te hablé? El guapo de ojos verdes. Esta noche tengo una cita con él.

Le miré incrédula.

—¿Esta noche? Benny, salimos esta tarde hacia Vermont. ¿Se te ha olvidado?

—¡Claro que no! Mañana por la mañana salgo directo a Vermont y para la tarde ya estaré allí. ¡Lo prometo! Pero no puedo dejar pasar esta oportunidad. Ese tío es… celestial.

Me dejé caer en la silla con frustración.

—Mañana por la mañana es ese brunch estúpido al que también irá Alex. ¿Qué quieres que diga? ¿Que mi novio llega más tarde porque tenía una cita ardiente con su vecino?

—Di que tenía una reunión de negocios. Por favor, Leah. No puedo cancelar esta cita —suplicó, poniendo ojitos de cachorro.

—Eres un auténtico cabrón, Benny —le solté con rabia, fulminándole con la mirada—. Como mañana por la tarde no estés allí, vas a conocer mi temperamento italiano, ¿me oyes? Te voy a meter el pie tan dentro del…

—¡He entendido! —interrumpió él, asintiendo con una sonrisa y saliendo de mi despacho a toda velocidad, antes de que pudiera terminar la frase.

Estaba frustrada. Ahora tendría que hacer el largo viaje a Vermont completamente sola.

Justo diez minutos antes de que terminara mi jornada, mi jefe entró tropezando en mi despacho, disculpándose mil veces por el retraso, y se dejó caer en mi silla de oficina. Se le notaba estresado, y enseguida me invadió el remordimiento, porque sabía que la próxima semana no sería precisamente fácil para él.

Le señalé la pila de documentos que había preparado y pasé por detrás de su silla. De inmediato intentó levantarse para dejarme sitio, pero puse suavemente las manos sobre sus hombros tensos —que se estremecieron por la sorpresa— y lo empujé con delicadeza de nuevo hacia el respaldo.

—Quédese sentado, Mr. Miller. Yo ya pasaré demasiado tiempo sentada durante mi solitario viaje a Vermont.

Mi jefe me miró, desconcertado.

—¿Cómo que solitario?

—Benny tiene una cita esta noche y no llegará hasta mañana por la tarde. Eso significa que me toca conducir sola hoy. —Me senté en el borde de mi escritorio, exasperada, y señalé los archivadores—. ¿Está preparado? Porque yo, desde luego, no lo estoy.

—Leah, usted puede con esto. Va a pasar una semana estupenda en Vermont, va a dejar claro a su ex que es un auténtico idiota, y yo… bueno, de algún modo, sobreviviré. —Me sonrió con ánimo, tomó el primer archivador y comenzó a hojearlo. Y entonces volví a darme cuenta: sin mí, estaba completamente perdido.

—Ay, Miller, ¿qué voy a hacer con usted? ¿Tiene mi número, verdad? Llámeme si pasa cualquier cosa. También llevo el portátil…

—¡No! Se va de vacaciones y va a descansar. ¡El portátil se queda aquí! —me reprendió Dan Miller, se levantó y recogió los documentos del escritorio—. Ya me las apañaré.

Y con esas palabras, desapareció por la puerta. Me quedé sola, imaginando el desastre que me esperaría cuando regresara a la oficina tras una semana fuera. No estaría de más llamarle de vez en cuando…

Tras doce horas de viaje, debido al tráfico, llegué por fin al elegante hotel en las montañas de Vermont, donde nos habían alojado a los invitados de la boda.

Y una vez más, me invadió esa sensación de no pertenecer al mundo de los ricos y sofisticados.

Me alivió comprobar que la recepción seguía atendida incluso a las tres de la madrugada. Estaba agotada, hambrienta y no deseaba

nada más que una buena ducha caliente.

Llevaron mis maletas hasta la habitación, lo cual agradecí, pero algo no encajaba.

La estancia estaba decorada con buen gusto, tenía una preciosa cama de matrimonio tamaño queen, pero solo una. Todo resultaba bastante estrecho y recogido, y en el baño encontré únicamente un juego de toallas.

¿Acaso Amanda había olvidado que venía con acompañante?

Molesta, tomé el ascensor y bajé de nuevo a la recepción. Tenía que tratarse de un error: me habían dado claramente una habitación individual.

Sin embargo, la recepcionista se encogió de hombros y me miró sin comprender.

—Lo siento, señorita Greco. Aquí consta que usted viene sola y, por tanto, tiene asignada una habitación individual.

—Debe de haber un error. Mi acompañante llega mañana por la mañana —intenté explicar, pero ella no parecía dispuesta a ceder.

—Lo lamento, no puedo hacer nada. Todas las habitaciones dobles están ya reservadas.

La miré, horrorizada.

—¿No hay ninguna posibilidad de cambiar? ¿O al menos ocupar una doble hasta que lleguen los demás huéspedes?

No tenía ningún problema en compartir cama con Benny, pero al menos quería poder respirar en esa habitación.

La recepcionista me miró con expresión apenada y negó con la cabeza.

—Las habitaciones fueron asignadas personalmente por la señora Craig, y no tengo autorización para modificar nada.

—Pero la novia es mi mejor amiga. Estoy segura de que… —empecé a decir, pero me interrumpió.

—No fue la novia. Fue la madre de la novia quien se encargó de todo. Lo siento de verdad, señorita Greco. No hay nada que pueda hacer.

Solté los hombros con frustración. Aquella vieja bruja lo había hecho a propósito, sin duda. Nunca le caí bien.

Mrs. Craig era ese tipo de persona que mira por encima del hombro a los demás, y yo jamás encajé en la imagen de familia perfecta y adinerada que se esforzaban en mantener.

Incluso un año después de que mi relación con su hijo terminase, seguía haciéndome sentir fuera de lugar.

Le deseé buenas noches a la recepcionista y me giré hacia los ascensores… pero me quedé paralizada.

Justo frente a mí estaba la única persona a la que había logrado evitar durante todo un año: ¡Alex!

—¿Leah? ¿Eres tú?

Se me cortó la respiración.

Vaya pregunta absurda. Apenas había cambiado desde entonces. Como si no me reconociera.

Aunque tenía que admitir que él también seguía siendo el mismo guapo encantador, con esa sonrisa de niño bueno.

Quise decir algo, pero no me salieron las palabras. Y cuando Alex se acercó, sentí el corazón golpearme en la garganta.

—Estás fantástica, Leah —dijo, paseando descaradamente la mirada por mi cuerpo.

Mi primer pensamiento fue: *No, no estoy fantástica, joder. Acabo de pasarme doce horas en el coche, sudada, manchada de café, y para colmo, acabo de descubrir que tu madre todavía me odia*.

Pero no lo dije.

—Alex. Qué… qué gusto verte —murmuré, y en cuanto las palabras salieron de mi boca, me dieron ganas de morderme la lengua.

¿Por qué demonios había dicho que era un gusto verle a ese bastardo infiel?

Alex se rascó la cabeza, de pronto incómodo, y dijo:

—Intenté llamarte entonces, cuando te marchaste tan precipitadamente. Había tantas cosas que quería decirte…

—No quedaba nada por decir, Alex. Y sabes perfectamente por qué me fui.

No sé de dónde saqué el valor para hablarle así. Quizá era el dolor aún latente que él mismo me había causado.

—Sé que cometí errores, Leah. Lo siento de verdad. Pero podrías haberme dado al menos la oportunidad de explicarme, en lugar de salir huyendo. Me dejaste en un buen lío, con todo el trabajo que dejaste atrás.

Abrí la boca, confundida, y negué con la cabeza.

¿De verdad tenía la desfachatez de darle la vuelta a todo y hacerme sentir culpable?

Enseguida volví a ser consciente de su vena narcisista… y decidí no entrar en su juego.

En su lugar, le dediqué una sonrisa y dije:

—Buenas noches, Alex.

3

Leah

Sábado antes de la boda

A pesar del largo viaje en coche y del incómodo encuentro en la recepción, conseguí dormir bastante bien. Aun así, me sentía completamente destrozada cuando sonó el despertador a las ocho de la mañana.

En más o menos una hora comenzaría el gran *brunch*, donde tendría que enfrentarme completamente sola a la familia Craig.

Volví a maldecir mentalmente a Benny por haberme dejado tirada, y recé para que al menos llegase a tiempo para la cena.

Una comida con los Craig ya era agotadora de por sí… un segundo encuentro sin compañía sería mi perdición.

Me había duchado la noche anterior, así que me centré en arreglar mi larga melena negra y en disimular las ojeras oscuras que evidenciaban el desgaste del día anterior.

Con algo de maquillaje logré borrar los estragos de mi rostro, encendí el rizador y me puse manos a la obra para domar aquella melena salvaje.

Quería que Alex, con cada fibra de su mísero corazón, se arrepintiese de haberme engañado.

Puntual a las nueve, entré en el salón del hotel vestida con un traje pantalón color crema y una blusa azul claro, y saludé a mi mejor amiga Amanda.

Me avergonzaba haberla evitado durante casi un año, solo porque su hermano no supo mantener la bragueta cerrada.

Pero no había podido soportar la idea de verla y tener que fingir que todo seguía igual, cuando ya nada volvería a serlo.

—Leah, ¡has venido! —exclamó, abrazándome con fuerza y susurrándome al oído—: Hasta hace un momento tenía miedo de que cambiaras de opinión.

—¿Cómo iba a perderme tu boda? —mentí, sin confesarle que, en realidad, lo había contemplado más de una vez.

—Me alegra muchísimo que estés aquí. Ven, te presentaré a Roger.

Me cogió de la mano y me llevó hasta un hombre más bien bajito, que pasaba bastante desapercibido entre el resto de los invitados, y me lo presentó con orgullo.

Le estreché la mano con cortesía, mientras no podía evitar preguntarme si Amanda estaría embarazada. ¿Por qué si no se casaba tan deprisa con alguien que no encajaba en absoluto con su tipo habitual?

Y acto seguido, me avergoncé de mí misma. Estaba pensando igual que todos esos estirados ricachones que tanto detestaba.

Solo porque él no encajara en ese ambiente no significaba que Amanda no hubiese encontrado al amor de su vida.

Después de saludar al resto de la familia —que me observó con recelo, como si me culparan directamente de la ruptura con Alex—, me topé, cómo no, con el propio Alex, que me miraba embelesado como si acabara de enamorarse.

—Leah, me alegra que estés aquí —dijo, cogiéndome la mano sin ninguna intención de soltarla.

Pero a diferencia de otros tiempos, ese contacto me resultó incómodo, incluso repulsivo, porque de inmediato me vinieron a la cabeza imágenes muy claras de él en posiciones comprometidas con otra mujer.

—¿Dónde está tu acompañante? —preguntó de pronto Amanda, sacándome del hilo de pensamientos y pillándome por sorpresa.

—Anoche tenía una reunión de negocios —dije, fingiendo alegría —. Llegará esta tarde.

Amanda me devolvió la sonrisa, pero noté los ojos decepcionados de Alex sobre mí.

—¿Él? —saltó enseguida, y yo le sostuve la mirada con descaro.

—¿Qué pasa? ¿Pensabas que no sería capaz de encontrar a otro hombre con el que ser feliz?

Vi cómo se mordía el labio para no soltar algún comentario, mientras Amanda intentaba desviar la tensión:

—Tengo muchas ganas de conocer a ese nuevo hombre misterioso. No me habías contado que estabas en una relación.

—Es algo reciente —respondí, irradiando una felicidad completamente fingida.

Recé por dentro para que nadie notara que mentía descaradamente.

Pero entonces todos los músculos de mi cara se tensaron al verla.

Alex había tenido la desfachatez de traer a la misma mujer con la que me había engañado a la boda.

Marge Thomson, hija de millonarios, arrogante y altiva, apareció tras él, me lanzó una mirada desdeñosa y posó sus dedos perfectamente manicurados sobre el brazo de Alex.

—Cariño, te he estado buscando por todas partes —dijo con fingida dulzura.

La incomodidad de Alex era evidente. Me miró con culpa antes de disculparse apresuradamente y desaparecer junto a Marge.

Lancé una mirada furiosa a Amanda, que bajó la vista al suelo, avergonzada.

—Podrías haberme dicho que estaban juntos.

—Lo siento, Leah. No sabía cómo hacerlo…

—Da igual. Que sean felices. Yo también lo soy, al fin y al cabo.

Sonreí, me giré hacia el resto de los invitados, saludé a algunas caras conocidas de mi relación con Alex, e intenté disfrutar del *brunch* tanto como me fue posible.

Pero en cuanto terminó la comida y volví a mi habitación, toda mi fachada se desmoronó.

Aunque no quisiera, se me llenaron los ojos de lágrimas. Y ni siquiera sabía si lloraba por haber perdido ocho años de mi vida con ese cerdo o por el simple hecho de que me hubiese sustituido tan fácilmente.

Triste y frustrada, salí al balcón y contemplé el impresionante paisaje de las montañas de Vermont.

Había estado muchas veces allí con Alex durante la temporada de esquí, pero nunca en pleno verano.

La brisa cálida me acariciaba el rostro y respiré profundamente.

Recordé las palabras de Dan Miller, animándome a disfrutar de mis vacaciones.

Sí, eso haría. No dejaría que Alex volviese a arrastrarme a ese pozo de tristeza.

Estaba empezando a recuperar el ánimo cuando sonó el teléfono dentro de la habitación.

Corrí a contestar al ver el nombre de Benny en la pantalla.

—¿Benny? ¿Estás ya en camino?

Un silencio. Luego un gemido.

Y supe al instante que no me llamaba precisamente para darme buenas noticias.

—Leah, estoy en el hospital. Lo siento muchísimo, pero no voy a poder ir.

—Ay, Benny… ¿estás bien? —pregunté, sintiendo cómo el valor que había conseguido reunir hacía apenas unos minutos se me esfumaba de golpe.

—Tengo una intoxicación alimentaria. Anoche fuimos a un restaurante de marisco y el pescado debía de estar en mal estado —gimió al otro lado de la línea—. ¡Por favor, no me arranques los huevos!

—Joder, Benny, siempre tienes que liarla —murmuré, dejándome caer de espaldas sobre la cama mientras intentaba que no se me notara la rabia que me hervía por dentro—. Ya me las apañaré. Que te mejores.

—Gracias, preciosa.

Se hizo el silencio de pronto. Pasaron unos segundos eternos antes de que preguntara:

—¿Te has cruzado ya con él?

—Sí —respondí—. Y también con su nueva novia. La misma con la que tuve el placer de toparme cuando Alex estaba metido en ella hasta el fondo.

No pude evitar que me salieran esas palabras llenas de veneno.

—¡¿NO?! —chilló Benny desde el otro lado—. No me digas que está con esa… No, no puede ser… ¿O sí?

—Sí, lo está. Pero da igual. Tú céntrate en ponerte bien. Yo… yo sobreviviré.

Colgué. Y lo primero que me vino a la cabeza fue la necesidad urgente de salir de allí cuanto antes.

Las maletas seguían sin deshacer y, si escalaba por el balcón, probablemente nadie se daría cuenta…

Pero deseché esa idea enseguida.

No solo corría el riesgo de romperme el cuello al saltar desde el primer piso, sino que además Alex podría pensar que me afectaba tanto verle con aquella arpía, que no era capaz de soportarlo.

Y eso sí que no.

4

Leah

Cuando entré al comedor esa noche, me esforcé por poner buena cara al mal tiempo.

Alex, que estaba charlando con sus padres en ese momento, me vio enseguida y me hizo un gesto para que me acercara.

A regañadientes, y con una sonrisa fingida, me dirigí hacia ellos para saludar.

—Leah, ¿dónde está tu acompañante? Pensé que tu nuevo novio también vendría —preguntó Alex, mientras sus padres, a juzgar por su expresión, no parecían muy entusiasmados con la idea… igual que con la asignación de la habitación individual.

—¿Mi novio? Sí, él… bueno, en realidad… —empecé a tartamudear, sin saber muy bien cómo salir del embrollo.

Pero entonces sentí cómo una mano se posaba en mi cintura.

Me sobresalté por la repentina caricia… y al girarme, lo vi.

Dan Miller, impecable con un traje azul marino y una camisa cuyo primer botón llevaba desenfadadamente desabrochado, sonreía mientras me plantaba un beso en la mejilla.

—Lo siento, cariño, por llegar tan tarde. El tráfico en Boston era infernal.

Le devolví la sonrisa, haciendo como si nada, y me sumé de inmediato a la farsa.

—Qué bien que hayas podido llegar, amor —dije con naturalidad, antes de girarme hacia los demás—. Os presento a Dan Miller, mi novio.

Los ojos de Alex casi se salieron de sus órbitas cuando lo vio a mi lado.

Pude sentir cómo la rabia brotaba de él como un campo magnético, y me recreé en ignorarlo por completo.

Por suerte, Amanda pidió en ese momento que los invitados se fueran sentando para comenzar la cena.

Esperé a que la mayoría ya se hubiera dirigido a la mesa antes de tirar suavemente de Dan hacia mí y, sin borrar la sonrisa, susurrarle al oído:

—¿Qué está haciendo aquí, Mr. Miller?

—Llámame Dan. Si no, se nos cae el teatro —me susurró él con aire misterioso, mientras me miraba fijamente a los ojos y apartaba con los dedos un mechón de pelo de mi frente.

Me quedé tan desconcertada con ese gesto que, por un instante, se me olvidó sonreír.

—No entiendo nada…

—Benny me llamó. Y como fui yo quien te metió en todo esto, pensé que debía venir a rescatarte. —Me miró con tal orgullo que tuve que contenerme para no echarme a reír en voz alta.

—¿Y el trabajo? —pregunté en un susurro.

Él se encogió de hombros.

—Me he traído el portátil. La mayoría de las cosas puedo hacerlas desde aquí. Y he cancelado todas las reuniones de la próxima semana.

Me cogió de la mano y me condujo por el suelo de mármol del comedor hasta la mesa. Como todo un caballero, me retiró la silla y me invitó a sentarme.

No estaba acostumbrada a tanta atención.

Y aunque me resultaba algo extraño, también era agradable pasear por aquel salón, entre la élite, de la mano de mi jefe.

Apenas nos habíamos acomodado en los sillones tapizados en terciopelo cuando sirvieron el primer plato, y el interés general volvió a centrarse en la comida.

Revolvía mi sopa distraídamente, perdida en mis pensamientos, cuando un carraspeo me devolvió bruscamente a la realidad.

Levanté la mirada, desconcertada… y me encontré cara a cara con la madre de Alex.

No me había dado cuenta de que se había sentado justo enfrente de nosotros, aunque, siendo poco más de treinta invitados, era difícil evitar ciertas compañías.

—Leah —dijo con tono incisivo—, me ha sorprendido bastante verte aquí después de… todo lo que pasó.

La punzada de su comentario me atravesó como una espina. Mrs. Craig jamás me había mostrado un mínimo de aprecio. Por un lado, tanto ella como su marido se creían superiores. Por otro, nunca supo —o nunca quiso saber— por qué terminé de forma tan repentina mi relación con su hijo. Y estaba convencida de que Alex jamás le contó lo que realmente sucedió aquella tarde. La miré durante unos segundos sin pestañear.

—¿Y por qué no iba a venir? Amanda es mi mejor amiga.

Parpadeó, sorprendida, y luego bajó la mirada, incómoda.

—Alex lo pasó muy mal después de tu desaparición. No solo te vio con otro… además, lo dejaste plantado a él *y* a la empresa de un día para otro.

Durante un instante reinó el silencio en la mesa. Yo me quedé rígida, sin saber si había escuchado bien… o si aquello estaba ocurriendo de verdad.

—Un momento —dije, abriendo los ojos como platos—. ¡Yo no fui la que engañó a nadie, fue…

De pronto, Alex, que estaba sentado al otro lado de la mesa, carraspeó con fastidio y negó con la cabeza.

—¿De verdad tenemos que hablar aquí de nuestra vida amorosa pasada?

El apetito se me fue de golpe. Lo fulminé con la mirada. ¿Cómo tenía la cara de soltar semejantes mentiras solo para quedar él como el bueno de la película?

Por suerte, Amanda intervino justo a tiempo, sonriendo.

—Leah, ¿es tu acompañante el que acaba de llegar?

Le sonrió a Dan, que se levantó y asintió con elegancia.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Dije «dos» justo cuando mi jefe decía «cinco meses».

Todas las miradas se clavaron en nosotros, y Dan se echó a reír.

—Empezamos a acercarnos hace cinco meses, pero oficialmente somos pareja desde hace dos.

Le miré, asombrada por lo bien que había resuelto la situación, y no pude evitar dedicarle una mirada de admiración. Él buscó mi mano sobre la mesa y la sujetó como si fuéramos dos adolescentes enamorados.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó Amanda, todavía entusiasmada.

Tragué mi desconcierto, mientras Dan, como si llevase toda la semana ensayando, respondió con una sonrisa encantadora:

—Leah y yo trabajamos en el mismo sector y sacamos adelante un proyecto juntos. Aunque ya le había echado el ojo desde antes. —Me miró con ternura y, durante un instante, dudé de si seguía interpretando o hablaba en serio—. En cuanto entró por la puerta de mi despacho supe que era alguien especial. Me enamoré de ella al instante, perdidamente.

Tomó mi mano, se la llevó a los labios y me besó el dorso con suavidad. Me quedé tan perpleja por aquel gesto que me quedé mirándole los labios sin saber ni qué decir ni cómo reaccionar.

—Ay, por favor, ¡es tan romántico! —suspiró Amanda, mirándonos con una sonrisa ilusionada.

Aproveché el momento para desviar la atención hacia ella.

—Sí, Dan es lo mejor que me ha pasado… Pero cuéntanos tú, ¿cómo conociste a Roger?

Ellos comenzaron a relatar cómo se habían conocido en la universidad. Roger era profesor y Amanda había sido su alumna. Seguía sin entender por qué se casaban con tanta prisa, pero era evidente que se amaban. Durante toda la cena, Dan no soltó mi mano ni un segundo. Menos mal que era zurdo, si no, habríamos acabado hechos un lío.

Cuando terminó la comida, algunos invitados se dirigieron al spa del hotel y otros se acomodaron en la barra para tomar una copa. Dan y yo nos despedimos con la excusa de que estaba cansado del viaje y aún tenía que deshacer la maleta. Solo cuando el ascensor cerró sus puertas detrás de nosotros, suspiré aliviada.

Lo miré, aún sorprendida, mientras él seguía sonriendo.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó.

—¡Malditamente bien, Miller! Eso tengo que reconocérselo.

—Hice teatro en el instituto. No creí que volvería a usar esas dotes interpretativas, pero… tú tampoco lo has hecho nada mal.

No pudimos evitar reír, justo cuando el ascensor se abrió… y nos encontramos cara a cara con Amanda y el padre de Alex. Dan volvió

a cogerme de la mano y le seguí hasta nuestra habitación… La habitación individual.

Fue entonces cuando caí en la cuenta: iba a compartir cama con mi jefe. Para mi sorpresa, sus maletas ya estaban junto a la cama. Y de pronto fui muy consciente de lo pequeña que era la habitación. Me giré hacia él algo incómoda y pregunté:

—Mrs. Craig se encargó de que nos asignaran una habitación individual. Así que… ¿qué hacemos con la cama?

Él me miró primero a mí, luego a la cama, y por último se dio una vuelta completa, constatando que no había espacio suficiente como para buscar alternativas.

—Puedo dormir en el suelo…

—¿Una semana entera en el suelo? —pregunté, abriendo los ojos —. Intenté conseguir una habitación doble, pero según dicen, están todas ocupadas. Podríamos preguntar si queda alguna individual libre.

—Eso levantaría sospechas. También puedo dormir fuera, en la tumbona del balcón. Hace calor, es verano… Estoy seguro de que aguantaré.

Señaló el balcón, pero yo negué con la cabeza.

—Las paredes son finísimas. En cuanto se asomara alguien, sabrían que estás ahí fuera acampado.

Miré de nuevo la cama. Apenas cabíamos dos adultos ahí. Incliné la cabeza, pensativa.

—Si usted se mantiene en su lado y yo en el mío…

—Sí, podemos poner almohadas en medio —me interrumpió enseguida.

—Y además, dormir está sobrevalorado —me dije, como si eso pudiera convencernos.

Él se rascó la cabeza.

—De todos modos, tengo que trabajar. No estaré mucho tiempo en la cama…

—Y además… no pasa nada porque un jefe y una…

—Seguro que hay muchos que hacen lo mismo cuando viajan por trabajo —terminó él, dándome la réplica.

Le miré.

—Sí, solo porque vayamos a dormir en la misma cama…

—… no significa que vayamos a… ya sabe. —Hizo un gesto torpe con la mano, moviéndola entre él y yo.

Maldita sea, esto era una situación de lo más complicada. Durante unos segundos nos quedamos mirándonos fijamente, hasta que él señaló su bolsa.

—Voy a deshacer la maleta.

Asentí con la cabeza y me giré hacia el baño.

—Yo quería ducharme de todos modos.

Entré en el baño y cerré los ojos un instante. Maldita sea, con Benny habría sido mucho más fácil. Aunque dudaba que Benny hubiera resultado tan convincente. Era demasiado femenino como para pasar por mi novio. Probablemente habríamos terminado delatándonos sin querer. Pero ahora me esperaba una semana entera con mi jefe, fingiendo ser su feliz pareja y, además, compartiendo cama con él.

Sacudí esos pensamientos de la cabeza y me desnudé. Solo quería una ducha bien caliente y luego meterme en la cama… ¡Mierda! Otra vez esa idea: dormir en la misma cama que mi jefe. Finalmente logré meterme bajo el agua y disfruté del chorro caliente deslizándose por mi piel.

Después de la incómoda escena con Alex y su familia, necesitaba dejar atrás los pensamientos oscuros.

Ya había sobrevivido al día. También superaría los siguientes.

Me tomé mi tiempo para lavarme, me cepillé los dientes y me peiné el pelo oscuro.

Solo al mirarme desnuda frente al espejo me di cuenta de que había olvidado traer ropa al baño.

No solo iba a ver mi jefe cómo era sin maquillaje y con el pelo suelto, sino que además…

¡Solo había metido camisones cortos! Porque había asumido que a Benny eso le importaría un comino. Ahora, sin embargo, tendría que salir del baño envuelta solo en una toalla. Miré el juego de toallas. Una grande para la ducha y otra pequeña para las manos. Si usaba la toalla grande, Dan tendría que conformarse con la de mano.

Aunque, bueno, tampoco tenía tanto que cubrir… —pensé mientras observaba mis propios pechos en el espejo.

Me envolví en la toalla de baño y, aun así, me pareció ridículamente corta. Dejaba al aire mucho más de mis piernas de lo que estaba dispuesta a enseñar. No es que no tuviera unas piernas bonitas. Siempre había tenido buena figura, a pesar de mis excesos con la pizza. Pero era tímida, y salir medio desnuda delante de mi jefe no entraba en mis planes.

Abrí la puerta con cuidado y eché un vistazo. Dan estaba sentado frente al pequeño tocador, había apartado mi maquillaje y tenía el portátil abierto. Llevaba puestas las gafas. Y joder… estaba tan condenadamente sexy.

¡No! ¡No podía relacionar a *mi jefe* con la palabra "sexy"!

Me deslicé en silencio hacia el armario empotrado, rezando para que Mr. Miller no se diera cuenta. Por supuesto, todo fue en vano. Me había visto ya y se giró, avergonzado, dándome la espalda.

—No te preocupes, no miraré —dijo por encima del hombro.

Para cuando terminó la frase, yo ya estaba de vuelta en el baño. Me quedé un momento frente al espejo, insegura, con el camisón puesto. No quería parecer provocativa, pero tampoco ridícula. Y lo que llevaba era justo eso: ridículo. Demasiado corto, de tirantes finos, con un escote más atrevido de lo que recordaba… y encima, con un estampado de búhos.

Sí, tenía debilidad por los búhos. Pero ese dibujo convertía lo que podría haber sido una prenda sexy en una completa vergüenza. Respiré hondo y salí al dormitorio de puntillas, deslizándome rápidamente hasta la cama. Me metí bajo las sábanas y tiré de la colcha hasta cubrirme el pecho justo cuando oí una risa ahogada.

Dan Miller se tapaba la boca con la mano, luchando por no estallar a carcajadas.

—¿Se ha tragado usted un payaso o qué demonios le pasa? —solté, molesta.

—Lo siento —farfulló entre risas, sin poder contenerse—, pero… ¿qué demonios llevas puesto?

—¿No había dicho que no iba a mirar? —pregunté, ofendida, mientras subía aún más la manta.

Dan se giró lentamente hacia mí, se quitó las gafas y se secó las lágrimas del rostro mientras reía a carcajadas.

—No quería mirar, lo juro, pero has salido del baño como una lechuza colocada. Y luego… esos ojos… el búho… ¿has…?

No pudo continuar: se sujetó el abdomen, completamente doblado de risa.

Yo hice todo lo posible por mirarle con seriedad, pero tenía toda la razón. Los ojos del búho estampado en mi camisón estaban colocados justo sobre mis pechos, que lo empujaban hacia fuera de una forma tan exagerada que al pobre animal le habían salido literalmente los ojos de las órbitas.

Al cabo de un rato, mi jefe logró calmarse y levantó una mano en señal de disculpa.

—Lo siento de verdad. No quería reírme de ti. Pero era tan cómico… el camisón y cómo has salido… No tú, tú estás… preciosa… o sea…

Se interrumpió, miró al suelo avergonzado y se puso en pie.

—Voy a ir al baño.

Desapareció tras la puerta, y yo me quedé escuchando el sonido del agua de la ducha. El murmullo me resultaba tan hipnótico que casi me quedo dormida. Para evitarlo, cogí el libro que había traído para el viaje y empecé a leer.

Un buen rato después, la puerta se abrió y Dan Miller salió al dormitorio, vestido solo con unos pantalones cortos y una camiseta. Intenté seguir leyendo, pero no pude evitar observarle mientras rodeaba la cama y se metía bajo las sábanas. Parecía querer decir algo, pero no sabía cómo.

—¿Qué le pasa, Mr. Miller? —pregunté, cerrando el libro y girándome hacia él.

Titubeó sin mirarme directamente.

—Normalmente duermo desnudo… pero no querría incomodarte. Aunque hace bastante calor aquí. ¿Te importaría si me quito la camiseta?

Mis cejas se movieron como si tuvieran vida propia: primero se fruncieron, luego se alzaron, después volvieron a bajar… En resumen: estaba confundida.

—Por supuesto que puedes quitártela. No es como si fuera a lanzarme sobre ti.

Asintió, aliviado, aunque con un punto de decepción. Se subió un poco la sábana, se quitó la camiseta y la lanzó con elegancia a la silla junto al tocador.

Me miró con cierta culpabilidad.

—Si te resulta incómodo, puedo dormir en el suelo…

—Por favor, Mr. Miller. No voy a dejar que duerma sobre el duro suelo.

—Quizá deberías empezar a llamarme Dan. Así te vas acostumbrando —sugirió, antes de añadir rápidamente—: No sea que descubramos el pastel.

Me quedé pensando un segundo en lo que estaba pasando, y al final asentí, esbozando una sonrisa mientras le tendía la mano.

—Leah. Encantada de conocerte.

—El gusto es mío, Leah. Soy Dan.

Le estreché la mano cálida sin saber muy bien cómo manejar aquella situación, cuando de repente, alguien golpeó la pared.

Dan y yo nos giramos, sorprendidos, y miramos la pared detrás de nosotros.

Otro golpe. Y otro más.

Entonces lo comprendí.

—Interesante —murmuró Dan, apretando los labios mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

—Las paredes son bastante delgadas… —No pude terminar la frase.

Una voz conocida sonó en la habitación contigua.

—Oh, Margie…

Se me cayó la mandíbula al suelo. No podía creerlo.

Alex estaba en la habitación de al lado con su nueva novia.

—Ese maldito… lo hace a propósito —solté entre dientes.

Dan me miró sorprendido.

—¿Quieres decir que ese es tu ex?

—Él y la mujer con la que me engañó —mascullé, completamente en llamas por dentro.

—Guau… me he quedado sin palabras —comentó Dan, perplejo.

Me encogí de hombros.

Los golpes contra la pared eran cada vez más fuertes, y los gemidos de Marge ya se escuchaban claramente.

—¿Pero no se les cae la cara de vergüenza? —solté en voz alta, sacudiendo la cabeza al ver que Dan tenía una sonrisa divertida en los labios—. ¿Qué?

—Quiere ponerte celosa. Aún no te ha superado. Lo he visto en su cara. —Sonrió como un niño travieso y me miró con complicidad—. ¡Tengo una idea!

Antes de que pudiera preguntarle qué pensaba hacer, lanzó la sábana hacia un lado y… madre mía.

Sin camiseta, con esos abdominales… Intenté no mirar. Fallé estrepitosamente. Entonces se arrodilló sobre la cama, apoyó las manos contra el cabecero y empezó a empujarlo hasta que golpeó la pared con fuerza.

—¡Para! —susurré, avergonzada, mientras él comenzaba a gemir en voz alta—. ¡Oh, Leah! ¡Esto se siente tan jodidamente bien!

Le miré boquiabierta.

Se mordía el labio para no reírse mientras seguía golpeando la pared con el cabecero, completamente desatado. Me miró, con lágrimas de la risa en los ojos, y me instó en voz baja:

—¡Vamos, anímate! Vamos a dejarles sin palabras.

Algo dentro de mí rompió con todas mis reglas, y una sonrisa maliciosa se dibujó en mis labios.

—¡Oh, más profundo, Dan! —grité.

Él se quedó paralizado y me susurró:

—¿Más profundo? Suena como si la tuviera pequeña…

Sacudió la cabeza antes de volver a gemir:

—¡Justo así, Leah!

—¡Y eso suena como si me estuvieras dando una clase de anatomía! —le reproché entre dientes, justo cuando me di cuenta de que los gemidos y golpes del otro lado se habían detenido.

Sonriente, miré a Dan. Me sentía como una adolescente gastando una broma.

Como si hubiéramos ensayado, me puse a saltar sobre la cama. Ambos gemíamos fingiendo hasta que, al final, caímos rendidos y

nos cubrimos la cara con las almohadas, tratando de contener la carcajada.

Hacía mucho tiempo que no me reía tanto como en ese momento.

Dan

A pesar de haber pasado todo el día en el coche, estaba completamente despierto. La llamada de Benny a primera hora de la mañana me había dejado con tan mala conciencia que no me quedó más remedio que salir directamente hacia Vermont. Después de todo, había sido yo quien convenció a Leah de venir a este viaje. Y ella había dejado muy claro que no tenía ninguna gana de encontrarse con su ex. Para mí, fue algo natural querer ayudarla.

Demasiadas veces había estado ella ahí para mí en la oficina, cubriéndome las espaldas, salvándome el pellejo y demostrando ser una empleada tremendamente leal. ¿Qué clase de jefe habría sido si la dejaba tirada en un momento así?

Sin embargo, mientras yacía allí, contemplando la silueta de su cuerpo recortada por la luz de la luna, ya no estaba tan seguro de no haber ido demasiado lejos.

No es que no me atrajera, al contrario. Leah Greco no solo era tremendamente talentosa e inteligente, también era preciosa. Una belleza que solía esconder bajo ropa demasiado recatada para la oficina. Y ese… era precisamente el problema. No debería parecerme tan guapa. No debería admirarla. Y desde luego, no debería estar durmiendo en la misma cama que ella. Estaba cruzando una línea muy clara. Por dentro, me debatía entre el deber y el deseo.

No quería que todo se volviera raro entre nosotros cuando regresáramos al trabajo. Después de todo, yo era su jefe. Pero había algo en el aire que me hacía pensar que esto… esto ya no era algo que pudiera controlar. Frustrado, me giré boca arriba y me quedé mirando al techo, pensando en ese tal Alex.

Estaba claro que seguía interesado en Leah, y que iba a intentar desestabilizarla. No podía permitirlo. Leah merecía algo mejor que un niñato rico incapaz de controlar la entrepierna. Mi instinto

protector se activó de inmediato, y me sentí como un hermano mayor… solo que, para ser sinceros, no había absolutamente nada de fraternal en lo que sentía por Leah.

La verdad era que no tenía ni idea de lo que estaba pasando entre nosotros.

5

Dan

Domingo antes de la boda

La mañana después de nuestras niñerías fue igual de incómoda que si hubiéramos tenido sexo salvaje y desenfrenado. Leah se metió tímidamente en el baño, mientras yo me ponía unos vaqueros y una camisa. Si el ambiente seguía así cuando volviéramos a la oficina la semana siguiente, es que lo había arruinado todo.

Cuando estuvimos listos, bajamos en el ascensor hasta la planta baja y nos detuvimos frente a la puerta del comedor. La familia de la novia había alquilado todo el hotel, así que solo estaban el futuro matrimonio y su círculo más íntimo.

Miré a Leah en silencio, le tendí la mano y me sorprendió que realmente la aceptara, entrelazando sus dedos con los míos. Sonrió con timidez cuando abrimos la puerta y entramos juntos.

El desayuno era un enorme bufé, y todos los invitados se agolpaban al mismo tiempo en la larga mesa. Me ofrecí a ir a por el café y, al volver, me encontré con la escena que menos esperaba: Alex estaba hablando con Leah. Ella parecía molesta, y me acerqué sigilosamente por detrás justo a tiempo para oír cómo él decía:

—…nunca fuiste tan ruidosa conmigo.

—¡Eso no es asunto tuyo, Alex! —espetó Leah entre dientes.

Me planté junto a él, sin hacer ruido, le tendí a Leah su taza y respondí con desdén:

—Tal vez no lo fue porque tú nunca supiste darle lo que se merece.

La cara de sorpresa de ese imbécil fue digna de un premio. Antes de que pudiera replicar, rodeé con el brazo la cintura de Leah y la atraje hacia mí.

Para mi sorpresa, Leah se metió de lleno en el juego y susurró, con tono provocador y asegurándose de que Alex lo oyera:

—No, cariño, él no podía. A diferencia de ti.

Fui yo quien se sonrojó esta vez, cuando sentí sus dedos acariciarme la mejilla y me miró como si quisiera devorarme ahí mismo. Por suerte, justo en ese momento apareció Amanda y soltó una risita.

—Vaya, vaya… vosotros sí que sabéis pasarlo bien, ¿eh? Se os oía hasta en la planta de arriba anoche.

Noté cómo Leah se tensaba a mi lado y deseé desaparecer en ese mismo instante.

—Debe de ser el aire de la montaña —dije sin pensarlo.

Leah me fulminó con la mirada, con las cejas enarcadas, pero… ¿qué otra cosa podía haber dicho?

—¿Y qué vais a hacer hoy? —preguntó Amanda con una sonrisa llena de expectativas.

Silencio.

Leah abrió la boca… y volvió a cerrarla. Así que me adelanté:

—¡Senderismo!

—¿Senderismo? —me miró como si acabara de sugerirle trepar el Everest en tacones.

No se me había ocurrido nada mejor en ese momento.

—¿Leah haciendo senderismo? —soltó Alex con una risa sarcástica.

Entonces Leah se giró hacia él y le espetó:

—No todos somos tan aburridos como tú.

Y acto seguido, me arrastró con ella, murmurando por lo bajo:

—Senderismo… fantástico.

La había cagado. Y todo por no saber qué más inventar. La verdad era que no tenía aficiones. Mi vida giraba en torno al trabajo. En realidad, el aburrido era yo… al menos comparado con Alex. Pero no venía de una familia rica. Todo lo que tenía me lo había ganado a pulso. Mis padres fueron hippies, se pasaban la vida de comuna en comuna, y fue mi abuela quien nos crio a mis hermanas pequeñas y a mí.

Empecé a trabajar muy joven para ayudar en casa, y poco a poco fui forjando mi propio camino, hasta montar mi pequeña empresa. Estaba orgulloso de lo que había conseguido: una casita en las

afueras de Boston y una oficina modesta en las afueras, que compartía con un equipo leal. Sí, *compartía*, porque si algo había aprendido, era que hay que valorar a quienes están remando contigo. Y Leah era una de esas personas. Aunque más bien era *mi salvavidas*.

Me quitaba trabajo a diario y se dejaba la piel por mí. La valoraba de verdad. Y ahora me sentía fatal por haberla metido en este lío. Encima, tenía que aguantar una excursión conmigo. Nos tragamos el desayuno como pudimos y yo no dejaba de pensar en cómo salir de aquella.

Pero ya era tarde.

Nada más levantarnos, Amanda y Roger se acercaron a nosotros y anunciaron, encantados, que querían unirse a la caminata. Leah esbozó una sonrisa forzada y soltó frases como «Qué ilusión» y «Seguro que lo pasamos genial».

Dudaba mucho que creyera una sola palabra.

Una hora más tarde, estábamos en vaqueros y zapatillas deportivas junto a la recepción, esperando al futuro matrimonio.

Leah seguía de morros y ni siquiera me dirigía la mirada.

Al final, no pude más.

—Lo siento. No sabía qué decir. Y quién sabe, quizá lo del senderismo no esté tan mal y acabemos convirtiéndolo en un hobby divertido.

La mirada que me lanzó hablaba por sí sola, y masculló entre dientes:

—¿Divertido, eh? Claro… ¿no podías haber dicho que íbamos al spa o que saldríamos a dar una vuelta por el pueblo?

Iba a abrir la boca para disculparme de nuevo, pero Amanda y Roger salieron del ascensor justo entonces, bromeando entre ellos mientras se acercaban.

—¡Sonríe! Estamos locamente enamorados, ¿recuerdas? —le susurré a Leah sin mover casi los labios.

Ella también se volvió para saludar a su amiga con un abrazo cálido, mientras yo estrechaba la mano de Roger, que parecía un

tipo bastante majo y decente.

—¿Nos ponemos en marcha? —pregunté justo cuando oí la voz que ya empezaba a detestar.

—Ah, pensé que llegaríamos tarde —anunció Alex Craig por detrás, con el brazo enroscado alrededor de esa muñeca hinchada llamada Marge—. Hemos pensado unirnos a vosotros.

El rostro de Leah perdió todo el color. Marge puso cara de asco, como si le hubieran dicho que nunca más podría inyectarse los labios. Alex sonreía con esa expresión de listillo, y yo… yo lo único que quería era estamparle la cara contra un árbol. Aunque por fuera sonreía, por dentro ya me imaginaba mi bota incrustada en su culo.

Sí, iba a ser una semana muy interesante. Una semana en la que tendría que darlo todo para no acabar matándolo. Por suerte, Roger resultó ser un experto senderista. Nos guiaba por el camino, nos indicaba qué ciudad quedaba en cada dirección y hasta nos explicaba las plantas que íbamos encontrando.

Después de una media hora, nos contó que era profesor de biología y que se había criado allí en Vermont. Así que por fin entendí de dónde venía todo ese conocimiento.

Caminamos un buen rato en silencio hasta que los constantes quejidos de Marge por los mosquitos y por lo mucho que le dolían los pies empezaron a taladrarme el cerebro.

No solo caminaba torpemente detrás de nosotros con tacones, sino que llevaba una minifalda y tanto maquillaje que, desde luego, no iba a tener que preocuparse por las quemaduras del sol. ¿Qué se creía, que íbamos de excursión al centro comercial? Miré a Leah, que marchaba tensa a mi lado, y le susurré:

—¿Te apetece gastar una bromita al muñequito?

Una sonrisa se dibujó al instante en su cara.

—¿Eres un gamberro encerrado en cuerpo de adulto?

Me encogí de hombros.

—La vida es demasiado seria como para aburrirse.

Leah negó con la cabeza, divertida.

—Sea lo que sea lo que tienes en mente… si la haces callar, estoy dentro.

Con aire despreocupado, me quedé rezagado hasta alcanzar a Alex y Marge.

Tenía que sacarle de ahí, aunque solo fuera un momento.

—Oye, Alex, ¿es posible que se te haya caído algo del bolsillo? Me ha parecido ver algo más atrás.

Se detuvo enseguida, sin cuestionarse cómo podía saberlo si iba delante de él. Definitivamente, no era el más espabilado.

Leah ya había llegado a nuestra altura y Marge nos observaba con cara de fastidio, ahuyentando mosquitos del rostro.

—¿Ha visto las frambuesas silvestres al borde del camino, Marge? —le pregunté con amabilidad.

Me fulminó con la mirada.

—¡No tengo hambre! —me espetó.

—No me refería a eso —repliqué, fingiendo calma—. ¿Sabía que el zumo de frambuesa es un repelente natural contra los mosquitos?

Ahora sí, tenía toda su atención.

—¿Pero el zumo no es rojo?

—Solo al principio. Cuando se seca, se vuelve transparente. Y entonces los bichos desaparecen —mentí con todo el aplomo del mundo, mientras veía a Leah apretar los labios para no echarse a reír.

Marge me miraba con suspicacia y al final localizó un arbusto con frambuesas silvestres.

—¿Estás seguro de que funciona?

—Totalmente. Mi abuela hacía con ellas una loción casera contra los mosquitos —dije con la cara más seria que pude.

Antes de que pudiera detenerla, Marge ya estaba agachada, aplastando unas cuantas frambuesas entre las manos.

Observó el puré rojizo con desconfianza.

—¿Y de verdad se vuelve invisible?

—Sí, en cuanto se seca no se nota nada.

Leah asintió con entusiasmo.

—Sí, yo lo he probado. ¡Es una maravilla!

Mientras nuestra «*perfecta señorita*» se embadurnaba el rostro, el cuello, los brazos y las piernas con el mejunje, eché un vistazo alrededor. Roger y Amanda iban ya muy por delante, y Alex seguía

buscando el objeto invisible que NO había perdido. Satisfecho con nuestro plan, miré a Leah y sonreí.

—Vamos, cariño, deberíamos seguir.

Ella tomó mi mano y seguimos caminando, dejando atrás a Marge, que preguntaba a gritos:

—¿Y seguro que esto se vuelve transparente?

Unos metros más adelante, Leah no aguantó más y empezó a reír bajito. Era una risa tan natural y cálida que no pude evitar preguntarle:

—¿Cuánto crees que tardarán los mosquitos en devorarla?

—Eres malvado de verdad. No sabía que escondieras tanto veneno —replicó divertida.

A pesar de que ya nos habíamos alejado bastante de los demás, Leah no soltó mi mano. Seguía caminando pegada a mí. Y yo lo estaba disfrutando.

Demasiado. Y entonces ocurrió. Desde atrás se oyó un chillido agudo de Marge, seguido por los gritos enfadados de Alex. Pero nosotros ni nos giramos. Seguimos caminando entre risas. Roger y Amanda se detuvieron más adelante, esperándonos con curiosidad. Roger nos miró con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando ahí atrás?

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

Leah casi se partía de la risa, y enseguida recibió una mirada fulminante por parte de Amanda.

—¿Qué habéis tramado vosotros dos?

Nos miramos, aún entre risitas, y fue imposible contener la carcajada.

La cosa empeoró aún más cuando nos giramos y vimos a Marge dando saltos con la cara completamente roja, agitando los brazos como una posesa, mientras Alex la increpaba a gritos. Roger corrió a socorrerlos, mientras Amanda nos miraba con desaprobación.

—Sois como críos, ¿lo sabíais?

No contestamos. La risa nos sacudía demasiado como para hablar. En algún momento, Leah sacó el móvil y empezó a hacer fotos de

Marge en pleno ataque de histeria, y yo la observé sin salir de mi asombro.

—¿Qué estás haciendo?

—Nunca se sabe cuándo pueden venir bien fotos así —murmuró con una sonrisilla traviesa.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—No deberías hacer eso, Leah. Bastante castigo tiene ya con estar saliendo con Alex.

Ella bajó el móvil, algo avergonzada, y me miró con una expresión de arrepentimiento.

—Tienes razón. No sé qué me ha pasado. Pero me entra una rabia tremenda cada vez que la veo.

Le tomé de nuevo la mano y seguimos caminando por el sendero.

—¿Quieres hablar de ello?

—No… Sí… No sé. Es que me indigna.

Le apreté suavemente la mano y la miré.

—¿Qué te indigna?

—Nunca me miró. Durante todos los años en los que fui amiga de Amanda, hasta que nos encontramos por casualidad en la universidad… me ignoró por completo.

Solo cuando se dio cuenta de que podía serle útil, se fijó en mí.

Y yo, ilusa, confundí eso con amor.

—Bueno… pero ahora te mira de otra manera. Algo queda todavía, eso es evidente —comenté, y me mordí la lengua al instante. ¿Por qué decía eso? ¿Acaso quería que volviera con él? Por suerte, ella no le dio importancia.

—Estuvimos juntos ocho años. Y durante ese tiempo, él fue el único que salió ganando. Pero en vez de darme lo que merecía, se acostó con Marge. Quiero decir… —se interrumpió un momento, mirando hacia los otros cuatro que ya casi estaban fuera del alcance del oído—, tardó tres años en presentarme como su novia ante sus padres. A ella… se la trae a la boda de su hermana al año de estar juntos.

—Entiendo que te duela. Pero… ¿de verdad importa ya? Míralos. Se merecen el uno al otro —me rasqué la cabeza, incómodo—. Tú te mereces algo mucho mejor, Leah. Y estás mucho mejor sin él.

Leah sonrió. Y fue lo más bonito que vi en todo el día. Me miró con esos ojos de ciervo que tenía y dijo:

—Es verdad. Tengo un buen trabajo, compañeros geniales, y un jefe que convierte cada día en una aventura.

No me puedo quejar. Le devolví la sonrisa y seguimos caminando con tranquilidad. De repente, un trueno sonó sobre nuestras cabezas. Levantamos la vista sorprendidos, pero el cielo delante de nosotros seguía despejado. Me giré lentamente. Por detrás se acercaban nubes negras como la tinta, cargadas de tormenta. Miré a Leah con preocupación.

—Creo que ha llegado el momento de dar la vuelta.

—¿No me digas que te asusta un poco de lluvia, Miller?

Durante un segundo, valoré si aquellas nubes eran realmente peligrosas, y decidí hacerme el valiente:

—¡Vamos a desafiar al tiempo!

No tenía ni idea… Seguimos caminando en silencio un buen rato, hasta que las primeras gotas empezaron a caer. Leah alzó la mirada. El cielo sobre nosotros estaba completamente cubierto y el camino se había vaciado: no veíamos a nadie más. Cuando la lluvia arreció, Leah se detuvo y me miró.

—Quizá deberíamos volver de verdad.

No quería parecer un gallina, así que le respondí con una sonrisa traviesa:

—¿Quién se deja intimidar por el clima ahora?

Leah se lo pensó un segundo y luego sonrió, resignada:

—Bueno… sigamos entonces.

Pero a cada paso que dábamos, quedaba más claro que habíamos cometido un error.

Lo que empezó como una llovizna se convirtió en un aguacero implacable. El viento nos azotaba con fuerza. Vi que Leah temblaba de frío y, sin pensarlo, pasé un brazo por sus hombros y la acerqué a mí. Solo entonces me di cuenta. La camiseta clara que llevaba estaba completamente empapada. Y ahora era casi transparente. No quería mirar. Pero lo hice. Y cuando Leah se dio cuenta de hacia dónde dirigía mis ojos, cruzó los brazos indignada sobre el pecho.

—¡Dan! ¡La mirada arriba!

Aparté la vista al instante, murmurando una disculpa. Pero no pude evitar volver a echarle alguna que otra mirada furtiva. El encaje negro del sujetador se marcaba bajo la tela mojada y… Maldita sea. Me estaba comportando como Alex.

—Creo que ahora sí deberíamos regresar —dije justo cuando un relámpago iluminó el cielo, seguido por un estruendo ensordecedor.

Leah pareció compartir mi opinión y asintió con la cabeza.

—Entonces será mejor que nos demos prisa.

Dimos la vuelta y empezamos a bajar por el sendero de regreso al hotel a paso ligero. Para entonces, ambos estábamos completamente empapados, y la tormenta se nos venía encima con fuerza. Lancé una mirada inquieta al cielo y me arrepentí al instante de mi estúpida valentía, que nos había metido de lleno en ese lío. Al llegar a un poste de madera con varias señales, me detuve y señalé uno de los carteles.

—Leah, espera. Si tomamos este desvío, llegamos al pueblecito del que hablaba Roger. Está más cerca que el hotel. Tal vez podamos refugiarnos allí hasta que pase la tormenta.

Leah miró los letreros con recelo y luego me miró a mí, antes de asentir con cautela. Justo en ese instante, un rayo surcó el cielo por encima de nosotros, seguido de un trueno ensordecedor que hizo que Leah se me echara al cuello de golpe.

Durante un instante se quedó aferrada a mí, con los ojos muy abiertos, mirando las nubes negras sobre nuestras cabezas. Luego se dio cuenta de que la estaba observando como un adolescente embobado y se separó enseguida.

—Lo siento —murmuró, nerviosa, insegura.

—Vamos, de verdad deberíamos apurarnos.

Le tomé la mano y salimos corriendo en dirección al pueblo, esperando encontrar un lugar donde resguardarnos. Un pequeño café junto a la carretera parecía el sitio ideal para una taza caliente de té. O no… porque no éramos los únicos sorprendidos por la lluvia. Una multitud se agolpaba en la entrada, tratando de entrar. Miré a Leah con una expresión de disculpa y me encogí de hombros.

Tal vez tendríamos que haber ido al hotel. Pero ya era tarde. Otro relámpago iluminó el cielo. De pronto, Leah me tiró de la mano y, antes de que pudiera reaccionar, ya estábamos dentro de una librería antigua, acogedora y llena de estanterías repletas de libros viejos.

Olía a humedad, a papel envejecido… y sin saber por qué, me sentí como en casa.

Ese olor…

Me recordó al vecino que teníamos cuando yo era niño, un hombre que tenía una habitación entera llena de libros.

—Guau —murmuró Leah, tan fascinada como yo.

Sin decir una palabra, se acercó a una de las estanterías, se sacudió las manos mojadas y tomó con cuidado un libro de Jane Austen. La observé en silencio, sonriendo. Hacía tiempo que no la veía tan feliz. Yo también cogí un libro al azar, lo abrí y solté sorprendido:

—Vaya… Es una primera edición.

—¿Conoces a Jane Austen? —me preguntó Leah hojeando con mimo las páginas.

—Claro. A mi abuela le encantaba. Yo mismo he leído varios de sus libros.

Me miró con los ojos muy abiertos y una sonrisa divertida.

—Vaya, un romántico empedernido.

Le devolví la sonrisa y cogí otro libro.

—Estoy lleno de sorpresas.

No respondió. Simplemente me miró. Pero no como se mira a un jefe ni a un conocido. Me miraba como quien quiere descubrir a alguien. Como si quisiera saber quién era realmente.

—¿Te gusta leer? —pregunté, intentando suavizar esa tensión extraña que se había instalado entre nosotros.

—¿Estás de broma? Me encantan los libros. No puedo pasar por delante de una librería sin entrar.

Me pregunté qué pensaría si le enseñara el despacho que tengo en casa. Una pared entera forrada de libros, clásicos, primeras ediciones… Parecía haber leído mis pensamientos.

—¿Y tú?

—Podría enseñarte mi colección algún día.

Leah parpadeó, sorprendida.

—¿Eso ha sido una invitación para…?

—¡No! ¡No era eso lo que quería decir! —me apresuré a aclarar, al ver cómo negaba con la cabeza, incrédula.

—¿De verdad tienes una colección de libros? —preguntó al fin, aún con expresión de sorpresa.

—Claro. ¿Por qué todas las mujeres creen que, si un hombre las invita a ver su colección, quiere llevárselas a la cama?

La miré fingiendo indignación. Aunque, si soy sincero… si Leah apareciera en mi casa, probablemente no me limitaría a enseñarle solo los libros. Mi mente empezó a divagar por caminos poco apropiados, y mis ojos… bueno, mis ojos volvieron a posarse donde no debían.

—¿En serio? —exclamó Leah, dándose la vuelta con gesto escandalizado.

—¡No es mi culpa! ¿Quién se pone un sujetador negro debajo de una camiseta blanca?

—¡Es crema! —corrigió ella, indignada.

La miré, confundido.

—Eso da igual, el caso es que se transparenta…

—¿Y cómo te sentirías tú si me pusiera a mirarte fijamente el pecho?

Sin querer, mis labios se curvaron en una sonrisa.

La idea de que me desnudara con la mirada no me parecía en absoluto desagradable.

—Ha dejado de llover. Quizá deberíamos volver ya.

Parpadeé, despistado.

—¿Qué?

Leah negó con la cabeza, entre divertida y exasperada.

—¿Por qué tengo la sensación de que tu cabeza está llena de pensamientos bastante extraños ahora mismo?

—Te equivocas. No estaba pensando en nada.

—¿Y entonces por qué sonríes como un tonto? —me preguntó, colocando el libro de nuevo en su estantería y dirigiéndose hacia la salida.

—No sonrío como un tonto —me quejé, sabiendo perfectamente que sí… que estaba sonriendo como un idiota.

6

Leah

Tardamos aún un buen rato en llegar por fin al hotel y, aunque estábamos empapados hasta los huesos, me lo había pasado realmente bien.

Dan no dejaba de sorprenderme, una y otra vez, y me preguntaba qué otros secretos inesperados se escondían tras la fachada del payaso de oficina y adicto al trabajo.

Entramos en el vestíbulo riéndonos a carcajadas por un chiste que Dan acababa de contar, cuando una furiosa Marge se cruzó en nuestro camino. Ya se había cambiado de ropa y lavado, pero el persistente zumo rojo de las frambuesas parecía no querer irse del todo. Parecía un tomate.

—¡Repelente para mosquitos... tsssss! —nos espetó con desdén antes de marcharse resoplando de indignación.

Dan, que se tensó a mi lado y apretó los labios para contenerse, estuvo a punto de explotar de la risa. Yo levanté las cejas, seguí con la mirada a la señorita Tomate y comenté:

—Por fin tiene un color de cara natural, ¿no crees?

A mi lado estalló la carcajada y mi jefe ya no pudo contenerse. Riéndose a carcajadas, se dirigió al ascensor y me arrastró con él.

Incluso dentro del ascensor, Dan seguía con su risa contagiosa y no paraba de soltar chistes sobre tomates:

—¿Cómo se llama a los tomates que se quejan por todo?

—Ni idea, Dan. Pero estoy segura de que vas a decírmelo enseguida.

Mi jefe apenas podía hablar de tanto reír, se sujetaba el vientre con las manos.

—¡Au-tomates!

Ya no pude aguantarme tampoco y me eché a reír en voz alta.

—Vale, vale… tengo otro —dijo Dan, con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír, intentando ponerse serio—. ¿Por qué corre

Alex desnudo por la habitación?

—¿Alex? —pregunté, horrorizada.

—Para que la Tomate Marge se ponga roja —soltó Dan entre risas.

—Ese ha sido muy malo —repliqué, intentando pensar en uno propio hasta que por fin se me ocurrió algo—. ¿Cómo se evita que un tomate podrido huela mal?

Aún nos reíamos cuando llegamos a nuestro piso y las puertas del ascensor se abrieron. Para nuestra sorpresa, Alex estaba justo delante y nos lanzó una mirada de desprecio.

—Ya veo que estáis de muy buen humor.

Dan se encogió de hombros y sonrió.

—Con una mujer como Leah, no es difícil.

Para evitar que la situación se agravara, tomé la mano de Dan y lo saqué del ascensor. Sin dignarme a dedicarle una mirada más a Alex, me dirigí hacia nuestra habitación, cuando Dan me preguntó:

—¿Y cómo se evita que un tomate podrido huela mal?

Lo miré sorprendida hasta que recordé que nos habían interrumpido.

—Le tapas la nariz.

Que mi jefe no se desplomara riendo en el suelo fue un auténtico milagro, porque empezó a reír tan fuerte que tuvo que inclinarse hacia delante y apoyarse en las rodillas.

—Maldita sea, ese ha sido genial.

—Ya está bien de chistes malos. Quiero quitarme esta ropa mojada.

Dan cayó riéndose sobre la cama, y supe que aún tardaría un rato en calmarse. Cogí ropa limpia del armario y lo miré, interrogante.

—Ve tú primero —me indicó con una sonrisa, mientras se tapaba los ojos con las manos, intentando recomponerse.

No necesitaba que me lo dijeran dos veces y entré en el pequeño cuarto de baño. La ducha, en realidad, era lo bastante grande para... ¿Qué me pasaba? ¡Era mi jefe, por el amor a la bondad!

Así que me duché sola, apartando de mi mente los pensamientos extraños que habían empezado a rondarme. Entré en calor y, ya seca, regresé al dormitorio, donde una imagen poco habitual me sorprendió.

Normalmente, conocía a mi jefe vestido con trajes elegantes, como mucho en vaqueros y camisa. Pero medio desnudo, solo lo había visto la noche anterior, y eso en penumbra. Aunque "visto" quizá era exagerar.

Ahora estaba ahí, con nada más que unos calzoncillos tipo bóxer, colgando su ropa mojada en el balcón. Estaba hablando por teléfono, con el móvil encajado entre la cabeza y el hombro.

No quería quedarme mirándolo. Pero eso fue justo lo que hice, porque ese cuerpo era realmente digno de contemplación. No solo tenía un trasero bastante atractivo, sino también un torso musculoso que evidenciaba un ejercicio físico que jamás le habría atribuido. Cuando se dio cuenta de que lo estaba devorando con la mirada, terminó la llamada.

—Escucha, Lilly, tengo que colgar. El trabajo me llama.

Avergonzada, y también un poco decepcionada, bajé la mirada. Lilly era la mujer con la que salía de vez en cuando. No sabía si lo suyo iba en serio, pero el hecho de que la llamara y me mencionara como "el trabajo" dolía más de lo que me atrevía a admitir. Tal vez también era un poco de celos.

Como si quisiera suavizar el ambiente, Dan me miró y preguntó:

—¿Cuál es la diferencia entre un tomate y Alex?

Me quedé boquiabierta. ¿Hablaba en serio?

—El tomate no es un blandengue —respondió Dan, dibujando una sonrisa, pero ninguno de los dos pudo reírse ya. Como si supiera que algo me rondaba por la cabeza, preguntó:

—¿Va todo bien?

Durante un segundo, dudé sobre qué responder. Era mi jefe, no tenía ninguna obligación conmigo. Al contrario. Lo que hacía, lo hacía de forma completamente altruista y voluntaria, solo para ayudarme.

Aun así, no pude evitar soltar un comentario:

—Puedes ir al baño. No dejes que el trabajo te lo impida.

La sonrisa se borró del rostro de Dan, que levantó las manos en gesto de rendición.

—No era eso lo que quería decir.

—¿Ah, no? ¿Tienes que colgar porque el trabajo te llama? ¿Soy yo el trabajo? ¿Esto para ti es un encargo profesional?

Demasiado tarde me di cuenta de que eso era exactamente lo que yo era. Yo era su empleada, él mi jefe. ¿Por qué, de pronto, me afectaba tanto todo esto?

—No, no lo eres, Leah. Eres mucho más que… —se detuvo, y aunque deseaba con todas mis fuerzas saber qué significaba ese "más" para él, no insistí. Al final, bajó la mirada, incómodo—. Será mejor que me duche.

Apenas hubo desaparecido en el baño, me dejé caer frustrada sobre la cama y cerré los ojos. Aquello iba en una dirección completamente equivocada.

Para distraerme, tomé el móvil de la mesilla y vi la cantidad de mensajes que había recibido. Benny me había escrito treinta y nueve veces, contándome que quería saber hasta el más mínimo detalle de mi viaje y deseándome suerte con nuestro jefe.

Estaba a punto de responderle cuando la puerta del baño se abrió y Dan salió a la habitación… sin más ropa que una toalla ceñida a las caderas. Una toalla terriblemente escasa, si se me permite decirlo.

Parecía evitar mi mirada mientras se dirigía al armario para buscar ropa limpia. No podía evitar preguntarme si lo hacía a propósito… eso de estar medio desnudo delante de mí.

—¿Qué más tenemos hoy en la agenda? —preguntó con naturalidad mientras se colocaba una camiseta por la cabeza. Con sumo cuidado intentó ponerse unos calzoncillos limpios sin que se le cayera la toalla. En ese instante, deseé que se le resbalara de las manos… y me sonrojé como Marge.

—Solo queda la cena —respondí, esforzándome por apartar los ojos de él.

—¿De verdad te apetece cenar con los demás? —preguntó Dan, justo cuando se quitaba la toalla de la cintura. Para mi desgracia, ya llevaba puestos los calzoncillos.

—No mucho —reconocí, y sin querer, le miré justo ahí.

Él pareció notar mi mirada, porque se giró bruscamente y preguntó:

—¿Te apetece una pequeña escapada?

Lo miré sorprendida mientras él se subía los vaqueros sobre el trasero.

—¿Una escapada? Pero si son casi las seis.

—He visto un restaurante italiano en el pueblito de abajo. ¿Te apetecen unos espaguetis con salsa de *TOMATE*? —remarcó la palabra como si se tratara de una contraseña secreta y me guiñó un ojo—. ¿O prefieres *TOMATE* con mozzarella?

—Lo que sea, pero por favor, que no tenga tomate —respondí sonriendo mientras me levantaba.

—Pues venga. Solo necesito pasar antes por un cajero auto*MATÓN*.

Y ahí estaba otra vez. Esa carcajada sincera de mi jefe con sentido del humor, tan increíblemente atractivo cuando se le marcaban los hoyuelos en las mejillas.

Ni siquiera habíamos llegado a la salida del hotel cuando escuché una voz a nuestras espaldas.

—¿Adónde vais vosotros dos?

Como si lo hubiéramos ensayado, Dan tomó mi mano y se giró conmigo con toda la elegancia del mundo. Roger nos miraba inquisitivo, y yo desplegué mi sonrisa más encantadora.

—Pensábamos pasar un rato a solas —dije.

Roger sonrió también y asintió.

—Pasadlo bien, pareja.

Y eso era justo lo que pretendíamos: disfrutar. Por eso nos alejamos del grupo. La familia Craig siempre me había resultado un tanto sospechosa y, aunque adoraba a mi mejor amiga, no tenía ninguna intención de pasar más tiempo del estrictamente necesario en la misma habitación que sus padres y Alex.

Además, los otros invitados pertenecían más bien al club del *palo metido en el trasero*, y no eran precisamente el tipo de personas con las que me apetecía relacionarme. Pero daba igual. Iba a pasar una velada tranquila con Dan… a solas… mi jefe y yo… como si fuera una cita.

Sacudí ese pensamiento confuso con rapidez y dejé que mi jefe me guiara hasta su coche, donde, muy caballerosamente, me abrió la puerta. Para ser un hombre de su posición, resultaba bastante insólito que condujera un viejo Toyota Prius que no pegaba en absoluto con su altura ni con su porte.

—¿Este coche está siquiera en condiciones de circular? —pregunté con escepticismo mientras me abrochaba el cinturón y él arrancaba el motor, que tosió con desgana.

—Claro. Solo tienes que abatir los asientos traseros —respondió con total seriedad, y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¡Dan!

—¿Qué? —preguntó, fingiendo no entender mi indignación, con una sonrisa de pillo en los labios—. No siempre importa el tamaño. Lo importante es la…

Lo interrumpí antes de que aquella conversación se volviera aún más ambigua:

—¿Lo dices por experiencia?

Ahora fue él quien me miró con cara de bobo, haciendo un puchero de fingida ofensa.

—Este coche cabe en cualquier plaza de aparcamiento, consume muy poco y es ecológico. Muy diferente a… —señaló con un gesto la entrepierna y puso cara de no haber roto un plato.

—¡Basta ya! ¿Te has desayunado un payaso esta mañana o de dónde salen todos estos chistes malos?

Lo miré inquisitiva, y él ladeó la cabeza con ese gesto que, para mi desgracia, lo hacía terriblemente atractivo.

—Admítelo, te encantan mis chistes malos.

—No, Dan. Te aseguro que no es así. Aunque he de reconocer que algunos de los chistes de tomates no estaban mal —concedí.

—Creo que ha llegado el momento de poner rumbo a ITALIA. Tengo hambre —comentó con una sonrisa maliciosa, jugando con el doble sentido, y yo no pude hacer otra cosa que negar con la cabeza.

Cuando llegamos al coqueto restaurante italiano, Dan me condujo hasta la entrada, donde nos asignaron una mesa junto a la ventana. Música italiana sonaba suavemente de fondo, y el ambiente del

local, iluminado solo con velas y una luz tenue, era acogedor… y casi demasiado romántico para una cena entre jefe y empleada.

Aunque, a decir verdad, aquella salida no tenía nada de profesional. Yo llevaba un vestido veraniego, ligero y bastante corto, que jamás me pondría en la oficina, y Dan se había decantado por vaqueros y camisa. Todo en conjunto podía pasar perfectamente por una cita en toda regla.

Cuando el camarero se acercó a tomar nota, Dan pidió una botella de vino para los dos y volvió a ojear la carta.

—Yo tomaré los espaguetis con albóndigas. Y para la señorita…

—¿De verdad vienes a un restaurante italiano y pides el plato más falso y americano de todos los tiempos? —pregunté alzando las cejas.

—Es que es mi favorito —protestó él, con gesto de niño ofendido, mientras el camarero parecía claramente molesto.

—Está bien, entonces yo pediré *mac & cheese*.

Pude sentir perfectamente cómo el camarero sacaba un crucifijo mental para exorcizar a estos maleducados americanos. Pero en cuanto se marchó, no pude reprimir la sonrisa.

Dan me miró, también sonriendo, y dijo:

—Nos odia. Seguro que escupe en nuestros platos antes de traérnoslos.

Me recosté poco a poco en la silla y solté un suspiro.

—Cuando salía a cenar con Alex, siempre era en restaurantes caros y extremadamente exclusivos. Los nombres de los platos ni siquiera se podían pronunciar, y luego te traían una ración tan ridícula que acababas asaltando la nevera por la noche, o bien lo presentaban como una obra de arte. Jamás me habría atrevido a pedir algo tan simple como *mac & cheese*.

—Muchas veces, las cosas sencillas son las mejores. Alex nació ya con la cuchara de oro en la boca. Y eso no va a cambiar.

Miré a Dan y, por primera vez, me pregunté quién era realmente mi jefe.

—¿Y tú? ¿También naciste con una cuchara de oro?

Durante un instante se quedó pensativo, y respondió:

—De plata…

—¿Cómo dices? —pregunté, sin entender a qué se refería.

—Me daban de comer con cucharas de plata auténtica. Bueno, estaban ya algo oxidadas, y probablemente eran lo más valioso que poseía mi familia, pero al menos eran de plata.

—Cuéntame sobre tu familia —le pedí, mientras observaba cómo se removía en la silla.

—No hay mucho que contar. Mis padres son hippies y aún hoy van de comuna en comuna. Mis hermanas y yo nos criamos con mi abuela, porque ella decía que los niños necesitaban un entorno estable.

—No me lo puedo creer. ¿Tú eras un niño hippy?

En mi mente lo imaginé como un adolescente fumado, con el pelo largo, sin camiseta y con pantalones de colores. Solo de pensarlo, solté una carcajada, y Dan también se rió.

—Sí. Hasta los diez años parecía una niña. En la comuna no era nada raro, pero mi abuela se llevó un buen susto cuando nos mudamos con ella.

—¡Quiero ver una foto! —exclamé, riendo, mientras él sacaba la cartera y rebuscaba entre los compartimentos hasta encontrar una fotografía vieja, amarillenta.

Cogí la imagen y la estudié con atención. En ella aparecía un hombre con el pelo hasta los hombros, un bigote descomunal y una cinta en la frente, una mujer con pinta de estar completamente colocada y tres niñas pequeñas, de pelo oscuro, caras sucias y vestidos hechos a mano. Y aun así, todos parecían felices.

Dan señaló a la mayor de las niñas y dijo:

—Esa soy yo.

Lo miré, atónita.

—¿Te llamabas Danielle antes?

—Ja, ja… —se quejó, haciendo un puchero ofendido—. Ya te dije que parecía una niña.

Nos sirvieron la comida y no pude evitar comentar:

—Mis padres me castigarían de por vida por esto.

—¿Por qué? —preguntó Dan, hasta que se dio cuenta de que tenía raíces italianas—. Ah, te refieres al *pseudo*-plato italiano, ¿no?

—Una vez eché kétchup a la pasta y mi madre me persiguió por toda la casa con la cuchara de madera. Los padres italianos se toman muy en serio el aspecto culinario de la educación. Por desgracia, en mi caso se perdió. Doblo la pizza, como espaguetis con tenedor y cuchara, y el espresso me pone nerviosa.

—Quizá seas adoptada —sugirió Dan, y yo negué con la cabeza.

Entonces fui yo quien sacó la cartera y le tendí una foto de mi familia. Era de hace solo unos años, y él la miró con la boca abierta.

—Vamos, dilo —lo apuré, observando cómo sacaba las gafas del bolsillo de su camisa.

—¿Cuál eres tú y cuál tu madre?

Me miró, volvió a mirar la foto, hasta que señalé con el dedo, divertida.

—Esta soy yo. Y esta es mi madre. Tiene cincuenta y seis años y, diría yo, nos parecemos bastante.

—¿Cincuenta y seis? —repitió Dan, boquiabierto—. Maldita sea, podríais pasar por gemelas. Tus hermanos, en cambio, dan bastante miedo.

—No te preocupes. Perro ladrador, poco mordedor. Los tres tienen un corazón enorme… pero juntos, el cerebro de un orangután.

—Y no solo el corazón parece enorme. Las manos… joder.

Tuve que contener la risa.

—Cuando Alex me engañó, los tres querían hacerle una visita. Logré detenerlos justo a tiempo.

—¿Y por qué? Me habría encantado ver cómo le pateaban el culo a Alex.

Cuando terminamos de cenar, pedimos un postre para llevar y regresamos al hotel. Aquella cena había sido mucho más divertida de lo que habría sido jamás con Alex y los demás, y precisamente por eso me sentía tan ligera, tan animada, cuando entramos en el vestíbulo.

Sin embargo, esa sensación se desvaneció al instante cuando, mientras esperábamos el ascensor, una voz me llamó por mi nombre:

—¡Leah, espera! ¡Tenemos que hablar!

Era Alex, que aún parecía furioso por nuestra broma con Marge. Yo no tenía ni la más mínima intención de hablar con él.

Mi suspiro debió de ser tan sonoro que todos lo oyeron, porque Dan reaccionó al instante.

Sin pestañear, me atrajo hacia sí, me tomó el rostro entre las manos y posó sus labios sobre los míos. La voz de mi ex, tan molesta como insistente, se apagó de golpe, mis músculos se volvieron de gelatina y en mi estómago, un enjambre de mariposas desató una revolución. Mi corazón, por su parte, solo sentía una cosa: a él. A Dan. A mi jefe. A ese hombre que me besaba con más ternura de la que nadie lo había hecho jamás.

No sé cómo llegamos al ascensor. Solo recuerdo el frío del metal en mi espalda y, después, cómo Dan se separó de mí, dejándome completamente sin habla. Él, en cambio, exhaló despacio, se alisó la camisa y se apoyó junto a mí en la pared del ascensor.

Como si nada hubiera pasado, permanecía ahí, tarareando *Summer of '69* de Bryan Adams, pasándose luego una mano por el pelo.

Yo estaba tan desconcertada que me limité a mirarlo fijamente antes de preguntar:

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Dan me miró, con total naturalidad, como si no supiera de qué hablaba.

—¿El qué? Solo me aseguré de que ese tío te dejara en paz. Y funcionó, ¿no?

Lo miré incrédula, observando su expresión tan inocente como descarada.

—¡Dan! ¡Me acabas de besar!

Él sonrió.

—Lo sé. Estaba presente.

—Eres mi jefe. Y yo tu empleada. Quiero decir… —negué con la cabeza, completamente fuera de mí—. Fingir ser una pareja enamorada es una cosa. Pero besarse de verdad es algo muy distinto.

El ascensor se abrió y salimos al pasillo, caminando hacia nuestra habitación. Solo cuando entramos y la puerta se cerró tras nosotros, Dan se giró hacia mí y dijo:

—La primera noche dimos un espectáculo digno de Hollywood, fingimos revolcarnos como si no pudiéramos resistirnos el uno al otro. ¿Y ahora un beso te parece demasiado?

—Dan, eso no fue solo un beso cualquiera, eso fue… —me faltaban las palabras.

—¡Malditamente ardiente! —añadió él.

Estaba frente a mí, mirándome, con esa sonrisa suya. ¿Había dicho de verdad que nuestro beso había sido "ardiente"?

—¡Pero no debería serlo, maldita sea! ¡Eres mi jefe!

Estaba atónita, alterada, confundida. Aquello debería haberme parecido mal, debería haberme hecho sentir culpable… y sin embargo, no era así. Todo lo contrario: ahora miraba sus labios y deseaba que me besara otra vez. Él pareció captar mi mirada, y durante un instante, la tensión entre nosotros fue tan intensa que creí que iba a suceder de nuevo. Pero en lugar de dejarme llevar, me obligué a reaccionar, a despertar de ese hechizo, y lo dejé plantado allí.

—Tengo que irme a la cama.

Aquella noche fue distinta a la anterior: incómoda. Estaba recostada en el borde de la cama, cuidando con esmero no acercarme a Dan, mientras él se daba la vuelta y fingía dormir. Pero su respiración, irregular y entrecortada, delataba que estaba tan despierto como yo.

En un momento dado, me harté y me incorporé. Dan hizo lo mismo, y así nos quedamos, sentados en silencio, en la oscuridad, sin decir palabra. Noté cómo giraba la cabeza hacia mí, como si quisiera hablar, justo cuando del cuarto contiguo volvió a escucharse un jadeo excitado. Otra vez…

—Esto no puede estar pasando —exclamó Dan, echando la cabeza hacia atrás. Luego, sin previo aviso, gritó—: ¡Maldita sea, Leah, esto es jodidamente bueno!

—¿De verdad vamos a repetir el numerito? —pregunté, negando con la cabeza antes de gritar yo también—: ¡Sí, Dan! ¡Ohhhhhhh!

Mi jefe me miró con admiración y murmuró:

—Nunca nadie me había llamado así.

Por mucho que quisiera estar enfadada con él, no pude evitar reírme.

—No tienes remedio.

—Eres jodidamente perfecta —volvió a gritar Dan, y por un segundo deseé que de verdad lo pensara. Luego me miró con una sonrisa desafiante y añadió—: Te toca. Demuéstrales quién manda, tigresa.

—¿Tigresa? —repetí, sujetándole del antebrazo—. Atento, porque allá voy.

Cerré los ojos con teatralidad y me entregué por completo a la actuación. Gemí tan alto que probablemente todo el hotel se enteró. Cuando abrí los ojos de nuevo, Dan me miraba con expresión de auténtico pasmo.

—Joder, ahora sí que me has asustado.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tal lo hice?

—Tan bien, que por un instante creí que era un orgasmo de verdad.

Me sonrojé y bajé la vista hacia mis manos.

—Desde luego que no lo era.

Dan abrió la boca, y supe que estaba a punto de soltar alguna estupidez.

—Ni se te ocurra decir nada, Dan Miller. O te arrepentirás.

Me miró con devoción.

—Me pone cuando das órdenes.

Y justo en ese instante, Alex y Marge parecieron alcanzar el clímax al otro lado de la pared. Los gemidos se volvieron más intensos, los golpes contra el tabique más salvajes, y por un momento llegué a pensar que se estaba cometiendo un asesinato en la habitación contigua.

—Esto es realmente repulsivo.

Mi jefe guardó silencio… y fue lo mejor que pudo hacer, porque sabía que su cabeza no albergaba nada más que ideas absurdas. Si nuestros compañeros llegaran a enterarse de lo que estábamos haciendo, pensarían sin duda que habíamos perdido por completo la cordura.

7

Leah

Lunes antes de la boda

Llegó la mañana siguiente… y con ella, dolor de cabeza y ojeras. Mi ex había montado una fiesta hasta altas horas de la noche, y nosotros habíamos perdido el sueño sin remedio.

Cuando Dan se incorporó, pareció olvidar durante un segundo que no estaba solo. Bueno, supongo que también pensaba que yo seguía dormida mientras se arrastraba hacia el cuarto de baño, sin saber que yo, medio oculta bajo la manta, lo estaba observando.

Sí, lo miré. Lo seguí con la mirada. Porque aquella imponente erección matutina bajo sus bóxers no pasaba desapercibida. Era algo que no debía ver… No, algo que no *podía* ver… y mucho menos disfrutar viendo. Pero mientras desaparecía tras la puerta del baño, me tapé la boca con la mano y me maldije a mí misma. Estábamos en una situación realmente complicada.

Hasta ahora, siempre había visto a Dan como el bromista simpático de la oficina. Un hombre que trabajaba muchísimo, pero que siempre sabía cómo pasárselo bien. Trabajar con Dan Miller era un regalo. Uno que no debía desperdiciarse, así como así.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, tumbada en la cama, observando el cuerpo —ejem, el paso— de mi jefe con una *profesionalidad absoluta*. Sí, claro.

No, no lo hacía. Ya no había nada profesional en esta relación. Y mientras lo miraba, me perdía en ensoñaciones y me preguntaba cómo sería estar realmente con él. El beso del día anterior me había dejado sin aliento. Y ahora… esto. ¡Una erección matutina! ¿Qué había hecho yo para merecer semejante castigo?

Para colmo, Dan tardaba una eternidad en ducharse. Me imaginé lo que estaría haciendo allí dentro, en quién estaría pensando y si, tal vez…

Un golpe en la puerta me sacó en seco de mis pensamientos. Me arrastré fuera de la cama como pude. Medio dormida, abrí la puerta y asomé la cabeza.

Amanda me esperaba con una sonrisa traviesa.

—¿Lista?

—¿Lista para qué? —abrí del todo la puerta y me apoyé en el marco—. ¿Me he perdido algo?

—¡La prueba del vestido! Tienes que probarte tu vestido para la boda.

—Ah —dije con una mueca, rascándome la cabeza. Justo en ese instante, se abrió la puerta del baño a mis espaldas y Dan salió al dormitorio… únicamente cubierto por una toalla en la cintura.

A Amanda casi se le salen los ojos de las órbitas cuando él le saludó con la mano. En cuanto se aseguró de que no podía oírnos, se inclinó hacia mí y susurró, emocionada:

—Ahhhhh… está buenísimo. Es perfecto. No me extraña que no puedas mantener las manos alejadas de él.

Le sonreí, asentí y solo pensé: *Si supieras…*

—Quiero saber hasta el más mínimo detalle sucio —me exigió Amanda mientras yo me encontraba subida a un pequeño podio en la tienda de novias, enfundada en un vestido de ensueño de satén color lavanda. La modista daba vueltas a mi alrededor, sujetando aquí, ajustando allá, sin parecer prestar atención a nuestra conversación.

—¿Sucio? —me hice la tonta, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

Hasta ahora, nunca habíamos tenido conversaciones de carácter sexual. Ni Amanda tenía el más mínimo interés en saber cómo era su hermano en la cama, ni yo quería hablar de las mediocres habilidades de Alex. Pero ahora había otro hombre en mi vida, y ese tema, por fin, ya no era tabú para Amanda. Para mi desgracia.

—¡Os oí! Maldita sea, Leah, ¡os oyó todo el hotel! ¿Cómo es en la cama?

Ahora también la modista aguzó el oído y me miró con curiosidad. Me sentí acorralada, como un cervatillo tembloroso ante dos cazadoras.

¿Qué podía decirle?

Mis únicas experiencias sexuales habían sido con Kevin, en el instituto, y con mi ex, Alex. Bueno… y tal vez aquel desliz de una noche que tuve, borracha y frustrada, hacía unos meses. Aunque ni siquiera recordaba el nombre del tipo.

En otras palabras: en cuanto a sexo, no era precisamente una experta. Y tampoco ningún hombre había conseguido que me entusiasmara de verdad. O eran eyaculadores precoces, o, como Alex, pertenecían al selecto club del *mete y corre por tu vida*.

No, mi vida sexual había sido de lo más sosa, y por eso ahora me costaba horrores imaginar un idilio erótico con mi jefe.

—Es genial… —fue todo lo que logré decir.

Amanda arqueó las cejas, la modista frunció el ceño con decepción, y yo supe que esa frase no iba a bastar.

—¿Genial? ¿Genial como un pastel de carne? ¿O como la última peli de cartelera? Leah, no me tomes por tonta. ¡Os escuchamos gemir como si no hubiera un mañana!

Parpadeé, la modista sonrió y Amanda ladeó la cabeza, impaciente.

—Es un amante increíble. Me hace tener orgasmos múltiples y sabe exactamente cómo tratar a una mujer como si fuera de cristal.

Vaya… ¿de dónde había salido eso?

Amanda sonrió de oreja a oreja, la modista estuvo a punto de clavarme la aguja en la pantorrilla por la emoción, y yo me sentí tan crecida que empecé a exagerar sin medida:

—Sabe exactamente cómo tocarme para que me olvide del mundo entero.

—¿Y él… ya sabes… cómo de grande es? —Amanda me guiñó el ojo, completamente fuera de sí.

—Oh, tiene un… —le mostré con las manos el tamaño del pene de Dan, aunque nunca lo había visto. Pero ¿qué no haría una por darle un poco de diversión a la tarde?

—Desde luego, llega a todos los rincones.

Los ojos de Amanda se abrían más y más mientras contemplaba el gesto con mis manos. La modista soltó una risita y yo sonreí, sorprendida incluso de mis dotes interpretativas.

—No me malinterpretes. Tu hermano era… promedio —comencé a decir, sin reparar en el gesto de asco que se le había puesto a Amanda—. Solo que no tenía ni idea de cómo usar su… "cosa". Dan, en cambio… ¡madre mía! Cuando hunde sus treinta centímetros, entonces…

—¡Vaya, esto se está poniendo interesante!

Por poco me caigo del podio cuando oí la voz de mi jefe. Me giré de golpe, espantada, y lo vi apoyado con toda tranquilidad en el marco de la puerta de la boutique, con una sonrisa de oreja a oreja.

Amanda también sonreía, incapaz de apartar la mirada del pantalón de Dan. Y la modista no parecía estar en mejor estado. Yo, en cambio, solo deseaba que la tierra me tragara.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —pregunté con fingido entusiasmo, forzando una sonrisa.

—Pensé en venir a buscarte para salir a dar una vuelta. Pero si prefieres que volvamos a nuestra habitación para disfrutar de esos treinta centímetros… yo encantado.

Me quedé con la boca abierta, Amanda se derretía y la modista casi tropezó consigo misma. Yo estaba completamente perdida, y Dan, por supuesto, aprovechó la situación sin pudor alguno.

Se acercó a nosotras, se dejó caer en el sofá blanco de cuero que había junto a la ventana y, con toda intención, se recolocó el paquete, haciendo que las chicas a mi alrededor se quedaran embobadas, babeando casi, sin poder apartar los ojos.

¡Esto me lo iba a pagar…!

Tardó todavía una hora entera en terminar de ajustarme el vestido, ya que la modista no dejaba de lanzar miradas a Dan, que tecleaba en su móvil y fingía no prestar atención. O al menos eso parecía, porque yo estaba convencida de que disfrutaba mucho con las miradas admirativas que despertaba.

Finalmente nos despedimos y salimos a la luz del sol. Dan se frotó las manos con energía y se volvió hacia Amanda y hacia mí:

—¿Puedo invitar a las damas a almorzar?

Amanda lo miró embelesada y suspiró, apesadumbrada:

—Por desgracia tengo que volver. Roger me espera.

—¿Nos permites acompañarte de regreso?

Desbordada por la caballerosidad de Dan, Amanda asintió encantada, y yo puse los ojos en blanco. Así que regresamos al hotel, que no quedaba lejos del atelier de novias, dejamos a Amanda con su prometido —que ya la esperaba— y nosotros dos subimos de nuevo a nuestra habitación.

Apenas había cerrado la puerta cuando Dan se volvió hacia mí, con una sonrisa traviesa.

—¿Treinta centímetros? ¿Alguien te ha dicho alguna vez que exageras una barbaridad? No soy una estrella del porno, ¿sabes?

—Lo siento… —le susurré, temerosa de que alguien pudiera oírnos —. Me acorraló con preguntas y no sabía qué decir.

—¿Sabes que ahora irá contándoselo a todo el mundo y que a partir de hoy, todas las mujeres de este hotel se quedarán mirando a mi entrepierna?

Dan no parecía escandalizado, sino más bien divertido. Y yo quería morirme de vergüenza. Me di la vuelta apresuradamente y murmuré:

—Como si a los hombres eso no os gustara…

—¿Cómo dices? —preguntó Dan, que de pronto estaba justo a mi lado.

—Nada —mentí, intentando esquivarlo.

Pero mi jefe se interpuso en mi camino, sonriendo con picardía.

—Oh, sí que lo has dicho.

—Pidamos algo al servicio de habitaciones. No me apetece salir —dije, deseando desviar el tema de su paquete hacia mi estómago rugiente.

Y eso hicimos. Pero apenas habíamos hecho el pedido, Dan volvió a mirarme con una sonrisa burlona.

—Treinta centímetros… Por fin alguien que reconoce mi verdadera dimensión.

No quería reírme. De verdad que no quería. Pero no pude evitarlo y rompí en una carcajada escandalosa.

—¡La próxima vez diré que son ocho!

Dan me miró con fingida indignación.

—¿Quieres castrarme con palabras?

—Con ese ego, es imposible —respondí, esquivándole justo cuando se lanzó sobre mí, riendo.

Intenté apartarme, pero él me rodeó por detrás con los brazos y empezó a hacerme cosquillas. Por alguna razón, me sentí como si estuviéramos de vuelta en el instituto.

Entre risas, caí al suelo mientras Dan me seguía el juego, amenazando entre carcajadas:

—¡Ya te quitaré yo esa bocaza!

Nos reímos a la par mientras él trataba de hacerme cosquillas y yo le daba patadas juguetonas para quitármelo de encima. Nos comportábamos como adolescentes, y aunque era infantil, hacía mucho que no me divertía tanto.

Hasta que… sí, hasta que Dan acabó encima de mí, sujetándome las muñecas, mirándome directamente con esos ojos azules tan hermosos.

Y justo en ese instante supe, con absoluta certeza, que ese momento lo cambiaría todo.

8

Dan

Oh, joder, ¿qué demonios estaba haciendo?

Leah era mi empleada, y aunque en los últimos dos días ya habíamos roto más tabúes de los que serían saludables para nuestra futura relación laboral, sabía que lo que estaba ocurriendo en ese momento estaba *muy* mal.

Mi cabeza era un torbellino. ¿Cómo se suponía que iba a volver a la oficina después de esta semana y tratarla como a una subordinada, si ahora me dejaba llevar por el impulso y la besaba?

Pero mi mirada se perdió en sus preciosos ojos marrones, bajó a sus labios rosados, y supe que no podía —ni quería— resistirme. Me incliné despacio, cerrando los ojos con cuidado…

De pronto, alguien llamó a la puerta, y una voz anunció:

—¡Servicio de habitaciones!

Jamás en mi vida había sentido tantas ganas de partirle la cara a alguien como en ese momento.

Como si el estómago de Leah quisiera obligarme a volver a la realidad, empezó a rugir con fuerza. Me incorporé a regañadientes.

Abrí la puerta. Un chaval lleno de granos me sonrió mientras empujaba el carrito del almuerzo. Mi mente divagaba sola, y por un instante agradecí que el carro nos separara: de lo contrario, quizá habría estrangulado al pobre muchacho. Aunque, claro, él no tenía ni idea de lo que acababa de interrumpir.

Le metí unos cuantos dólares en la mano, recogí la comida y cerré la puerta.

Cuando me giré, Leah estaba sentada en el borde de la cama, con expresión incómoda, la vista perdida. Aquella semana se iba a hacer eterna.

Almorzamos en silencio, cuidando con esmero no mencionar el momento íntimo que había estado a punto de suceder… ni tocarnos. Pero era más fácil decirlo que hacerlo, porque constantemente

coincidíamos al coger pan, y los dos retirábamos la mano con torpeza. Aquello no podía seguir así.

Finalmente, me aclaré la garganta y forcé una sonrisa.

Mientras miraba el pan, pregunté:

—¿Qué desayuna el Dalai Lama?

Leah alzó la vista, frunciendo el ceño.

—Dan, no empieces otra vez…

Sonreí de lado y dije:

—Pan de Buda.

Leah no rio. Me miró, extenuada.

—De verdad tienes que trabajar tus chistes. Van de mal en peor.

Encogí los hombros, decepcionado, y seguimos comiendo. Pero el silencio me ponía de los nervios, así que lo intenté con algo más picante:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un condón y un ataúd?

Leah negó con la cabeza, exasperada.

—¡Estoy comiendo!

Pero no me detuve y, riéndome, le solté:

—En los dos hay un tieso dentro, pero la diferencia es que uno entra… y el otro sale.

Leah soltó una carcajada, se atragantó y empezó a toser con fuerza mientras se ponía de pie de golpe. Alarmado, me levanté también y corrí hacia ella.

—¿Leah? ¿Estás bien?

No obtuve más respuesta que su tos… y un rodillazo directo a mis partes. Me desplomé en el suelo, protegiéndome los… treinta centímetros, mientras Leah seguía tosiendo.

—¡Estás mal de la cabeza! —consiguió soltar entre jadeos.

Yo gemía de dolor, y desde fuera se oyó una voz:

—¡No lo tragues todo de golpe!

Le siguió una risita maliciosa. Era Amanda. Tenía la habitación justo en diagonal a la nuestra, y seguramente nos había oído por la puerta del balcón.

—¡Amanda! —se escuchó una segunda voz, más airada, desde otro balcón.

En ese instante, me di cuenta de lo *poca* privacidad que teníamos en aquel lugar.

—¡Leah no se lo traga! —gritó ahora Alex, desde el balcón contiguo.

El rostro de Leah se puso rojo como un tomate… y no por la tos, sino por la vergüenza y la rabia.

Como una hooligan tras perder la final de su equipo favorito, se acercó a grandes zancadas al balcón y gritó:

—¡Porque tu polla apesta, Alex!

A mí casi se me atragantó el pan y, sin pensar, me lancé hacia Leah, justo cuando se preparaba para soltar otro grito de guerra.

Pero Alex se me adelantó:

—¡Y tú estás más seca que una pasa!

Desde algún balcón superior se oyó una voz que parecía del padre de Amanda y Alex:

—¡¿Queréis dejar de comportaros como críos de una vez?!

—¡A lo mejor es que nunca supiste calentarla bien, capullo! —gritó Amanda desde arriba, riéndose como una loca.

Me sentía como en un patio de instituto, rodeado de adolescentes presumiendo de su experiencia sexual.

—… o tal vez simplemente es una inútil en la cama —replicó Alex, con tono desdeñoso.

Y ahí fue cuando *yo* ya no pude contenerme.

—¡Para que eso funcione, hacen falta dos! —grité con fuerza, y oí cómo Alex cuchicheaba con Marge en el balcón. Ella parecía molesta de que su novio estuviera comentando en voz alta su vida sexual… con su ex.

—¡Cállese de una vez, usted… usted… semental en celo! —chilló ahora Alex, visiblemente irritado, mientras yo podía ver su dedo asomando por encima del separador del balcón.

—¡A una mujer como Leah no hay quien le quite las manos de encima! —espeté.

Leah me agarró del brazo justo cuando yo me lanzaba hacia el balcón dispuesto a arrancar a Alex por la pechera.

—¡Dan, basta!

—¡No le tengo miedo a ese capullo, Leah! —gritó Alex desde el otro lado. Nos había oído.

—¡Deberías tenerlo! Porque Dan es *todo* lo que tú no eres.

Y entonces fue Leah quien se lanzó directa hacia ese dedo acusador que seguía moviéndose por encima del muro del balcón.

Me sentí halagado por las maravillosas palabras de mi secretaria, aunque sabía perfectamente que solo intentaba impresionar… recordemos los treinta centímetros. Aun así, no quería que se metiera en problemas ni que la situación se nos fuera de las manos, así que le rodeé la cintura con el brazo y la aparté mientras ella seguía manoteando como una fiera. Con mucho esfuerzo conseguí cerrar la puerta del balcón sin llevarme un puñetazo de Leah.

Ella no paraba de despotricar:

—¡Ese idiota arrogante y su micropene!

—Leah, ya basta —intenté calmarla, pero no me hacía el menor caso.

—¡No tiene ni idea de lo que es follar!

Jamás habría imaginado escuchar palabras así de Leah, y no pude evitar sonreír mientras ella seguía soltando perlas como *follador en grupo*, *rey del mete-saca* o *polla de gnomo*.

Durante un rato me limité a observar cómo se ponía roja de rabia y pasaba del inglés al italiano sin freno. Y no solo era adorable mientras se enfadaba… su voz me resultaba terriblemente excitante. Ella no parecía darse cuenta.

Joder, ¿qué demonios me pasaba?, pensé justo cuando me acerqué a ella, la atraje hacia mí y la hice callar con un beso apasionado.

Al principio Leah se resistió, pero pronto su cuerpo se rindió y se dejó caer en mis brazos. Y entonces me devolvió el beso. Nuestros labios se buscaron con ansia, nuestras lenguas se entrelazaron como si no quisieran soltarse y respirábamos a bocanadas, sin ritmo.

Pero por muy maravilloso que fuera aquel beso… también era *muy* incorrecto. ¿Qué coño estaba haciendo? Estaba besando a mi empleada. A Leah. Y no lo hacía porque nos estuvieran mirando, lo hacía porque *quería*. ¿Cómo se supone que saldría de esto?

Al parecer Leah se hacía la misma pregunta, porque se apartó de golpe y me miró horrorizada.

—¿Qué ha sido eso?

Aunque las piernas me temblaban y el corazón me latía como si me fuera a estallar, me encogí de hombros con toda la calma del mundo.

—Te he hecho callar para que no se fuera todo al garete.

Auch. Mal dicho. Leah no se lo tomó con humor. Se soltó de mis brazos, dio un paso atrás y preguntó con tono cortante:

—¿Y piensas hacer lo mismo en la oficina? ¿Cada vez que no te guste lo que digo me vas a besar?

—No me parecería mal —dije con una sonrisa, agachándome justo a tiempo para esquivar el zapato que Leah me lanzó tras quitárselo con furia—. ¡Era una broma, Leah!

—¿Ah, sí? ¿Me has visto reír? —replicó, echándose el pelo detrás de la oreja con ese gesto suyo que me volvía loco, mientras me señalaba con el dedo, indignada—. ¿Y si lo aplicamos también en el trabajo? Si quieres hacer callar a un empleado, ¡le plantas un beso! Seguro que a Benny le encantaría.

—Pero si tú también me has besado —protesté, sin entender del todo por qué se había puesto así de repente.

Se quedó quieta, mirándome como si la hubiese pillado en un delito. Luego alzó las manos y dijo:

—¡Necesito una copa!

La observé con tristeza mientras se marchaba. ¿Qué demonios acababa de hacer? Justo en ese momento sonó mi teléfono. Suspiré al ver el nombre de Lilly en pantalla. Pulsé el botón verde.

—Ahora no, Lilly.

—Ni se te ocurra colgarme —gruñó ella al otro lado, y yo puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—¡Estoy ahogada de trabajo porque mi asesor empresarial ha decidido irse de retiro romántico a las montañas!

Lilly estaba cabreada.

—Esto no es un retiro romántico. Solo estoy ayudando a mi empleada —intenté defenderme, aunque ni yo tenía ya claro qué

estaba haciendo allí.

—¿Y ayudas así a *todas* tus empleadas? —preguntó Lilly, con un sarcasmo tan evidente que casi traspasaba la pantalla.

—Solo a las especiales. ¿Qué ocurre? —Era hora de cambiar de tema antes de que empezara a sacarme información con cuchara.

—La reforma no avanza. El albañil está enfermo, no ha podido enlucir las paredes y he tenido que cancelar al pintor, que ahora no tiene hueco hasta diciembre. ¡Me estoy volviendo loca!

Lilly estaba al borde del colapso. Y yo también. Solo quería correr detrás de Leah y este maldito momento no podía ser más inoportuno.

—¿Y no puedes buscar otro pintor? —pregunté con fastidio.

—No, nadie quiere retocar un trabajo empezado por otro. Al final vamos a tener que pintar el local nosotros mismos.

Cerré los ojos, notando cómo los dolores de cabeza empezaban a latirme en las sienes.

—Pues si hace falta, pintamos nosotros. Lo conseguiremos, Lilly. Te lo prometo.

Corté la llamada como pude. Tenía asuntos más urgentes que resolver que una tienda a medio pintar.

Bajé a la zona del bar, justo al lado del comedor. Pero no encontré solo a Leah… me topé con la mitad de la familia Craig, enfrascada en una discusión acalorada. Del balcón al bar… la escalada del conflicto avanzaba por el edificio como una epidemia.

Capté frases sueltas como:

—¡Esto no es vuestra casa!

—¿Qué van a pensar los demás?

—¡No es lugar para peleas personales!

Y entonces Alex me vio mientras me acercaba con paso tranquilo.

—Bueno, bueno… ¿a quién tenemos aquí? —me saludó con expresión sombría.

Todas las miradas se volvieron hacia mí, y el señor Craig, padre de Amanda y Alex, vino directo con el dedo en alto.

—¡Esto también va por usted, señor Miller!

—¿El qué va por mí? —pregunté, fingiendo ignorancia, aunque sabía perfectamente de qué hablaba. La bronca del balcón había

causado revuelo.

—Quiero que se comporte como es debido. Aquí estamos por la boda de mi hija Amanda, no por sus… escarceos con…

Con desprecio, señaló a Leah.

—Con todos mis respetos, señor Craig. Aquí de lo que se trata es de que su hijo, al parecer, no acepta que Leah ya no quiere saber nada de él.

—Eso no es cierto… —empezó a decir Alex, mirando con sobresalto a Marge, que le lanzó una mirada desdeñosa.

—He visto cómo miras a Leah, Alex. No has superado que ella no quiera tener nada contigo.

—Mi hijo no necesita a una mujer que se acuesta con cualquiera —soltó el señor Craig con voz ácida.

Sonreí.

—¿Eso es lo que le ha contado?

Fue entonces cuando Leah tomó la palabra:

—Siempre le fui fiel a Alex. Él, en cambio, convirtió su oficina en un picadero para él y Marge.

Estaba tan enfadada que tuve que sujetarla por si perdía el control.

—Así es —añadí—. Alex engañó a Leah con Marge.

Leah, sin embargo, se irguió con el rostro enrojecido y se colocó delante de mí como un escudo.

—Alex no solo fue infiel. También es un farsante.

—Ya basta —gruñó Alex, que también tuvo que ser contenido por Marge.

—¡Cállate, Alex! —le espetó Leah, furiosa—. Si no fuera por mí, ni siquiera habrías terminado la universidad. ¿Nunca le ha parecido sospechoso, señor Craig, que su hijo tuviera que repetir casi todas las asignaturas antes de conocerme? ¿Y que, de repente, empezara a sacar sobresalientes en todos los trabajos? Quizá tenga que ver con el hecho de que los escribía *yo*.

El señor Craig padre miraba confuso de Leah a su hijo, como si de verdad empezara a atar cabos.

Alex, en cambio, murmuraba entre dientes, mientras Leah le gritaba:

—¡Y luego me das un trabajo en tu empresa solo para usarme como asistente personal y colgarte las medallas delante de tu padre, como si fueras un gran empresario, ¡cuando en realidad era yo la que hacía tu trabajo, pedazo de inútil!

—¡Eso es mentira! —chilló Alex. Su cara estaba tan roja que por un momento temí que le estallara la vena del cuello.

—¡No lo es! Me gradué con matrícula de honor. Me merecía mucho más. Pero tú te llevaste el mérito, y yo me pasé años esperando un ascenso que nunca llegó. Igual que esperé un anillo de compromiso que jamás me diste. En lugar de eso, te acostabas con las clientas como si fueras el protagonista de una mala comedia.

Leah estaba al borde del colapso, temblando, con los ojos llenos de lágrimas. Alex la miraba con una expresión casi compungida, mientras el señor Craig permanecía pasmado, sin saber cómo procesar todo lo que acababa de escuchar.

Cuando Leah se dio la vuelta y salió corriendo de la sala, no dudé ni un segundo y fui tras ella.

—¡Leah, espera! —la llamé.

—¡Déjame en paz, Dan! —gritó, pero no pensaba dejarla sola. Me lancé con ella dentro del ascensor justo cuando las puertas se cerraban y la observé en silencio.

De pronto parecía tan frágil, tan pequeña. Sin pensarlo, la atraje hacia mí y la abracé, sosteniéndola entre mis brazos hasta que, finalmente, se derrumbó. Y rompió a llorar con un sollozo desgarrador, dejando que todo su dolor saliera por fin a la superficie.

9

Leah

Martes antes de la boda

Esta boda empezaba a tocarme *muy* seriamente las narices. Apenas había dormido tras la pelea del día anterior con la familia Craig. Pero ya no podía seguir ignorando las mentiras que Alex les había contado. Tal vez había sido demasiado pasiva, lo cual me convertía en la víctima perfecta para ese capullo. Aun así, no se pueden borrar de un plumazo ocho años de relación.

Y luego estaba el tema de *mi jefe*.

Dan no solo era el perfecto caballero, sino que encima tenía un aspecto que quitaba el aliento. Hasta ahora no había reparado en ello, porque mi trabajo era lo primero y siempre había querido mantener una relación estrictamente profesional. Pero últimamente habían ocurrido cosas que ponían esa barrera en peligro. Se habían encendido sentimientos para los que antes no había espacio.

Solté un suspiro y me estiré, mirando de reojo a Dan, que dormía plácidamente. Solo el hecho de que compartiéramos cama ya era un absoluto atentado contra la profesionalidad.

Con cuidado me incorporé y aparté la sábana de encima… solo para volver a subirla de inmediato. El tirante de mi camisón había decidido independizarse y una de mis tetas asomaba sin permiso. Aquella no era, ni por asomo, una vista que mi jefe necesitara ver.

Me recolocarlo todo como pude, me levanté, me desperecé y, sin pensar, me rasqué una nalga. Fue justo en ese momento cuando escuché una voz somnolienta:

—Buenos días.

Me giré de golpe, sobresaltada. Dan me miraba con los ojos entrecerrados, pestañeando aún medio dormido.

—¿Qué hora es?

—Ni idea, pero ya es de día —respondí, mientras me apresuraba a buscar mi albornoz en el armario. Solo llevaba un camisón de satén que mostraba *demasiada* piel para lo que debería ser una relación jefe-empleada… si es que aún podíamos hablar de profesionalidad.

—No quiero levantarme —murmuró Dan contra la almohada mientras se revolvía, dejando al descubierto su cuerpo bajo la sábana.

No quería mirar. De verdad que no quería. Pero lo hice.

Su torso parecía tallado por los dioses griegos y yo tuve que apartar la vista con un gruñido interior.

¿Cómo podía provocarme tanto con solo existir?

—Tú quédate en la cama si quieres, pero yo tengo que buscar un regalo para Amanda y Roger —dije, justo cuando estaba a punto de encerrarme en el baño.

Dan me siguió con la mirada, desconcertado.

—¿Cómo que aún no tienes regalo?

—No, señor Miller. Trabajo muchísimo y hasta ahora no he tenido tiempo —contesté, fingiendo estar molesta y remarcando con intención lo de "señor Miller". Ya iba a cerrar la puerta cuando oí su respuesta.

—Es usted una obrera ejemplar, señorita Greco —se burló con media sonrisa, incorporándose lentamente—. ¿Le echo una mano?

Lo miré con los ojos como platos.

—¿Una mano…?

Durante un segundo, Dan pareció confuso. Luego negó con la cabeza, riéndose.

—¡No me refería a ayudarte en la ducha! Hablaba de buscar un regalo.

Suspiré, aliviada… aunque, en el fondo, la idea de compartir la ducha con él no me disgustaba. Pero no, era incorrecto. Muy incorrecto.

Asentí en silencio y cerré la puerta. Me apoyé contra ella, agotada, preguntándome cómo demonios iba a sobrevivir al resto de esta semana.

Una hora más tarde, estábamos los dos frente al hotel, en pleno y hermoso Vermont. Nos habíamos saltado el desayuno con la familia de los novios. Después de la bronca del día anterior, no quería encontrarme ni con Alex ni con Amanda. Ya bastante había estropeado la boda con aquella discusión.

Caminamos tranquilamente hacia el centro del pequeño pueblo, disfrutando del sol que nos acariciaba la piel. En algún momento, Dan tomó mi mano. Estaba a punto de protestar cuando vi que una pareja —también invitados a la boda— venía en dirección contraria. Ellos también parecían huir del ambiente tenso del hotel, porque se los veía mucho más relajados que el día anterior.

Les saludamos mientras nuestros dedos se entrelazaban con total naturalidad y nos lanzábamos miradas de enamorados. Maldita sea, se nos daba *demasiado* bien. Y la cosa fue aún a más cuando Dan soltó mi mano para rodearme con el brazo. Con voz mimosa me preguntó:

—¿Te apetece un cruasán, cariño?

Mientras le miraba a los ojos, intentando representar a la mujer perfecta a su lado, me perdí por completo en el papel.

—Eres muy bueno. Por un momento casi me creo que estás coladito por mí —rompió Dan el momento, y yo bajé la mirada, incómoda.

—Lo mismo digo. Eres un actor de primera.

Él también desvió la vista, algo avergonzado. Aun así, no apartó el brazo de mis hombros, aunque la pareja hacía ya rato que había desaparecido de nuestra vista. Me mantenía pegada a él, como si hubiera olvidado que yo era su asistente.

Y, por mucho que no estuviera bien, la verdad es que *se sentía condenadamente bien*.

Al llegar al pueblo, Dan se detuvo frente a una tiendecita de decoración del hogar.

—¿Tienes ya alguna idea para el regalo? ¿O entramos a curiosear un poco?

—Sinceramente, Amanda es un caso difícil. Tiene todo lo que necesita… y mucho más. Así que no nos vendrá mal echar un vistazo.

Entramos en la tienda, él aún con el brazo sobre mis hombros, y empezamos a mirar sin demasiado rumbo. En algún momento, Dan se plantó frente a un reloj de pared con cuernos de ciervo y sonrió.

—Esto le iría perfecto a Roger. Es todo un amante de la naturaleza.

—Entonces Amanda pedirá el divorcio en cuanto lo vea —negué con la cabeza, mientras me acercaba a una salsera eléctrica—. ¿Qué opinas de esto?

—Es probablemente el regalo más aburrido que se le puede hacer a una pareja. Seguro que ya les caerán tres iguales, y acabarán vendiéndolos en eBay.

—¿Qué se le regala a alguien que ya lo tiene todo? —murmuré, pasando los dedos por unos servilleteros plateados. Cogí uno, le di la vuelta y miré la base—. Estos son preciosos. Son de L. Anderson. Es la diseñadora favorita de Amanda.

Dan sonrió.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

Sacó el móvil, marcó un número y esperó. Le miré, sorprendida. ¿Y ahora qué estaba tramando?

Pero cuando saludó a quien estaba al otro lado, se me borró la sonrisa de golpe.

—Hola, Lilly. Necesito tu ayuda.

¿*Lilly*? ¿Por qué demonios llamaba ahora a *esa* mujer?

Me di la vuelta con gesto airado, aunque sabía perfectamente que estaba exagerando. Dan era *mi jefe*, no mi pareja. Aunque lo fingiera muy bien. Aun así, dolía. No tenía derecho a sentirme traicionada… pero lo sentía igual. Dan llevaba un tiempo saliendo con Lilly, y lo último que quería ahora era escucharle hablar con ella.

—Sí, yo estoy bien, gracias por preguntar —bromeó al teléfono con una sonrisita, mientras rodaba los ojos—. ¡Necesito un regalo de boda!

Seguí caminando por la tienda, fingiendo que no me importaba, aunque lo único que deseaba era no oírle flirtear. Solo había visto a Lilly una vez, y bastó para darme cuenta de que yo no podía competir con ella. Tenía ese tipo de cuerpo atlético perfecto, el pelo

rubio oxigenado, y unos pechos tan redondos que era imposible que no fueran de silicona. ¿Cómo se compite con *eso*?

¿Y realmente quería competir?

Unos minutos más tarde, mi "novio de mentira" me dio un toque en el hombro y me dedicó una sonrisa tan desarmante que estuve a punto de derretirme allí mismo.

—Amanda y Roger recibirán un marco de fotos hecho a medida de L. Anderson.

—¿En serio? ¿Cómo has conseguido eso?

Ay… *cómo me apetecía besarlo*.

—Acabo de hablar con ella —dijo Dan, sonriéndome de oreja a oreja, claramente orgulloso de su ocurrencia. Inclinó la cabeza como esperando una felicitación.

—Espera un momento… ¿Lilly es…?

—¡L. Anderson! ¿No lo sabías? —me miró con las cejas alzadas.

—No, ¿cómo iba a saberlo?

Maldita sea. Dan y *L. Anderson* eran pareja. Ya no tenía absolutamente nada que hacer… suponiendo que me interesara… cosa que no era cierta… en absoluto.

—¿Y qué opina Lilly de que estés aquí haciéndote pasar por el novio de tu asistente?

Mi jefe se encogió de hombros.

—¿Qué va a decir? No le hizo especial gracia que me marchara justo antes de inaugurar su primera tienda, pero…

De pronto, sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa y me señaló con el dedo.

—¡Un momento…! ¿Tú estás…? ¡Estás celosa!

Le miré con los ojos como platos.

Sí. Lo estaba.

—¡No, por supuesto que no! Qué tontería…

Me giré deprisa para que no viera lo evidente que era mi enfado.

—Sabes que Lilly es la pareja de mi hermana, ¿verdad?

Fue como si me alcanzara un rayo. Me volví hacia él de golpe.

—¿Pero no salís juntos?

Dan soltó una carcajada.

—Salimos juntos *porque* soy su asesor de negocios. Hasta ahora Lilly vendía sus diseños a través de intermediarios. Ahora quiere abrir su propia tienda en Boston, y yo le estoy ayudando con eso.

Ay. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Entonces… ¿estás soltero? —pregunté, y en cuanto lo hice, deseé morderme la lengua.

La mirada que me lanzó me atravesó de arriba abajo. Sus ojos brillaban y su sonrisa era… absolutamente perfecta.

¿Qué estaba pasando entre nosotros?

En lugar de decir nada, Dan simplemente asintió.

El camino de vuelta al hotel transcurrió en silencio. Como si se hubiera levantado un muro invisible entre nosotros, ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos. Y, aun así, los dedos de Dan rozaban una y otra vez el dorso de mi mano, provocándome un leve escalofrío. No sabía si lo hacía a propósito o si era pura coincidencia.

Justo cuando estábamos entrando en el vestíbulo, nos topamos de frente con Amanda. Literalmente. Y Dan, como por reflejo, me tomó de la mano.

—¡Ey, guapa! Te estaba buscando —me dijo Amanda con una sonrisa pícara, y supe al instante que se refería al escándalo del día anterior.

—Sí… sobre lo de ayer… —empecé a decir, bajando la mirada, incómoda.

—Ay, ni me hables. Mi familia estuvo absolutamente fuera de lugar. De verdad, lo siento muchísimo.

La miré, sorprendida. Había esperado que se pusiera de su parte.

—¿Qué te parece si te secuestro para comer? Solo si Dan está de acuerdo, claro.

Parpadeé, miré a Amanda, después a Dan, que me sonrió y asintió con la cabeza.

—Tengo que trabajar de todos modos —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Entonces, almuerzo como los de antes. Solo nosotras —sonreí.

Amanda se iluminó como un árbol de Navidad y empezó a dar pequeños saltitos de emoción.

—¡Vámonos antes de que aparezca mi madre con otra ronda de decisiones nupciales!

Dan me besó suavemente la mejilla. Fue un roce mínimo, pero me estremeció de arriba abajo. Luego nos deseó que lo pasáramos bien. Apenas habíamos llegado al coche de Amanda cuando una voz aguda nos alcanzó desde atrás:

—¡Amanda Elisabeth Craig! ¿Dónde crees que vas?

Amanda frunció el ceño y me susurró:

—¡Corre al coche! No aguanto ni un segundo más a mi madre.

Ni siquiera me había abrochado el cinturón cuando Amanda ya arrancaba, pisando el acelerador, y ponía la música a todo volumen. El reggae de Bob Marley retumbó por los altavoces, y a través del retrovisor vi a su madre de pie, con los brazos en alto, vociferando algo que ya no alcanzamos a oír.

Amanda me miró, sonrió… y empezó a cantar *No woman, no cry* a pleno pulmón.

Y, por un momento, fue como volver a los viejos tiempos, cuando recorríamos juntas el vecindario en su descapotable y éramos… simplemente felices.

10

Leah

La felicidad es algo que no todo el mundo consigue alcanzar.

Yo creía haberla encontrado. Pero hacía ya tiempo que me había abandonado.

Ahora estábamos sentadas en una pequeña mesa de un café al aire libre, almorzando unos bocadillos mientras recordábamos los viejos tiempos. Amanda soltó una risita al morder su wrap, y yo me reía hasta llorar. Era justo el respiro que necesitaba. Pero, de pronto, Amanda se quedó en silencio y me miró por encima del borde de su taza de café.

—Siento mucho lo de ayer. Nunca creí que hubieras engañado a Alex. Aunque sea mi hermano y le quiera, sé perfectamente que es un idiota cuando se trata de mujeres. Nunca te mereció. Me dio pena cuando lo dejasteis, pero también me alegré un poco, porque sabía que con él nunca ibas a ser feliz.

Me forcé a sonreír. Amanda nunca había hablado así de mi relación con Alex. Siempre había parecido encantada con que estuviéramos juntos.

Respiré hondo y confesé:

—Yo le quise de verdad, ¿sabes? De verdad creía que era el hombre con el que envejecería. Y luego… encontrarle con Marge sobre su escritorio… no fue precisamente una imagen agradable.

—No están juntos, por si te consuela —me guiñó un ojo, y me quedé boquiabierta.

—¿Cómo?

—Mi hermano está soltero. Sigue lamentando haberte perdido. Invitó a Marge solo cuando supo que vendrías con acompañante. Yo le dije que no me parecía buena idea, pero mi padre pensó que así sería más llevadero… y mi madre… bueno, ya la has visto. Se ha adueñado por completo de los preparativos de la boda.

Durante un segundo, pensé en contarle la verdad a Amanda… pero enseguida deseché la idea. Nuestra tapadera debía seguir intacta. Tal vez se lo contaría después de la boda, cuando no corriéramos el riesgo de que se le escapara sin querer.

Amanda me miró con aire soñador.

—Pero oye, ahora tienes a Dan, y debo decir que hacéis una pareja preciosa. Se os ve realmente felices… aunque no me trago lo de los treinta centímetros.

Me eché a reír, miré mi bocadillo medio comido y suspiré.

—Dan es mi jefe.

Amanda sonrió con picardía.

—¿Así que te has liado con tu jefe? ¡Qué chica tan mala!

La miré, sintiéndome culpable. Amanda era mi mejor amiga desde pequeñas… y le había mentido.

—No. No me lo he ligado. Es *solo* mi jefe. Cuando recibí tu invitación no quería venir por culpa de Alex, pero Dan me dijo que me haría bien tomarme unos días libres. —Cogí una servilleta y me limpié los dedos antes de seguir hablando—. También me dijo que debía demostrarle a Alex que lo había superado.

Amanda me observó en silencio durante un momento… y luego frunció los labios en una sonrisa traviesa.

—¿*Solo* tu jefe? Esa cuéntasela a otra.

—¡De verdad! No hay *nada* entre nosotros.

Amanda me cogió la mano por encima de la mesa.

—He visto cómo os miráis. Algo hay… y llegará.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Tú crees? O sea… ¿por qué lo dices?

—Le miras como mirabas a Alex al principio. Cuando aún era todo nuevo y bonito. Estás coladita por tu jefe, y hasta el fondo.

—Pero no se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? Lo de que es mi jefe, digo —pregunté, evitando comentar lo de estar colada.

—Por supuesto que no. Pero… —levantó una ceja—… entonces supongo que he hecho bien… bueno, respecto a mañana…

La miré con recelo.

—¿Qué has hecho, Amanda?

Se aclaró la garganta.

—Os he apuntado a los dos para el *Couple Spa Day* de mañana. Pensé que le vendría bien a vuestro amor juvenil.

—¿*Couple Spa Day*? —repetí, sin entender nada.

—Sí. Os harán un masaje en la misma sala, luego tendréis un rato para relajaros en la sauna, y para terminar… tienen estas bañeras monísimas donde se baña en leche y miel… juntos.

Mis ojos se abrieron como platos. No es que la idea de estar desnuda junto a Dan en una bañera no tuviera su atractivo… el problema era que *yo también estaría desnuda*. Se me cortó la respiración.

¿Cómo demonios le iba a explicar eso a Dan?

—Pero yo no puedo… —empecé a decir, nerviosa.

—¡Claro que puedes! Y después me cuentas si lo de los treinta centímetros es verdad. A no ser que ya lo hayas comprobado… —me guiñó un ojo con una sonrisa radiante.

Nos quedamos allí sentadas un rato más, disfrutando de ese momento de calma, hasta que me giré hacia Amanda y noté que había algo más, algo que le rondaba por dentro.

—¿Eres feliz, Amanda?

Me miró, sorprendida.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a ser feliz?

—Pareces muy estresada… como si en cualquier momento todo fuera a estallarte en la cara.

De pronto, Amanda bajó la mirada, y sus ojos se perdieron en el horizonte, tristes.

—Roger no quería una boda grande. Queríamos casarnos en las montañas, con un grupo reducido de gente. Pero en cuanto mi madre se enteró del compromiso, se apropió por completo de los preparativos.

—¿O sea que todo esto… no lo querías realmente? —pregunté con suavidad.

—Sí… pero no así. No *tan* grande. Además, mi madre eligió las flores, la tarta… y ni siquiera me dejó decidir sola el vestido. Al menos conseguimos casarnos aquí, en las montañas.

Le di un golpecito cariñoso en la mano.

—Lo siento mucho, Amanda. ¿Cómo te lo habías imaginado?

—Quería flores de colores, no esas blancas sosas. La tarta de cinco pisos tampoco fue idea mía. Yo quería *cupcakes*, tartas de frutas y pastelitos pequeños. Mi vestido es un sueño en blanco, sí… pero cerrado hasta el cuello y *demasiado* pomposo. Yo quería algo distinto. Algo sencillo. No un vestido con el que tenga que colarme de lado por las puertas.

—¿Has intentado hablarlo con tu madre? —pregunté con cautela, aunque sabía bien que, una vez que la señora Craig se ponía algo en la cabeza, no había quien la parara.

—No escucha. He discutido tantas veces con Roger por esto… Antes de venir a Vermont incluso tuve la sensación de que quería cancelar la boda por completo.

—Lo siento mucho, Amanda. Si puedo ayudarte en algo… solo dímelo.

Ella se encogió de hombros, con tristeza.

—Ese tren ya pasó.

Pero después de unos segundos, curvó el labio superior con una sonrisa traviesa y preguntó:

—Pero dime una cosa.

—¿El qué? —pregunté con media sonrisa, desconfiando.

—¿Qué es eso de los gemidos salvajes que salen de vuestra habitación?

—Oh. No *quieres* saberlo.

Y entonces le conté la historia de la actuación de Dan, con tanto detalle que Amanda acabó riéndose a carcajadas, atrayendo la atención de todos los clientes del bistró.

Dos horas más tarde, por fin volví a la habitación del hotel y entré sin hacer ruido. Dan estaba de pie junto a la puerta del balcón, con vaqueros y sin camiseta, hablando por teléfono con un cliente. Y yo me limité a contemplar su espalda musculosa y sus hombros anchos con ojos que no sabían retirarse.

Intenté cerrar la puerta con el mayor sigilo posible, pero él ya se había girado para mirarme… y me dedicó una sonrisa de esas que lo ponían todo patas arriba, mientras seguía hablando por teléfono.

Maldita sea, esos hoyuelos.

Necesitaba una ducha fría.

Me acerqué deprisa al libro que había dejado en la mesilla, y me deslicé por el lado opuesto de su torso medio desnudo como si eso no me afectara en absoluto. Me senté en el balcón, puse los pies sobre la otra silla y abrí el libro. Pero daba igual lo que leyera: no retenía nada. Una y otra vez escuchaba reírse a Dan, y su voz cálida, profunda, me recorría la piel como una caricia.

Maldita Amanda… ¿y si tenía razón? ¿Y si de verdad estaba empezando a enamorarme de mi jefe?

Cuando terminó la llamada, Dan salió también al balcón y me miró sonriendo.

—¿Un café?

—Nunca digo que no al café —le sonreí mientras le veía ponerse una camisa y salir de la habitación.

El perfecto caballero.

Maldita sea, de esta no iba a salir sin heridas.

Con la mirada perdida en la cadena montañosa que se alzaba frente a mí, disfruté del sol en la piel. Me sentía tranquila… hasta que Dan apareció a mi lado y pegué un respingo. No le había oído volver, y por poco le tiré el café de las manos.

Él se rio al mirar la silla donde tenía los pies apoyados, y esperó a que le hiciera sitio. En cuanto se sentó, cogió mis piernas y las apoyó sobre su regazo. Ese tipo de gestos eran los que siempre había echado en falta con Alex.

Sus dedos acariciaban con suavidad mis pantorrillas. Todo mi cuerpo empezó a cosquillear. Él tenía los ojos cerrados, disfrutando también del sol sobre su piel bronceada, sin saber —o quizás sí— lo que esa caricia provocaba en mí.

Me aclaré la garganta, miré incómoda mi taza de café… y entonces le oí reír por lo bajo. Le lancé una mirada curiosa.

—¿Te ríes de mí?

Me dedicó una sonrisa que me derritió por dentro y negó con la cabeza.

—Jamás me reiría de ti. Me río *contigo*.

—¿Entonces por qué te ríes así?

Dan volvió a mirar las montañas con esa expresión de niño travieso.

—Es que tengo otro.

Y yo supe enseguida a qué se refería. Otra de sus bromas estúpidas. Puse la mano sobre mis ojos y solté un quejido.

—Ay, no… otra vez no, Dan.

—¿Sabes qué tienen en común un dildo y el tofu?

Ya se estaba riendo antes de terminar, y yo no pude evitar sonreír.

—¿De dónde sacas estas bromas tan cutres? —le empujé con los pies, divertida—. Vamos, suéltalo ya: ¿qué tienen en común?

Dan ya no podía ni hablar de la risa. Se sujetaba el vientre y se secaba las lágrimas mientras soltaba a carcajadas:

—¡Ambos son sustitutos de la carne!

Ahora fui yo la que rompió a reír, negando con la cabeza.

—Genial. Ahora cada vez que coma tofu pensaré en consoladores.

—Mientras no pienses en tofu cuando… —Dan se detuvo en seco, se sonrojó ligeramente y murmuró—: No quería decir que tú… ya sabes…

—¿Que *yo* qué? —le pregunté con una sonrisa maliciosa, disfrutando por una vez de verle a él avergonzado.

—No quería insinuar… o sea… —tartamudeó, mirando hacia otro lado.

Mis labios se curvaron en una sonrisa segura y juguetona.

—He oído que el momento álgido de una fiesta de consoladores es cuando las primeras invitadas… llegan.

Dan me miró como si no pudiera creérselo. Y luego se echó a reír con tanta fuerza que creí que se iba a caer de la silla.

—Ese ha sido buenísimo. ¡No sabía que te sabías chistes así de guarros!

—¿Por qué? ¿Porque tengo cara de niña buena? —pregunté con un guiño, deshaciéndome por dentro al ver su sonrisa.

—No… porque normalmente eres muy callada.

—Porque trabajo mucho —le respondí—. Y porque me paso el día intentando parecer una niña buena.

Dan se quedó callado un instante, su lengua rozó la comisura de sus labios…

Maldita sea. *Eso* era demasiado sexy.

—Niña buena es gafas de pasta, vestido con florecitas y chaleco de punto.

Tú eres *fantástica*, Leah.

Tenía que hacer algo. Estábamos entrando en un terreno peligrosísimo, y si seguía mirándole así, aquello iba a terminar con *algo más* que una caricia en la pierna.

Sin pensarlo, parpadeé y solté:

—Amanda nos ha apuntado para el *Couple Spa Day* de mañana.

Pasó casi un minuto hasta que Dan reaccionó. Me miró sorprendido.

—¿Qué es eso del *Couple Spa Day*?

—Nos van a bañar en leche y miel.

Dan bajó la vista hacia mis pies con expresión de asco.

—Puaj… eso tiene que pegarse un montón.

—¿*Esa* es tu única preocupación? —murmuré—. Vamos a estar *juntos* en una bañera. Y nos van a hacer un masaje en la *misma* sala.

Mi jefe se reclinó en la silla, pensativo.

—Mira, preferiría una fiesta de consoladores, pero no le digo que no a un buen masaje.

Abrí los ojos como platos y le miré escandalizada.

—¡Vamos a estar desnudos, Dan!

—Entonces tendré que afeitarme. Si no, mis 30 centímetros no lucen igual —susurró con una sonrisa.

Le di un toque con el pie en las costillas.

—¿¡En serio, Dan!?

Él se encogió de hombros, divertido, y murmuró:

—Dormimos juntos en la misma cama. Ya te he visto medio desnuda. Y, por si lo has olvidado, hemos fingido estar gimiendo como locos. Creo que ya no viene de un poco de piel, ¿no?

Miré hacia el horizonte, pero todo en lo que podía pensar eran sus cálidas manos sobre mis piernas… y en cuánto deseaba sentirlas sobre todo mi cuerpo. Suspiré.

—Una mujer entra en un sex-shop y compra un consolador. La dependienta le pregunta: «¿Desea una bolsa?», y la otra responde:

«No hace falta, me lo meto tal cual».

Y ahí volvió a aparecer. La risa maravillosa de Dan. Con ella, el mundo volvió a estar en su sitio.

11

Dan

Leah parecía pensativa cuando salimos a dar un pequeño paseo antes de la cena. Lo que empezaba a gestarse entre nosotros me gustaba. Por una fracción de segundo, me imaginé cómo sería si todo eso que fingíamos delante de los demás fuese real. Pero el pensamiento de cómo sería sentarnos de nuevo en la oficina el lunes, después de la boda, empañó por completo esa idea.

Allí fuera no había nadie observándonos, así que no fingimos cogernos de la mano. Aunque yo habría dado lo que fuera por entrelazar mis dedos con los suyos, tan delicados, tan suaves. Ya estaba cruzando demasiadas líneas.

En un momento dado, el silencio se me hizo insoportable, así que pregunté:

—¿Todo bien?

Leah alzó la vista, parpadeando, y me miró con esos ojos marrón avellana que me volvían loco.

—Sí, es solo que… Amanda… ella es tan…

Buscaba las palabras adecuadas, y al final dijo:

—Esta boda no es lo que ella había imaginado. Su madre tomó el control de todo y se comporta como una dictadora.

Me encogí de hombros.

—Bueno, es una mujer adulta. ¿Por qué deja que le impongan cosas?

—Has conocido a sus padres…

—Entonces habrá que sabotear la boda —dije, sonriendo de lado y mirándola de reojo.

—¿Y cómo piensas hacerlo, señor agente secreto?

—Le vamos a dar la boda que *ella* quería.

Sin pensarlo más, le tomé la mano. Y ella entrelazó los dedos con los míos como si lo llevase haciendo toda la vida. Mi pulgar

acariciaba su piel sin descanso. Por un momento, me planteé besarla, cuando un ruido extraño me hizo detenerme en seco.

Leah alzó la cabeza para mirarme.

—¿Qué pasa?

—¿Has oído eso?

Iba a responderme, pero puse un dedo sobre sus labios, mirando hacia el bosque que teníamos a nuestra izquierda.

¡Ahí estaba de nuevo!

Leah también lo oyó esta vez, y sus ojos se agrandaron.

Me apartó el dedo de la boca y susurró:

—¿Qué ha sido eso?

Era como si los pájaros hubiesen enmudecido de golpe. Solo se oía nuestra respiración, y luego el ruido volvió: un bufido. Y algo se encogió dentro de mí.

Miré a Leah. Por un momento, el silencio se hizo más intenso… hasta que lo oímos de nuevo.

—Mierda…

—¿Qué ha sido eso, Dan? —preguntó ella, abrazándose a mí con los brazos rodeándome el cuerpo.

Le susurré tan bajo como pude:

—Vamos a girarnos lentamente y volveremos corriendo al hotel, ¿vale?

—¿Es un oso? —me preguntó, y noté cómo empezaba a entrarle el pánico.

—No, tranquila. Solo es un puma.

—¿Un pu…? —chilló, y tuve que taparle la boca con la mano.

—¡Shhh!

El bufido volvió a sonar, y Leah prácticamente se me lanzó encima. Temblaba entera, con los brazos rodeándome el cuello y pegada a mí como si su vida dependiera de ello.

La miré… y por un instante me olvidé por completo del felino que acechaba en la maleza. Estaba tan cerca… nunca la había tenido así de cerca. Ella pareció notar mi mirada, porque se quedó muy quieta, mirándome también, y no supe si lo que vi en sus ojos era miedo… o fascinación.

—¿Los pumas trepan? —me susurró… arruinando por completo el momento.

—Creo que sí —contesté sin apartar los ojos de los suyos.

—Entonces deberíamos… —empezó a decir, pero otro bufido la hizo saltar. Y echó a correr.

Al darse cuenta de que me había dejado atrás, se detuvo, volvió a por mí y me agarró del brazo.

—¡Vamos, Alex!

Iba a ponerme a correr con ella, pero en cuanto me llamó *Alex*, algo dentro de mí se encogió. Ella seguía pensando en él. Quizá incluso seguía enamorada de él.

Caminé tras ella sin prisa, mientras ella bajaba por el sendero a toda velocidad. Me daba igual que me devorase un puma. Sabía que no debía sentirlo, que los celos no estaban justificados… pero dolía. Me dolía darme cuenta de que solo era un figurante en esta historia. Un actor. El novio de mentira para fastidiar a su ex. Nada más.

Y para colmo, había sido *yo* quien tuvo la idea.

Llegué al lado de Leah con el ceño fruncido. Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿No tienes miedo?

—¿A qué? —contesté, seco, sin mirarla siquiera.

Ella se colgó de mi brazo, pero al notar cómo me tensaba, se soltó de inmediato.

—¿Qué te pasa, Dan?

Alcé las cejas. Sabía que estaba siendo idiota… pero no pude evitarlo. Espeté:

—Ah, ¿ahora soy *Dan* y no *Alex*?

Ella me miró, confundida.

—¿Cómo dices?

—Me acabas de llamar Alex hace un momento, allá arriba.

—¿En serio? —preguntó, perpleja—. No me había dado cuenta. Lo siento, de verdad.

Me detuve en seco. Leah chocó contra mi pecho y alzó la mirada, aturdida, justo cuando yo solté:

—Ya… eso es lo peor. Que *ni te diste cuenta*.

Porque todavía le quieres, ¿no?

Se quedó de pie, boquiabierta, parpadeando.

—¡No! ¿Cómo… qué estás diciendo, Dan?

—¿Quieres volver con él, verdad?

La miré, sintiendo ese pinchazo agudo en el pecho que me hizo entender que Leah ya no me era indiferente. Hacía tiempo que no lo era.

Durante un segundo guardó silencio. Y ese silencio, para mí, ya era una respuesta. Pero en lugar de dejarme continuar mi camino, se interpuso delante de mí.

—Alex fue el primer hombre de mi vida. Estuvimos juntos ocho largos años, y no todo fue malo. Eso no se olvida de un día para otro.

Pero no, ya no le quiero. Y mucho menos quiero volver con él.

Lo que sí me gustaría saber es por qué tú reaccionas con tanto drama.

Me miró fijamente, y yo levanté las manos en un gesto de impotencia, intentando poner en palabras lo que llevaba dentro:

—Yo… todo esto… es que… ¡maldita sea!

Sin pensar, di un paso hacia ella, le tomé la cara entre mis manos y la besé como si mi vida dependiera de ello.

Sus labios suaves se entreabrieron sin oponer resistencia, y en cuanto me devolvió el beso, una sonrisa se escapó de los míos. Sus manos se posaron con delicadeza en mi pecho, y yo la rodeé con los brazos y la atraje hacia mí. El momento era tan perfecto que todo mi cuerpo parecía cargado de electricidad. Sentía arder por dentro algo que llevaba tiempo apagado. Pero entonces, desde lejos, se oyó de nuevo el bufido. Y antes de que pudiera reaccionar, Leah se separó de mí de golpe, me agarró de la mano… y echó a correr colina abajo gritando como una loca, arrastrándome tras ella en dirección al hotel.

Ni antes ni después de la cena Leah y yo dijimos una sola palabra sobre el beso. La tensión, sin embargo, era tan palpable entre nosotros que ninguno se atrevía a mirarse a los ojos.

Aun así, me había propuesto que hablaríamos sobre *el después*, sobre lo que pasaría al acabar la boda. Pero tras la cena, acabamos reunidos con algunos de los invitados en el bar del hotel. Leah se había apartado con la novia y las damas de honor, mientras nosotros, los hombres, hacíamos de machos apoyados en la barra, con un *whisky* en la mano, filosofando sobre la vida.

Roger resultó ser un excelente conversador, y en realidad la noche podría haber sido perfecta.

Podría…

Porque en algún momento, Alex apareció a mi lado, intentando meterse en la conversación. Antes de que pudiera reaccionar, ya lo tenía a mi lado, los dos en silencio junto a la barra. Yo habría preferido que siguiera así. Pero por desgracia, sentía la necesidad de hablar.

—Bueno, Miller… Veo que estás locamente enamorado, ¿eh? —dijo, y tuve que hacer un esfuerzo titánico por no estamparle el vaso en la cara. Le habría quedado como un guante.

—¿Qué quiere, Alex? —pregunté, llevándome el vaso a los labios.

Alex soltó una risa corta y me miró con cara de listo.

—¿Por qué esa hostilidad?

Giré la cabeza lentamente y le miré de soslayo.

—¿No tiene a nadie más a quien aburrir?

Se encogió de hombros.

—Aquí estoy bien. Usted no parece tan cómodo, en cambio. ¿Ya está bajo su zapato? Le advierto que el temperamento italiano no es ninguna broma…

No contesté. Porque si lo hacía, iba a soltarle una ristra de barbaridades que acabaría en puñetazo.

Pero a él parecía no afectarle. Siguió sonriendo y añadió:

—Leah no es mujer para toda la vida. Para un buen polvo está muy bien, no lo niego, pero en una relación… uf, todo es trabajo. Ya lo verá usted.

Le clavé la mirada.

—Como vuelva a hablar así de Leah una sola vez más, le parto la cara. Y después, limpio la barra con su asquerosa cara de imbécil.

—Uy, qué susceptible… Le he tocado la fibra, ¿eh? —masculló, sonriendo con sorna—. No se preocupe, hay muchas otras mujeres…

No llegó a acabar la frase. Porque justo antes de que siguiera, en mi cabeza ya le había estampado el puño en la cara. Le veía caer hacia atrás, con la nariz sangrando, y una satisfacción brutal me recorría por dentro.

Qué lástima que solo fuera un maldito sueño.

—¿Otro *whisky*, Dan? —escuché de pronto la voz de Roger, sacándome de mi ensoñación.

Parpadeé, confuso. Roger estaba de pie delante de mí, señalando mi vaso vacío. Asentí con la cabeza, eché un vistazo alrededor y vi a Alex… aún de pie, entero y demasiado cerca. Qué injusticia. Con la nariz sangrando parecía mucho más soportable.

Brindé con Roger, justo cuando Alex volvía a meter baza:

—… ¿o tú qué opinas, Roger? Estar enamorado está muy bien, pero cuando se pasa, todo es un coñazo.

Roger le lanzó una mirada entre incrédula y divertida, luego me miró a mí y alzó las cejas.

*Touché***.** Mentalmente aplaudí a Roger.

—Se lo estaba diciendo a Miller, sobre lo que le espera con Leah —añadió Alex, con un leve hipido. Empezaba a estar claramente bebido.

Roger entornó los ojos, y lanzó a su cuñado una mirada afilada.

—Creo que deberías irte ya a la cama, Alex. Has bebido lo suficiente por hoy.

—Venga ya… Solo digo la verdad.

Alex alzó la mano para llamar al camarero. Roger, con un leve gesto, le indicó al barman que no le sirviera más. En cuanto se dio cuenta, Alex se encendió como una cerilla.

—¿Pero qué os pasa? ¡Solo quiero evitar que este buen hombre cometa una estupidez! Tiene que saber en lo que se está metiendo. Luego acaba sexualmente frustrado y viene llorando.

Y entonces le miré con auténtico odio. Deseando con todas mis fuerzas hacer realidad mi sueño. Levanté el puño y se lo estrellé contra la nariz. Cayó como un saco mojado. Al segundo siguiente, se lanzó sobre mí y me dio un puñetazo seco. Me lo sacudí, le agarré

por el cuello de la camisa, y enseguida Roger y varios más vinieron a separarnos.

En medio del barullo, escuché con claridad una voz que me sobresaltó:

¡La de Leah!

Rodábamos por el suelo como dos adolescentes idiotas, hasta que Leah apareció entre nosotros, agitando un candelabro como una loca.

—¡Basta, idiotas infantiles! ¡¿Qué demonios os pasa?!

Nos separamos al instante, intentando esquivar el candelabro que voló rozando mi cara y el pecho de Alex.

Roger se agachó justo a tiempo para esquivar una vela que casi le vuela la cabeza. Y por si no fuera suficiente, Marge entró en escena. Se lanzó como una fiera sobre Leah, tirándola al suelo.

Amanda, por su parte, agarró a Marge por el pelo y la sacó de encima. A partir de ahí… lo perdí. Todo el mundo empezó a pegarse con todo el mundo. Volaban copas. Se rompían sillas. Se oían crujidos de narices. Hasta que una voz potente y autoritaria lo paralizó todo: la del señor Craig, el patriarca. Entró como un general en mitad del campo de batalla y gritó algo que nadie entendió, pero todos obedecieron. Como buen veterano, soltó un par de órdenes más que sonaron a comando militar. Poco a poco, los dedos se soltaron de las melenas, los puños se bajaron y todas las miradas se dirigieron a él.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí? —soltó, rojo como un tomate.

Alex fue el primero en hablar:

—¡Él empezó! —dijo, señalándome con el dedo como en parvulitos.

Roger lo miró, indignado.

—¡Tú le has provocado, Alex! Lo estabas buscando.

—Me da igual quién haya empezado. ¡Vais a recoger todo esto AHORA MISMO!

El gran jefe había hablado. Y se marchó, con paso firme, dejando al resto mirando el desastre que habíamos montado.

Parecía una fiesta universitaria salida de madre.

Suspiré, cogí una silla y la puse en su sitio. Después empecé a recoger los cristales del suelo. Los demás me imitaron, y al cabo de un rato, lo peor ya estaba recogido. Entonces la vi. Detrás de la barra. Leah. Estaba *robando* una botella de *whisky* del estante más alto y deslizándola con descaro por su escote. Muy sutil.

Ella alzó la vista y se dio cuenta de que la estaba observando, antes de indicarme con un leve gesto de cabeza que era hora de marcharnos de allí.

Nos encontramos junto al ascensor, y no pude evitar fijarme en los arañazos de sus antebrazos.

—Lo siento mucho, Leah.

Ella giró la cabeza con rapidez y, para mi sorpresa, me sonrió.

—He oído que Dan Miller ha sido el héroe de la noche.

La miré, atónito.

—¿Cómo dices?

—Roger me ha contado lo que Alex dijo. Gracias por defender mi honor, Dan.

Y ahí estaba otra vez, esa sonrisa suya tan preciosa, capaz de derretirme por dentro. Estuve a punto de besarla… de no ser porque las puertas del ascensor se abrieron justo en ese instante.

Entramos. Ella, sonriendo, sacó la botella de *whisky* que había escondido de forma *sorprendentemente poco disimulada*.

Con una sonrisa pícara, desenroscó el tapón, dio un buen trago y me brindó la botella.

—¡Esto hay que celebrarlo!

Cogí la botella, bebí también, y sentí el ardor del alcohol recorriéndome por dentro. No era una buena idea. Sentimientos y whisky… Nada buena combinación.

Entramos en la habitación y Leah lanzó los zapatos a un rincón antes de señalar el sillón que había frente al pequeño tocador.

—¡Siéntate, jefe!

—Uy, me gusta cómo me llamas jefe —dije con una sonrisa mientras me dejaba caer en el asiento, observando cómo se

acercaba al armario y rebuscaba algo—. Pero sin ataduras, ¿eh? Prefiero ser yo quien lleve el papel dominante.

La cabeza de Leah asomó tras la puerta del armario con una mirada fulminante.

—¿Vas a callarte de una vez?

—¿O vas a ponerme también una mordaza? —¿Pero por qué demonios no podía simplemente cerrar la boca?

Sin dignarse a responder a mis estupideces, se plantó delante de mí con un botiquín en la mano. Cogió la botella de whisky y me la tendió.

—Toma, gran héroe. Da un trago antes de que tenga que remendarte.

Miré la botella, atónito, hasta que me tocó la frente. Su contacto quemó como fuego.

Me estremecí ligeramente al notar el escozor del antiséptico en el algodón que empezó a presionar con cuidado sobre el pequeño corte.

Parece que me había llevado más golpes de los que pensaba. Mis ojos se deslizaron por su precioso rostro, por la luz de sus ojos, por la forma de sus labios.

No sabía cuánto tiempo más podría resistirme, y mis manos, como si tuvieran voluntad propia, se posaron en su cintura y la atrajeron hacia mí. En lugar de apartarse, Leah se sentó a horcajadas sobre mí y colocó una tirita sobre el corte de mi ceja.

En el instante en que nuestras miradas se encontraron, supe que ya no tenía escapatoria. Era completamente incapaz de luchar contra lo que sentía. Sus labios descendieron con lentitud hasta los míos, su mano se enredó en mi pelo, y mis brazos la rodearon con fuerza.

Recé para que no notara lo mucho que ese beso me excitaba. Nada me parecía más patético que un tío dirigido por la polla… y yo empezaba a ser uno de esos tíos.

Pero si Leah sentía la erección que se apretaba contra mi pantalón, no dijo nada. Sus besos descendieron por mi mejilla hasta mi cuello, y yo aspiré su aroma con desesperación, deseando que ese momento no terminara nunca.

Ya no importaba que fuera mi asistente ni que yo fuera su jefe. En ese instante no existía nada más.

Mis piernas se movieron solas y la alcé en brazos. *¿Qué demonios estoy haciendo?* Pero Leah me rodeó con las piernas sin dejar de besarme, como si me estuviera dando permiso.

La llevé hasta la cama, la deposité con cuidado sobre el colchón y me separé por un segundo.

—Sabes que si lo hacemos… cambiará todo entre nosotros, ¿verdad?

—¿Y no lo ha hecho ya? —susurró antes de volver a besarme.

Maldita sea, tenía razón.

El momento en que acepté acompañarla fingiendo ser su pareja me había conducido exactamente hasta aquí. Y si era sincero conmigo mismo… esto era justo lo que había querido desde el principio.

Mis besos se volvieron más intensos, mientras mis manos bajaban despacio, desabrochando botón tras botón de su blusa hasta dejarla solo en su sujetador de encaje blanco.

Grabé cada milímetro de su piel en mi memoria antes de que mi boca descendiera por su pecho y su abdomen. Leah respiraba entrecortadamente cuando alcancé el botón de su pantalón, lo abrí con lentitud y se lo quité.

Me tomé mi tiempo para explorar su cuerpo. Notaba sus manos enredarse en mi pelo, atrayéndome hacia abajo con suavidad. Sonriendo, levanté su pierna y la coloqué sobre mi hombro, mientras besaba el interior de sus muslos.

Ella gimió con fuerza y jadeó:

—Dan… ¡Deja de torturarme!

La miré y, solo con eso, ya temblaba bajo mi mirada. Deslicé los dedos con suavidad sobre el encaje de sus braguitas.

Justo cuando estaba a punto de apartarlas y besarla donde más lo necesitaba, alguien llamó a la puerta.

La ignoré. Leah tampoco parecía dispuesta a prestarle atención. Me incliné de nuevo hacia su centro… pero otra vez, insistieron con los golpes.

—Joder —murmuré.

—Ignóralo, Dan. No pares ahora —suplicó Leah, y yo estaba a punto de retomar justo donde lo habíamos dejado, cuando oímos con claridad la voz de Amanda al otro lado:

—¡Leah, joder, abre! ¡Alex ha desaparecido!

Leah golpeó la colcha con frustración.

—¡Menuda puntería, Amanda! —gritó hacia la puerta.

—No te molestaría si no fuera urgente. ¡Pero tenemos que buscarle! —insistió Amanda, y Leah se incorporó.

La dejé levantarse, mientras se cerraba la blusa sobre el pecho y se acercaba a la puerta para abrirla.

—Ya volverá —respondió con tono cansado.

Pero Amanda parecía sinceramente preocupada.

—Está completamente borracho y se ha adentrado en el bosque. Por favor, tienes que ayudarme a encontrarle.

Me acerqué por detrás de Leah y le dije a Amanda:

—Ahora bajamos al vestíbulo.

Por dentro maldecía a Alex por haber arruinado la noche, pero con pumas y otros animales salvajes sueltos ahí fuera, la situación no era para tomársela a la ligera.

Y aunque la idea de que un oso se lo merendara me resultaba bastante atractiva, no tenía el corazón tan frío como para arruinarle la boda a Amanda.

12

Leah

Frustrada, estaba de pie en el vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de lunes lluvioso. Ese maldito idiota de Alex acababa de arruinarme el sexo con mi jefe, y aunque debería estar agradecida por haber sido salvada de una estupidez, no podía evitar sentirme fatal.

Dan estaba a mi lado, mirando alrededor, y a diferencia del resto de los invitados a la boda, parecía incluso un poco contento de que mi ex hubiera desaparecido. No podía culparle. Alex era, sencillamente, un imbécil.

Me apoyé en la pared y observé al grupo alterado de invitados. Vaya cuadro. Se notaba perfectamente quiénes habían participado en la batalla del bar. Un primo de Alex y Amanda tenía un ojo morado, y una de las damas de honor llevaba la nariz vendada.

—¿Leah? —una voz me sacó de mis pensamientos. Parpadeé, todavía cansada, mientras Amanda se acercaba con expresión preocupada—. Acabamos de repartirnos en grupos. Dan irá con otros por el sendero del bosque. Nosotras dos nos quedamos en el hotel y revisamos las habitaciones y el aparcamiento.

Asentí, demasiado agotada y de mal humor como para protestar. Dan apareció a mi lado y posó su cálida mano sobre mi espalda mientras se despedía de mí:

—Cuídate, Leah.

Rozó mis labios con un beso suave y me miró con tristeza. Parecía que, igual que yo, preferiría estar ahora en la cama, y no buscando a mi ex infiel por el bosque.

—Cuídate tú también. Que no vuelvas a encontrarte con el puma —le susurré, apartándole un mechón de pelo de la frente.

Soltó un leve quejido al tocar la pequeña herida que tenía en la sien, pero me sonrió y salió con los demás hombres. Las mujeres de la familia ya habían partido hacia los pueblos cercanos. Solo

quedábamos Amanda y yo. Mi amiga estaba visiblemente inquieta y no dejaba de mirarme.

—¿Tú crees que le ha pasado algo?

—No tenemos tanta suerte —respondí con una sonrisa torcida, y Amanda no pudo evitar devolverla.

—Eres terrible.

—Por eso me quieres tanto —le guiñé un ojo y señalé el ascensor con la cabeza—. Tú encárgate del primer piso, yo del segundo. Luego nos encontramos en el tercero y buscamos juntas.

Amanda asintió y nos separamos para buscar al borracho de Alex. Registramos cada rincón de cada planta y no encontramos ni rastro de él. Ni siquiera en la planta baja o en las salas comunes había indicios de dónde podría haberse metido. Amanda estaba cada vez más nerviosa y, en un momento dado, pasé el brazo por sus hombros para tranquilizarla.

—Seguro que está simplemente…

Entonces lo recordé. Durante nuestros ocho años de relación, Alex había tenido más de una borrachera. Siempre que eso pasaba, desaparecía y se refugiaba en su coche hasta que se le pasaba el drama.

—¡Creo que sé dónde está!

Agarré la mano de Amanda y la arrastré conmigo hacia el exterior. El aparcamiento del hotel estaba justo al otro lado de la carretera, a unos pocos pasos de distancia.

—¿Sigue conduciendo el BMW rojo? —pregunté, sin dejar de tirar de ella.

—Sí… ¿por qué?

En lugar de responder, inspeccioné el aparcamiento hasta dar con el coche de Alex. Incluso desde lejos, podía ver que estaba dentro, al volante.

—Llama a todos y diles que ya hemos encontrado al imbécil.

Me acerqué al coche con los brazos cruzados y llamé a la ventanilla. Alex, que tenía los ojos cerrados, dio un respingo antes de mirar hacia mí. Inmediatamente abrió la puerta y salió tambaleándose.

—Leah… has vuh… vuh… vuelto… Aso, estás aquí otra vez.

Lo miré desconcertada.

—¿Has vuelto?

—A zuuu lado… estás aquí —farfulló con una sonrisa bobalicona y se me echó al cuello.

Me costó mantenerme en pie. Aunque Alex no era un armario, su peso me aplastaba casi por completo.

—Te he echado taaaanto de meno… —soltó un eructo, y por un segundo temí que me vomitara encima—. ¡Te he echado de menos!

Sin soltarme, me miró con esa expresión de perrito apaleado. No sabía cómo reaccionar. ¿Le había echado de menos yo también? Sería mentir si dijera que no. Pero ¿volver con él después de todo lo que me había hecho? Eso sí que no. Rotundamente, no.

—Estás borracho, Alex —le dije con fastidio, empujándolo suavemente contra el coche.

Pero él me miró con ojos llorosos, alzó una mano y me la posó en la mejilla.

—Eres taaaaan guapa, cariño…

—Alex, yo… —empecé a decir, pero entonces ya me estaba besando.

Una maraña de emociones me recorrió por dentro. Por un lado, asco, porque sabía a *whisky*. Por otro, aquellos sentimientos antiguos que aún guardaba, enterrados bajo todo el rencor. Sin poder evitarlo, cerré los ojos y dejé que pasara.

Fue un carraspeo lo que me devolvió a la realidad. Me alejé de golpe, sobresaltada. Dan estaba cerca, nos había visto. Primero me miró a mí. Luego a Alex. Pude ver el dolor reflejado en su rostro.

¿Por qué demonios me había dejado besar por ese capullo?

—¡Te quiero, Leah! —gritó Alex entonces, y yo me quedé mirándole, boquiabierta.

—¡Pues yo a ti no! —respondí negando con la cabeza y fui directa hacia Dan.

—¡Pero tú también me has besado, cariño! —gritó Alex a mis espaldas mientras cogía a Dan del brazo y tiraba de él.

—No, no lo he hecho —murmuré, más para convencerme a mí misma que a Alex.

—Sí, sí lo has hecho —intervino mi jefe, y le miré desconcertada.

Sí, había tenido un momento de debilidad. Y sí, había sido una estupidez. Pero eso no significaba nada… ¿verdad?

Sin embargo, al mirar a Dan a los ojos, supe que para él sí significaba algo.

Y en ese instante… el hechizo entre nosotros se rompió.

13

Leah

Miércoles antes de la boda

No dormí ni un segundo, así de mal me sentía por el beso con Alex. Maldita sea, ¿cómo había podido permitir que ese imbécil baboso se me acercara tanto?

No sabía si Dan había dormido algo. Si había estado tan despierto como yo, lo disimuló muy bien. Justo después del incidente, desapareció en la barra del hotel y no volvió a la habitación hasta varias horas más tarde.

Ahora yacía en la cama, con los ojos abiertos, mirando al techo. Dan ya se había levantado y vuelto a irse, y yo no dejaba de preguntarme cómo podría reparar todo aquello.

Me arrastré fuera de la cama, me envolví en la manta como si así pudiera protegerme del desastre de la noche anterior y fui al baño… solo para estamparme de lleno contra un pecho desnudo y ancho. Parpadeé y alcé la vista, directamente a los ojos de mi jefe. Me devolvió la mirada con tristeza.

—Estoy casi listo —dijo con voz fría, y quiso cerrar la puerta.

—¡Espera, Dan! —Interpuse el pie entre la puerta y el marco para evitar que me dejara fuera. Se me había olvidado por completo que no llevaba zapatos puestos. El dolor fue inmediato y lancé un quejido, mientras Dan abría los ojos, horrorizado.

—Joder, Leah. Lo siento mucho.

Con mucho cuidado, me ayudó, me rodeó con un brazo y me llevó de vuelta hasta la cama. Se arrodilló delante de mí, con el cuerpo solo cubierto por una toalla, y por un instante olvidé el dolor, deseando deslizar los dedos por su pelo oscuro. Pero no lo hice.

Dan examinó mi pie, acariciándolo con suavidad, y alzó la mirada, preocupado.

—¿Qué se te ha pasado por la cabeza al meter el pie en la puerta?

—Lo siento. No pensé —murmuré, y ya no estaba tan segura de estar hablando de mi pie.

Dan me miró confundido.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

Le dirigí una mirada triste, negué con la cabeza y me revolví el cabello con frustración.

—Lo siento, Dan. De verdad.

Respiró hondo sin apartar sus ojos de los míos. Luego colocó sus manos sobre mis muslos y se acercó más.

—Sé que lo de ayer fue todo menos profesional. Y, la verdad, no tengo ni idea de cómo será esto cuando volvamos a Boston. Pero ¿sabes qué? Me da igual, porque… tú eres alguien muy especial, Leah. No quiero que todo vuelva a ser como antes cuando estemos en la oficina el lunes. No quiero pasar por tu escritorio y preguntarte si hay algo nuevo. Quiero acercarme a tu escritorio, besarte y preguntarte si quieres salir conmigo. ¿Y sabes por qué?

Se detuvo un momento. Lo miré, totalmente absorta en cada palabra que pronunciaba. Continuó:

—Porque hace mucho que debería haberlo hecho.

Me incliné hacia él, quise sujetarle el rostro entre las manos y atraerlo hacia mí, pero me detuvo.

—Me dolió tanto cuando me llamaste Alex ayer. Del beso ya ni hablamos. Pero también me demostró que aún no estás lista. No quiero salir contigo sabiendo que aún piensas en él. Primero tienes que aclarar lo que sientes.

—Pero Dan, yo sé que…

No me dejó terminar.

—Te deseo, Leah. Te deseo desde el instante en que entraste a mi oficina para la entrevista. He tratado de ignorarlo, de negarlo. Pero ahora lo tengo claro. Solo que te quiero con todo tu corazón… o no te quiero en absoluto.

Las palabras se formaron en mi boca, pero no salieron. Dan se incorporó, me besó en la frente y regresó al baño.

Maldita sea. Qué idiota había sido.

Cuando, aproximadamente una hora después, estábamos sentados desayunando, no había ni rastro de Alex ni de Marge. Y sinceramente, me venía de perlas. Mi ex era lo último que necesitaba en ese momento. Aun así, sobre la mesa flotaba un ambiente sombrío, como un pesado velo de plomo, mientras Dan y yo desmenuzábamos nuestros cruasanes en silencio.

Tras el último sorbo de café, justo cuando nos levantábamos con disimulo para desaparecer, Amanda apareció de la nada, con una sonrisa tan descaradamente amplia que casi resultaba obscena.

—Bueno, tortolitos, ¿preparados para vuestro día de spa en pareja?

Me quedé mirándola, estupefacta. Luego a Dan, que parecía tan descolocado como yo. Negué rápidamente con la cabeza.

—No creo que sea...

—Bueno, en realidad... —Dan me interrumpió, como si hubiera tenido el mismo pensamiento— …pensábamos hacer otra cosa hoy...

—¡Tonterías! —Amanda desechó nuestros intentos con una mirada resuelta—. Los tratamientos están pagados. Vais, lo disfrutáis y punto. ¡Ni una palabra más!

Dan suspiró, luego asintió despacio y se giró hacia mí.

—Tengo que hacer un par de llamadas. Nos vemos en la habitación antes de bajar.

Sin añadir nada más, se marchó en dirección al vestíbulo, ya con el móvil en la mano, dejándome sola con Amanda. Me giré hacia ella, decidida a decirle lo que pensaba.

—Amanda, no creo que esto sea buena idea.

—¡Claro que lo es! —cruzó los brazos y me miró con seriedad—. El beso de ayer fue cosa de Alex. No es culpa tuya. Y, siendo sincera, os he visto esta mañana desayunar en silencio. Era para salir corriendo. ¿Qué mejor que un día de spa para aclarar las cosas?

Quise protestar, de verdad que sí. Pero Amanda no me dio ni una sola oportunidad. Antes de que pudiera abrir la boca, ya se había dado la vuelta y marchado decidida. Justo antes de cruzar la puerta del comedor, volvió a mirar por encima del hombro.

—¡Pasadlo bien!

Me quedé allí, sin saber muy bien lo que sentía. ¿Expectación? ¿Nervios? ¿O simplemente miedo a encontrarme con Dan en albornoz, mientras mi corazón ya no pintaba nada en esto… salvo recordarme exactamente lo que deseaba?

Dan rió en voz baja y alzó los brazos de forma teatral, haciendo que el albornoz se abriera ligeramente sobre su pecho. Mi mirada se deslizó sola por la franja de piel desnuda que quedaba a la vista, y tuve que obligarme a no abalanzarme sobre él babeando como una posesa.

—Estoy listo cuando tú lo estés, Leah. Y sí —añadió guiñándome un ojo—, también purificado por dentro.

—Por favor, deja de comportarte como un gurú del bienestar colocado —repuse ladeando la cabeza mientras cogía mi bolso—. Vuelvo enseguida. Y como se te ocurra hacer otro chiste sobre un consolador de tofu, te juro que…

—¡Vamos, por favor! —me gritó mientras me alejaba—. ¿Vas a quitarme así la mejor línea del guion?

—¡Dan, como no cierres la boca, te la lleno de barro terapéutico!

—¡Inténtalo! A lo mejor hasta tengo sabor a miel y leche.

Solté una risa entre dientes y desaparecí en el baño, cerrando la puerta tras de mí y apoyándome un momento en ella. Ese hombre iba a volverme completamente loca. Y aunque sabía perfectamente que debía tomarme las cosas con calma… no podía esperar a volver a verlo en la bañera.

Leche, miel y Dan Miller. Qué combinación tan peligrosa.

Llegamos al spa, ubicado en el ala lateral del hotel, donde una joven nos recibió con una sonrisa cortés.

—¿El señor y la señora Greco? —preguntó, mirándonos con expectación.

Estaba a punto de corregirla, pero Dan se me adelantó:

—Correcto.

Perpleja, le lancé una mirada de soslayo que él ignoró con destreza. En lugar de ello, me tomó de la mano y esbozó una amplia sonrisa.

Nos condujeron a una sala de masajes y nos pidieron que nos desnudáramos. Miré a mi alrededor buscando una escapatoria. Dan ya me había visto casi desnuda, y sin embargo sentía que esto iba un paso más allá, especialmente después de nuestra conversación de esa mañana. Pero Dan no parecía opinar lo mismo, porque en cuanto la recepcionista abandonó la habitación, se deshizo de su albornoz y se quedó frente a mí únicamente en calzoncillos. El espectáculo era para hincarle el diente, y por dentro una maraña de emociones me hervía. ¿Cómo podía ser tan condenadamente perfecto?

—¿Tenemos que quitarnos toda la ropa? —preguntó Dan, sacándome bruscamente de mis ensoñaciones eróticas.

—No lo creo —murmuré, mientras me devanaba los sesos pensando en cómo subir a la camilla sin quedar completamente expuesta ante mi jefe. Pero él seguía allí, de pie, esperando.

—¿Vas a dejarte masajear con el albornoz puesto?

—No, pero… o sea… —balbuceé—. ¿Podrías darte la vuelta, por favor?

Dan alzó las cejas y abrió la boca con sorpresa. Luego la cerró, se dio la vuelta y esperó. Me deshice del albornoz y me tendí en la camilla, quedándome únicamente con las braguitas.

—Ya puedes volver a mirar —le dije, y oí cómo crujía la camilla a mi lado.

Recé con todas mis fuerzas para que lo del baño de leche y miel fuera una broma de Amanda, porque no sabía cómo iba a sobrevivir a un baño compartido con ese hombre tan terriblemente atractivo.

La puerta se abrió y oí pasos. Intenté relajarme mientras unas manos suaves se posaban sobre mi espalda, seguidas de aceite tibio. A medida que las manos del masajista amasaban mis músculos, al fin me dejé ir, cerré paso a todo pensamiento negativo, y sobre todo a los eróticos, y caí en una especie de duermevela. Maldita sea, debería darme masajes como este más a menudo.

Poco a poco, las manos descendieron por mis piernas hasta alcanzar los pies. Flotaba, completamente relajada, y deseaba poder quedarme allí para siempre. Entonces la voz de Dan me arrancó de ese estado de trance.

—¿Qué puedo hacer para que lo olvides?

Abrí los ojos sorprendida, pero la camilla a mi lado estaba vacía. Me giré sobresaltada hacia quien me masajeaba… y me quedé pasmada al ver a Dan, que con dedos expertos amasaba mis gemelos.

—¿Qué estás haciendo?

—He enviado a las dos masajistas a otro sitio —dijo, bajando la mirada con inseguridad, como esperando una reacción por mi parte.

—¿Pero por qué?

—Quería estar a solas contigo. Lo que te dije esta mañana, lo decía en serio. No quiero… si llegamos a… o sea… No quiero que pienses en él cuando estemos juntos los dos… —cerró los ojos por un momento, luchando visiblemente con sus pensamientos—. Pero tampoco soy capaz de mantenerme alejado de ti.

Intenté incorporarme, pero al estar completamente desnuda de cintura para arriba, desistí. En su lugar, lo miré directamente.

—Alex no me importa. Es parte del pasado. Si no hubiera sido por esta boda, ni siquiera habría pensado en él. El beso de ayer me tomó por sorpresa y, durante un segundo, mi mente desconectó y dejó que el cuerpo actuase. Fue estúpido, no lo busqué. Pero Dan, yo…

Maldita sea, ¿qué se supone que debía decirle ahora? Él me observaba, esperando, sin dejar de masajearme.

—No quiero que te alejes de mí.

Eso sí era verdad. Con Dan, solo la verdad servía.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Se inclinó sobre mí y dejó que sus manos recorrieran mi espalda. Su rostro descendió hasta mi oído y susurró:

—Aunque quisiera, no tengo poder contra tu magnetismo.

Sin pensar en que ambos estábamos únicamente en ropa interior, me incorporé al fin, lo atraje entre mis piernas y pasé una mano por

detrás de su cuello. No dudó ni un segundo antes de posar sus labios sobre los míos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Ese beso me catapultó a otra dimensión. Maldición, ¿dónde había aprendido a besar así?

Las manos de Dan se deslizaban lentamente por mi espalda mientras me estrechaba contra su cuerpo. El calor que desprendía avivó el fuego en mi interior, y mis dedos comenzaron a explorar su pecho con cautela. Él soltó un suspiro en mi boca mientras afianzaba aún más su abrazo. Sus labios descendieron con suavidad por mi cuello, hasta que de pronto se detuvieron. Supe enseguida por qué. Algo duro presionaba contra mi abdomen y, con disimulo, eché un vistazo hacia abajo. Él siguió mi mirada y se puso rojo como un tomate.

—Ya no controlo mis treinta centímetros —me susurró al oído entre risitas, mordiéndome el lóbulo.

—¿Vas a restregarme tu impresionante tamaño durante toda la vida? —pregunté, también riendo.

—Ninguna mujer me había hecho un cumplido así.

Sin apartarse de mi cuello, sus manos dejaron mi espalda y se posaron en mis muslos. Lentamente, comenzaron a ascender, y un gemido escapó de mis labios. Maldita sea, ¿qué me estaba haciendo este hombre?

Instintivamente, mis manos también se deslizaron hacia abajo hasta alcanzar el borde de sus calzoncillos.

Dan se detuvo un instante y me susurró:

—Tengo que confesarte un secreto, Leah.

Sentí la aspereza de su barba incipiente sobre mi hombro y un estremecimiento me recorrió la piel.

—¿Un secreto?

—Sí —respondió en voz baja—. No son treinta centímetros.

No pude evitarlo y rompí a reír.

—La verdad, eso me habría dado bastante miedo.

Él alzó la mirada, me contempló con seriedad y dijo:

—Y creo que estoy empezando a enamorarme de ti.

14

Dan

El tiempo pareció volverse relativo en aquel preciso instante. Leah me miraba como si acabara de confesarle que era un alienígena con dos cabezas. Con la mirada, la suplicaba en silencio que dijera algo. Pero ella callaba. Sus labios, tan hermosos, formaban palabras que no llegaban a pronunciarse. Sus ojos atravesaban las profundidades de mi alma, y su mano pequeña y cálida seguía apoyada en mi nuca.

¿Me había pasado de la raya? ¿Había sido demasiado para ella mi confesión?

—¡Di algo, Leah! —le rogué, y fue entonces cuando pareció salir de su estado de shock.

—¿Qué? —preguntó, confundida, parpadeando.

—Yo… es decir… hay algo… —balbuceé como un adolescente inseguro.

Leah ladeó la cabeza y sus ojos oscuros me taladraron.

—¿Tú crees…?

—Sí. Creo que… —intenté continuar la frase, pero ella me interrumpió.

—¿Cómo se puede *creer* que uno se está enamorando? Eso no es ni una cosa ni la otra.

Perplejo, me quedé mirando sus labios carnosos, que parecían hechos para besar. ¿Entonces qué quería de mí? Abrí la boca y pregunté:

—¿Debería…?

—Bésame, idiota enamorado, ¡y luego inténtalo de nuevo!

Temperamento italiano… ¿qué más se puede decir? Sin pensarlo, estampé mis labios con ansia sobre los suyos. Ella respondió al beso con la misma avidez, dejándome completamente desconcertado. Cuando se separó, me miró esperando.

—Eh, bueno… Leah, yo… creo…

Un suspiro exasperado escapó de sus labios.

—¿Que *crees*? ¡Maldita sea, Dan! Dime de una vez que me quieres —espetó, impaciente.

—¡Te quiero! —exclamé, y sus ojos se iluminaron—. ¡Leah Greco, estoy perdidamente enamorado de ti!

Las comisuras de los labios de mi asistente se curvaron en una sonrisa tentadora, y sus piernas se aferraron a mi cintura. De un tirón, me atrajo hacia ella y me miró intensamente a los ojos.

—¿Dan?

—¿Sí, Leah? —respiraba con dificultad y lo único que deseaba era fundirme con esa mujer.

—¿Dan? —susurró otra vez.

—¿Sí, Leah? —mi frente descansaba sobre la suya y mis labios buscaban los suyos.

—Dan. Han llamado a la puerta.

Me detuve en seco. ¿Es que en este maldito hotel no se podía seducir a una mujer en paz?

Con fastidio, me separé de Leah, le tendí una toalla y entreabrí la puerta. Una de las masajistas se encontraba allí, visiblemente incómoda, balbuceando algo sobre que "el tiempo se había terminado". Cerré la puerta de nuevo y me volví hacia Leah.

—¿Sabes qué? Ya no me apetece nada este *Spa-Day*, ni este hotel. ¡Vámonos de aquí!

Leah sonrió mientras se metía en su albornoz.

—Eso suena emocionante. Me siento como una adolescente rebelde. Con la diferencia de que nunca fui rebelde de adolescente.

También me puse el albornoz y le pregunté:

—¿Qué es eso que siempre quisiste hacer y nunca te atreviste como adolescente buena que eras?

Se quedó pensativa unos segundos.

—¡Sexo en el coche!

La miré sorprendido.

—¿Nunca has tenido sexo en un coche?

—¡Nunca! —negó con la cabeza.

—Pero no esperes demasiado. Puede ser bastante estrecho. —Sin decir una palabra más, la tomé de la mano y salimos de la sala de

masajes. Tomamos el ascensor y subimos a nuestra habitación. Casi asaltamos el cuarto y le grité:

—¡Ponte algo! Vamos en mi coche.

Esperaba algún tipo de protesta por parte de mi recatada asistente, pero sus ojos brillaban de deseo, y antes de que pudiera reaccionar, se había puesto un vestidito veraniego ligero y se mordía el labio inferior con picardía.

Apenas me había enfundado los pantalones cortos cuando su braguita voló en mi dirección. Maldita sea, esa mujer me estaba volviendo completamente loco incluso antes del sexo. Me puse la camiseta a toda prisa, agarré las llaves del coche y le tendí la mano. Bajamos como un rayo, atravesando a varios invitados de la boda sin detenernos a saludar.

¡Teníamos una misión!

Pese a las prisas, seguí siendo el caballero que Leah merecía: le abrí la puerta del coche antes de subir yo.

Me tomé un instante para pensar en un lugar donde pudiéramos estar a solas y hacer lo que llevábamos días deseando. Entonces recordé el bosque por el que habíamos paseado. Desde el aparcamiento partía una carretera, y con algo de suerte, allí no habría nadie.

Conduje demasiado rápido por aquella carretera mientras Leah tomaba mi mano derecha y la colocaba sobre su muslo. Solo imaginar que no llevaba ropa interior hizo que mi erección latiera con tal fuerza que temí que los pantalones estallaran.

Estábamos llegando al aparcamiento cuando mis dedos alcanzaron el centro de Leah y solté un gemido contenido. Estuve a punto de detener el coche allí mismo, pero las pocas neuronas que aún funcionaban me obligaron a mantener la calma.

Pasé de largo el aparcamiento mientras la yema de mis dedos acariciaba su piel depilada y suave. Estaba a punto de estallar cuando, prácticamente a ciegas, me adentré en el bosque.

Ese camino no estaba habilitado para coches, y el vehículo saltaba sobre raíces y piedras. Probablemente iba a necesitar amortiguadores nuevos después, pero en aquel momento, eso me importaba un carajo.

Por fin encontré un pequeño desvío que se adentraba en una zona del bosque mucho más densa y oscura. Conduje por él, detuve el coche y miré, sin aliento, a la mujer que tenía al lado, que jugueteaba con deseo con mis dedos. Solté nuestros cinturones y recliné los asientos.

Me daba absolutamente igual que hubiera excursionistas por aquella zona del bosque. Solo quería sentir a Leah. La subí a mi regazo, y al hacerlo, se golpeó la cabeza contra el techo del coche. Negó con la cabeza y soltó un "Ay" antes de lanzarme esa mirada suya que me atravesaba por completo.

Fui a quitarle el vestido, pero me enredé con el brazo en el cinturón. Fastidiado, me libré de él y, con hambre, le arranqué la ropa de encima.

Mis ojos recorrieron su cuerpo desnudo y la piel dorada por el sol con una admiración casi reverencial. Era tan perfecta, tan increíblemente hermosa, que deseaba saborear cada centímetro de ella.

Mientras Leah comenzaba a bajarme los pantalones cortos, mi boca buscó sus pezones endurecidos, y mi lengua acarició su piel con devoción.

¿Cómo demonios había sido capaz de trabajar un año entero junto a esta mujer sin…? No, no era del todo cierto. Claro que había fantaseado con cómo sería tenerla sobre mi escritorio…

Y ahí estaba su mano, justo sobre mi entrepierna, arrancándome un gemido cargado de placer:

—Oh, joder… No pares, Leah.

Se frotaba contra mí, movía su mano con ritmo mientras yo sujetaba su cintura y la guiaba sobre mi cuerpo. No tenía ni idea de si me quedaban fuerzas para un preámbulo.

Por suerte, Leah parecía igual de impaciente, porque sin previo aviso me tomó por completo dentro de ella. En cuanto se sentó sobre mí y empezó a girar las caderas hacia delante y hacia atrás, perdí la cabeza. La forma en que echaba la cabeza hacia atrás y se acariciaba a sí misma me exigía toda la contención que aún conservaba. Estaba al borde de correrme.

Como si supiera exactamente cuánto me estaba torturando, sus movimientos se hicieron más intensos, más salvajes. Me cabalgaba llevándome directo a la locura, y yo luchaba por pensar en cualquier otra cosa. Maldita sea, ese vaivén de caderas…

Con cada embestida perdía más y más el control, y justo cuando ya no podía más, una enorme zarpa golpeó la ventanilla del coche. Como en una pesadilla, vi a un oso mirándonos desde el otro lado del cristal, y mi ansiado clímax se evaporó en el acto.

—¡Mierda! ¡Un oso! ¡Leah!

Pero a Leah no pareció importarle lo más mínimo. Sin abrir los ojos, me soltó un bufido:

—¡Ni se te ocurra parar, Dan! Estoy a punto de… ohhh… Dan… ohhh… me vengo…

Sentí cómo sus músculos se contraían en torno a mi polla mientras se movía salvajemente arriba y abajo. Gemía alto… demasiado alto, porque el oso pareció tomárselo como una provocación y se irguió amenazante ante mi ventanilla. Leah, completamente inmersa en su propio placer, no se enteró de nada.

Yo, en cambio, alternaba la mirada entre el cuerpo ardiente de Leah y el animal furioso, tratando con todas mis fuerzas de no perder la cabeza. Definitivamente, así no me había imaginado mi primera vez con ella.

Leah se derrumbó sobre mí y me susurró al oído:

—Ha sido tan jodidamente bueno…

—Leah, hay un… —jadeé, mientras ella se incorporaba con una sonrisa.

—Dan, yo te… —Su mirada se desvió al intruso, que seguía ahí, separado de nosotros solo por un cristal, emitiendo unos sonidos extraños.

Un chillido, unas piernas volando por el aire y una Leah completamente histérica acabaron por enfurecer aún más a la bestia.

—¡Hay un oso!

—¡Eso llevo diciéndote desde hace un buen rato! —estallé.

—¡Rápido, arranca! —gritó Leah, intentando subirse el vestido de nuevo. Con los pantalones aún por las rodillas, puse el coche en

marcha y metí la marcha atrás. Lejos del maldito oso y de vuelta a la civilización.

Definitivamente, yo no había nacido para la vida salvaje.

15

Leah

Sin aliento, yacíamos sobre la cama, mirando fijamente al techo. Después de aquella aventura de locos, habíamos corrido como poseídos hasta la habitación y nos habíamos dejado caer entre risas sobre las sábanas. Era imposible tener tanto infortunio.

Una vez que logramos calmarnos, cerré los ojos por un instante. Maldita sea… acababa de acostarme con mi jefe y casi me ataca un oso.

Fue entonces cuando asimilé la magnitud de aquella situación tan desquiciada. Pero en lugar de arrepentirme, una sonrisa se dibujó en mis labios. ¡Me había acostado con mi jefe, por el amor! ¡Habíamos tenido sexo! ¡Él había metido su…! Vale, ¡demasiados detalles!

—Nunca había pasado tanto miedo durante el sexo como hace un momento —murmuró Dan junto a mí, y abrí los ojos para mirarlo.

—Y yo nunca había tenido un sexo tan bueno como ese.

Dan me miró incrédulo y negó con la cabeza.

—Pero si ni siquiera he llegado a terminar por culpa de…

No pudo continuar, porque me abalancé sobre él y le estampé los labios con un beso. Después de un año de abstinencia, por fin había vuelto a tener sexo. Sexo jodidamente bueno. Sexo con mi jefe. Y quería más.

Y al parecer, Dan también. Podía sentir su erección palpitando entre mis muslos mientras me sentaba sobre él. Con un movimiento hábil, volvió a desnudarme y dejó que su mirada se paseara por mi cuerpo sin ningún pudor.

Con él me sentía bella, deseada. Era diferente a Alex, que siempre buscaba su propio placer. Las manos de Dan se deslizaron con suavidad sobre mis pechos, y por una vez, no dijo ninguna de sus típicas bromas. Parecía pensativo. ¿Se estaría arrepintiendo de lo que acabábamos de hacer?

Pero mis temores no tardaron en disiparse. Me rodeó con los brazos y se incorporó, devorando mi cuerpo con la mirada centímetro a centímetro, antes de decir:

—Eres increíblemente hermosa.

Nuestros labios se encontraron con urgencia, su aliento ardiente descendió por mi cuello, cubriéndolo de besos. Sentí un cosquilleo recorrerme la piel cuando sus dedos acariciaron mi vientre con suavidad.

La brisa cada vez más fresca que entraba por la puerta del balcón me hizo estremecer, pero me daba igual. Mis manos se hundieron en su pelo oscuro, cerré los ojos y un gemido placentero escapó de mis labios.

Sus besos descendieron poco a poco y, antes de que pudiera darme cuenta, Dan me recostó de nuevo y se colocó entre mis piernas.

Me miró una vez más antes de hundir el rostro en mi centro y lamerme con delectación. Las sensaciones que me recorrieron fueron indescriptibles, y mientras mis manos se aferraban con ansia a las sábanas, mi cuerpo se arqueó hacia él, hambriento, exigiendo más.

Mi respiración se aceleró. Los estallidos de placer que me atravesaban eran tan intensos que ya no podía controlarme. Nunca había vivido algo así.

No sabía si se debía a mi falta de experiencia o al hecho de que los únicos hombres con los que me había acostado hasta entonces eran unos egocéntricos de mierda. Pero lo que Dan me hacía con la lengua entre las piernas me elevaba al séptimo cielo y me hacía flotar sin gravedad. Cada caricia de su lengua me empujaba más cerca del clímax, y eso que, hasta entonces, mis únicos orgasmos habían sido los que me había dado yo misma… y el del coche, interrumpido por el oso.

El deseo se extendió por mi cuerpo como lava ardiente. Las piernas me temblaban, y sentí las contracciones apoderarse de mi interior. Me arqueé gritando bajo sus besos, pero él no parecía tener ninguna intención de detenerse. Levantó un instante la mirada desde entre mis piernas, sonrió y dejó que sus dedos se deslizaran

por mi humedad. Cerré las piernas instintivamente, cada milímetro de mi sexo era hipersensible.

—Dame… solo una… necesito…

No era capaz de articular más que un jadeo. Dan se incorporó entre mis piernas, pero en lugar de apartarse, acarició mis pechos, succionó mis pezones y buscó con la mano mi húmedo centro.

Quise detenerle, no estaba preparada aún… pero sus dedos ya estaban dentro de mí. Mis protestas se ahogaron en su boca, que me devoraba a besos mientras entraba una y otra vez en mi interior. Maldita sea, ¿qué me estaba haciendo?

Se sentía tan bien que mi resistencia se deshizo y me entregué por completo. Antes de que pudiera asimilarlo, un nuevo orgasmo se acercaba, aún más intenso, y sorprendida por la reacción de mi cuerpo, rodeé su cuello con los brazos. No apartó la mirada de mí ni un segundo, como si se alimentara de mi placer. Solo cuando grité su nombre, se detuvo.

Me quedé tumbada, temblando, incapaz de creer lo que acababa de hacer con mi cuerpo. Pero cuando se desnudó frente a mí, supe que aún no había terminado.

Por primera vez pude admirar su cuerpo como es debido. Era atlético, pero sin exagerar. Su impresionante polla era un auténtico regalo para la vista, firme y lista.

Le deseaba, aunque ya hubiese tenido tres orgasmos en las últimas horas. Cada fibra de mi cuerpo ansiaba disfrutarlo, besarlo. Cuando volvió a subirse a la cama y se acercó a mí, abrí las piernas de forma instintiva.

Con una sonrisa en los labios, aceptó la invitación y en un abrir y cerrar de ojos estaba sobre mí. Pero en lugar de penetrarme, me besó y dejó que sus labios resbalaran por mi lóbulo mientras me susurraba al oído:

—Mi pene salió en el Libro Guinness de los Récords.

Lo miré, incrédula.

—¿En serio?

Las comisuras de su boca se alzaron con picardía.

—Sí… hasta que me echaron de la biblioteca.

Me quedé pensativa un segundo, luego cerré los ojos entre risas.

—¿También cuentas chistes durante el sexo?

—Primero me convierto en el hazmerreír, y luego en el clímax de la noche —dijo Dan, curvando la boca en una sonrisa socarrona—. Ese ha sido claramente un comentario con doble sentido.

Sentí la punta erecta de su polla rozando mi entrada y puse las manos sobre sus nalgas. No podía esperar más para sentirlo dentro de mí, pero él se tomó su tiempo, torturándome durante minutos mientras mordisqueaba lentamente mi cuello.

Entre besos ardientes, habló con voz forzada:

—Mami, mami, el perrito está follando. —Y luego, con una voz más grave: —Entonces no mires.

—Oh, Dan. Para ya —dije entre risitas.

Puso cara de niño pequeño y volvió a hablar con tono agudo:

—Pero mami, ¡me duele mucho!

No pude evitarlo, estallé en carcajadas.

—¡Idiota! ¡Cállate de una vez y fóllame!

Mi jefe sexy no necesitó que se lo repitiera. Se hundió en mí con ímpetu, y durante un instante me faltó el aliento. Sentir cómo se deslizaba dentro de mí, despacio, pero con fuerza, me dejó sin palabras. Los músculos de su trasero se tensaban como acero bajo mis manos, y su respiración se volvió más agitada. Sus embestidas se volvieron más urgentes, y gemíamos al unísono, al ritmo del crujido del colchón. Probablemente todo el hotel estaba escuchando nuestro encuentro, pero a ninguno de los dos nos importaba lo más mínimo.

Podía sentir cómo Dan palpitaba dentro de mí cuando, de pronto, preguntó:

—¿Qué es un condón con agujero?

Entre gemidos y jadeos, logré decir:

—¿En serio, Dan? Estoy a punto de correrme y ¿tú sigues con los chistes?

—La respuesta es: "huevo Kinder Sorpresa". Solo quería señalar que esta es la segunda vez que lo hacemos sin protección.

Mi orgasmo inminente se esfumó como si no hubiera existido. Me detuve en seco. En mi cabeza, repasé mentalmente cuándo me

había puesto la última inyección anticonceptiva trimestral. Lo miré con los ojos abiertos de par en par.

—¡Joder!

Como si me hubiera picado una tarántula, empujé a Dan fuera de mí y salté de la cama. Rápidamente agarré la colcha, me la envolví en el cuerpo desnudo y grité:

—¡Joder, joder, joder!

—Tranquila, no me corrí en ninguna de las dos veces —intentó calmarme Dan, levantándose también y poniéndose a mi lado.

Lo miré incrédula.

—¿Es que no prestaste atención en la clase de educación sexual? Ahí puede… o sea, ahí sale… ¡puede pasar… maldita sea, ya sabes lo que quiero decir!

Dan se encogió de hombros y preguntó:

—¿Cuándo fue tu última regla? ¿O cuándo te toca la próxima?

—¿Pero qué clase de pregunta es esa, Dan? —le solté, abriendo mucho los ojos. ¿Cómo podía pensar en eso en un momento así?

—Venga, dímelo —insistió.

—Me toca la semana que viene. ¿Por qué?

Dan hizo un gesto de despreocupación y fue entonces cuando bajé la mirada por su cuerpo desnudo… hasta su erección.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Solo se es fértil aproximadamente una o dos semanas después del inicio de la última regla.

Parpadeé.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Bajó la vista, algo incómodo:

—He tenido… ya sabes… relaciones anteriores. ¿Es tan importante?

—Espero que ese no fuera tu único método anticonceptivo. ¿O hay algo que deba saber?

Levantó las manos en señal de defensa.

—No, tranquila. Nada de eso. —Luego se quedó pensativo y preguntó: —¿No tendrás preservativos por casualidad…?

—¿En serio estás pensando en seguir ahora…?

—¡Joder, Leah! ¡Me van a estallar los huevos!

Observé con una sonrisa su cara de sufrimiento.

—¿Es que los hombres ya no lleváis uno en la cartera? Siempre preparados y todo eso…

Negó con la cabeza y señaló la pared detrás de la cama.

—Podría preguntarle a Alex.

—¡Ni se te ocurra! —le advertí, justo cuando le temblaba una comisura.

—No lo tenía previsto… —balbuceó, buscando las palabras adecuadas—. No había planeado esto.

—¿No lo habías planeado? —pregunté, incrédula.

—No. ¿Tú sí?

—¡Leah! —se oyó de repente desde fuera. Habíamos olvidado por completo que la puerta del balcón seguía abierta de par en par.

Salí envuelta en la colcha y miré hacia arriba. Mi mejor amiga me saludaba con la mano.

—¡Toma, cariño, atrapa!

Antes de que pudiera reaccionar, me lanzó un preservativo y sonrió de oreja a oreja.

—Espera, tengo más.

Una lluvia entera de condones descendió desde el piso de arriba.

—¿Y qué se supone que voy a hacer con tantos…?

Entonces Dan se colocó a mi lado, un libro tapándole el miembro, y gritó hacia arriba:

—¡Gracias, Amanda! ¡Los vamos a necesitar!

—*¿Los vamos a necesitar*? —le pregunté con los ojos como platos.

—Oh, Leah —dijo, mientras sus labios se curvaban con picardía—. ¡Y tanto que sí!

Recogí los condones del suelo y estaba a punto de volver a entrar cuando vi que Alex salía a su balcón. Me miró con una expresión de rabia contenida por encima de la ridícula separación de privacidad. Dan también lo notó, levantó el libro a modo de saludo… y solo entonces se dio cuenta de que estaba completamente expuesto frente a mi ex. Se giró de inmediato, murmurando una disculpa.

Yo también me metí en la habitación a toda prisa, cerré la puerta del balcón y corrí las cortinas. Me volví hacia Dan con expresión severa.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

Me dedicó una sonrisa inocente.

—No sé de qué me hablas.

—¡Pequeño exhibicionista!

Dan bajó la vista hacia su entrepierna y dijo:

—Oh, vamos. El pequeño guerrero no tiene nada de qué avergonzarse.

—¿Pequeño guerrero? ¿Le has puesto nombre a tu pene?

—Siempre listo para el combate. No se rinde. Firme y valiente. ¿Cómo quieres que lo llame si no?

Me lo pensé un momento y le sonreí con entusiasmo:

—¡Tronco del deseo!

—¿En serio? Acabas de herir al pequeño general. Ya no se va a levantar más. Está herido… y revolcándose en su autocompasión.

Solté una carcajada y añadí otro nombre:

—Flagelo de carne.

—Eso suena interesante —admitió Dan, mientras hacía girar su pene como las aspas de un helicóptero.

Lo miré horrorizada.

—Por favor, no vuelvas a hacer eso jamás.

—Oh, venga. Si vosotras tuvierais un soldado tan bonito, haríais lo mismo.

—No, no lo haríamos.

—Sí que lo haríais.

Lo miré, conteniendo una risa. Sabía que tenía razón.

—¿Y ahora qué hacemos con tu *abrepiernas*? ¿Está cansado o todavía le queda cuerda?

Los ojos de Dan brillaron y, con voz grave, ordenó:

—¡Deja caer la colcha!

Aflojé el nudo y sentí cómo el suave tejido deslizaba por mi piel desnuda. Me quedé completamente expuesta frente a él, y observé cómo se humedecía los labios con la lengua. Su miembro palpitaba

entre sus piernas, y yo lo contemplaba con deseo, recostada despreocupadamente contra la pared.

—¡Ven aquí! —ordenó Dan con voz autoritaria, y di un paso hacia él.

—¡Más cerca!

—Me encanta cuando sacas al jefe que llevas dentro —le dije con una sonrisa traviesa.

Intentó mantenerse serio, pero acabó estallando en carcajadas.

—El jefe, desde luego, está colgando al aire libre. Va siendo hora de que se levante y se ponga manos a la obra.

—¿Quieres que tu asistente lo tome en sus propias manos? ¿O prefieres una pequeña reunión… oral?

—Leah… me estás matando —susurró Dan, sentándose sobre el escritorio.

Sin que me lo pidiera, me acerqué, me arrodillé lentamente ante él y tomé en la mano al pequeño jefe del gran jefe. Sus ojos se abrieron con sorpresa mientras me humedecía los labios y los entreabría, dispuesta a mostrarle de lo que era capaz… con la boca.

16

Leah

Jueves antes de la boda

Nunca me había sentido tan viva la mañana después como aquella. Apenas podía caminar, tras todo el sexo de la noche anterior, pero me daba igual. Más igual no podía darme.

Apretaba con fuerza la mano de Dan entre las mías, sintiendo cómo mi piel se estremecía cada vez que él acariciaba el dorso con su pulgar. Tenía mariposas haciendo piruetas en mi estómago y sí, estaba completamente enamorada de ese hombre.

Me daba igual que fuera mi jefe, me daba igual que fueran a cuchichear sobre nosotros en la oficina. Me daba igual incluso haber privado de sueño a todos los demás huéspedes del hotel. Quería más de Dan. Era adicta a él.

Estábamos delante del ascensor, dispuestos a ir a comer a algún restaurante en el pueblo de al lado, tras horas de pasión sin tregua. El desayuno lo habíamos sustituido por actividades físicas mucho más intensas, y nuestros estómagos rugían después del ejercicio maratoniano que llevábamos acumulado. Amanda tenía toda la razón: habíamos necesitado todos y cada uno de los preservativos.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Dan me atrajo hacia dentro y me empujó contra la pared del fondo. Colocó las manos a ambos lados de mi cabeza y me miró con ese fuego en los ojos, como si aún tuviera hambre de mí. En esas últimas horas había descubierto a un Dan completamente nuevo, y me sorprendían todas las facetas que había mantenido ocultas hasta ahora.

—¿Alguna vez te has quedado atrapada en un ascensor? —me susurró al oído, mientras comenzaba a mordisquearme el lóbulo.

—Creo que es buen momento para decirte que tengo un problema con los espacios cerrados. Así que si estás planeando alguna

estupidez, ¡desístelo ya!

Me miró con picardía.

—Si me pego bien a ti, verás cómo el ascensor ya no parece tan estrecho.

Estiró la mano hacia el botón de emergencia y lo miré con gesto de advertencia.

—Dan, no podemos hacer esto.

—Nunca he tenido sexo en un ascensor —me murmuró, y apretó el botón con una sonrisa traviesa.

El ascensor se detuvo de inmediato y negué con la cabeza, incrédula.

—Dan Miller, ¿pero qué coño te pasa?

—¡Te lo puedo decir, nena! —exclamó sin aliento, antes de besarme con fuerza, alzarme por la cintura y esperar a que rodeara su cuerpo con las piernas—. No puedo tener suficiente de ti. He trabajado un año entero a tu lado sin poder tocarte. ¡Ya no puedo seguir conteniéndome!

Un gemido escapó de mis labios cuando metió la mano bajo mi vestido y apartó la ropa interior. Cerré los ojos y me dejé llevar. Sus dedos eran suaves, pero intensos, y antes de que pudiera darme cuenta, se había desabrochado los pantalones y se posicionaba frente a mí.

—Ven con papi.

—¡Para ya! Si quisiera un "papi", me tiraría al padre de Alex —le solté, fulminándolo con la mirada.

Dan empezó a reír.

—A ese viejo general ya no se le debe levantar ni con grúa. ¿Has visto la cara de frustración que tiene su mujer?

—¡Basta, Dan! —grité justo cuando me penetró. Ardía. Maldita sea, ardía como el fuego después de tanto sexo.

Jadeando, comenzó a moverse dentro de mí y me susurró:

—Espero que no le den Viagra al viejo. ¡Luego no habrá forma de cerrar la tapa del ataúd!

Lo miré con indignación, pero en ese instante sus embestidas se hicieron más rápidas y ya no fui capaz de replicar.

Justo cuando nos acercábamos al orgasmo, el ascensor volvió a moverse de repente. Dan se apartó de mí sobresaltado y luchó por subirse los pantalones. Y justo entonces… las puertas se abrieron.

Allí estábamos nosotros, despeinados, con las mejillas encendidas, frente a un empleado del hotel… y el mismísimo señor Craig.

Avergonzada, bajé la vista al suelo mientras Dan tomaba mi mano y me arrastraba fuera del ascensor con rapidez.

¿Habría oído el viejo nuestras burlas?

Una hora más tarde, estábamos sentados en una pequeña cafetería al borde de la calle, terminándonos los últimos bocados de nuestro almuerzo. Era un día precioso, soleado, y una ligera brisa bajaba desde las montañas. Yo me sentía feliz, y Dan también parecía estarlo. Pero había un asunto al que debíamos enfrentarnos, y decidí que era hora de hablarlo.

—¿Qué vamos a decir en la oficina? —pregunté.

Dan alzó la vista, sorprendido, y se encogió de hombros.

—La verdad. ¿Qué otra cosa?

—¿Y si piensan que soy una cualquiera que se ha acostado con su jefe para escalar puestos?

Mi preocupación no era infundada. Ya había vivido algo parecido con Alex, cuando me trasladaron a otro departamento. No tenía ningún interés en convertirme otra vez en el centro de las habladurías, aunque mis actuales compañeros fueran de otro estilo.

Dan sonrió con picardía.

—¿Y a dónde más vas a escalar? Ya estás en el puesto más alto, justo a mi lado. A no ser que quieras destronarme. Aunque estoy seguro de que podrías hacerlo sin problema.

—¿Y si los demás empiezan a hablar de nosotros?

Dan tomó mi mano, la besó con ternura y me miró con amor antes de responder:

—¿Y qué van a decir? Si ya llevan tiempo hablando.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que llevan tiempo hablando? ¿Quién ha hablado de nosotros?

—Todo el mundo. Llevan meses esperando que pase algo entre nosotros. Escuché a Benny y a Margaret cuchichear, y sé que hay una apuesta en la oficina sobre cuándo confesaríamos que estamos enamorados. Algunos ya han perdido porque hemos tardado demasiado.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —le solté, indignada, sin saber bien cómo reaccionar.

—Soy el jefe. Lo sé todo. Podríamos dejarnos pillar con las manos en la masa. Susan apostó a que nos descubrirían sobre mi escritorio. Podría venirle muy bien llevarse los quinientos dólares del bote.

—¿Quinientos dólares? —repetí, perpleja. No podía estar hablando en serio. Pero esta vez Dan no se rio.

—Todos lo intuían, incluso puede que lo hayan visto venir. Los únicos tontos que han tardado en darse cuenta de que estamos hechos el uno para el otro… hemos sido nosotros.

Incliné la cabeza y pregunté en voz baja:

—¿Y eso significa que ahora estamos oficialmente juntos?

Una sonrisa apareció en los labios de Dan mientras me acercaba hacia él.

—Anoche te marqué varias veces con mi semen. Eso se llama declarar la propiedad.

—Oh, qué romántico —repliqué con sarcasmo—. Eso habrá que practicarlo un poco más.

Entonces se puso serio, me miró a los ojos con intensidad y dijo:

—Te quiero, Leah. Te deseo y te necesito. ¿Eso te parece lo bastante romántico?

Mi corazón se derritió por completo. Llevé la mano a su mejilla.

—Creo que yo también te quiero.

Sí, era cierto. Estaba completamente, locamente enamorada de ese hombre increíblemente guapo.

—Deberíamos volver al hotel y continuar donde lo dejamos en el ascensor —susurró Dan, acariciándome los labios con el pulgar.

—Eso no va a ser posible. Tenemos que irnos preparando. Esta noche es la despedida de soltero.

—¿Despedida de soltero? ¿Tiene que ser? —puso cara de mártir.

—Por desgracia, sí. Pero después nos veremos en la habitación… y entonces podrás seducirme toda la noche.

—¿Después?

Los ojos de Dan se abrieron con sorpresa, y yo sonreí:

—Tú te irás con Roger y los chicos, y yo acompañaré a Amanda y las chicas.

No teníamos ni idea de en qué desastre acabaría aquella noche.

17

Dan

Una despedida de soltero… Oh, cuánto odiaba yo ese tipo de noches en las que los futuros maridos creían que debían desmadrarse por última vez.

Por suerte, Roger no parecía precisamente el tipo de hombre que se sube a las mesas a bailar mientras canta canciones subidas de tono completamente borracho. Quizá la noche terminaría pronto porque todos se aburrirían.

Unos treinta minutos antes, Leah —con un vestido rojo escandalosamente atrevido— había pasado junto a mí, me había dado un beso fugaz en los labios y se había despedido.

Sus piernas largas apenas estaban cubiertas por la tela, y los *stilettos* plateados las hacían parecer aún más sexis. Maldita sea… ¿cómo pude dejarla marchar así? Habría preferido atarla a la cama y hacer con ella todas esas cosas sucias que me rondaban la cabeza desde hacía siglos. Pero en vez de eso, me había derretido, suspirando como un idiota mientras la veía alejarse.

Yo llevaba un pantalón de traje color antracita y una camisa negra, con los primeros botones desabrochados de forma desenfadada. Aún no tenía ni idea de cómo iba a acabar la noche, pero lo que más me apetecía era quedarme en la habitación. Sin embargo, Roger me caía bien, y habría sido de mala educación dejarlo solo con un idiota como Alex.

Poco después, me encontraba en el vestíbulo del hotel, observando a un Roger visiblemente irritado, que no dejaba de mirar el reloj de pulsera. Ya me imaginaba que tenía tan pocas ganas de esta noche como yo.

—Si somos sigilosos, podemos escabullirnos por aquí —le dije con una sonrisa.

Roger me devolvió la sonrisa.

—Créeme, no hay nada que me apetezca más.

Con un poco de suerte, acabaríamos cenando tranquilamente en algún restaurante y luego tomando un *whisky* en el bar del hotel. No necesitaba nada más.

Pero la suerte me abandonó en cuanto Alex apareció con sus dos primos y el hermano de Roger. Se acercaron a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja. Recé por dentro para que no fuera él quien hubiera organizado la noche.

Mis plegarias no fueron escuchadas.

Alex se frotó las manos con entusiasmo y miró a su futuro cuñado.

—Bueno, colega, ¿estás listo para ver unas buenas tetas?

Sentí cómo Roger se tensaba a mi lado.

—¡Ni hablar! ¡No pienso poner un pie en un club de striptease!

Me dio lástima. Roger me lanzó una mirada desesperada y yo me encogí de hombros.

—Un striptease tampoco es lo mío, la verdad.

—Sois unos aburridos —se quejó Alex—. Pero no os preocupéis. ¡Tengo algo mucho mejor planeado! —nos dijo en tono conspirador.

Y entonces supe que aquello iba a acabar mal.

Para mi sorpresa, media hora más tarde nos encontrábamos en un club de golf. Al principio no entendía cómo habíamos entrado sin ser socios, pero Alex era rico, y en cuanto lo vi deslizar un fajo de billetes por encima del mostrador, lo comprendí todo. Simplemente nos había comprado una membresía anual. Como si alguno de nosotros fuera a recorrer toda la distancia desde Boston solo para jugar una partida de golf. Por no hablar de que ni siquiera sabía jugar al minigolf.

Cenamos por todo lo alto, y cuando digo "por todo lo alto", lo digo en serio.

Nos llevaron a un comedor relativamente privado. Las paredes estaban revestidas de madera oscura y un enorme candelabro —que seguramente valía más que mi empresa— nos iluminaba con una luz cálida.

La carta no tenía precios, pero el sabor del filete que había en mi plato sabía tanto a dinero, que casi me daba miedo comérmelo.

Cuando empezaron a servir una botella de Rothschild, se me quitó del todo el apetito. No quería ni imaginarme cuánto costaba aquella cena.

Para cuando llegó el postre con pan de oro, ya había tenido más que suficiente. Sabía que Roger venía de una buena familia, pero hasta a él parecía incomodarle tanta ostentación, porque apenas se atrevía a mirar en dirección a Alex.

—Bueno, Miller, seguro que nunca habías comido algo tan fino, ¿verdad? —soltó Alex, con tono más de afirmación que de pregunta.

No respondí. Lo ignoré por completo y tomé otra cucharada de mi crema de vainilla decorada con láminas de oro. Pero si pensaba que iba a dejarlo ahí, me equivocaba.

Con una sonrisa arrogante y esa expresión de quien se sabe superior, añadió:

—Leah debe de estar renunciando a muchas cosas con un pobre diablo como tú, ¿no crees?

—¡Alex, ya basta! —lo reprendió Roger, bajando de nuevo la vista a su plato, visiblemente incómodo.

—Parece que Leah no se deja llevar por lo superficial —dije yo entonces, tranquilo—. Valora otras cualidades… que compartimos con mucha pasión.

No pude evitar sonreír, seguro de que la noche anterior había dejado muy claro todo lo que Leah y yo compartíamos.

Alex me observó con atención. En sus ojos brilló algo que no supe identificar.

—A Leah el sexo nunca le ha importado —dijo, con tono mordaz —. Acostarse con ella es como follarse a un cadáver. Tarde o temprano se hartará de fingir y volverá conmigo.

Vi rojo. Tuve que hacer un esfuerzo titánico por no cruzar la mesa y estamparle el puño en la cara. Pero sabía que eso era exactamente lo que él quería: provocarme, y luego hacerse la víctima cuando perdiera los papeles.

—Qué raro. Desde que conozco a Leah, no me ha parecido precisamente frígida. Pero no estoy aquí para hablar de su vida sexual… ni de la nuestra, y mucho menos con su ex. ¿No habíamos venido a que Roger tuviera una noche inolvidable?

Sonriendo, levanté mi copa, brindé y dejé al imbécil de Alex a un lado. Yo era más adulto que él, y quería que todos lo supieran.

La carísima cena terminó hacia las diez de la noche, y poco después estábamos en la sala de fumadores del club, donde servían whisky exclusivo y los hombres, de todas las edades, filosofaban sobre cigarros como si hablaran de arte. Todos menos Alex, que seguía despotricando como si nada. Empezaba a tener la sensación de que la noche acabaría con mi puño estampado en su cara.

Sabía perfectamente que tanto Alex como Roger jugaban en otra liga. Yo no había nacido con suerte, ni en una familia adinerada. Era hijo de hippies, criado por mi abuela, que tenía que estirar cada céntimo al máximo mientras mis padres, colgados de marihuana, hacían intercambios de pareja en su comuna.

Había conseguido mucho: había fundado mi propia empresa y tenía una casa decente a las afueras. Pero rico, desde luego, no era.

Alex, en cambio, seguía pavoneándose, hablando de sus numerosos viajes con Leah. Empecé a preguntarme si de verdad a ella no le costaba haber renunciado a ese estilo de vida por algo más… normal. ¿Y si yo no podía ofrecerle lo que se merecía? ¿Y por qué, por el amor a la bondad, seguía ese cabrón hablando tan bien de mi novia?

Roger pareció percibir mi incomodidad. Pertenecía claramente a la élite de Boston, pero ni de lejos tenía el nivel económico de la familia Craig. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que pensaba exactamente lo mismo que yo.

Con disimulo, saqué el móvil del bolsillo y escribí un mensaje para Leah: *¿Cómo va tu noche?*

Pero no obtuve respuesta. Y mientras la imaginaba divirtiéndose sin mí, sentí un pinchazo de celos.

Aunque la presencia de Alex era de todo menos agradable, la velada había sido relativamente tranquila.

Podría haber seguido así sin problemas.

Pero si pensaba que eso era todo lo que Alex tenía preparado… me equivocaba.

Estaba conversando con Roger sobre el mercado financiero y algunas inversiones acertadas, cuando Alex anunció que había

llegado el momento de la diversión de verdad.

Y sentí miedo. Miedo, porque sabía que lo que Alex entendía por "diversión" no tenía absolutamente nada que ver con lo que Roger y yo considerábamos como tal.

Miedo, porque esa noche iba a terminar, con toda probabilidad, en un desastre.

Sí, casi me hacía pis encima del susto cuando, hacia las once de la noche, nos plantamos frente a una discoteca en la que esperaban largas filas de estudiantes escasamente vestidas y ligones del estilo de mi rival, todos deseando entrar.

Yo no era de discotecas ni de bailes. En la universidad prefería pasar el rato en pubs irlandeses o ir al cine con amigos. Siempre había evitado las discotecas; ese ambiente cargado, las luces estroboscópicas y el *ligoteo* superficial me resultaban insoportables.

Lancé una mirada a Roger, que otra vez consultaba su reloj de pulsera, visiblemente molesto, como si tuviera cosas mejores que hacer. Y la verdad, cualquier cosa era mejor en ese momento que ponerse a bailar como un adolescente al ritmo de música atronadora.

Alex, en cambio, avanzó altivo y arrogante por delante de la cola, dirigiéndose directamente al portero. Era un fanfarrón, un tipo presuntuoso y tan asquerosamente rico que hasta olía a dinero. Se le notaba que se creía mejor que el resto del mundo.

En el fondo, deseaba con todas mis fuerzas que el armario humano que custodiaba la puerta lo obligara a ponerse en la cola como cualquier hijo de vecino. Pero, al parecer, estábamos en la lista de invitados y nos dejaron pasar sin más.

Nada más entrar, un bajo ensordecedor nos golpeó como una ola. El olor a sudor y alcohol me quemó las fosas nasales. Me incliné hacia Roger y le guiñé un ojo:

—Cuando estén lo bastante borrachos, nos largamos de aquí.

Él me devolvió una sonrisa cómplice.

—Hecho.

Roger me caía bien.

Alex, en cambio, era un capullo con patas… y no solo en sentido figurado. Tenía una mandíbula marcada, las mejillas hundidas. Su cara parecía… una polla. Sacudí la cabeza, asqueado por el pensamiento, intentando borrar la imagen mental. Pero cuando se metió las manos en los bolsillos, no pude evitar imaginar un par de testículos arrugados colgando de su barbilla. ¿Qué demonios me pasaba?

Me giré para apartarme del grupo, saqué el móvil y escribí a Leah: *¿Alguna vez te has dado cuenta de que la cabeza de Alex parece un glande?*

Pero, como antes, no recibí respuesta.

Alex nos condujo a la zona VIP y pidió vodka para todos. Aquella noche iba a acabar mal para más de uno.

Apenas me senté en un sofá de cuero blanco con vistas a la pista abarrotada de bailarines, comenzaron a circular los primeros vasos. Alex insistió en brindar, y yo me prometí a mí mismo que solo tomaría una copa. Alguien tendría que conducir de vuelta al hotel cuando llegara el momento.

Mi encantador rival alzó el vaso para hacer un brindis, y noté que ya arrastraba las palabras. Seguramente llevaba encima el Rothschild, el *whisky* y lo que se hubiera metido antes, y por mí perfecto: cuanto antes cayera redondo, antes respiraría tranquilo.

—¡Por mi cuñado Roger, que a partir de pasado mañana solo podrá follarse el coño de mi hermana!

El rostro de Roger se tiñó de rojo, y no pude culparlo. Alex y sus primos se bebieron el vodka de un trago, mientras Roger y yo apenas mojábamos los labios.

El hermano de Roger ni siquiera estaba. Aquel chaval, soltero, se había lanzado de cabeza a la pista.

—Venga, acaba el trago, Roger. ¡La noche es joven! —le insistía Alex, acosándole hasta que, finalmente, Roger vació su copa de un solo trago.

Iba a tener que andar con mil ojos si quería que el novio llegara sano y salvo al hotel.

Por desgracia, la cosa no se quedó en una copa. El alcohol corría a raudales, y en algún momento Roger empezó a tener la mirada

vidriosa y se tambaleaba con su quinto vodka. Yo, en cambio, me mantuve firme, dejé de beber y me limité a observar, preocupado, los rostros de capullos y sus primos *capullofaciales.* Todos se parecían bastante al señor Craig padre, y empecé a preguntarme si no habría algo de endogamia en esa familia… No, mejor no.

En algún momento se nos unieron un par de chicas bastante atractivas. No tenía nada en contra de las bellezas de piernas largas, pero aquellas parecían sacadas de una fábrica de muñecas. Caras inmóviles, sin una sola arruga, como talladas en mármol; peinados imposibles, fijados con laca como si pensaran conservarlos para siempre.

Me pregunté qué partes de sus cuerpos serían aún auténticas, justo cuando la rubia de labios gigantescos me empujó sus pechos a la cara y me "sonrió". Al menos eso quise interpretar al oír ese chillido agudo que soltó.

¿Servirían sus labios como airbag si se caía de bruces? Probablemente no. Para eso estaban esas tetas, absurdamente redondas y separadas, como flotando sobre un tórax demasiado delgado. Y joder… esas cejas daban miedo.

—Eh, Danny-boy, ¿te apetece bailar? —me susurró al oído, apoyando sus uñas perfectamente esculpidas en mi muslo. Estaba convencido de que con esas garras podría perforarme la yugular.

—Lo siento, no bailo. Aquellos días en los que me movía por la pista como Kevin Bacon ya pasaron.

Sonreí. Ella hizo algo parecido a una sonrisa y me preguntó:

—¿Quién es Kevin Bacon?

Uf. Dolió. ¿Ya era tan viejo? ¿O es que películas como *Footloose*, *Dirty Dancing* y *Grease* estaban desapareciendo del planeta?

—Es un actor con movimientos realmente increíbles —respondí, esperando que al fin quitara su mano de mi pierna.

—¿Se llama *Bacon*? ¿Como el bacon? —preguntó alzando… bueno, no sé si alzó las cejas, porque no se movieron ni un milímetro—. ¿Has probado alguna vez el bacon vegano?

Vale. Necesitaba huir.

—Discúlpame. Necesito ir al baño.

No podía soportar ni un segundo más. Cuando volví, ya se había marchado, pero lo que vi me dejó sin aliento. Alex le estaba dando una pastilla a Roger. Recé por dentro para que no estuviera drogando al pobre chico también.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, viendo cómo Alex, entre risitas, me mostraba la palma de la mano.

—¿Quieres una? ¡Te convierte ese palo que tienes metido en el culo en goma!

—No, gracias. Pero si te va lo del "goma en el culo", deberías ir a que te asesoren en una sex shop. Espero que no le hayas dado una de esas a Roger.

Lo miré desafiante… pero ya era tarde. Roger, que hacía apenas un minuto dormitaba borracho en el sofá, se reía ahora como un lunático y se levantó de un salto.

—¡Quiero bailar! —anunció, y bajo los vítores de los demás, se lanzó hacia la pista de baile. Aquella noche acabaría en desastre si no hacía algo ya.

Desesperado, miré el móvil. Leah ni siquiera había leído mis mensajes. Marqué su número, pero la llamada fue directamente al buzón de voz. ¿Por qué demonios tenía el teléfono apagado?

Observé cómo los demás empujaban al pobre Roger hacia la pista, donde empezó a hacer el ridículo de verdad. Pero, tan colocado como estaba, ni siquiera se enteraba de las miradas de burla que le lanzaban los demás clientes del club. En el fondo, deseaba que las drogas le borrasen todo recuerdo de aquella noche.

Un dolor de cabeza comenzaba a asomarse, así que volví a sentarme en el sofá de cuero blanco. ¿Cómo demonios podía evitar que esto se convirtiera en algo aún peor?

Y justo cuando terminaba de pensar eso, el hermano de Roger apareció de la nada.

—¿Dónde está el novio?

—Le han metido una droga y ahora está haciendo el payaso para que los demás se rían de él. Tenemos que sacarlo de aquí cuanto antes —le respondí.

Pero él solo echó un vistazo a la pista y dijo:

—Un poco de diversión le vendrá bien a Roger. Siempre ha sido un reprimido.

Abrí los ojos, alucinado. ¿Cómo podía su propio hermano tomárselo a la ligera? Y antes de que pudiera darle una respuesta, ya se había ido.

Supe entonces que me tocaba a mí salvar a Roger de lo peor.

Me abrí paso entre los cuerpos sudorosos hasta llegar junto a él, lo agarré por el brazo.

—Creo que deberíamos volver al hotel.

Pero Roger solo me sonrió, con la mirada perdida, completamente ido.

—¡La noche es joven! ¡Vamos a divertirnos!

—Vamos, Roger. Esa no es tu voz. Eso no eres tú. Vámonos de aquí.

Alex me dio un empujón por la espalda.

—No seas aguafiestas. ¡La noche acaba de empezar!

Estuve a punto de estamparle una hostia que le devolviera el apellido a sus antepasados, pero sabía que si lo hacía me echarían del club… y entonces Roger quedaría a su merced.

Retrocedí, esperando que alguien vomitara en la pista y el espectáculo se cancelara de inmediato. Pero no, la suerte no estaba de mi lado.

Justo cuando me resignaba a mi destino, los hombres tambaleantes regresaron hasta mí y anunciaron que era hora de marcharse.

Gracias.. pensé, mientras guiaba al rebaño hacia la salida. Todo volvería a estar bien… o eso creía yo.

Alex organizó dos taxis, y mientras acomodaba a Roger en el asiento trasero, escuché cómo *Capullohead* le daba al conductor una dirección que, definitivamente, no era la del hotel. ¿Y ahora qué coño se traía entre manos este imbécil?

Fui hacia él, lo agarré por el cuello de la camisa y lo miré a los ojos, que apenas conseguía mantener abiertos.

—Vamos al hotel. Me da igual las mierdas que te queden en la manga, esta noche acaba aquí. ¿Entendido?

—Relájate, gilipollas —masculló—. Solo he organizado un pequeño trago más y después volvemos. Te lo juro.

—Como hayas planeado otra mierda rara, te juro que te parto la cara y limpio el vómito de Roger con tu jodida cara deforme.

Él se rió ante mi amenaza y acto seguido me empujaron dentro del taxi. El coche arrancó.

Cuando llegamos frente a una villa, me sentí algo más tranquilo. Todo parecía elegante, como el club de golf de antes, sobrio y distinguido, y empecé a relajarme.

Un último whisky y la noche terminaría al fin.

Alex nos condujo por unas escaleras de mármol pulido hasta la puerta principal. Golpeó con un llamador dorado y esperó. Un hombre con esmoquin nos abrió, le asintió a Alex y nos dejó pasar.

Ante nosotros se abrió un recibidor luminoso, con música de piano sonando suavemente en alguna parte. El mayordomo nos condujo al piso superior y abrió unas enormes puertas dobles que daban a un salón con chimenea.

Un hombre nos daba la espalda, de pie frente al fuego. Sobre la repisa descansaba una copa de *whisky*, y de pronto sentí que todas las tensiones de la noche empezaban a desvanecerse. Aquello sí que era más mi estilo.

Pero cuanto más nos acercábamos, más rara me parecía la escena… y cuando el hombre se apoyó en la repisa de la chimenea y echó la cabeza hacia atrás, supe que aquella imagen me perseguiría hasta en mis peores pesadillas.

Una mujer completamente desnuda estaba arrodillada delante de él, con los labios alrededor de… Ay, ¿pero qué coño era este sitio?

Solo entonces percibí unos gemidos detrás de mí, y me giré lentamente.

En un sofá, un viejo calvo con los pantalones bajados se dejaba montar por una rubia desnuda mientras otra le mordisqueaba la oreja.

Sentí la cara arder y fui directo a por Alex.

—¿Dónde demonios nos has traído?

Sonrió y pasó junto a mí hacia la siguiente puerta, y en cuanto la abrió, supe la respuesta por mí mismo.

Estábamos en un burdel de lujo completamente desquiciado.

Delante de mis ojos, hombres y mujeres desnudos follaban en todas las posiciones imaginables. Los gemidos ahogaban por completo la música de piano que había escuchado al entrar, y antes de que pudiera atreverme a respirar, ya tenía a una joven completamente desnuda colgada de mi brazo.

Tenía que salir de allí. Ya.

Metí la mano en el bolsillo para sacar el móvil, mientras la joven me ponía una copa en la mano y me arrastraba hacia una mesa donde esnifaban cocaína como si fuera lo más normal del mundo.

—Discúlpeme, por favor —murmuré, zafándome del abrazo de la mujer y marcando de inmediato el número de Leah. Tenía que localizarla. Costara lo que costara.

Pero una vez más, solo saltó su buzón de voz. Entonces se me ocurrió la idea que podría salvarme. Atravesé aquella sala apestosa a sexo y alcohol y aparté a una mujer que se había sentado en el regazo de Roger, claramente insistente.

—¡Roger, dame tu móvil! ¡Rápido!

Pero él solo me miraba, completamente ido, así que lo palpé hasta encontrar el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta. Se lo tendí para que lo desbloqueara y busqué el número de Amanda.

Mientras sonaba, tiré de Roger hacia mí, alejándolo del salón principal.

Conseguí llegar justo hasta la puerta cuando, al fin, una voz jadeante respondió:

—¿Roger, cariño? ¿Todo bien?

—Amanda, ¿está Leah contigo? No consigo contactar con ella —pregunté nervioso al teléfono… cuando de repente unos brazos se enroscaron alrededor de mi torso y una voz femenina, sensual y jadeante, me susurró al oído desde atrás:

—Señor, lo noto muy tenso… ¿quiere que le relaje con una mamada?

—¿Quién era esa? —preguntó Amanda, alarmada, mientras yo, sin saber dónde meterme, veía cómo otra mujer se arrodillaba ante Roger y comenzaba a forcejear con el botón de sus pantalones.

18

Leah

Unas cinco horas antes

¡Estábamos listas!

Nueve mujeres con ganas de fiesta, deseando lanzarse al bullicio de la noche. Con Amanda y conmigo estaban también la dama de honor, la prima de Amanda y las cinco damas de honor. Aunque, siendo sincera, dudaba que alguna de aquellas "doncellas" siguiera siendo virgen.

Para mi desgracia, también se había apuntado Marge, y me juré solemnemente que iba a ignorarla durante toda la noche. No era tarea fácil, desde luego, porque llevaba puesto un espectacular "casi nada" de satén negro y unos *stilettos* aún más espectaculares. Sus pechos apenas estaban cubiertos, su trasero mucho menos, y sus piernas parecían no tener fin.

No me extrañaba que Alex no hubiera podido quitarle las manos de encima en su día. A su lado, yo me sentía realmente discreta.

Sentí un pinchazo en el pecho, a pesar de que debería estar agradecida de que esa bruja me hubiese quitado de encima a Alex. Pero después de ocho años de relación, no es tan fácil barrer los sentimientos como si fueran polvo bajo la alfombra. Aun así, me alegraba que todo hubiera terminado, y de que mi corazón estuviera libre para Dan.

¿O lo estaba de verdad?

Sacudí ese pensamiento de la cabeza y me uní a las demás para hacernos unos selfis divertidos mientras esperábamos la limusina que nos llevaría al epicentro de la fiesta.

Nunca había salido mucho. Siempre estaba estudiando… o Alex salía sin mí. Así que, con mis 28 años, sentía una necesidad casi física de lanzarme al desenfreno.

Cuando la limusina por fin llegó, subimos todas y, sin darme cuenta, alguien ya estaba abriendo la primera botella de champán. Las copas circularon, y brindamos por una noche memorable.

Kelly, dama de honor y prima de Amanda, repartió unas bandas divertidas que nos colocamos cruzadas sobre los vestidos. Antes de llegar al club, ya nos habíamos ventilado la tercera botella de champán y el ambiente no podía ser más animado.

Me prometí a mí misma que iba a bailar hasta tener ampollas en los pies.

Amanda también se mostraba más relajada, dando sorbos a un petaca que una de las damas de honor le había pasado discretamente.

La única que se mantenía apartada, sentada en una esquina y sin participar en nada, era Marge. Se la notaba cada vez más incómoda. Y bien merecido lo tenía. Nadie la había querido allí.

El club estaba a aproximadamente una hora del hotel y parecía más un pub, pero la música en directo animaba tanto al público que, antes de darme cuenta, ya estábamos bailando como locas sobre la barra, cantando a pleno pulmón.

Pero tanto alcohol tenía un precio, y me tambaleé con cuidado hacia los baños. Aún no había conseguido colocarme como debía sobre la taza —evitando a toda costa tocar la sucia tapa— cuando noté que algo vibraba dentro de mi *clutch.*

Torpe y algo mareada, rebusqué el móvil y lo saqué. Dan me había escrito, y una sonrisa se dibujó en mis labios.

Estaba pensando en mí.

Intenté desbloquear la pantalla… pero se me resbaló de las manos y fue a caer, precisamente, dentro del *váter*.

Miré con asco cómo flotaba en… bueno, *prefiero no entrar en detalles*. Todo mi ser se negaba a meter la mano ahí para sacarlo. Pero sin mi móvil, era medio ser humano. Toda mi vida estaba en ese pequeño aparato digital, así que, conteniendo las náuseas, metí los dedos con mucho cuidado y lo pesqué.

La pantalla seguía intacta, pero no sabía si seguiría funcionando después de lavarlo bien con jabón.

Lo mantuve bajo el agua caliente durante diez minutos enteros, enjabonándolo una y otra vez, decidida a no dejar ni rastro de microbios. Aun así, intuía que tendría que comprarme otro en cuanto volviera a Boston.

Intenté secar todos los puertos con el secador de manos del baño, y cuando por fin terminé, pulsé el botón de encendido. No pasó nada.

Al parecer, aquel bañito le había sentado fatal.

Frustrada, me lo guardé de nuevo y salí al bullicio. Marge seguía sentada en la barra, bebiendo un cóctel con aire aburrido, mientras Amanda bailaba provocativamente encima de una mesa, con su vestido subiéndole cada vez más.

Kelly, entre risas, intentaba cubrirla, aunque estaba igual de borracha y no daba una.

Me pedí un Martini y me dirigí hacia la novia, la dama de honor y la tropa desatada de damas de honor, esquivando cuidadosamente a Marge.

—¡Leah! ¿Dónde te habías metido tanto rato? —me gritó Amanda, moviéndose de forma tan lasciva que parecía que en cualquier momento iba a empezar un striptease. No reconocía a mi mejor amiga.

—Mi móvil se cayó al *váter*… y he intentado lavarlo. —Sentía la lengua pesada, y notaba el alcohol recorriéndome cada rincón del cuerpo.

—No necesitas un móvil. Esta noche estamos *fuera de cobertura* —rio Amanda, tirando de mí para que me subiera a la mesa con ella, que ya era demasiado pequeña para una sola.

Estuvimos a punto de caernos de bruces al suelo, pero nos agarramos la una a la otra y recibimos aplausos y vítores de unos chavales. Universitarios, imaginé. Y parecía que les encantaba vernos a Amanda y a mí bailando abrazadas sobre la mesa.

Me incomodaba, incluso en mi estado. Pero a Amanda le encantaba la atención. Y, antes de que pudiera detenerla, se bajó el vestido y les enseñó los pechos a aquellos salidos.

Me lancé delante de ella, cubriéndola con mi cuerpo, pero ya era tarde. Un instante después, tres tipos enormes y con cara de muy pocos amigos nos agarraron y nos empujaron hacia la salida.

Amanda reía, yo protestaba, y Kelly vomitaba. Una de las damas de honor se colgó del cuello del portero e intentó tumbarlo; otra se robó una cerveza de una mesa y se la bebió de golpe.

Éramos una auténtica panda de salvajes… pero nos lo estábamos pasando en grande.

Y como todavía no era ni medianoche, nos pusimos a callejear cuesta abajo, tambaleándonos mientras cantábamos a pleno pulmón como si nos fuera la vida en ello.

La salida al club terminó convirtiéndose en una ruta de bares.

Nos echaron directamente del primero porque una de las damas de honor vomitó en arco sobre la barra.

En el segundo ni siquiera nos dejaron entrar, porque al parecer nuestro canto en la cola molestaba al resto de clientes.

Y cuando llegamos al tercero, nos dimos cuenta de que habíamos perdido a Marge.

A mí me daba igual, pero Amanda insistió en que debíamos encontrarla.

Como si no fuera lo bastante alta para volver sola. Aunque, juzgando por su coeficiente intelectual, no me sorprendería que la encontraran dentro de unas semanas, desorientada, sin recordar adónde iba.

Pero no era mi despedida de soltera, así que me resigné y regresé —ya descalza— hacia el primer club. Hacía rato que había perdido los zapatos, igual que Kelly había perdido las bragas. Aquella noche iba a ser inolvidable, eso lo tenía claro.

Cuando casi habíamos llegado de nuevo al club, una de las damas de honor sacó de su bolso un porro liado a mano y nos miró con una sonrisa traviesa.

—Chicas, tengo una sorpresa.

Los ojos de Amanda brillaron.

—Oh. La última vez que fumé marihuana estaba en la universidad.

—Yo nunca he fumado —murmuré. Todas las miradas se posaron sobre mí.

—¿Cómo que nunca has fumado? ¿No fuiste a la universidad? —preguntó Kelly, abriendo mucho los ojos y soltando un hipo.

—¿Y qué pasa? ¿Es obligatorio fumar porros para ir a la Universidad? —respondí, confundida, justo cuando un coche se detuvo junto a nosotras y bajaron las ventanillas.

Eran los mismos chicos a los que Amanda había enseñado las tetas.

—Eh, guapas. ¿Os apuntáis a una fiestecita universitaria? —gritó uno, mientras los demás jaleaban.

Amanda empezó a dar saltitos.

—¡Oh, sí! Hace siglos que no voy a una fiesta así.

—Se casa pasado mañana —les dije, señalándola, dejando claro que no se hicieran ilusiones—. No sé si es tan buena idea.

—Pásame la dirección —dijo Amanda, ignorándome completamente mientras se acercaba al coche—. Vamos para allá directamente.

Miré a las chicas, que ya estaban asintiendo con entusiasmo, y dije:

—Creía que íbamos a fumar ahora.

Kelly me guiñó un ojo.

—Claro, lo hacemos ahora. Así llegamos a la fiesta como una auténtica brigada antidisturbios.

El coche arrancó, y Amanda llamó al chófer de la limusina que teníamos asignada para la noche.

Y entonces llegó mi primer porro.

Bueno… *llegó*, sí, pero *disfrutarlo* no sería la palabra. Di una calada y sentí cómo el humo invadía mis pulmones. Y entonces empecé a toser como si se me salieran los órganos. La náusea subió directa desde el estómago.

¿Cómo podía gustarle esto a alguien?

—Ay… creo que voy a vomitar —anuncié, girándome a un lado mientras las demás se pasaban el porro como si fuera una bendición.

—No puedes vomitar ahora. ¡Con todo el alcohol bueno que has bebido! ¡Sería un desperdicio! —dijo una voz a mis espaldas.

Mientras trataba de contener la arcada, me incliné hacia delante… y vomité sobre un Porsche reluciente.

Justo entonces, una sensación cálida y extrañamente placentera se apoderó de mí, como si flotara. Me sentía en una nube. Me incorporé con delicadeza y contemplé mi obra sobre el coche.

—Parece el David de Miguel Ángel.

Kelly se asomó por encima de mi hombro.

—Cierto. Solo le falta la colita.

Amanda también se acercó a ver el vómito y dijo:

—¡Si ahí está! ¡Eso de ahí abajo es el pito!

—Eso es una pierna —observó Kelly, negando con la cabeza.

—Es tan hermoso… —dije, conmovida por la belleza de mi vómito. Casi me pongo a llorar, hasta que una voz furiosa me sobresaltó por detrás.

—¿Pero qué cojones has hecho en mi coche?

Las ocho —sí, ya ni nos acordábamos de Marge— nos giramos al unísono y vimos a un pijo desesperado mirando su vehículo.

—Lo he decorado —dije con una alegría inesperada, un poco orgullosa incluso.

—¡Estaba recién pulido, zorra! ¿Cómo has podido? ¿Por qué justo en mi coche?

—Ahora tiene carácter artístico… parece un monumento —le dije, buscando palabras elevadas.

—Estás loca. ¡Vas a limpiarlo ahora mismo! —gruñó, acercándose demasiado.

Kelly se interpuso.

—Relájate, flipado. Si no te hubieras aparcado en zona prohibida, no te habría pasado nada.

Miré el cartel sobre su coche, que indicaba claramente que no se podía aparcar ahí, y le dije a Kelly:

—El cartel empieza más adelante. —Señalé el punto justo frente al Porsche.

Ella me lanzó una mirada exasperada.

—Gracias. Estoy intentando salvarte el culo.

—¿Estáis todas locas o qué? ¡Limpiad mi coche ya! —el tío tenía ya la cara completamente roja.

—¡No puedes destruir a David! —chilló Amanda.

—¿Le meo encima? —sugirió Kelly con toda la calma del mundo.

Mientras el chico se giraba horrorizado hacia ella, una de las damas de honor señaló su pantalón blanco y me susurró:

—¿No te quedan más ganas de vomitar? Igual te sale una Mona Lisa ahí.

Negué, mientras todo me daba vueltas.

—No… pero si lo sorprendemos, quizá caiga encima de David.

La dama de honor rió, yo avancé con paso firme y, en un arranque de valor que ni yo conocía, empujé al tipo. Tropezó hacia atrás y se estampó contra su coche.

No cayó al suelo, pero el empujón surtió efecto: David quedó destruido. Y su tercera pierna ahora goteaba sobre el pantalón blanco del pijo.

Nos miró boquiabierto y chilló:

—¡Esto ya es el colmo!

—¡CORRED! —grité, fuera de mí. Y echamos a correr calle abajo como posesas.

Justo cuando el tipo casi nos alcanzaba, la limusina frenó a nuestro lado y nos lanzamos dentro a empujones.

El coche arrancó y Kelly abrió el techo solar, sacando medio cuerpo fuera.

—¡Adiós, imbécil!

Aunque durante la universidad fui una chica bastante formal, asistí a alguna que otra fiesta. Eso sí, casi nunca me quedaba hasta que se descontrolaban.

Pero nosotras —la novia y su escuadrón de guerreras— llegamos a aquella fiesta en el campus justo cuando estaba en su punto más alto.

Un chico completamente desnudo pasó corriendo junto a nosotras, y por los arbustos se adivinaban varias parejas intercambiando fluidos corporales.

Estaba demasiado borracha y colocada como para que aquello me afectara. Lista para la *auténtica* experiencia universitaria, me lancé de cabeza a la fiesta y terminé bailando con un grupo de animadoras —o al menos eso parecían— mientras bebía de un vaso rojo de plástico algo que sabía a disolvente industrial.

No pensaba en las consecuencias ni en la resaca del día siguiente. Me daba absolutamente igual.

Amanda también lo estaba pasando en grande. Jugaba al *beer pong* con unos estudiantes y los estaba fundiendo. Lo que ellos no sabían era que la novia, en sus años salvajes de universidad, había sido la campeona invicta del *beer pong*. Al menos no tenía que preocuparme por si se emborrachaba demasiado.

Kelly había desaparecido con una de las damas de honor, y en algún momento me encontré completamente sola. Hasta que… sí, hasta que volví a ver a Amanda sobre una mesa.

Sostenía una botella de champán en alto y empezó a agitarla como una loca. La gente gritaba y aplaudía, hasta que el corcho salió disparado por los aires.

Todos lo seguimos con la mirada, como en cámara lenta, hasta que fue a dar directamente en la cabeza de un pobre estudiante. Este cayó al suelo y se quedó allí tumbado.

Se hizo un silencio incómodo en la sala de la fraternidad… hasta que Amanda alzó los brazos y gritó:

—¡¡¡BULLSEYE!!!

El champán llovía sobre nosotras y la multitud estalló en vítores.

Alguien ayudó al chico a levantarse. Tenía una sonrisa tonta y volvió a desplomarse, aunque seguramente más por el alcohol que por el *corchazo.*

Cuerpos sudorosos se amontonaban y bailaban sin parar. El alcohol fluía como un río, y el ambiente apestaba a marihuana.

¿Estarían los chicos pasándoselo tan bien como nosotras? Ni idea, pero esperaba que sí.

Mientras me movía al ritmo de la música, noté una mano en mi cintura y me giré de golpe. El chico desnudo de antes me sonrió pícaramente.

—¿Me concedes este baile?

—¡Estás desnudo! —exclamé, abriendo los ojos como platos.

—¿Acaso nunca has visto una polla como esta? —bromeó, bajando la vista.

Seguí su mirada… y cuando vi el tamaño de su "maravilla", rompí a reír.

—¿Eso crece más o ya está en su tamaño máximo?

El estudiante me lanzó una mirada ofendida y se marchó.

Justo a tiempo, porque cuando me giré, vi que una mujer acorralaba a Amanda. Ella buscaba mi mirada con desesperación.

Me abrí paso entre la multitud y llegué justo cuando la arpía intentaba empujarla de la mesa. La agarré en el último segundo, y acto seguido aparté de un tirón a la loca del escenario.

No sé de dónde saqué el valor, pero le solté un derechazo directo a la cara. Tropezó y cayó al suelo. Miré a Amanda con orgullo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —balbuceó Amanda con una mezcla de susto y admiración.

Estaba a punto de responder cuando sonó su móvil. Sonrió al contestar:

—¿Roger, cariño? ¿Todo bien?

No escuché el resto de la conversación, porque mi enemiga se levantó y se lanzó sobre mí como una fiera.

Sentí sus uñas en mis brazos, alguien tiró de mi pelo, y cuando intentó golpearme, esquivé el golpe de forma inesperadamente rápida, lo que provocó los aplausos de algunos espectadores.

Estaba disfrutando de mi momento de gloria… hasta que me dio una bofetada directa en la cara. Me ardía la mejilla, y antes de que pudiera reaccionar, ya estábamos rodando por el suelo.

Alguien gritó:

—¡La poli!

Pero yo seguía a lo mío, dando o recibiendo golpes. Solo a medias escuchaba cómo la gente huía de la fiesta.

Una mano me agarró del brazo, me giraron los brazos a la espalda y sentí algo frío cerrarse en mis muñecas. Amanda discutía con un agente, intentando explicar quién había empezado la pelea. Pero a él le daba absolutamente igual.

Vi, de reojo, cómo una de las damas de honor también era esposada, gritando:

—¡Me he dejado las bragas!

Nos fueron esposando una a una y nos metieron en varios coches patrulla. Supongo que ahí acabó la despedida de soltera. Amanda se sentó a mi lado en el coche y yo negué con la cabeza, apesadumbrada.

—Lo siento muchísimo, Amanda. No quería que terminara así.

Pero, para mi sorpresa, ella sonrió.

—Ha sido la noche más genial de mi vida.

—¿En serio? ¡Pero si nos están arrestando! —la miré boquiabierta.

—No es mi primera detención. Pero sí la mejor. ¡Me lo he pasado en grande!

—Yo nunca había sido arrestada —admití, mirando por la ventanilla mientras veía al resto del grupo siendo esposado.

—Quizá deberíamos llamar a Dan.

—Oh, Dan… —suspiró Amanda de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté, desconcertada. Había algo extraño en su mirada, una especie de brillo que no supe interpretar.

—Dan ha llamado hace un rato, al móvil de Roger.

—¿Y qué dijo?

Vaciló, como si no supiera qué contestar.

—Quería hablar contigo, pero estabas muy ocupada dándote de leches, así que…

—¿Qué quería? —pregunté, impaciente.

Pero Amanda negó con la cabeza.

—No lo sé. Me arrestaron y me quitaron el móvil.

Me estaba ocultando algo, eso lo tenía claro. Pero decidí no insistir.

—¿Y ahora cómo salimos del calabozo? —pregunté, alarmada.

—Nos meterán en una celda de desintoxicación. Además, tenemos derecho a una llamada. Podemos avisar a los chicos.

Aliviada, me apoyé en el respaldo.

—Menos mal… Aunque no me hace ninguna gracia que Dan tenga que venir a recogerme a la comisaría.

—¿Crees que se enfadará? —me preguntó Amanda, mirándome con esa expresión extraña de antes, como si se callara algo.

—¿Enfadarse? Para nada. Pero se va a reír de esto durante años en la oficina.

—Hay cosas peores —respondió Amanda, esta vez sin sonreír. Parecía más seria, como si le pesara algo.

Luego murmuró:

—Tengo que explicarle a mi hermano que hemos perdido a su novia.

—Oh, mierda. Me había olvidado completamente de Marge.

No fuimos las únicas que acabamos en una celda aquella noche. Con nosotras arrestaron a otro puñado de fiesteros, incluida la pequeña furia con la que me había zurrado, aunque, sabiamente, la metieron en otra celda.

Así que ahí estábamos: Amanda, Kelly y las damas de honor, sentadas en un banco de madera, preguntándonos qué estarían haciendo los hombres.

Me dolía la cabeza, probablemente tenía un moratón en el ojo, y los brazos me ardían por los arañazos. Amanda tampoco había salido ilesa: tenía el labio partido y algo hinchado. En conjunto, ofrecíamos un espectáculo bastante lamentable.

Amanda se negaba rotundamente a llamar a Roger, sin dar ninguna explicación. Yo intentaba recordar el número de Dan. En el móvil bastaba con un solo toque en la marcación rápida, pero sin él… estaba perdida.

Y más aun teniendo en cuenta que, tras su baño en el *váter*, el móvil había muerto del todo.

Justo cuando creí recordar su número, me levanté de un salto para exigir mi llamada. Pero en ese momento se oyeron voces alteradas en el pasillo, y tres policías entraron con nuevos detenidos para la celda de desintoxicación.

No presté mucha atención… hasta que Amanda me dio un codazo. Levanté la vista, y entonces los vi. Dan, Alex y Roger. Todos con pintas de haber pasado por una trituradora.

Y todos nos miraban boquiabiertos, claramente en *shock* al ver que también nosotras habíamos sido arrestadas.

19

Dan

Aproximadamente media hora antes

—¿Quién era esa? —preguntó Amanda al otro lado de la línea, justo cuando yo contemplaba impotente cómo la prostituta se arrodillaba frente a Roger y empezaba a forcejear con su pantalón.

Estaba a punto de contestar cuando la llamada se cortó, y recé internamente para que Amanda no se hubiera hecho una idea equivocada de todo aquel despropósito. Mientras tanto, Roger, con los ojos desorbitados, suplicaba a la chica que por favor le quitase las manos de encima, pero a ella ni se le pasaba por la cabeza detenerse.

Finalmente, perdí la paciencia.

—¡Se casa pasado mañana! ¡Quítale las manos de encima! Has oído que no quiere —le solté con brusquedad.

La joven, que no debía de tener más de veinte años, me miró asustada, se levantó y regresó a los salones de los que acabábamos de salir huyendo. A juzgar por su expresión, no solía recibir muchas negativas, pero me daba absolutamente igual.

—Gracias, Dan —susurró Roger, apenas audible. Se le veía destrozado.

—Vámonos de aquí —le ofrecí, tirando de él escaleras abajo.

Pero justo cuando pisábamos el último escalón, una voz burlona nos alcanzó por la espalda.

—¿Y adónde vais? —preguntó Alex, con tono mordaz y satisfecho.

—¡A ponerle fin a esta farsa de una vez! —le solté sin mirarle siquiera.

—No eres tú quien decide eso —replicó con sorna—. ¿O es que ya estás tan dominado por Leah que tienes miedo de divertirte por tu cuenta?

Me detuve en seco. Roger me miró con los ojos muy abiertos.

—Déjalo estar, Dan. No merece la pena —me dijo.

Pero yo ya me había dado la vuelta y lo encaraba con desprecio.

—Con una mujer como Leah, no hace falta "divertirse por tu cuenta". Pero claro, eso tú nunca lo entendiste, porque eres un perdedor de mierda.

Alex soltó una carcajada.

—Algún día te aburrirás de ella, igual que todos. Y entonces recordarás esta noche y te preguntarás por qué no la aprovechaste.

—No soy como tú, Alex. No tiro un diamante a la basura por no saber qué hacer con él. Hombres como tú sois la razón por la que las mujeres dejan de creer en el amor verdadero.

—¿Amor verdadero? —bufó él, desdeñoso—. ¿Quién sigue creyendo en esa chorrada?

Roger intentó intervenir, pero levanté la mano para detenerlo.

Desde lo alto de la escalera, Alex comenzó a bajar lentamente, con esa expresión de superioridad que tan bien dominaba.

—Eres patético, Alex. Jamás serás feliz. No puedes hacer feliz a una mujer porque eres demasiado egoísta para amar a nadie más que a ti mismo.

Se plantó frente a mí, intentando parecer imponente, lo cual resultaba ridículo siendo yo medio palmo más alto, y masculló:

—Al menos sé cómo pasarlo bien. Ya verás cómo un día te despiertas junto a Leah y te das cuenta de que no merecía la pena renunciar a todo por ella. Esa zorra no sabe…

No terminó la frase. Mi puño voló directo a su cara. Roger trató de sujetarme, pero en el intento le di un codazo en la nariz, que empezó a sangrar de inmediato.

Yo, fuera de mí, volví a golpear a Alex. Cayó al suelo. Iba a darme la vuelta para largarme con Roger cuando, de pronto, Alex se levantó de un salto y se abalanzó sobre mí.

Nos enzarzamos como dos animales salvajes, soltando puñetazos a ciegas. Fue entonces cuando oí sirenas acercándose.

Solo entonces me percaté de que medio burdel se había reunido en torno a nosotros para presenciar la pelea.

La llegada de los coches patrulla desató el caos: hombres medio desnudos huyendo por la puerta, prostitutas cubriéndose a toda

prisa… Ahí supe que el sitio era más ilegal de lo que había pensado.

Grité a Roger que escapara, pero en ese momento varios policías irrumpieron con las armas en alto y comenzaron a agrupar a los presentes.

No logramos escapar. Nos detuvieron a los tres por participación en una red de prostitución ilegal.

¿Cómo íbamos a explicar esto a las chicas?

De todo lo que imaginé mientras nos conducían a los calabozos, jamás se me habría pasado por la cabeza que Leah y las demás también hubieran sido arrestadas.

Mis ojos se agrandaron al pasar frente a su celda.

Leah tenía un corte en la frente, mal curado, y tenía un aspecto terrible. El corazón me dio un vuelco.

Se acercó a los barrotes y preguntó:

—Dan, ¿qué ha pasado?

—Créeme… es una historia larguísima —contesté, agotado.

—Pues me muero por oírla —dijo Amanda, apareciendo detrás de Leah, con cara de querer matarme.

Recé para que no hubiera oído cómo la prostituta se había lanzado a por Roger. Pero como la llamada se había cortado de golpe, no tenía ni idea de cuánto había escuchado.

—Tuvimos un pequeño… encontronazo —admití, justo cuando Roger, con la mirada vidriosa, comenzaba a declararle su amor a Amanda desde la otra celda. Ella lo ignoró por completo.

Los agentes nos empujaron con impaciencia hasta encerrarnos en una celda justo enfrente de la suya. Si lo pensaba bien, la noche había sido un desastre monumental. Y entonces, justo cuando creía que no podía empeorar, una voz retumbó por el pasillo:

—¿¡Se puede saber qué demonios está pasando aquí!?

Era el señor Craig, padre de Amanda. Entró en la zona de las celdas como un general en campaña, mirando alternativamente a nuestra celda y a la de ellas.

Tenía la cara tan roja que juraría haber visto humo salirle por la nariz.

Y en ese preciso instante, comprendí que, efectivamente… sí, las cosas *podían* ir a peor.

Sentados en *fila india* en pleno comedor del hotel, a altas horas de la noche, escuchábamos la bronca monumental del señor Craig padre. No tenía ni idea de cómo había conseguido sacarnos del calabozo tan rápido, pero, como suele decirse, el dinero mueve el mundo.

Leah estaba sentada a mi lado, con la mirada baja. Amanda fruncía el ceño y Roger miraba fijamente hacia una esquina, visiblemente avergonzado.

El único que aguantaba la mirada del sargento de hierro era Alex. Aunque estaba casi seguro de que no era por valentía ni dignidad… sino porque era directamente tonto de remate.

—Sois un puñado de criaturas patéticas —vociferó el viejo, con la cara completamente encendida, mientras caminaba de un lado a otro como un general en su cuartel—. Os emborracháis y acabáis todos en la cárcel. ¡En mis tiempos, mi padre me habría esperado en casa con el cinturón!

—Yo no he empezado —murmuró Alex, como un niño de cinco años.

El severo vistazo que le lanzó su padre bastó para callarlo.

—¡Me da exactamente igual quién empezó! ¡No tolero este comportamiento! ¿Y si la prensa se entera de este escándalo?

Yo no sabía si quería estrangular primero a Alex, por su infantilismo, o a su padre, porque le preocupaba más su imagen pública que otra cosa. Aunque, claro, de tal palo…

—En realidad, lo justo sería cancelar la boda —gruñó—, ¡pero eso aún sería un escándalo mayor!

Craig refunfuñaba, Amanda soltó un bufido desdeñoso y Roger me miró con cara de "sácame de aquí".

Cuando el general "me-importa-más-la-prensa-que-mi-hija" terminó su monólogo, todos nos levantamos en silencio y abandonamos el comedor, cabizbajos. Roger intentó acercarse a Amanda, pero ella pasó de largo, sin siquiera mirarle.

Leah se enganchó de mi brazo y, para mi sorpresa, sonrió.

—¡Ha sido la mejor noche de mi vida!

Abrí los ojos como platos.

—Has estado en la cárcel.

—He fumado porros por primera vez, estoy completamente borracha y me han echado de un bar. ¡Nunca me lo he pasado tan bien!

Desconcertado, conduje a la Leah risueña hasta el ascensor, donde ya esperaban Amanda y Roger, enzarzados en una discusión que se interrumpió en cuanto nos acercamos.

—Vaya noche —murmuré, echando un vistazo por si el viejo Craig andaba cerca. Amanda me fulminó con la mirada, se giró bruscamente y tomó las escaleras.

Roger me miró suplicante.

—Dice que ha oído que alguien nos ofrecía felaciones.

La sonrisa de Leah desapareció de golpe.

—¿Perdona? —dijo, completamente perpleja.

—Alex nos metió en un burdel de lujo —expliqué—. Yo agarré a Roger y nos íbamos. Intenté llamarte al móvil de Amanda, pero justo en ese momento una de las prostitutas se arrodilló delante de él y ofreció sus servicios… bastante alto. La llamada se cortó, pero pensé que Amanda no habría oído nada. Me equivoqué.

Leah me miraba con los ojos como platos y la boca entreabierta.

—¿Alex hizo qué?

—Ni lo preguntes —intervino Roger, con expresión asqueada—. La noche fue un infierno. ¿Cómo voy a arreglar esto ahora?

—Quizá debería hablar con ella, explicárselo todo —me ofrecí.

Pero Leah negó con energía.

—Ni se te ocurra. Solo la vas a liar más. Ya hablo yo con ella. Vosotros esperad en nuestra habitación.

Me dio un beso en los labios, le dio unas palmaditas en el brazo a Roger a modo de ánimo y se marchó escaleras arriba.

El futuro novio y yo nos quedamos esperando el ascensor, que parecía no tener ninguna prisa.

—¿Y si no quiere casarse conmigo? —preguntó Roger, al borde del colapso.

—Tranquilo —le dije, aunque no tenía ni idea de si era verdad—. Lo solucionaremos.

Como muy tarde en el momento en que me encontré sentado con Roger en la habitación, y Leah envió un mensaje desde el móvil de Amanda diciendo que la cosa iba para largo, supe con absoluta certeza que la boda corría verdadero peligro.

¿Cómo demonios iban a arreglar esto? ¿Y por qué, maldita sea, parecía que Alex tenía carta blanca para hacer lo que le daba la gana? Todo lo que tocaba acababa en desastre, y sin embargo… nunca pagaba las consecuencias.

Al menos Roger parecía pensar lo mismo, porque mientras se tomaba el analgésico que le ofrecí, maldecía a su cuñado en voz alta y sin cortarse un pelo.

Tuve que emplearme a fondo para evitar que saliera disparado a buscar a Alex y le partiera la cara.

El día siguiente prometía ser realmente duro.

20

Leah

Falta un día para la boda

Cuando abrí los ojos, me giré confusa hacia un lado y vi a Amanda tumbada a mi lado. Por lo visto, nos habíamos quedado dormidas después de que se deshiciera en lágrimas durante horas.

No había querido hablar conmigo. Y, siendo sinceras, tampoco habría servido de nada en el estado de embriaguez en el que estaba. Pero yo sabía que no iba a ser fácil calmarla.

Con cuidado, para no despertarla, me di la vuelta hacia la mesilla y tanteé hasta encontrar mi móvil. Había intentado secarlo de nuevo durante la noche con la esperanza de que siguiera funcionando tras su desafortunado chapuzón en el inodoro.

Por suerte, parecía que había surtido efecto. Tenía varios mensajes de la noche anterior. Incluso después de que Amanda y yo nos encerrásemos en su habitación, Dan me había seguido escribiendo. Quería saber desesperadamente cuándo volvería a la nuestra, porque Roger estaba al borde del colapso de tanta preocupación.

Me apresuré a escribirle una disculpa por haberme quedado dormida, y quedamos en vernos en el desayuno.

Me levanté con cuidado cuando Amanda abrió los ojos y me miró adormilada. Estaba fatal, con la cara empapada y los ojos tan hinchados que apenas se le veían.

—Buenos días. ¿Cómo estás? —le pregunté con una sonrisa suave.

En lugar de responder, se echó de nuevo a llorar, y empecé a asumir que la boda estaba realmente en peligro.

—Cariño, tienes que dejar de llorar y hablar conmigo. O mejor aún: habla con Roger.

—¡Ese cabrón infiel puede irse al diablo! —sollozó entre hipidos desgarradores.

—Roger no te fue infiel. Tu hermano solo es un grandísimo imbécil que lo metió en una situación muy jodida —intenté de nuevo.

Amanda me miró furiosa.

—¿Puedes dejar de una maldita vez de machacar a Alex? ¡No paras de atacarle!

Abrí los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que oía.

—Perdona, pero no fui yo la que organizó una despedida de soltero en un burdel de lujo. Además…

No pude seguir, porque Amanda se incorporó de golpe.

—¿Que los chicos estuvieron en un burdel de lujo?

Levanté las manos en señal de paz e intenté calmarla, pero empezó a corretear por la habitación hecha una furia, y por primera vez en mucho tiempo, temí por mi integridad física.

—¡Amanda, para! —grité al verla arrojar frascos de perfume por toda la habitación.

—¡Ese capullo! ¡No pienso casarme con él mañana! —chilló mientras corría al armario y sacaba su vestido de novia.

Cuando entendí lo que pensaba hacer, corrí hacia ella para impedirlo.

—¡Para ya con esta locura y déjame explicarte lo que pasó de verdad!

Pero era demasiado tarde. No me di cuenta de que tenía unas pequeñas tijeras de manicura en la mano hasta que vi cómo empezaba a cortar el vestido, haciendo pequeños agujeros por todas partes.

—¡Ese cabrón! ¿Cómo ha podido…?

Agarré mi móvil y marqué el número de Dan. Respondió después de un solo tono.

—Leah, menos mal. ¿Dónde estáis? Estamos en el comedor esperando a…

—Dan, coge a Roger y subid ahora mismo. Tenemos una…

—¡Voy a matarle! —gritó Amanda de fondo.

Dan gimió al otro lado de la línea:

—Oh no… ¿La novia zombi está destrozando la habitación?

—¡No es momento de bromas, Dan! ¡Sube ya con Roger!

Colgué sin esperar respuesta y me giré de nuevo hacia Amanda. Ahora había cortado las mangas de encaje del vestido y las lanzaba por la habitación mientras seguía vociferando. Tenía que poner fin a aquello.

—¡A M A N D A! —grité mientras intentaba arrebatarle las tijeras. Pero las agitaba tan frenética que era más probable que yo acabara herida.

Por fin alguien llamó a la puerta y la abrí de golpe para dejar entrar a los chicos. Pero en cuanto Amanda vio a su futuro marido, salió corriendo hacia él como una posesa, tijera en alto.

Dan tuvo buenos reflejos y empujó a Roger a un lado justo a tiempo, sujetando a Amanda por las muñecas mientras yo le quitaba las tijeras de los dedos.

Un auténtico desastre.

Teníamos un intento de homicidio, un vestido de novia destrozado y una novia completamente desquiciada. ¿Cómo íbamos a arreglar eso?

Roger estaba de pie en una esquina, deshecho, igual que su prometida. Dan seguía esquivando manotazos de Amanda, que intentaba a toda costa propinarle alguno a su prometido, y yo estaba sentada al borde de la cama, luchando contra ese extraño mareo que sentía. Era mi primera resaca.

Tras lo que pareció una eternidad, Amanda se dejó caer al suelo llorando, murmurando amenazas y lanzando miradas asesinas a Roger. Este se arrodilló ante ella e intentó calmarla con palabras suaves, hasta que por fin logró que se serenase.

Decidimos entonces que ya era hora de hablar sin guerras ni puñales voladores.

—¡No quiero oír vuestras patéticas excusas! —gruñó Amanda, mirándome descompuesta—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que nuestros novios han estado en un burdel?

—Porque confío en Dan y sé lo que pasó. Quizá deberías callarte un momento y escuchar —le espeté con dureza, mirándola de forma tajante.

Amanda me miró como si no me reconociese, pero por fin se hizo el silencio, y Roger empezó a relatar la noche infernal que había

planeado Alex.

A medida que escuchaba, Amanda se fue quedando con la boca abierta. Cuando supo que su hermano había emborrachado a Roger y luego le había colado éxtasis, se quedó petrificada.

—Tu hermano convirtió una despedida de soltero en una orgía. Nos llevó a una casa que resultó ser un burdel de lujo. ¿Quién en su sano juicio hace algo así?

Amanda miró a Roger y negó con la cabeza antes de girarse hacia mí:

—Lo siento, Leah. Siento lo que te dije sobre Alex.

Encogí los hombros.

—Créeme, no me costó nada superarlo. Porque precisamente cosas como esta era lo que hacía constantemente.

Dan miró confundido de una a otra, sin entender nada, y yo simplemente hice un gesto para restarle importancia. Roger continuó contando cómo Dan le había salvado de una prostituta y se había propuesto sacarlo de aquella casa. No se dejó ni un solo detalle fuera: la pelea, la detención... y cuando terminó, se dejó caer exhausto contra el respaldo del sofá.

Todas las miradas se posaron en Amanda, que ahora miraba al suelo con expresión avergonzada.

—Roger, cariño... creo que yo también tengo que confesarte algo.

Le tomé la mano con suavidad. Quería que supiera que estaba con ella, que no estaba sola. Al fin y al cabo, Amanda no le había sido infiel. Pero se mordía nerviosa el labio inferior y balbuceaba:

—Bueno, puede que… tal vez me pasara un poco… verás… lo que quiero decir es que yo…

No podía soportar más ese desastre de confesión y la interrumpí:

—Se sacó las tetas en el club y nos echaron.

Roger abrió los ojos como platos, Amanda bajó aún más la mirada y Dan soltó un "ay madre".

—Y fumé marihuana —admitió Amanda, haciendo que Roger se pusiera blanco como el papel.

—Yo también —añadí, recordando con una mueca el momento glorioso en el que vomité sobre un Porsche recién encerado.

Amanda empezó a reír entre dientes y murmuró:

—David te salió bastante bien.

—¿Qué David? —preguntó Roger, mirándonos desconcertado.

—Esa es una historia para otro momento —intervine, mientras Dan se sentaba junto a Roger.

Con tono divertido, mi jefe comentó:

—Vaya noche la vuestra. Me habría encantado vivirla en primera persona.

—Eso no va a volver a pasar. Ese ha sido mi primer y último porro —sentencié, lanzando una mirada cómplice a Amanda, que aún no se atrevía a mirar a su prometido a los ojos.

Entonces Roger soltó la bomba:

—Tal vez deberíamos cancelar la boda.

Nos dejó a todos boquiabiertos.

Amanda abrió la boca, la cerró sin decir nada, y yo miré a mi alrededor sin entender nada antes de gritar:

—¡No puedes hacer eso, Roger! Solo porque Alex os metió en un burdel y Amanda enseñó las domingas en un momento de locura, ¡eso no es motivo para cancelar una boda!

Pero Roger se vino abajo, suspirando profundamente.

—Esta boda se ha convertido en una pesadilla. Queríamos casarnos de forma íntima, en la montaña, con unos pocos amigos. Y ahora tenemos un evento para la prensa, con más de 200 invitados, un presupuesto de casi 100.000 dólares y más dramas de los que podemos soportar. Lo que más me apetece es mandarlo todo a la mierda y escaparnos.

Dan me miró con una sonrisita, y supe de inmediato que estaba tramando algo.

Negué lentamente con la cabeza, justo cuando Amanda soltó:

—¿100.000? Cariño, ni siquiera te acercas. Solo mi vestido ya costaba casi eso.

La "noviazilla" miró su vestido destrozado y rompió a llorar de nuevo. Yo la rodeé con el brazo mientras Dan seguía sonriendo como un idiota, esperando su momento.

Cada vez que abría la boca, le lanzaba una mirada asesina. Pero él pasó de mí y dijo:

—Siempre podéis escapar de verdad.

Roger y Amanda lo miraron con sorpresa. Yo puse los ojos en blanco mientras Dan se ponía en pie con entusiasmo.

—Buscamos un cura y os casamos en el acto. Luego os robáis un coche y salís pitando antes de que empiece el circo de mañana.

—¡Ni hablar! —saltó Amanda.

—No, ya es demasiado tarde —suspiró Roger, arrodillándose frente a ella—. Debemos cancelar la boda.

Amanda se levantó horrorizada y se metió en el baño, cerrando la puerta de un portazo. Miré a Roger, que tenía la mirada perdida, y le dije:

—No puedes hacer eso, Roger.

—¿Y cómo vamos a casarnos ahora? Sin vestido, con mi futuro suegro odiándome y todos pareciendo salidos de una pelea en un callejón. Que, bueno, técnicamente lo estamos.

Miré el reloj y, sin saber exactamente qué hacía, cogí el vestido destrozado del respaldo de la silla:

—Dame hasta el atardecer. Voy a arreglar esta preciosidad.

—¿Lo harías de verdad? —preguntó Amanda, sacando la cabeza por la puerta del baño.

—Por supuesto, cielo. De alguna forma conseguiremos que vuelva a ser un vestido digno de ti. Tal vez no tan ostentoso, pero sí como el que habías imaginado.

Amanda soltó un chillido de felicidad, corrió hacia mí y casi me tiró al suelo en un abrazo entusiasta.

Cuando se recompuso, miró a los chicos y señaló la puerta:

—Ahora os agradecería que abandonaseis la habitación. Ya sabéis, el novio no puede ver a la novia con el vestido antes de la boda.

Roger miró a Amanda y por fin esbozó una sonrisa:

—De acuerdo. Vamos a hacerlo.

—Venga, Roger. Dejemos a las damas solas y veamos cómo apaciguar al suegro —dijo Dan, arrastrándolo consigo. Pero antes de que salieran, Amanda se llevó una mano a la frente.

—¡Ay no! Me había olvidado de la abuela. Roger, ¿podéis tú y Dan ir a recogerla al aeropuerto?

Roger la miró como si acabara de pedirle que atravesase el infierno en chanclas:

—Cariño, no me pidas eso. Tu abuela es lo último que necesito ahora mismo.

Yo me eché a reír. Conocía de sobra a la buena de Marigold Craig, alias *Goldie* o *Granny*. Era todo un personaje, y Roger ya había tenido alguna que otra experiencia con ella. Dan, por su parte, se encogió de hombros:

—Vamos, Roger. ¿Qué puede hacer una abuelita para que este día sea aún peor de lo que ya ha sido?

—Tú no tienes ni idea —murmuré mientras los empujaba hacia la puerta.

Tenía una misión. Y ni idea de cómo cumplirla.

—¡Amanda, necesito hilo, agujas y una máquina de coser! —ordené, mientras ella llamaba por teléfono y, con un par de frases, conseguía que nos subieran una máquina de coser profesional y todo el material necesario.

Yo me quedé ahí, de pie, mirando el vestido destrozado… sin la más mínima idea de cómo transformarlo en algo digno de una boda.

Finalmente miré a mi mejor amiga y pregunté:

—Entonces, ¿qué tienes en mente?

—Algo sencillo, de corte recto y, por favor, sin mangas. Mi madre prácticamente me obligó a llevar el vestido original y, si te soy sincera, me alegro de que esté hecho trizas.

—Tú lo dices muy tranquila, pero no eres tú la que tiene que obrar un milagro ahora mismo —le solté mientras evaluaba qué partes del vestido podían salvarse.

—Si hay alguien capaz de hacer milagros, esa eres tú —respondió con una sonrisa, sentándose a mi lado.

Empecé a cortar, a hacer marcas con alfileres y a ajustar aquí y allá, hasta que levanté la vista y le pregunté:

—¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando mandaste a los chicos a recoger a Granny?

Amanda esbozó una sonrisa maliciosa.

—Era la única forma de quitárnosla de encima todo el día. Granny los va a tener bien ocupados.

—¿Y no te da miedo que Roger se eche atrás con la boda después de pasar unas horas con ella?

—Me preocupa más Dan. Aún no sabe a lo que se enfrenta —dijo Amanda, dejándose caer sobre la cama con un suspiro.

Me giré hacia ella con una media sonrisa.

—Si alguien puede con tu abuela, probablemente sea Dan… aunque, siendo sinceras, lo más seguro es que hasta para él sea demasiado.

21

Dan

Tomamos el coche de Roger, ya que mi Prius no estaba precisamente diseñado para transportar maletas y a una anciana al mismo tiempo. Sin embargo, cuanto más nos acercábamos al aeropuerto, más nervioso parecía el futuro novio.

Lo observé con atención, preocupado.

—¿Todo bien, Roger?

Él asintió, aunque buscaba las palabras adecuadas:

—Sí… es solo que… la abuela de Amanda… es algo peculiar.

Fruncí el ceño con curiosidad.

—¿Peculiar en qué sentido?

—A ver, cómo te lo explico… Parece que odia a todo el mundo y no se corta un pelo a la hora de demostrarlo. Y te juro que, el día que esa mujer estire la pata, van a necesitar dos ataúdes para enterrarla: uno para ella y otro para su lengua viperina. Aunque, siendo sincero, seguramente nos entierre a todos.

—Suena de lo más interesante —respondí, divertido, sin poder evitar una sonrisa.

Me costaba imaginar que una anciana pudiera tener semejantes habilidades demoníacas.

Después de una hora de trayecto, llegamos al pequeño aeropuerto y Roger aparcó cerca de la terminal de llegadas. Estaba sudando, y pude ver cómo le temblaban las manos. Le puse una mano en el hombro para animarle justo cuando entrábamos en el edificio del aeropuerto. Pero en cuanto se abrieron las puertas de cristal, sus ojos se agrandaron y murmuró:

—¡Satanás ha llegado!

Miré hacia las puertas, de donde empezaban a salir algunos pasajeros con maletas.

—¿Cuál es?

Pero no hizo falta que contestara. Ya la había visto: una señora menuda, con la presencia de una diva, avanzaba hacia nosotros con andares decididos. Llevaba un abrigo de piel que ignoraba olímpicamente las miradas de reproche a su paso. Todo en su atuendo gritaba *lujo excesivo*: el pelo perfectamente cardado con un ligero tinte violeta, un diminuto sombrerito negro de lo más *chic*, unas enormes gafas de sol que le cubrían casi toda la cara, pintalabios fucsia y joyas que probablemente valían más que mi casa entera. Aquella debía ser sin duda la señora Craig.

Se detuvo delante de nosotros, se bajó un poco las gafas y le lanzó a Roger una mirada cargada de desprecio.

—Con un poco de suerte, esperaba que mi nieta hubiera entrado en razón.

Roger parpadeó y yo ladeé la cabeza con curiosidad.

—También me alegro de verla, Marigold —masculló él entre dientes.

—Para ti sigo siendo la señora Craig. Ahora quítate el palo del culo y lleva mi equipaje al coche.

—Sí, señora Craig —gruñó Roger, lo que provocó una sonrisilla malévola en la anciana.

—No pasa nada si no te gusto, Roger. No todo el mundo tiene buen gusto —dijo, antes de posar su mirada en mí, evaluándome de arriba abajo.

—¿Y tú quién eres?

—Dan Miller. Encantado de conocerla —respondí con una sonrisa, tendiéndole la mano.

Ella la ignoró olímpicamente.

—Me gusta el sarcasmo, pero esa frase ha sido demasiado incluso para mí.

Se me escapó una sonrisa. En el fondo, aquella mujer ya me caía bien.

—No se puede matar a todos, por desgracia.

Me miró detenidamente y me tendió su bolso.

—Sigue así, Dan. Me gustas. No puedo decir lo mismo de todos aquí. El sarcasmo es el arte de insultar a los idiotas sin que se den

cuenta.

Roger resopló, cargando con la maleta de la señora. Yo le ofrecí el brazo, y para mi sorpresa, se enganchó a él con total confianza.

—Dime, Dan, ¿cuál es tu función en la boda? —preguntó mientras salíamos al sol.

—Mi novia es la mejor amiga de la novia.

La señora Craig se detuvo y me miró con curiosidad.

—¿Leah?

—Exacto —confirmé, mirándola de reojo, justo cuando ella sonreía casi divertida.

—La felicidad es reírse y tener un orgasmo con la misma persona. Espero que tú se los estés dando bien.

Roger se dio la vuelta, indignado.

—¡Marigold! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Pero ella lo ignoró por completo. Yo contesté sin perder la compostura:

—Eso espero, señora Craig.

—Llámame Goldie, chico. Me caes bien. No puedo decir lo mismo de todos aquí.

—Lo haré, Goldie.

—Debe de ser duro para Leah vivir con el miedo constante de encontrarse con su ex. Es casi como si yo misma cavara mi jardín.

—Ya sabe lo que dicen, Goldie —respondí con mi tono más relajado—: la mejor manera de superar a alguien… es con un coche por encima.

—¿Sabes que estás hablando de mi nieto?

Le sonreí con tranquilidad.

—Sí, lo sé, Goldie. Pero es que se me han agotado las pilas del halo.

—Te entiendo. Llevo años queriendo dejar de ser mala, pero el resto del mundo no deja de ser idiota.

Cuando por fin llegamos al coche, reinaba un silencio helador. Roger hervía por dentro, mientras Goldie sacaba de vez en cuando un pequeño frasco dorado del que daba discretos sorbos. En un momento dado, se giró hacia mí, me lo ofreció y dijo:

—¿Un traguito de brandy, cielo?

—No, gracias, Goldie.

—Vamos, Dan. El brandy es como la terapia, pero embotellada.

Estuve a punto de aceptar, pero justo en ese momento llegamos al hotel. Bajé tras ella para abrirle la puerta y, al ver el edificio, soltó en voz baja:

—En vez de gastarse un dineral en esta boda ridícula, deberían donar ese dinero a una buena causa. Como yo, por ejemplo. Soy mala, pero sería de mucha utilidad.

Una nueva sonrisa asomó a mis labios. Le ofrecí mi brazo con todo el porte de un caballero, mientras Roger se ocupaba, resignado, del equipaje.

Ya desde la entrada vimos a Alex y Marge junto al mostrador de recepción, y la abuela Goldie resopló con impaciencia a mi lado.

Alex se acercó a su abuela e iba a abrazarla cuando ella lo examinó de arriba abajo y luego deslizó la mirada por encima de Marge.

—¿Y a quién has recogido por ahí?

—Granny, te presento a Marge, mi novia.

Alex sonreía, aunque solo hasta que Goldie abrió la boca y le tendió la mano a Marge.

—¿Le puedo ofrecer un adiós?

Marge la miró confundida, pero la anciana todavía no había terminado. Se volvió hacia Alex y soltó:

—Ay, hijo… Deberías volver a beber. Te sentaba mejor.

Tuve que contenerme para no soltar una carcajada, cuando de repente escuché la voz de Leah detrás de mí.

—¡Goldie! Qué alegría tenerte aquí.

Goldie se giró y, por primera vez en todo el día, le vi una sonrisa genuina en los labios.

—Leah, cariño. ¿Cómo estás?

Marge, visiblemente molesta, se dio la vuelta hacia los ascensores, dejando plantado a Alex sin más, mientras Goldie abrazaba a Leah con fuerza y le anunciaba en voz alta:

—¿No te dije en su día que no lloraras por Alex? ¡Pues ya puedes reírte, porque su nueva novia parece un caballo!

Leah sonrió y miró atentamente a la anciana.

—He encontrado algo mucho mejor, Goldie.

Su mirada se deslizó hacia mí y entonces Goldie, sin perder el ritmo, soltó:

—Si folla tan bien como parece, quédate con él.

No me caía bien la abuela Goldie solo porque tenía un sentido del humor que por fin traía algo de vida al ambiente, sino sobre todo porque veía con absoluta claridad lo patético que era Alex.

No podía soportar a ese pijo engreído, y cada vez entendía menos cómo Leah había podido aguantarle tanto tiempo. Aunque, por suerte para mí, ahora estaba a mi lado. Bueno, tampoco era del todo cierto. Leah se había vuelto al cuarto de Amanda y Roger y seguía cosiendo como una posesa.

Yo, por mi parte, intentaba distraerme con trabajo, pero no lo conseguía. Mis pensamientos volvían una y otra vez a Leah, y poco a poco empezaba a preguntarme cómo íbamos a gestionar lo nuestro de vuelta en la oficina.

Antes de que pudiera profundizar en esa reflexión, decidí que un trago en el bar del hotel no me vendría mal.

Lo que no esperaba era el espectáculo que me encontré.

La abuela Goldie estaba sentada en una de las mesas, con una baraja de cartas en la mano. Frente a ella, tres jóvenes prácticamente en cueros.

¿Estaban jugando al strip-póker?

Uno de ellos soltó un gemido mientras Goldie lanzaba sus cartas sobre la mesa con una sonrisa triunfal. El chaval se levantó resignado y se quitó la camisa.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó.

—Ya, chaval. Si yo fuera tú, también preferiría ser yo —contestó Goldie, alzando su copa para brindar con sus oponentes, mientras con la otra mano jugueteaba por debajo de la mesa con una carta.

¡Goldie estaba haciendo trampas!

Me acerqué despacio y le eché un vistazo por encima del hombro.

Mientras organizaba su nueva mano, le susurré al oído:

—Buena jugada.

Ella giró la cabeza y me guiñó un ojo.

—Dan, ¿por qué no juegas con nosotros? Me encantaría verte sin camiseta.

—¿Tengo alguna posibilidad contra usted?

Hice un gesto al camarero para que viniera.

—Puedo dejarte ganar si luego te tomas un minuto para admirar este cuerpo. A mis 86, aún estoy bastante apretadita.

Uno de los chavales se rio, y enseguida Goldie le dirigió una mirada que habría congelado el infierno.

—Me encanta ese sonido que haces cuando te callas.

Me trajeron el *whisky* y me senté a la mesa. Observé cómo, una y otra vez, Goldie hacía desaparecer cartas bajo la mesa sin que nadie se diera cuenta. Hasta que, de pronto, aparecieron seis ases sobre la mesa y los chavales empezaron a sospechar.

—¡Esta vieja está haciendo trampas!

—¡Un poco de respeto! —le solté al crío, que no debía tener más de veinte y al que no había visto en mi vida.

—El respeto requiere un mínimo de inteligencia —replicó Goldie, tan tranquila—, y ahí empieza el problema.

Se levantó con elegancia.

—Dan, ¿te apetece dar un paseo?

Le tendí el brazo y esperé a que se enganchara a él. Justo entonces, el camarero regresó con mi *whisky* y un brandy para Goldie.

—Nos olvidamos de las copas —comenté.

Goldie hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Pues a la salud, de un trago. ¿O necesita agua para que no se me desmaye? Personalmente, solo bebo agua si está congelada y rodeada de un buen brandy.

Solté una carcajada, le brindé y me bebí el *whisky* de un trago. Me ardía la garganta y podía notar cómo descendía lentamente hacia mi estómago. Goldie hizo lo mismo, sin inmutarse.

Luego se despidió de sus contrincantes, que seguían semidesnudos, con una frase que me hizo escupir la risa.

—Tenemos que repetirlo. Estoy deseando volver a ver un saco firme. En Florida, donde vivo, los hombres tienen los huevos tan

arrugados que parecen nueces pasas.

Los chavales se tensaron y salieron huyendo, mientras yo conducía a Goldie hacia la salida con una sonrisa en la cara.

Paseamos por uno de los senderos de la montaña, disfrutando del sol de la tarde, hasta que me miró de lado y preguntó:

—¿Así que tú y Leah? ¿Cómo ha pasado eso?

—Es mi asistente, secretaria y mano derecha.

—Oh —dijo con un tono que auguraba tormenta—. ¿Y eso… funciona?

—Eso todavía no lo sé.

Ella se detuvo, sorprendida. —¿Cómo que no lo sabes?

—Significa que hace apenas unos días que somos algo más que jefe y asistente.

Opté por la sinceridad. Goldie no era ninguna ingenua y notaría si le mentía.

—¿Puedo darte un consejo, Dan? —dijo, ajustándose las gafas de sol mientras retomaba la marcha.

—Adelante, Goldie —respondí.

—Déjalo estar.

La miré sorprendido. —¿Cómo?

—Sexo en el trabajo.

—No tenía intención de…

No me dejó terminar. Se echó a reír a carcajadas.

—¡Claro que la tenías! No me refería a que dejaras lo tuyo con Leah. Me refería a que no lo hagas con nadie más. Sé lo que pasó entre Leah y Alex. Mi nieto es un idiota que saca a pasear la polla como si fuera un perro, para que mee en cualquier verja ajena, ¿me sigues?

Tuve que contener la risa.

—Entonces, ¿con Leah en el trabajo está permitido…?

—¡Cada día, al menos una vez! —ordenó con una sonrisa mientras sacaba de nuevo su petaca.

—¿Quieres un traguito?

—Mejor no, que aún queda la cena de ensayo y no quiero llegar borracho.

—Créeme, hijo. Así estarías mucho mejor. Mi hijo solo se soporta con alcohol, y al resto de imbéciles hay que bebérselos con inteligencia.

Me reí y seguimos caminando por el sendero, hasta que ella añadió:

—Será mejor que volvamos ya. Aún no he visto a mi nieta Amanda. Tal vez todavía esté a tiempo de meterle algo de sentido común en esa cabecita antes de que se case con ese blandengue de Roger.

—Roger es un buen tipo. Creo que le infravalora.

—Ser buen tipo no da orgasmos, cielo. Ese muchacho está tan reprimido que dudo que sepa siquiera dónde tiene que meterla.

—Pero es decente —suspiré.

Entonces le conté lo ocurrido en la despedida de soltero y cómo Alex había intentado manipular a Roger. Si a Goldie le sorprendió, no lo demostró.

—Mierda —fue todo lo que dijo—. Tenía que haber llegado antes. Me habría encantado presenciarlo.

—Acabamos en el calabozo —le confesé, alzando las cejas.

—Ay, chiquillo. Yo tuve el mejor polvo de mi vida en un calabozo.

Sonreí. Ella hizo lo mismo.

Y en ese momento supe con absoluta certeza que aquella mujer estaba a punto de revolucionar todo el fin de semana.

22

Leah

Después de saludar a Granny, me escabullí de nuevo a la habitación de Amanda, que ahora parecía más bien un taller de costura. Aún quedaba mucho por hacer, y por muy bien que me cayera la vieja dama, no me quedaba otra que volver a sentarme frente a la máquina de coser.

Amanda, que había estado en la bañera mientras llegaba su abuela, ya se había vestido y pasó corriendo junto a mí.

—Voy a saludar a Granny —anunció, alisándose el cabello con gesto nervioso.

Algo en ese gesto me hizo pensar que su llegada le pesaba más de lo que quería admitir.

—¿Va todo bien, Amanda?

Me miró con gesto torturado y asintió.

—Sí, es solo que... ella odia a Roger, y eso no hace precisamente más fácil este desastre.

—Pero ¿cómo se puede odiar a Roger? Quiero decir, sí, es muy comedido, y Granny es todo lo contrario, pero por lo demás es un buen tipo.

Amanda se sentó en la cama y me miró.

—El abuelo de Roger y Granny tuvieron un lío.

Abrí los ojos como platos.

—¿Perdona?

—Fue allá por los años 80. Granny acababa de divorciarse, y el abuelo de Roger aún estaba felizmente casado. Cuando se descubrió la aventura, los abuelos de Roger se separaron.

Dejé aguja e hilo a un lado, incrédula.

—¿Cuándo, cómo, dónde?

Amanda soltó una risita.

—Ni idea. Roger se enteró en el primer encuentro familiar. Y sí, su abuelo viene mañana. Me planteé no invitarle, pero Roger se puso

furioso y dijo que, en ese caso, mejor no invitar a Granny tampoco.

—¿Y por qué lo odia tanto entonces?

—Porque se parece demasiado a su abuelo cuando era joven. Y porque Roger no soporta su sarcasmo. Y cuando Granny detecta que alguien no la soporta, va con todo.

—Madre mía, esto va a acabar en tragedia. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque Granny estaba con gripe y no supe hasta ayer si vendría.

Me daba vueltas la cabeza. Conocía demasiado bien a Granny y su lengua afilada. Me preguntaba si de verdad sería capaz de arruinar la boda de su nieta solo porque, entre su segundo y séptimo matrimonio, se había tirado al abuelo del novio.

Me levanté de golpe.

—Necesito un descanso. Ve a saludar a tu abuela y nos vemos luego para la prueba.

Sin esperar respuesta, salí por la puerta directa al ascensor. Quería ver a Dan. Quería olvidar por un instante este circo. Esta boda se estaba yendo al garete y, en secreto, me prometí no casarme jamás.

Nada más llegar a mi planta, vi a Dan salir de nuestra habitación. Me sonrió con esa sonrisa de anuncio de pasta de dientes y me envolvió en un abrazo.

—Hola, fiestera. ¿Has escapado ya de tu mazmorra?

Lo miré, le agarré del brazo y lo llevé al interior de la habitación.

—Tenemos que hablar.

Él ladeó la cabeza, como si no supiera de qué se le acusaba, y me dejé caer con él en la cama mientras cerraba la puerta del balcón.

—Tenemos un problema.

—¿Alex? —preguntó, sacando el móvil—. Conozco a un tipo que por un módico precio podría…

—¡No, no es Alex! —le corté, más brusca de lo que pretendía—. Es el abuelo de Roger y Granny.

—¿Quieres emparejarlos? No creo que funcione, el tipo de Granny es más… joven.

Puse los ojos en blanco.

—No. Parece ser que tuvieron un lío. Él viene mañana y Amanda teme que la boda se vaya al traste.

Dan soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que todavía queda algo que estropear? Yo sigo opinando que deberían escaparse y casarse solos.

—Amanda nunca haría eso.

Me senté a horcajadas sobre su regazo y escondí la cara en su cuello. Su olor me envolvía. Sus brazos me apretaron con fuerza.

—Quiero volver a casa.

Dan me miró y, por un momento, se puso serio.

—Por mucho que esta boda esté siendo un desastre, me alegro de haber venido. En la oficina nunca habría tenido el valor de acercarme tanto a ti.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—No te imaginaba tímido.

—No es timidez. Es educación. Eres mi secretaria, Leah. Pero aquí, en las montañas, tan cerca de ti… la educación se ha largado por la ventana.

Como si quisiera demostrarlo, me agarró el trasero y empezó a amasarlo. Sabía perfectamente lo que buscaba, así que negué con la cabeza.

—No puedo ahora. El vestido de Amanda aún no está listo.

Me miró triste.

—Si se fugaran, no haría falta vestido.

—Si se fugaran, la boda se cancelaría y este viaje terminaría antes de tiempo.

Dan sonrió.

—Nuestros compañeros no tienen por qué saberlo.

Acaricié sus labios con los míos y le besé con ternura. Por muy caótica que estuviera resultando esta boda, no podía evitar pensar lo mismo que Dan: me alegraba de estar aquí. Me alegraba de tenerlo a él a mi lado.

—No, no lo saben —le respondí mientras desabrochaba su camisa lentamente.

En algún momento reuní fuerzas para salir de la cama y me deslicé a hurtadillas fuera de la habitación. Dejé a Dan durmiendo.

Me habría encantado volver a acurrucarme en sus brazos, pero tenía que seguir trabajando en el vestido de novia de Amanda.

El tiempo apremiaba antes de la gran cena de ensayo, y no me apetecía pasarme la noche entera frente a la máquina de coser. Unas dos horas más tarde, apenas quedaba nada del vestido original. Lo había transformado por completo según los deseos de Amanda, y en mi interior di gracias a mi abuela, que me enseñó a coser cuando era niña.

Del vestido pomposo había surgido un diseño palabra de honor, de encaje, con corte sirena. ¡Y la novia estaba feliz! Cuando Amanda se lo probó, su rostro se iluminó por completo y empezó a girar sobre sí misma con cuidado.

—Me encanta. Tal cual lo había soñado.

—¿Sabes que tu madre me va a matar si descubre que he alterado su carísimo vestido de diseñadora, verdad? —bromeé, saboreando ya en mi interior la victoria.

Ni Mrs. Craig ni el gruñón de Mr. Craig habían mostrado jamás simpatía por mí tras lo de Alex. Al contrario, me culparon a mí, asegurando que había sido yo quien le había engañado a él.

—¡Me lanzaré sobre ti para protegerte! —prometió Amanda con una sonrisa, mientras se miraba otra vez al espejo—. Ojalá pudiera rebelarme no solo con el vestido. Toda esta boda es lo que mi madre quiere, no lo que yo habría elegido.

—Aún queda casi un día entero para fugarse —dije en tono cómplice, lanzándole una mirada traviesa.

—Créeme, no me gustaría otra cosa. Pero mi padre ha pagado tanto por esta boda que no podría hacerle algo así.

Me miró un segundo, frunciendo el ceño.

—A no ser que…

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—Tal vez tú y Dan podríais…

—¿Estás loca? —La miré con los ojos como platos—. ¡Si apenas llevamos unos días… eso sería demasiado pronto!

—Solo era una idea —respondió con aire inocente, aunque su sonrisa dejaba claro que no lo decía tan en broma como quería aparentar.

—Será mejor que empecemos a prepararnos para la cena —dije, poniéndome en pie y ayudándola a quitarse el vestido. Amanda suspiró.

—No me apetece nada. Por mucho que quiera a mi abuela, me temo lo peor. Va a ser el infierno para Roger.

—¿Quieres que hable Dan con ella? Parece que se llevan de maravilla.

Amanda se volvió hacia mí.

—¿Tú crees que serviría de algo?

—No perdemos nada por intentarlo.

Cuando regresé a la habitación, Dan ya estaba allí, sentado en el escritorio con el traje puesto y trabajando. Maldita sea… ¿cómo había podido resistirme a ese hombre todos estos meses?

Al verme ir hacia el armario y sacar un vestido de encaje azul oscuro, levantó la vista.

—¿Y si nos saltamos la cena?

Incliné la cabeza y le dediqué una sonrisa.

—Créeme, si pudiésemos hacerlo, Amanda y Roger se nos unirían sin pensárselo. Amanda está preocupada por Roger, por la lengua afilada de su abuela.

Dan parpadeó.

—Sí, da la impresión de que no se soportan demasiado.

Solté el vestido sobre la cama y rodeé a Dan por detrás con los brazos.

—Tú te llevas muy bien con ella… ¿Por qué no hablas con ella? A lo mejor consigue contenerse.

—¿De verdad crees que esa mujer se va a dejar callar por mí? —rió Dan.

—Por favor, Dan —susurré, y posé mis labios sobre los suyos. Gimió al sentir mis dedos enredarse en su pelo y murmuró:

—Está bien…

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Puse un dedo sobre los labios de Dan y le susurré:

—No estamos en casa.

—¡Leah! ¡Abre! —gritó la voz de la novia al otro lado, como si acabara de pasar algo terrible.

—Mierda —murmuré, liberándome de los brazos de Dan. Abrí la puerta y Amanda se coló por la rendija antes de cerrarla de golpe.

—¡Ya está aquí! ¡Ha llegado antes de tiempo! —jadeó con los ojos desorbitados.

Dan se levantó y se acercó tranquilamente.

—A veces, cuando un hombre quiere mucho a una mujer, puede que sus nadadores se adelanten un poco…

Amanda y yo lo miramos confundidas.

—¡El abuelo de Roger ha llegado! —le soltó Amanda, exasperada —. Si Granny lo ve, va a haber un asesinato.

—Oh… —dijo Dan—. Voy a comprar bolsas para cadáveres.

—¡Tenemos que mantenerlos alejados el uno del otro! —suplicó Amanda, clavando en mí una mirada angustiada.

Miré a Dan con urgencia.

—¡Tú! ¡Encárgate de Granny! Entretenla hasta la cena. Nosotras nos ocupamos del abuelo de Roger.

—Pero yo no aguanto tanto alcohol… —replicó Dan, desconcertado, mientras Amanda y yo salíamos disparadas del cuarto de la mano.

Bajamos corriendo hasta el vestíbulo y allí estaba Roger con una versión envejecida de sí mismo. Maldición… era como una máquina del tiempo. Eran idénticos.

Y para colmo, el abuelo seguía siendo un hombre atractivo, incluso pasados los ochenta.

En cuanto vio a Amanda, se le iluminó la cara.

—¡Aquí está la novia!

La abrazó con entusiasmo y luego fijó sus ojos en mí.

—Vaya, qué belleza deslumbra mis cansados ojos.

Me quedé desconcertada mientras tomaba mi mano y la besaba con galantería.

—Eh… hola. Soy Leah, la mejor amiga de Amanda.

—George Hemming. Un placer conocerla.

Menudo encantador de serpientes. Si se cruzaba con Granny, aquello iba a ser el espectáculo del siglo.

Roger lo arrastró hasta la barra, y Amanda y yo nos quedamos atrás. La miré con las cejas por las nubes.

—¿Y ese tuvo algo con Goldie?

Amanda asintió.

—Y no tiene ni idea de que es mi abuela.

—Espera… ¿qué?

—Cuando Granny descubrió el apellido de Roger y luego lo vio, supo enseguida quién era su abuelo. Pero George no sabe nada. Cuando estuvieron juntos, Granny aún llevaba el apellido de su exmarido. Así que va a quedarse de piedra cuando la vea.

—Madre mía, me vais a matar. ¿Estás segura de que no quieres fugarte?

Le di una palmadita en el brazo.

—Tengo miedo, Leah. Granny es impredecible y el abuelo de Roger tiene debilidad por las faldas. Como se crucen esta noche… va a ser un tornado.

23

Leah

Nuestro plan parecía funcionar… al menos de momento, porque habíamos logrado mantener a Goldie alejada del abuelo de Roger. Pero la cena de ensayo se acercaba con ominosa lentitud. Con cada minuto que pasaba, las manos de Amanda temblaban más y hasta yo empezaba a sentir que la situación se nos iba de las manos.

Finalmente llegó el momento y bajamos hacia el comedor a un ritmo tan pausado que cualquiera habría pensado que intentábamos llegar después de que todo terminara.

Fuimos de los últimos en llegar. Roger ya estaba sentado en su lugar de futuro marido, con su padre y su madre a los lados. El abuelo de Roger también estaba sorprendentemente cerca del lugar de los novios, y cuando recorrí con la mirada el salón, me di cuenta de que ni Goldie ni Dan estaban por ninguna parte. ¿Sería posible que Dan consiguiera mantener a la señora de la lengua viperina lejos del evento?

Demasiado optimista por mi parte.

Justo cuando todos tomaban asiento, Marigold Craig hizo su entrada triunfal, como si fuese la mismísima estrella del espectáculo, del brazo de Dan, sin inmutarse ante las miradas que se clavaban en ella.

Miré con disimulo hacia la cabecera de la mesa, donde el abuelo de Roger jugueteaba con una servilleta, sin haberse percatado aún del peligro. Pero cuando atrapé la mirada de Amanda y vi que estaba pálida como un cadáver, comprendí que todo podía estallar en cualquier momento. Se bebió su copa de champán de un trago, como si esperase pasarse el resto de la noche borracha para sobrevivirla.

—Buenas noches, queridísima familia, futura familia y todos los demás afortunados de no pertenecer a esta panda —saludó Goldie con una voz clara y arrastrando las miradas, antes de volverse hacia

Dan para susurrarle en voz lo suficientemente alta como para que todos lo escucháramos—: La familia es como las ratas. Lo que no se comen, se lo llevan.

Dan soltó una risilla, la ayudó a sentarse y luego rodeó la mesa para sentarse a mi lado.

Inclinándose hacia mí, me susurró al oído:

—Adoro a esta mujer. Si no fueses tan condenadamente sexy, iría a la boda con ella.

—Entonces yo me pido al abuelo de Roger —le respondí con una sonrisa—. Ese hombre es todo un galán de la vieja escuela. Deberías tomar nota.

Y justo en ese momento, como si lo hubiéramos invocado, George Hemming se quedó mirando a Goldie como si acabara de ver a un fantasma. Goldie, por su parte, lo fulminó con la mirada, capaz de convertirlo en piedra solo con sus ojos. Él abrió la boca, incómodo.

—Hola, Goldie… Cuánto tiempo, ¿eh?

—Sí, qué bien —contestó ella, llevándose la copa a los labios—. Todos estos años deseando volver a verte… con una piedra.

George tragó saliva y bajó la mirada. Parecía hasta entristecido. ¿Acaso todavía sentía algo por ella?

El padre de Amanda se puso en pie y carraspeó, visiblemente molesto.

—¿Estamos ya todos?

—Las cosas buenas se hacen esperar —replicó Goldie, sacando su petaca del bolso—. Por eso yo siempre llego tarde.

Pude ver cómo la vena del cuello de Mr. Craig se hinchaba. Aun así, fingió una sonrisa y dijo:

—Antes de comenzar, me gustaría decir unas palabras.

Goldie resopló.

—Benditos sean aquellos que no tienen nada que decir… y se callan.

—Madre —le advirtió Mr. Craig, negando con la cabeza.

—Sí, ya he entendido —respondió ella, dándose la vuelta—. Solo que no me importa.

Dan estaba rojo como un tomate a mi lado, intentando contener la risa. Yo tampoco lo tenía fácil. ¿Sería esa siempre la dinámica

familiar?

Roger, intentando salvar el ambiente, se puso en pie también.

—Quiero daros las gracias a todos por venir a nuestra boda mañana. Disfrutad de la cena y pasadlo bien.

Mr. Craig lo miró desconcertado. Nadie le quitaba nunca el discurso al padre de la novia. Pero a Roger parecía importarle poco.

Y para sorpresa de todos, Goldie se levantó y alzó su copa.

—Por fin dice algo sensato el chaval. Quizá no seas tan blandito como pensaba.

Roger la miró. Ella le sostuvo la mirada. Hubo un silencio tenso hasta que él dijo:

—No se preocupe, Goldie. Seguiré siendo yo… sobre todo porque sé que le molesta.

Las comisuras de los labios de Goldie se curvaron en una mueca casi imperceptible.

—Bienvenido a la familia.

Amanda me lanzó una mirada desorientada. ¿Acababa Goldie de aceptarlo?

Dan me susurró:

—Esa frase es mía. Quería parecer más duro con ella.

Lo miré sorprendida.

—¿No se suponía que tenías que suavizarla?

—¿Alguna vez has intentado detener un tornado con las manos? —dijo encogiéndose de hombros—. A Goldie no se la suaviza. Con ella hay que aliarse.

Debajo de la mesa, mi mano buscó la suya. Me la apretó con cariño, mientras me miraba con adoración. Pero sentí otra mirada sobre mí. Giré la cabeza… y me encontré con los ojos de Alex, que me observaban con un gesto raro.

Como la adulta que soy, le saqué la lengua… justo cuando servían el primer plato.

Todos comíamos en silencio una sopa con tropezones de carne, menos Marge, que apenas tocaba la cuchara. Goldie lo notó y no tardó en preguntar:

—¿Por qué no comes, querida?

—Soy vegetariana —respondió Marge, mirando con desprecio las albóndigas flotantes.

—Soy una vegetariana de segunda mano —dijo Goldie, ganándose varias miradas de desconcierto—. La vaca come hierba, yo me como la vaca.

Dan se aclaró la garganta junto a mí.

—Los vegetarianos son crueles. Quiero decir, un cerdo puede huir, pero una lechuga…

—Por algo se dice *vegetar*, y no *escalopinear* —replicó Goldie alzando su copa para brindar con Dan por encima de la mesa.

Aquellos dos se habían encontrado el uno al otro. Casi me daba pena Marge, que al menos comenzó a comer algo cuando sirvieron la ensalada. Sonreía mientras pinchaba las hojas de lechuga demasiado grandes con el tenedor, pero se quedó paralizada al notar la mirada atenta de Goldie.

—Admiro a las mujeres que pueden comer y beber con pintalabios puesto. Yo acabo pareciendo que me he comido una oveja a mordiscos.

Fue demasiado para Marge, que lanzó el tenedor sobre el plato, se levantó y salió del comedor sin decir una palabra. Goldie la siguió con la vista y comentó con toda la calma del mundo:

—Quizá debería acompañarla hasta la puerta… por si acaso le da por volver.

—Abuela —dijo Alex, visiblemente perplejo, aunque no hizo ni un amago de seguir a su novia.

—¿No es terrible, Alex, darte cuenta de que has tomado una mala decisión y saber que ya no puedes deshacerla? —preguntó Goldie, mirándome directamente. Luego echó un vistazo a Dan y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

Se sirvió el segundo plato y por unos minutos reinó un silencio glacial. La señora Craig, madre de Amanda, pareció aprovecharlo para comenzar a alabar el vestido de novia:

—Es un sueño de tul y encaje. Amanda parecerá una princesa con él.

La miré horrorizada. Del tul apenas quedaba nada desde que Amanda lo había destrozado y yo lo había rehecho con la máquina

de coser. ¿Le había ocultado a su madre los cambios?

—Mamá, tengo que decirte algo —empezó Amanda con un hilo de voz.

Pero la señora Craig estaba tan metida en su oda al vestido que ni la oyó.

—Las mangas están confeccionadas con encaje francés de la más alta calidad…

Me entraron sudores fríos. Las mangas… ya no existían. Y sospechaba que las modificaciones al sagrado modelito de diseñador no me iban a ganar simpatías en esa mesa. No que eso cambiara mucho**:** jamás había sido bienvenida en la familia. Para ellos, yo seguía siendo la hija de inmigrantes de clase baja.

—… la cola está bordada con…

Goldie soltó un suspiro tan sonoro que logró interrumpirla.

—Casi parece que te lo hayas elegido tú, Caroline. No sabía que pensabas volver a casarte.

—Lo escogí *con* Amanda —protestó la madre, molesta.

—Más bien *por* Amanda. Estoy bastante segura de que tu hija no tuvo ni voz ni voto —replicó Goldie, mirándola con desdén. Se podía cortar la tensión entre ellas con cuchillo.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan desagradable, Goldie?

—Cuanto más vieja me hago, más mala soy. Estoy convencida de que pronto empezaré a morder a la gente —dijo, llevándose un bocado a la boca mientras sonreía de oreja a oreja.

La señora Craig miró furiosa a su marido. Él, sin embargo, estaba tan enfrascado en su filete de cordero que ni se enteraba. O quizá no *quería* enterarse.

—Mamá, he hecho arreglos en el vestido —dijo Amanda por fin, más alto, logrando llamar la atención de todos.

Todos los que conocían a Caroline Craig se quedaron paralizados. Ella giró lentamente la cabeza hacia su hija y el ambiente se volvió aún más tenso.

—¿Cómo que has hecho arreglos?

Intenté salir al rescate:

—Hubo un pequeño percance, pero lo he salvado con algunos cambios. El resultado es precioso.

El rostro de la señora Craig enrojeció peligrosamente.

—¿Sabes cuánto costó ese vestido? ¡Más de diez mil dólares!

Asentí, procurando mantenerme serena.

—¿Preferiría que lo hubiéramos tirado a la basura?

—Siempre supe que fuiste el peor error de mi hijo —escupió—. Pero ahora mismo me arrepiento de no haber prohibido vuestra amistad desde el principio.

Sus palabras estaban empapadas de odio, y justo cuando iba a responderle, Dan se me adelantó.

—Pues me temo que está bastante sola con esa opinión. Aquí hay mucha gente que aprecia a Leah.

—¿Y usted quién es? —espetó ella—. Por mucho que se haya encaprichado de esta cualquiera, no tiene derecho a abrir esa bocaza suya.

—¡Ya basta! —bramó Mr. Craig, intentando tomar el control de la situación.

Pero Goldie no pensaba callarse.

—Oh, Caroline. ¿Te recuerdo dónde estabas cuando conociste a mi hijo? —preguntó con una sonrisa ácida—. Que yo sepa, no tenías ni un duro, ni estudios, y te habías acostado con media ciudad.

Caroline Craig se quedó de piedra, sin aire. Mr. Craig la miró horrorizado, balbuceando algo, mientras Roger, aburrido, cortaba su carne como si nada. Amanda rompió a llorar.

Goldie se levantó y anunció:

—Como esta velada se ha convertido en un circo, y yo soy demasiado vieja para estas mierdas… me retiro. Que les cunda la función.

Se dirigió a la salida con paso digno. El abuelo de Roger se levantó de inmediato:

—Acompañaré a la dama —dijo solemne.

—No necesito compañía. No es como si hubiera osos acechando ahí fuera —gruñó Goldie, sin mirarlo siquiera.

Dan soltó una carcajada.

—Oh, Goldie… se equivoca usted de pleno.

Le di un codazo, horrorizada. No hacía falta que todo el mundo supiera que nos había pillado un oso *in fraganti* dentro del coche.

Los dos ancianos abandonaron el salón y el ambiente quedó por los suelos. Pero Dan parecía estar pasándoselo en grande: sonreía con ese gesto pícaro suyo mientras se llevaba un trozo de patata a la boca. Yo, en cambio, había perdido el apetito. Miré a mi mejor amiga, que se secaba discretamente las lágrimas mientras Roger le acariciaba la espalda con ternura.

—¿Podemos de una vez terminar con esta estúpida cena? —protestó Alex, recostándose con desgana en la silla.

—¡Oh, cállate de una maldita vez! —saltó Roger con un tono tan cortante que todos en la mesa se giraron hacia él, sorprendidos.

Hasta yo me quedé pasmada. El tranquilo y reservado Roger empezaba a perder la paciencia, y por la mirada que le dirigió a su cuñado, juraría que estaba a punto de explotar. Lo habitual en este tipo de escenas era prepararse un bol de palomitas y disfrutar del espectáculo, pero esta vez yo formaba parte del desastre. Y me aterraba que todo este caos acabara arruinando la boda de mi mejor amiga.

Por suerte, antes de que la situación se descontrolara del todo, los camareros retiraron los platos principales y comenzaron a servir el postre. Nadie dijo nada mientras esperábamos a que se completara el último plato, hasta que, de pronto, un extraño sonido procedente del vestíbulo nos sobresaltó a todos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la señora Craig, mirando a su marido con inquietud.

—Ni idea, querida… Suena como un animal herido —respondió él con el ceño fruncido.

—Oooooh —se oyó desde fuera, y Dan, que tenía la mano cubriéndose la boca, me miró con lágrimas en los ojos. Su rostro ya estaba rojo como un tomate, tratando desesperadamente de contener la risa.

Yo, en cambio, no entendía qué le hacía tanta gracia.

—¡Aaaahhh! —se escuchó de nuevo, y esta vez vi cómo Roger y Amanda se miraban con los ojos abiertos de par en par.

—¡Así, George! —gritó una voz femenina, y de inmediato supe quién era.

Golpes rítmicos comenzaron a sonar contra la pared contigua y escuché claramente la voz del abuelo de Roger, desde el otro lado:

—¿Qué has dicho, Goldie?

El señor Craig abrió los ojos como platos. Al fin comprendía que su madre y el abuelo de Roger estaban teniendo sexo en la habitación de al lado.

Los golpes se intensificaron. Impresionada, miré a Dan y susurré:

—No habría imaginado tanta energía en ese cuerpo.

Dan no aguantó más y estalló en carcajadas. Algunos invitados se unieron a la risa, aunque otros seguían horrorizados.

Intentando recuperar el aliento, Dan se giró hacia mí:

—Espero que estén usando protección. No quiero que Goldie acabe embarazada.

—¡Dan! —le solté una palmada en el brazo, riendo con incredulidad—. ¡Eso no tiene gracia!

—Claro que la tiene. Esta boda se está convirtiendo en algo inolvidable.

Y justo cuando pensábamos que nada más podía pasar, Amanda salió corriendo del comedor, con Roger pisándole los talones. Dudó entre seguirla o intentar calmar a los invitados, pero al final eligió lo primero.

—Se avecina una catástrofe —dije, más seria.

Dan asintió.

—Vamos tras ellos. No sea que hagan una locura.

Lo miré, entre divertida y escéptica.

—¿Qué podría pasar que no haya pasado ya?

Nos llevó un buen rato localizarlos, guiados por los gemidos lejanos y el murmullo escandalizado. Al final dimos con Amanda y Roger en una pequeña terraza frente al hotel. Ella sollozaba desconsoladamente sobre el hombro de su prometido, empapándole la chaqueta con lágrimas.

—¿Amanda? ¿Estás bien? —pregunté con cautela, acercándome a ella.

Levantó la cabeza, secándose los ojos con torpeza, arrastrando todo el maquillaje.

—Nada está bien. Esta boda es un desastre. Deberíamos cancelarla.

—¡No! —gritamos Dan, Roger y yo al unísono.

Dan se agachó frente a ella y la miró con una seriedad inesperada.

—Amanda, cancelar tu matrimonio con Roger sería un error. Él no tiene la culpa de esta locura. Pero si lo que quieres es cancelar *esta* boda en particular… entonces sí, hazlo.

Roger parpadeó, perplejo.

—¿Casarnos sin boda?

Torcí la cabeza, sin entender muy bien qué pretendía Dan.

Él se aclaró la voz, se puso de pie y los miró a los dos.

—¿Cómo os imaginabais vuestra boda?

—Íntima. Tranquila. Pequeña —respondió Roger sin dudar. Amanda asintió.

—Con mi vestido de ensueño y mi mejor amiga a mi lado —añadió con la voz aún temblorosa.

Dan sonrió y se acarició el mentón.

—Pues ya tienes tu vestido, y Leah está aquí. Poneos guapos. A medianoche. Leah y yo nos encargamos del resto.

—¿Perdona? —pregunté, atónita.

—Vamos a organizar una boda pequeña, sencilla, bonita. Nosotros seremos los testigos. Os casáis a medianoche, en el aparcamiento. Id preparándoos.

—Pero… mi padre me va a matar —intentó decir Amanda.

Roger, para sorpresa de todos, cortó en seco:

—Que se calle de una vez. Esta boda es *nuestra*. Nunca le pedimos este circo.

—Y mi madre…

—Ha metido ya demasiada baza. Vamos a hacerlo, Amanda. Sea lo que sea lo que Dan tenga en mente.

Roger se puso en pie, ayudó a Amanda a levantarse y se volvió hacia nosotros.

—Medianoche. Estaremos listos.

Los observé alejarse, aún en shock. Miré mi reloj.

—Dan… quedan dos horas y media. ¿Cómo demonios vas a montar una boda en ese tiempo?

Él se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Ni idea. Pero tenemos que empezar ya.

—Estás loco —dije, aún sin moverme.

—Y tú más. Si no, no me seguirías la corriente —me respondió con una sonrisa, abrazándome por la cintura y besándome con dulzura —. Prométeme una cosa: que si algún día nos casamos, nos fugaremos antes de llegar a esto.

—¿Fugarme yo? ¿Con una familia italiana a la espalda? No tienes ni idea.

—Mis padres son hippies. ¿Quieres que te cuente cómo sería?

Me lo imaginé durante medio segundo y negué rápido con la cabeza.

—Mejor no. De momento, tenemos una boda que salvar. ¿Por dónde empezamos?

—¿Por dónde empezamos?

—Buena pregunta. ¿Qué tal un pastor?

—¿Y para qué necesitáis un pastor? —Dan y yo nos giramos bruscamente hacia la voz que venía desde la entrada. Goldie estaba de pie en la puerta, sonriendo, con un aire despreocupado y el aspecto completamente despeinado.

—Oh, para nada en especial —respondí simplemente, aunque sabía que no iba a rendirse con tanta facilidad.

George apareció también en el umbral. Estaba algo pálido y se tambaleó levemente al darle un beso enamorado en la mejilla a Goldie.

—La cosa se os ha ido de las manos bastante rápido —dijo Dan con picardía, observando cómo Goldie sacaba su petaca y brindaba con él.

La anciana se giró hacia George y preguntó:

—Estos dos están buscando un pastor. ¿No pensarán fugarse? ¿Tú no tenías licencia para casar?

Él lo pensó un instante.

—Sí, es cierto. Aunque hace ya tiempo que no…

—Da igual —interrumpió Dan con una sonrisa, asintiendo con entusiasmo—. Entonces ya tenemos a alguien que pueda oficiar la ceremonia.

—¿Tienes vestido? —me preguntó Goldie, y yo miré incómoda a Dan.

—En realidad, no somos nosotros los que queremos casarnos.

Los dos viejos se miraron entre sí, luego nos miraron a nosotros, y finalmente George preguntó:

—¿Y entonces quién se supone que va a casarse?

Respiré hondo y dejé caer los brazos.

—¡Tenéis que prometer que no diréis nada!

Solo cuando ambos dieron su palabra, respondí:

—Roger y Amanda.

—Pero si ellos se casan… Ohhhhh —Goldie pareció comprender, y sonrió—. Mi nuera se va a poner como una fiera. ¿Cuándo y dónde? ¡Contad con nosotros!

—A medianoche —respondió Dan, alzando la vista hacia el cielo estrellado—. Aún no sabemos dónde ni cómo, pero creo que en las próximas dos horas y veinte minutos encontraremos una solución.

24

Leah

Dan y George desaparecieron con una misión, y yo me quedé atrás, con la abuela y un sentimiento de culpa hacia los invitados de la boda. Pero como mínimo, en el momento en que Granny me lanzó una sonrisa traviesa, supe que aquella iba a ser una noche muy larga.

—¿Por dónde empezamos? —La anciana juntó las manos con energía y esperó mi respuesta.

—Eh… No tengo ni idea. Nunca he organizado una boda. Pero si los chicos se encargan del lugar, quizá nosotras deberíamos ocuparnos de la decoración.

Goldie reflexionó un momento.

—Necesitamos flores. ¿Dónde está la floristería más cercana?

—Son casi las diez de la noche, Goldie. No encontraremos ninguna abierta.

Puso las manos en las caderas y negó con la cabeza.

—La juventud de hoy… todos unos blandengues sin imaginación. Si yo hubiera pensado como tú a tu edad, me habría perdido la mitad de las cosas divertidas de la vida.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Entrar a robar? —Por su expresión, supe que eso era exactamente lo que tenía en mente—. ¡Oh, no! ¡Eso sí que no lo vamos a hacer!

—Cállate y llévame a tu coche.

La miré incrédula mientras se alejaba con paso elegante hacia el aparcamiento. Sabía que debía detenerla y dije:

—Seguro que podemos apañarnos sin flores… o el hotel… quizás nos dejen…

—¡Dame las llaves! Conduzco yo.

—Pero has bebido alcohol —intenté protestar mientras buscaba las llaves en mi bolso.

Me las quitó sin más, pulsó el botón del mando y se dirigió hacia mi coche, cuyos faros parpadearon al desbloquearse.

—He conducido con más alcohol en sangre del que tú has tenido nunca, y mucho antes de que tuvieras carnet de conducir.

Con un nudo en el estómago y casi temblando, me senté en el asiento del copiloto mientras Goldie se acomodaba al volante y ajustaba el asiento. Con dedos temblorosos, me abroché el cinturón y recé por sobrevivir a aquel trayecto.

—¿Dónde está el tercer pedal? —preguntó, y la miré con los ojos como platos.

—No es de marchas. Es automático.

—Nunca se me han dado bien los automáticos. Siempre he tenido coches europeos con cambio manual. Pero no puede ser tan complicado, ¿no?

Empecé a temer lo peor.

—¿Estás segura de que no debería conducir yo?

—Oh, no seas pesada. Ya conduje tanques cuando me ligué a aquel soldado tan atractivo.

El motor arrancó y la música sonó en la radio. Granny comenzó a moverse al ritmo mientras pisaba el acelerador con tanta fuerza que casi salí disparada del asiento.

—Vaya, este trasto tiene potencia —dijo entre risitas, mientras yo estaba al borde del infarto.

—Goldie, por favor. Aún necesito mi coche.

—Si se estropea, te compro uno nuevo —replicó, pisando el acelerador de nuevo, aunque con algo más de cuidado. Pero en cuanto llegamos a la carretera, frenó tan bruscamente que el cinturón se me clavó en el hombro.

—Goldie, eso era el freno. El coche no tiene embrague.

—Sí, acabo de darme cuenta —contestó con total tranquilidad y volvió a ponerse en marcha.

Cuando la carretera se abrió recta ante nosotras, respiré hondo. Ya no podía salir nada mal… o eso creía. La pensión estaba en lo alto de una colina y la carretera hacia el pueblo descendía desde allí.

Cuanto más nos acercábamos al pueblo, más rápido íbamos, y en un momento dado, le sujeté el brazo a Granny y le dije:

—Quizá deberíamos ir más despacio. Ya vas a 75 millas por hora.

Goldie entornó los ojos y miró el velocímetro.

—¿De verdad? Ni me había dado cuenta. Me he dejado las gafas en la habitación del hotel.

La miré fijamente.

—¿Cómo que te las has dejado? ¿Estás viendo siquiera por dónde vas?

Ella ladeó la cabeza y admitió:

—Más o menos. En sombras.

—¡Para el coche ahora mismo, Goldie! Voy a conducir yo.

Pero ella solo me lanzó una mirada fastidiada.

—Oh, venga ya. No lo hago tan mal, teniendo en cuenta que perdí el carné hace veinte años.

—¿¡Qué has dicho!? —grité, enviando un rezo desesperado al cielo.

Ella soltó una carcajada.

—Ay, niña, solo era una broma.

Solté un suspiro de alivio.

—Me has dado un susto de muerte.

—Tranquila, solo fueron cinco años —dijo con toda calma—. Bueno, veinte. Los niños de hoy os creéis cualquier cosa.

—Goldie, hablo completamente en serio. Para el coche y déjame conducir. Si la policía…

—Si tuviera miedo de la policía, hace tiempo que habría huido del país.

Por dentro me preparé para lo peor, mientras Goldie seguía tarareando alegremente al tiempo que descendía a toda velocidad por la carretera. Cada vez que tomaba una curva, yo dejaba de respirar, y mis nervios estaban ya al límite cuando empezó a hacer eses con el coche.

—¿Hay algo en la carretera? —preguntó, entrecerrando los ojos de nuevo.

—No. Son las sombras de los árboles proyectadas por la luz de la luna.

—Menos mal. Ya pensaba que eran mis pastillas haciéndome ver cosas que no existen.

—Goldie, me vas a matar de un disgusto.

Justo cuando iba a sacar el móvil para mandar una señal de auxilio a Dan, percibí un movimiento por el rabillo del ojo y grité:

—¡Cuidado, Goldie!

Un ciervo cruzaba la carretera y, en lugar de frenar, Granny pisó el acelerador. Las dos gritamos y, mientras Goldie sujetaba el volante con fuerza, yo me aferré a la manecilla de la puerta y cerré los ojos.

La aceleración repentina hizo que pasáramos por delante del ciervo sin llegar a chocar, pero la carretera estaba bastante irregular y prácticamente volamos sobre el asfalto. Con una frenada en seco, el coche se detuvo, y Goldie me miró con los ojos desorbitados.

—Vaya, eso ha sido toda una aventura. Creo que sí, que será mejor que conduzcas tú ahora.

Asentí en silencio y salí del coche. Goldie hizo lo mismo y cambiamos de sitio. Por fin volvía a tener el control de mi coche, aunque estaba bastante segura de que los amortiguadores no habrían salido tan bien parados después del aterrizaje forzoso.

Pero seguíamos con vida, y eso era todo lo que importaba.

En pocos minutos llegamos al centro del pequeño pueblo, y me pregunté qué demonios estábamos haciendo allí. De ninguna manera iba a robar una floristería, como Goldie planeaba. Pero quizá tuviéramos suerte y encontráramos en el supermercado 24 horas unas flores que pudieran servir como decoración.

Sin embargo, antes de eso tenía una pregunta que me quemaba en la lengua. Mientras conducía despacio por la calle principal, miré de reojo a Goldie.

—Dime una cosa. ¿Qué hay exactamente entre tú y el abuelo de Roger?

Goldie soltó una risita, como una chiquilla enamorada.

—Oh, digamos que ya lo quería en su momento y le eché una maldición por quedarse con su mujer. No sabía que se hubieran separado después. Aunque hoy ya no tiene importancia. Cuando George me siguió esta noche desde el comedor, sentí una necesidad urgente de revivir mi juventud.

—¿Tu juventud? Pensaba que tú y George habíais empezado a…

—Yo era más joven, al menos —dijo, sonriendo—. Y tengo que decir que el buen George sigue tan firme como entonces.

Abrí los ojos como platos, escandalizada.

—¡Goldie! No quiero saber lo que tú y…

—¿Por qué tan puritana, niña? Estoy segura de que Dan es, como mínimo, igual de potente. Seguro que te ha dado bien…

—¡No voy a hablar contigo sobre mi vida amorosa, Goldie!

—¿Está bien dotado? —ignoró completamente mis protestas, y añadió—: Una vez tuve un latino con un miembro como un plátano. Llegaba a sitios que me hacían llegar al orgasmo en cuestión de segundos. ¡Me dejaba sin vista ni oído!

—¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esta noche? —murmuré para mí, justo cuando Goldie me dio un codazo.

—¡Ahí hay una floristería!

—Pero está cerrada —intenté disuadirla de hacer alguna locura.

—¡Para, Leah! —casi gritó, forcejeando con el tirador de la puerta.

Como había visto el supermercado más abajo en la calle al llegar, y sabía que aún estaría abierto, le hice el favor a Granny y aparqué delante de la tienda. Ni siquiera había salido del coche cuando ya la vi tirando de la puerta e intentando rodear el edificio.

—Espera, Goldie. A lo mejor hay un número de teléfono en la puerta.

—No tenemos tiempo para eso, querida. ¿Tienes por casualidad una horquilla?

Solté un suspiro, rezando para lograr disuadirla.

—Al fondo de la calle hay un supermercado. ¿Por qué no probamos allí?

—¿Vas a comprar flores baratas de supermercado para la boda de mi nieta? —me miró con los ojos muy abiertos y luego negó con la cabeza antes de rodear el edificio y empezar a subirse a un contenedor de basura.

—Déjalo, Goldie. Vas a romperte el cuello.

—Con eso le haría un favor a más de uno —rió mientras empujaba un cubo de basura contra el contenedor para facilitarse la subida.

Justo en ese momento escuché un timbre y miré a mi alrededor, confusa. Goldie también se detuvo y buscó en su bolso, hasta sacar un teléfono antiquísimo que me plantó delante de la cara.

—Un Nokia. Estas cosas duran para siempre.

Pensé con resignación en mi móvil, que se había caído al váter durante la despedida de soltera y solo había sobrevivido gracias a un secador. Luego observé cómo Goldie hablaba por teléfono. Cuando colgó, me miró entusiasmada.

—Los chicos han encontrado un pequeño pabellón aquí en el centro del pueblo, perfecto para celebrar la boda.

—¿Te refieres al que está en el parquecito, bajando la calle?

—¡Ese mismo!

Goldie volvió al coche y yo la seguí obedientemente, aliviada de que ya no tuviera intenciones de cometer un delito.

Cinco minutos después llegamos al parque, aparcamos junto a la acera y nos dirigimos al pabellón. A pesar de la oscuridad, pude ver a Dan desde lejos. Era simplemente imponente, y cuando me acerqué, sentí con fuerza cuánto lo había echado de menos.

En esa semana había pasado tanto… De ser una empleada y su jefe, habíamos llegado a convertirnos en pareja. No sabía dónde nos llevaría todo aquello. Pero sí sabía que quería mucho más que solo una semana con él.

Sin prestar atención ni a Goldie ni a George, que estaba recostado con aire despreocupado en uno de los postes del pabellón, caminé hacia Dan, lo atraje hacia mí y presioné mis labios contra los suyos. No dudó ni un segundo antes de rodearme con los brazos y profundizar el beso. Cuando se separó, le susurré al oído:

—Menos mal que encontrasteis algo. Goldie estaba a punto de asaltar una floristería.

Dan sonrió, miró de reojo a Granny y me respondió en un susurro:

—Esa mujer tiene carácter, hay que reconocérselo.

—¿Y ahora de dónde sacamos flores? —interrumpió la anciana, mirando a su alrededor.

—¿Del hotel? —propuso Dan, con expresión pensativa.

Miré el reloj. No quedaban ni dos horas.

—Está bien. Propongo que volvamos y preguntemos en la recepción si pueden darnos algunas flores para montar un ramillete. Aquí en el parque hay plantas de sobra. Con eso debería bastar. George, ¿puedes ir con Goldie al supermercado y ver si encontráis algo con lo que podamos iluminar el pabellón? No veo enchufes por aquí, pero tal vez haya algo que funcione con pilas.

George aplaudió y anunció con entusiasmo:

—Tengo una idea fabulosa.

—Perfecto. En cuanto hayamos reunido algo, volveremos y os ayudaremos con el montaje.

Sin esperar respuesta, tomé la mano de Dan y lo guié hasta mi coche.

—¿Has venido con tu coche?

—No. Hemos venido en el coche antiguo de George. Un vehículo espectacular, ya te lo digo —comentó con entusiasmo, y yo puse una mueca al recordar mi viaje con Goldie hasta el pueblo.

—Quiero cambiarme de ropa. Así que más nos vale darnos prisa.

—Qué pena. Tenía la esperanza de que aún nos quedara algo de tiempo para estar solos cuando llegáramos al hotel —dijo Dan con aire decepcionado.

Le lancé una mirada sugerente.

—En cuanto Roger y Amanda estén casados, te prometo una noche que no vas a olvidar jamás.

Dan se mordió el labio inferior, me acorraló contra mi coche, al que acabábamos de llegar, y me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Me aferraré a esa promesa, señorita Greco.

25

Dan

Bajé del coche de Leah agotado cuando por fin llegamos al hotel. En los últimos días había vivido más que en todos los años anteriores. No es que no disfrutara pasando tiempo con aquella mujer deslumbrante, pero me faltaba el sueño, y no veía el momento de que terminara aquella boda para poder dormir a su lado hasta el amanecer.

Por supuesto, no sin reclamar antes la promesa que me había hecho.

Pero ahora teníamos una misión. Caminamos casi sin hacer ruido hasta la entrada del pequeño hotel y miramos si alguno de los otros huéspedes seguía en el vestíbulo. Pero reinaba un silencio absoluto, y salvo por la tenue iluminación nocturna, todo estaba a oscuras.

Leah me miró y susurró:

—¿Crees que ya habrán entregado las flores para mañana?

—Si lo han hecho, seguramente las habrán guardado en una cámara frigorífica. Tal vez deberíamos mirar en la cocina —Le tomé la mano y la guie por el comedor, que estaba conectado directamente con la cocina. Pero no encontramos ni arreglos florales ni ramos de novia.

La mirada de Leah se posó en el centro de mesa de la larga mesa donde habíamos cenado hacía apenas unas horas. Su boca se curvó en una sonrisa y, antes de que pudiera detenerla, empezó a arrancar rosas del arreglo.

—Tráeme un paño húmedo de la cocina —me susurró. Pero yo ni siquiera había alcanzado la puerta cuando escuché pasos acercándose al comedor. En un segundo estaba a su lado, la arrastré conmigo bajo la mesa y le tapé la boca para que no protestara confundida.

En ese momento, las grandes puertas batientes del comedor se abrieron y oímos una risita femenina. Un hombre susurró algo, y vi

cómo los ojos de Leah se agrandaban.

Al principio no entendí por qué parecía tan impactada, pero cuando la mujer empezó a hablar, la reconocí. Era la señora Craig, la madre de la novia, que ahora se sentaba directamente sobre la mesa, con las piernas colgando. Las piernas musculosas del hombre que la acompañaba se deslizaron entre las suyas. Y desde luego, no era el señor Craig padre, que era cualquier cosa menos atlético.

No pude evitar esbozar una sonrisa mientras Leah seguía mirando incrédula las piernas de ambos.

Solo cuando el hombre dijo:

—Oh, nena, cuánto tiempo he esperado este momento —Leah me dio un codazo en las costillas y me susurró:

—¡Es su cuñado!

A duras penas pude contener la risa. ¿Qué demonios le pasaba a esta familia? El hijo era un capullo infiel que, al parecer, seguía los pasos de su madre, mientras el viejo señor Craig se comportaba como el capitán de una unidad militar. Luego estaba Goldie, a la que era imposible describir con palabras.

De pronto, un sujetador aterrizó junto a nosotros y Leah negó con la cabeza, perpleja. Me atrajo hacia ella y susurró casi sin voz:

—Tenemos que salir de aquí.

Sí, definitivamente. Apenas podía aguantarme la risa. Leah me lanzó una mirada fulminante y, señalando las flores, me recordó con un gesto que no nos olvidáramos de ellas. Miré el reloj y me di cuenta, alarmado, de que solo nos quedaba media hora para la medianoche.

Justo cuando empezaba a trazar un plan, una braguita cayó al suelo, y al parpadear, constaté que la aparentemente inaccesible madre de la novia no era tan recatada como pretendía.

—¡Mételo ya! —la oí gemir, y me tapé la boca con la mano. Leah, por su parte, hundió la cara en mi cuello mientras la mesa empezaba a temblar sobre nuestras cabezas. Estábamos atrapados, obligados a escuchar el encuentro prohibido de aquellos dos.

Los gemidos iban en aumento y empecé a preguntarme si realmente éramos los únicos testigos de semejante escena.

Entre risitas, le susurré a Leah:

—Parece que Alex ha heredado los genes de su madre. En concreto, el "gen infiel".

—Cállate. Piensa mejor en cómo vamos a salir de aquí —me gruñó Leah, cerrando los ojos con fastidio.

—Esa flexibilidad moral parece ser cosa de familia —añadí, antes de arrastrarla reptando hacia el otro lado de la mesa. No quería que nos pillaran cuando empezaran a recoger su ropa interior.

Justo cuando alcanzamos el otro lado, la mesa dejó de moverse de repente y escuché, a lo lejos, a Amanda reír. Mierda. Estaban justo llegando al aparcamiento para encontrarse con nosotros.

No solo estábamos atrapados, sino que todo nuestro plan corría peligro.

—Viene alguien —escuchamos murmurar al amante de la señora Craig. Y justo cuando pensé que iban a pillar a la pareja fugitiva, añadió—: ¡Rápido, bajo la mesa!

Leah me miró, abrió la boca, y antes de que nos descubrieran, la arrastré fuera de nuestro escondite. Seguros de que nos verían, corrimos hacia la salida, pasando junto a los infieles acaramelados.

La madre de Amanda nos miró desde debajo de la mesa, sobresaltada, mientras nos alejábamos. Pero Leah no se contuvo. Se detuvo en seco, y con expresión seria, se señaló los ojos y luego la apuntó a ella con los dedos, dejándole claro que lo había visto todo.

Los ojos de la madre de la novia se abrieron de par en par, y al salir del comedor, no pude evitar ver la sonrisa maliciosa que se dibujaba en los labios de mi chica.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté, divertido.

—Solo le he dejado claro a esa bruja lo que le pasará si sigue metiéndose conmigo.

—No sabía que podías ser tan despiadada. Tengo que admitir que me pone muchísimo.

—No tenemos tiempo para eso ahora —replicó Leah, tirando de mí hacia el aparcamiento—. Tenemos que darnos prisa antes de que nos pillen.

Echamos a correr hacia su coche, donde la pareja fugitiva ya nos esperaba. Aunque "esperar" no era la palabra: estaban besándose

con pasión, ella con su vestido de novia, él con el traje. Todo muy formal… y muy poco discreto.

—Mierda, ni siquiera tuvimos tiempo de cambiarnos —se quejó Leah, mirando su ropa. Aún llevaba el vestido de la cena de ensayo, y yo seguía con mi traje arrugado.

—No podemos volver ahora —observé—. Si lo hacemos, esta vez sí que nos pillan.

—Hola, chicos —nos saludó Amanda al vernos llegar corriendo.

—¡Rápido, tenemos que irnos! Creo que alguien nos ha visto —apremié a los tres a subir al coche, sin contarles lo que acabábamos de presenciar. Aquella boda ya estaba suficientemente fuera de control como para añadir que la madre de la novia se estaba tirando a su cuñado.

Amanda estaba espectacular. El vestido ya no tenía nada que ver con aquel engendro que había sido antes de que Leah lo reformara.

La enorme falda de tul había desaparecido, lo mismo que las mangas largas. La novia irradiaba felicidad, y me alegraba sinceramente por ella. Incluso Roger parecía estar de buen humor, teniendo en cuenta que probablemente se ganaría el odio eterno de su suegro por esto. Seguro que eso también le haría gracia a Granny.

Leah bajaba la cuesta hacia el pueblo a un ritmo pausado, ahora que el peligro había pasado. Aun así, las arrugas en su frente delataban su preocupación. No podía culparla. Aún la culpaban del final de su relación con Alex, a pesar de que fue él quien la engañó. Y por si fuera poco, acababa de oír a su exsuegra mientras se tiraba al hermano de su marido. Toda la familia era un desastre. Solo esperaba que Amanda fuera distinta, porque Roger merecía algo mejor.

Por fin llegamos al parque, y desde lejos ya podía ver el resplandor de las luces que Goldie y George habían preparado para sus nietos. El pabellón brillaba bajo el resplandor de cientos de velas, y antorchas marcaban el sendero hasta allí. Jamás habría esperado algo así de la señora Sarcasmo y el señor Encanto.

—¿Son Granny y George? —preguntó Amanda de repente, con un tono que dejaba claro que no le entusiasmaba la idea.

Leah miró por encima del hombro.

—Nos pillaron y se entusiasmaron al instante. George será quien os case.

Vi en el retrovisor la expresión de Roger, claramente sorprendido por la situación.

—¿No intentaron detenerlo? Me imaginaba a Goldie provocando un incendio solo para impedir que me casara con su nieta.

Sonreí y le respondí:

—Creo que en la cena de ensayo causaste muy buena impresión. Y después de esto, te va a adorar.

Leah aparcó detrás del viejo coche de George y salió. Las flores que habíamos robado del comedor comenzaban a marchitarse, pero a la novia no parecía importarle: miraba a su futuro marido con amor.

—Esperad —dije, deteniendo a Leah y a los novios—. ¿Quiénes son los testigos? ¿Y quién va a hacer las fotos?

Todos nos miraron confundidos. Leah carraspeó.

—Podemos ser los testigos, ¿no? Y tú, Dan, puedes acompañar a la novia hasta el altar si George oficia la ceremonia.

Asentí. Podía funcionar.

—Entonces tú, Leah, haces fotos mientras acompaño a la novia al… al pabellón, y luego yo me encargo cuando estén delante.

Roger y Amanda nos observaban organizar su boda con cierto asombro, hasta que él carraspeó:

—Leah, tú serás la dama de honor de Amanda, y yo elegiré a Goldie como testigo. Lo siento, Dan, pero después de esta noche, la anciana se ha ganado ese puesto.

—Puedo vivir con eso —le sonreí a Roger y añadí—: En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha, antes de que Goldie y George desaparezcan detrás de un arbusto para hacer de las suyas.

—Puaj —gruñó Amanda, y el novio también puso cara de asco.

—Vamos, Roger. Vamos tomando posiciones para que la novia pueda entrar.

Vi cómo Leah se alejaba hacia el pabellón del brazo de Roger. Maldita sea, esa mujer era preciosa. Amanda se percató de cómo la miraba con adoración y bromeó:

—¿Te doy ya el ramo para que os caséis vosotros, o prefieres atraparlo al vuelo?

—No necesito un ramo para saber que algún día me casaré con esa mujer.

Sorprendido por mis propias palabras, bajé la mirada con cierta incomodidad. Hacía apenas unos días que le había confesado mi amor, ¿y ya estaba pensando en matrimonio?

Le entregué las flores a Amanda y la miré.

—¿Lista para fugarte?

—Más que nunca.

En el pabellón, George y Granny tomaban posiciones mientras Leah sacaba su móvil para hacer fotos. Amanda se enganchó a mi brazo y caminamos despacio por el sendero de antorchas. Era precioso, y me alegraba que hubiéramos podido organizar todo esto para los novios.

Al acercarnos, Goldie sacó una armónica y comenzó a tocar «Highway to Hell», provocando una mirada fulminante de Roger.

Molesta, puso los ojos en blanco y cambió al tradicional "marcha nupcial". Las velas ardían por todas partes y el novio se aguantaba las lágrimas mientras su novia se acercaba.

Pero mis ojos estaban puestos en Leah, que observaba la escena con una sonrisa… y justo en ese momento supe que sí, que estaba absolutamente dispuesto a pasar el resto de mi vida con aquella mujer increíble.

Entregué a la novia a su futuro esposo y le quité el móvil a Leah para hacer unas cuantas fotos. Aquella pequeña boda secreta era, sin duda, lo mejor que les había pasado a los novios en toda la semana, y me alegré de corazón por ellos.

George se aclaró la garganta y se disponía a comenzar con unas palabras solemnes cuando Goldie lo interrumpió:

—¡Déjate de discursos, George! ¡Me estoy meando!

Roger se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Cómo puede dormir usted por las noches con esa lengua tan afilada?

Granny sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Desnuda, chaval. Para que todos puedan besarme el culo si quieren.

¡Iba a echar de menos a esa mujer!

George se dio prisa y comenzó directamente con el clásico «¿Quieres tomar por esposo a…?».

Yo, en cambio, ya no estaba prestando atención. Mi mirada recorría el cuerpo delicado de Leah y me imaginaba casándome con ella. Maldición, ¿cómo había podido estar ciego tanto tiempo?

Un año entero sentada en la antesala de mi despacho, y yo, imbécil, intentando quitármela de la cabeza por principios.

—Las fotos —me susurró de repente, y solo entonces me di cuenta de que Roger se inclinaba para besar a su esposa. Me había perdido toda la ceremonia.

Rápido, disparé algunas fotos y felicité a los novios, justo cuando unas luces rojas y azules iluminaron el cielo nocturno.

—Mierda. ¡Chicos, viene la policía! —grité, y el pánico se desató.

George lanzó las llaves de su viejo Jaguar a Roger y gritó:

—¡Escapad, chicos! ¡Nosotros nos ocupamos!

—¿Y cómo piensas arreglarlo? —preguntó Goldie, arqueando una ceja—. ¡Estoy fichada y llevo coca en el bolso!

Mientras los novios huían, los demás nos quedamos mirando a Granny, horrorizados, hasta que ella se encogió de hombros.

—Vale, solo es marihuana.

—¡Corred! —ordené, y mientras echábamos a correr hacia el coche de Leah y la policía nos gritaba desde atrás, vi cómo Goldie esbozaba una sonrisa endemoniada, cogía una vela y la lanzaba al interior del pabellón de madera. La vela rodó hasta un arbusto medio seco, que enseguida se prendió fuego y las llamas se extendieron por el pabellón.

Riendo como si fuera el mismísimo diablo, salió corriendo mientras nuestras pruebas —velas, flores y todo— ardían y se elevaban iluminando la noche.

Leah arrancó con un chirrido de neumáticos, y desde el asiento trasero, Granny sacó su petaca y dio un sorbo.

—Tranquilos, no llevo drogas encima. El porro lo dejé en el coche de George. Aunque quizás eso juegue a mi favor en el juicio por incendio. Si estaba colocada, puede que me rebajen la condena.

Tan cansado como estaba antes de la boda secreta, me sentía ahora completamente despierto. Riéndonos como adolescentes, irrumpimos en nuestra habitación de hotel y nos dejamos caer entre carcajadas sobre la cama.

—Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien —dijo Leah, sonriéndome mientras se acurrucaba contra mí.

—No pensarás dormirte ahora, ¿verdad? —pregunté, desconcertado, tirando de ella hacia mí.

—¿Y por qué no? ¿Qué más tienes pensado? —preguntó con fingida inocencia, como si no supiera perfectamente lo que iba a hacerle. Me besó en los labios, y aquel beso inocente se convirtió en un estallido de deseo. Antes de darme cuenta, ya había desabrochado mi camisa y se había sentado a horcajadas sobre mí. Se mordió el labio inferior con picardía mientras se restregaba contra mi cuerpo.

Mis manos se deslizaron hasta su nuca, atrayéndola de nuevo hacia mi boca. Con cuidado, deslicé los tirantes de su vestido por los hombros mientras cubría su cuello de besos y le susurraba al oído:

—Voy a mantenerte despierta toda la noche. Y cuando termine contigo, hasta el último huésped de este hotel sabrá lo especial que eres.

Mis dedos rozaron sus pechos, y Leah jadeó cuando su cadera empezó a girar sobre mi erección. Maldita sea, sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y me estaba volviendo loco.

Bajé la cremallera de su vestido y me giré, dejándola debajo de mí. No podía dejar de mirarla. Mi vista se perdía en cada centímetro de aquella mujer, mientras mis dedos recorrían lentamente sus muslos. Rodeé con mis labios uno de sus pezones endurecidos, y ella se arqueó bajo mi cuerpo, gimiendo mi nombre.

Aquella noche era mía, y me prometí que jamás volvería a dejarla ir.

Mis dedos encontraron su centro empapado y comenzaron a masajear su perla con una lentitud deliciosa. Leah cerró los ojos, su respiración acelerándose. Mis labios bajaron por su vientre, mordisqueando su piel, mientras mis dedos se hundían en ella y mi pulgar estimulaba una y otra vez el punto más sensible. Su cadera se movía al ritmo de mis caricias, y cuando mi lengua sustituyó a mi pulgar, sentí cómo los músculos de su interior se contraían alrededor de mis dedos. Era como un volcán a punto de estallar.

—Oh, ay, Dan. No pares ahora —suplicó entre jadeos, aferrándose a mi cabello. Me guiaba con urgencia mientras mi lengua lamía con avidez cada rincón de su sexo y mis dedos se adentraban en ella con más intensidad.

Cuando Leah empezó a gemir en italiano, supe que no iba a aguantar mucho más. Intensifiqué las caricias, sintiendo cómo su cuerpo empezaba a temblar bajo el mío.

Gritando, se arqueó con fuerza, clavando las uñas en mis hombros. Sentí un leve dolor dulce recorrerme el cuerpo, pero no pensaba detenerme.

Una fina capa de sudor cubría su piel y su pecho subía y bajaba a toda velocidad cuando me coloqué sobre ella y la miré a los ojos. Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cuerpo mientras deslizaba la punta de mi polla sobre su centro húmedo.

Leah se estremeció, y aunque acababa de correrse, aún no parecía haber tenido suficiente.

Entré en ella muy despacio, sin apartar la mirada. Sus manos se posaron en mis nalgas, atrayéndome con fuerza. Su cadera vibraba bajo la mía mientras me movía dentro de ella. Apreté mis labios contra los suyos y la besé con toda la pasión que me provocaba.

—Te quiero, Leah —le susurré al oído, empujando hondo en su interior.

—Demuéstramelo —jadeó, y aceleré el ritmo.

Se sentía tan jodidamente bien. Era perfecta para mí. La deseaba como a nadie en mi vida.

Nos movíamos entrelazados, como si fuéramos uno solo. Sentí cómo mi orgasmo se aproximaba, y al mirar a Leah, vi que ella también estaba cerca.

—¡Córrete para mí! —le pedí, empujando con fuerza hasta que gritó.

Nos corrimos juntos, dejando que nuestras emociones fluyeran sin control. Exhausto, me dejé caer sobre su cuerpo, mientras ella aún temblaba por las sacudidas de su clímax.

—¡Bis! —escuché de repente la voz de Goldie desde fuera y solté una carcajada. Volvimos a olvidarnos de cerrar la puerta del balcón, y probablemente todo el mundo a varios kilómetros a la redonda había sido testigo de nuestro encuentro.

—¡Aún no he terminado! —grité de vuelta, y Leah me miró, horrorizada.

—¡Buen chico! Si mañana Leah puede andar, es que algo has hecho mal —replicó Goldie desde el balcón.

—¡Silencio ahí fuera! —se oyó de repente desde el piso de arriba. El padre de la novia estaba furioso, y al recordar la escena del comedor, me dio incluso un poco de pena. Su mujer se tiraba a su hermano, y él tenía que escuchar cómo todos los demás en el hotel se lo pasaban en grande… menos él.

Leah empezó a reírse de pronto.

—Oh, ay. ¡Más rápido! ¡Dámelo más fuerte!

La miré sorprendido, pero con una sonrisa divertida. Esa faceta suya empezaba a encantarme.

—¿Te gusta eso, Leah? —grité en alto, y casi podía ver el humo saliendo de la cabeza del señor Craig del puro enfado.

Justo cuando Leah iba a responder riéndose, empecé a besarle los pechos. Iba a asegurarme de que sus gemidos fueran totalmente reales. Al instante, cerró los ojos y se dejó llevar por mis caricias, que se deslizaban con lentitud sobre su piel.

Aquella noche no terminaría hasta que lo hubiera dado todo. Y, por el momento, ni siquiera iba por la mitad.

26

Leah

Día de la boda

Dan y yo salimos del ascensor con gesto torturado. Probablemente había tenido más sexo en una sola noche que en toda mi relación con Alex. Mis ojeras ya eran imposibles de disimular y Dan tampoco parecía mucho mejor: agotado, casi extenuado.

Caminamos arrastrando los pies hacia el comedor, con la esperanza de alimentar nuestros cuerpos exhaustos y meternos al menos cinco litros de café entre pecho y espalda.

Saludamos a algunas caras conocidas, recogimos el desayuno del bufé y buscamos un rincón tranquilo. Pero no era tarea fácil, porque al parecer habían llegado varios invitados nuevos la noche anterior. Solo entonces me entró el pánico al recordar lo sucedido. ¿Nadie se había dado cuenta aún de que los novios no estaban?

No tardó en aparecer el padre de la novia, que saludó efusivamente a los recién llegados, alabando el precioso entorno y lo mucho que esperaba con ilusión la boda. ¿Cómo reaccionaría cuando se enterara de que ya no había boda?

Una silla chirrió al ser arrastrada junto a nuestra mesa, y Goldie se sentó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya, vaya. Lo vuestro anoche fue tremendo. Si hubiéramos tenido Viagra a mano, os habríamos demostrado a los jovencitos de hoy de qué somos capaces —dijo divertida.

Sonreí y busqué la mano de Dan bajo la mesa. Sí, habíamos sido escandalosamente ruidosos, pero me importaba un bledo lo que pensaran los demás.

George también se sentó con nosotros y miró a Goldie con adoración. Justo en ese momento oí a la señora Craig entrar en el comedor a toda prisa.

—¿Alguien ha visto a Amanda o a Roger?

El señor Craig suspiró, molesto.

—Seguro que están en alguna parte del hotel.

—¡He registrado todo el hotel! ¡No están por ningún lado! —exclamó, al borde de un ataque, llevándose las manos una y otra vez a su cardado imposible.

—Están ya de luna de miel —anunció Goldie a pleno pulmón, mientras vertía algo de su petaca en la taza de café.

El señor Craig la miró horrorizado.

—¿Qué quieres decir con eso, madre?

Goldie puso los ojos en blanco.

—Eres tonto de remate, querido. ¡Más lento que un caracol cuesta arriba! Quiero decir que Roger y Amanda ya se casaron anoche y ahora están rumbo a su luna de miel.

—¡Pero eso no puede hacerlo! —gritó la señora Craig, echándose a llorar de forma descontrolada. La boda de ensueño que había preparado para su hija —aunque ella no la quería— se había esfumado.

—Claro que puede. Lo demostró anoche —dijo Goldie con una sonrisita, dando un sorbo sonoro a su café.

El murmullo se extendió por la sala. Cabezas juntas, susurros, cuchicheos por todas partes. Y yo, en el fondo, disfrutaba de haber sido cómplice de todo aquello. Dan sonreía mientras se llevaba un cruasán a la boca. Solo George parecía algo afectado, tal vez por un leve cargo de conciencia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el señor Craig, sin esperar respuesta—. El sacerdote llegará a las dos, y la tarta nupcial acaba de ser entregada. Las flores… ¡todo lo que ha costado esto!

—A la mierda el cura y a la mierda tu maldito dinero. Tienes de sobra. Tu hija se ha casado feliz y ya no necesita todo ese derroche —replicó Goldie, reclinándose con elegancia en su silla. De un tirón, se quitó la dentadura y se puso a hurgar entre los dientes.

—¡Pues nos casamos nosotros! —soltó de repente George, poniéndose en pie e intentando arrodillarse frente a Goldie—. Goldie, mi ángel… Te he llorado durante años. Y ahora que por fin te tengo otra vez, no quiero volver a perderte. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé mirando a George con los ojos como platos, mientras Dan negaba con la cabeza, incrédulo. Todo el comedor contuvo la respiración, observando a Goldie, que sostenía su dentadura en las manos y miraba boquiabierta a George.

—¿Quieres qué? —farfulló.

Dan señaló su boca, intentando ayudarla.

—Eh… Goldie. Tus dientes.

Goldie miró su dentadura, luego a George.

—No quiero casarme.

—Vamos, cariño. ¿No llevamos años esperando esto? —dijo George, con tristeza.

Goldie bufó.

—Tú has esperado. Yo ya me he casado dos veces más.

—¡Goldie, tus dientes! Nadie te entiende —rió Dan, señalando su dentadura postiza.

Si necesitas que traduzca un bloque más largo o que continúe con otro fragmento, estaré encantado de ayudarte. La anciana se la colocó de nuevo con toda naturalidad.

—Solo George tiene que entenderme. Y él me entiende con o sin dientes… incluso con la boca llena, ¿a que sí? —le lanzó una mirada lasciva que hizo que George se pusiera rojo como un tomate.

—¿Entonces puedes decir que sí de una vez, cielo? Porque como siga arrodillado así, no vuelvo a levantarme.

Soltó un quejido, claramente incómodo, intentando desviar la atención de los comentarios de su amada.

Goldie se tomó su tiempo, dio un sorbo más a su café mientras el señor Craig y su esposa discutían en voz baja. Luego ladeó la cabeza y dijo:

—Bah, ¿y por qué no? Si mi hijo ya ha pagado todo, no me importa casarme por octava vez.

—Será la séptima —se oyó gritar a Alex desde el otro lado del comedor. Solo entonces me fijé en él y en Marge, sentados en una esquina. Ella seguía mirando al frente con expresión de furia contenida.

—¡Cállate, Alex! El portugués cuenta. Se murió un minuto después del "sí, quiero". Legalmente fue un matrimonio válido.

Dan la miró desconcertado.

—¿En serio?

—Fue mi matrimonio más breve y el más rentable, hijo. No me arrepiento ni de uno solo de esos sesenta segundos —Goldie sonrió y miró a George—. Pero que no se te ocurra dejarme plantada en el altar. Quiero noche de bodas, ¿eh?

George irradiaba felicidad.

—Me has cumplido un sueño. ¿Podrías ayudarme a levantarme ahora?

Dan se levantó riendo y ayudó al anciano a incorporarse, cogiéndolo por debajo de los brazos. George se puso de pie con un gruñido… y acto seguido volvió a dejarse caer pesadamente sobre la silla.

—¡Entonces queda decidido! ¡Nos casamos!

El padre de la novia —que ahora pasaba a ser hijo del novio— parpadeó, desconcertado.

—¿Cómo dices?

—Lo que te digo. Que no te enteras de nada —murmuró Goldie, mirando a su hijo con fastidio—. Me casaré yo en lugar de Amanda. Así no habrás gastado tu dinero en vano.

Se levantó, alzó su taza de café y se dirigió con voz clara a todos los invitados:

—Y, por supuesto, estaré encantada de recibir sus regalos de boda.

Y en voz más baja, añadió:

—…para poder enviárselos a Amanda y Roger.

Nos pusimos en pie también George, Dan y yo, con la cabeza bien alta. En el comedor comenzaron los murmullos, la gente cuchicheaba en voz baja mientras nos dirigíamos hacia la salida. La señora Craig me miró con una expresión de puro veneno.

—¡Seguro que tú estás detrás de todo esto!

Su voz rezumaba odio, y por enésima vez me alegré de no formar ya parte de aquella familia. Me giré hacia mi exsuegra con toda la calma del mundo y le solté:

—No, eso lo ha conseguido usted solita.

Se le escapó una exclamación ahogada, y entonces le hice el mismo gesto que la noche anterior, cuando la habíamos pillado in fraganti: señalé mis ojos y luego a ella, indicándole que la había visto. Sus ojos se abrieron como platos, y debo admitir que disfruté aquel momento con más satisfacción de la que debería.

Apenas habíamos escapado de las garras de la turba indignada, Dan me miró con una sonrisilla.

—Ay, Leah. Eres tan mala… ¡Tómame! ¡Ahora mismo! ¡Aquí mismo!

Goldie se giró, nos miró con desaprobación y señaló con un leve movimiento de cabeza una puerta cercana.

—No aquí, adolescentes salidos. Ahí dentro. Es más cómodo.

—Pero no insonorizado —añadió Dan con una sonrisa, haciendo alusión a la cena de ensayo, cuando todos fuimos testigos del juego amoroso de Goldie y George.

—Eso fue porque… —respondió Goldie, y sin previo aviso le metió la mano en la entrepierna a George.

El pobre hombre se estremeció y exclamó:

—¡Maldición! ¡Creo que me he meado encima!

—¿Quieres que te cambie el pañal? —preguntó Goldie, guiñándole un ojo con lujuria.

Dan se quedó inmóvil a mi lado y bajó la cabeza.

—Si algún día me vuelvo incontinente… ¿tú también me cambiarías el pañal? —susurró.

—No, buscaré a un enfermero buenorro que te lo cambie a ti y a mí me…

Pero Dan me tapó la boca, negando con la cabeza.

—¡No! No digas nada.

La pareja de novios recién proclamada se despidió de nosotros mientras Dan y yo nos quedábamos un poco desubicados en el vestíbulo. Por supuesto, nos quedaríamos para la boda, entre otras cosas porque les teníamos mucho cariño a esos dos tórtolos entrados en años, pero aún faltaba un rato para la ceremonia.

Me acurruqué en el brazo de Dan y le susurré:

—¿Te apetece que demos un paseo hasta el pueblo y desayunemos algo por allí? Tengo hambre y no me apetece volver al

comedor.

—Encantado —murmuró Dan, dándome un beso en los labios—. Pero después quiero dormir un poco antes de que empiece la fiesta. Me dejaste seco anoche.

—Principiante —le respondí con una sonrisa, mientras tomaba su mano y caminábamos hacia la salida.

Bajamos tranquilamente la carretera en el Toyota de Dan. Pero en cuanto divisamos la entrada del pueblo desde lejos, vimos las consecuencias de nuestra escapada nocturna. Un coche de bomberos y varios policías cortaban el acceso, y pude ver que el pabellón donde Amanda y Roger se habían casado la noche anterior ya no era más que un montón de cenizas. Incluso algunos árboles cercanos parecían haber salido perjudicados.

—Mierda —solté, y pude ver cómo se movía la nuez de Dan al tragar saliva.

—¿Fue la vela que tiró Goldie? —preguntó en voz baja mientras daba la vuelta al coche—. Quizá sea mejor pedir el desayuno por servicio de habitaciones, no vaya a ser que alguien nos haya visto y nos reconozca.

—Tal vez deberíamos hacer una donación anónima por el desastre que hemos provocado —dije, y me prometí a mí misma no volver a planear ninguna acción clandestina con Goldie.

Unos diez minutos más tarde regresamos al hotel y pedimos el desayuno en la recepción. Pero antes de que pudiéramos marcharnos, el recepcionista nos entregó un paquete. Leí el nombre del remitente: Lilly. Me costó un segundo recordar que era la pareja de la hermana de Dan y no alguna amiga íntima de dudosa interpretación.

—El regalo de boda —dijo Dan, arqueando una ceja—. ¿Se lo damos a Goldie y George o mejor a Amanda y Roger?

—A Amanda y Roger, por supuesto. Estuvimos allí. Goldie y George no sabrán ni qué hacer con él.

—Podríamos comprar pañales… —empezó Dan, pero le corté de inmediato.

—Para ya. O no me sacaré esa imagen de la cabeza jamás —le lancé una mirada asesina antes de darme media vuelta con

elegancia y dirigirme al ascensor.

No fue hasta que llegamos a la habitación que empecé a relajarme. Nos tumbamos en la cama, agotados, intentando mantener los ojos abiertos mientras esperábamos que llegara el desayuno tardío.

En silencio, empujábamos los huevos revueltos por el plato y mordisqueábamos el beicon, mientras el sueño nos vencía poco a poco. Pero había algo que me seguía rondando la cabeza. En dos días, Dan y yo volveríamos a la oficina… y tendríamos que dar explicaciones.

—¿Tú quieres…? —empecé a decir, mirando a Dan—. Quiero decir, cuando volvamos el lunes al trabajo… ¿preferirías que hiciéramos como si no hubiera pasado nada o…?

Dan se encogió de hombros.

—A mí no me importa que todo el mundo vea la pedazo de mujer que he conseguido.

—Tú también eres el jefe. Pero yo soy la empleada, y eso no siempre queda bien.

Durante un instante, mi jefe/amante me miró y suspiró.

—Leah, creo que ninguno de mis empleados te juzgará. Todos te conocen y te adoran en la oficina. Vale, Benny se pondrá un poco celoso, porque ya no podrá tener mi dulce culito, pero se le pasará. Además, no es ningún secreto que ya antes había tensión sexual entre nosotros. Si hasta apostaban por cuándo pasaría algo.

—¿Tensión sexual? ¿Cuándo ha habido tensión sexual en el aire? —lo miré, confundida.

Con los ojos bien abiertos, Dan se llevó las manos al pecho y simuló con ellas unos pechos.

—Ese vestido rojo que te pones de vez en cuando… ese que hace que tus tetas se vean tan jodidamente provocadoras… Ese vestido es sexo en estado puro. Y si vuelves a ponértelo, no me hago responsable.

—Así que nada de vestido rojo en la oficina —dije, un poco molesta.

—Y esa falda azul oscuro con la raja lateral, que deja ver la puntita de tus medias con liguero…

—Pero bueno, ¿me has estado observando todo este tiempo en la oficina? —lo interrumpí, escandalizada.

—Espera… ¿Me estás diciendo que tú no me has mirado a mí?

Dan me lanzó una mirada ofendida, y yo, sonriendo, le di un mordisco a mi *bagel* sin decir palabra.

—¡Lo sabía! —exclamó él, sonriendo de oreja a oreja—. Ha sido mi culito el que ha despertado esa pasión desatada que llevas dentro, ¿a que sí?

—No. Fueron tus ojos.

—¡Pamplinas! Las mujeres siempre vais diciendo que os fijáis en los ojos, pero en realidad os quedáis mirando el culo… y el paquete, si el pantalón lo permite. Y mis treinta centímetros…

—¡Ay, Dan! ¿Quieres parar ya? ¿Cuánto tiempo vas a seguir sacándome eso?

Dan me guiñó un ojo y frunció los labios con elegancia.

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca así.

27

Leah

Después de una siesta, llegó el momento de prepararnos para la boda.

Tenía curiosidad por saber si todos los invitados se habrían quedado para celebrar con Goldie y George. Pero en el fondo estaba segura: aunque no lo hubieran hecho, a Goldie le daría absolutamente igual.

Por supuesto, Dan no quiso perder la oportunidad de devorarme una vez más bajo la ducha, antes de que saliéramos, completamente agotados, del baño aún envuelto en vapor.

En el fondo esperaba que, a partir del lunes, pudiéramos mantener las manos quietas en la oficina. Si allí nos comportábamos igual que ahora, seguramente no volveríamos a hacer ni una sola tarea.

Dan se puso su traje oscuro, y maldita sea, aquel hombre era un regalo para la vista. No podía dejar de lanzarle miradas furtivas mientras se anudaba la corbata y se le marcaban los bíceps bajo la camisa blanca. Él, ajeno a todo, tarareaba feliz.

Yo aún estaba en ropa interior, subiéndome las medias de liguero, cuando por fin me miró y sonrió con picardía.

—Si quieres, luego te ayudo a quitártelas otra vez.

Intenté lanzarle una mirada de enfado, pero fracasé estrepitosamente. Mis labios se curvaron por inercia y le respondí:

—Ya me lo imagino, señor Miller.

Saqué del armario el vestido verde que había comprado especialmente para este día. Era de seda fina, sin hombros, y me había costado una fortuna… pero lo valía. Mi mejor amiga se lo merecía.

En realidad, pensaba ponérmelo la noche anterior, pero como acabamos atrapados bajo una mesa del comedor, no pudo ser.

Mientras tanto, Dan no apartaba la vista de mí. Observaba con atención cómo el tejido resbalaba sobre mis caderas y se deslizaba

por mi cuerpo.

Sin decir palabra, se acercó y se colocó detrás de mí. Noté el calor de sus dedos sobre mi piel, subiéndome lentamente la cremallera.

Sus labios descendieron hasta mi oído y me susurró:

—Esa abertura del vestido me va a costar mucho autocontrol esta noche.

Me giré hacia él, levanté con elegancia la pierna que quedaba totalmente descubierta por la raja del vestido y lo atraje hacia mí.

Mis labios se fundieron con los suyos mientras su mano me apretaba con fuerza contra su cuerpo. No me cansaba de él. Nunca.

—Quizá podamos escaparnos un momento durante la fiesta y usar aquella sala que Goldie nos enseñó —le guiñé un ojo y me solté de su abrazo.

Pero Dan volvió a atraerme hacia él, apoyó su frente en la mía y dijo:

—O podríamos desaparecer justo después de la ceremonia e irnos a mi casa.

—¿Quieres perderte una fiesta organizada por Goldie? —le sonreí, recordando de sobra lo que significaba eso.

—Suena a mucho alcohol y una buena dosis de caos divertido —admitió—, pero no hay nada que me apetezca más que llevarte a mi casa y atarte toda la noche a mi cama.

—Vaya, ¿acaso te estás volviendo dominante, señor Grey? —pregunté con fingido tono lascivo, haciendo alusión al libro *50 sombras de Grey*.

—¿Quién es el señor Grey? —preguntó Dan, y no pude evitar soltar una carcajada.

—No necesitas saberlo.

Media hora más tarde, Dan y yo estábamos de pie, cogidos de la mano, en el vestíbulo, que se había transformado en un auténtico sueño blanco, cubierto por un mar de flores.

Desde primera hora de la mañana, los empleados del hotel habían comenzado a montar la carpa blanca en el jardín, y la florista había

traído los arreglos. Solo esperaba, de corazón, que no vinieran de la floristería que Goldie había intentado asaltar.

Salimos al jardín, que hasta ahora solo había visto desde el balcón. Las sillas estaban alineadas frente a un pequeño altar sobre el que, en letras doradas, se leía: *Amanda y Roger*. Al parecer, nadie del hotel se había enterado todavía de que sorprendentemente había una nueva pareja de novios.

Dan se detuvo, echó un vistazo a todo el montaje, y se inclinó hacia mí.

—¿Te gustaría casarte así algún día? Con todo este jaleo y ostentación —me susurró.

—Oh, ni hablar —negué con énfasis con la cabeza—. Yo también me fugaría, como Amanda y Roger. No pienso presentarme con toda la tropa italiana en ninguna parte.

Dan soltó una risita.

—Imagínate a mis padres hippies con los tuyos…

Le lancé una mirada intensa.

—Mis padres son católicos estrictos. Si se enteran de que los tuyos son hippies, lo primero que pensarán es que practican el amor libre, y ya te habrás ganado un puesto en su lista negra.

—¿Tus padres tienen una lista negra? —preguntó Dan, con los ojos como platos.

—Soy de North End, cariño. La mafia italiana está por todas partes.

Intenté mantenerme seria, mientras Dan me miraba horrorizado.

—¿Tus padres están en la mafia?

Dan apenas susurraba y se había puesto blanco como la leche.

—La mafia de la pizza. Son despiadados. Convertimos a nuestras víctimas en ingredientes para la pizza.

—Estás de coña… ¿verdad?

Estallé en una carcajada sonora, y Dan me miró con fastidio.

—¿De verdad creías que trabajaría contigo si mi familia fuera parte de la mafia? Somos simples pizzeros de Boston. Vale que vivimos en North End, pero no tenemos nada que ver con la mafia.

—¡Esto no te lo voy a perdonar, señorita Greco!

—Estoy deseando ver cómo lo intentas, señor Miller —respondí con encanto.

Poco a poco, las sillas se fueron llenando de invitados, y nosotros también tomamos asiento del lado de la novia. La mayoría de la gente se había quedado, y casi sin darnos cuenta, todos estaban ya sentados esperando la llegada de los novios.

George apareció y se colocó junto al altar, saludándonos con la mano. Algo desconcertada, miré a Dan, hasta que él dijo:

—Creo que quiere que subamos con ellos. Parece que vas a tener el honor de ser dama de honor por segunda vez.

—Bueno, al menos lo de *virgen* ya no aplica —observé con ironía.

—Puedo dar fe de ello —respondió él, tirando de mí mientras nos levantábamos para ir al altar.

Esperamos mientras un violonchelo comenzaba a tocar una melodía suave para la entrada de la novia. Pero la novia no aparecía. Dan echó un vistazo disimulado a su reloj, mientras el rostro de George se iba llenando de preocupación. ¿De verdad Goldie iba a dejarlo plantado?

De repente, se oyó una voz desde algún rincón:

—¿De verdad pensabais que me iba a echar atrás, panda de blandengues?

Era Goldie, con un vestido dorado cubierto de lentejuelas que brillaban al sol como una bola de discoteca. Estaba apoyada en la puerta del hotel y bebía de su petaca.

—Pensaba aterrizar en paracaídas, pero el imbécil del aeropuerto dijo que era demasiado vieja para esa mierda. ¡No tiene ni idea!

Dan se echó a reír, y yo no pude evitar una sonrisa. George, en cambio, parecía simplemente aliviado y contemplaba a su novia-discoteca con una ternura desbordante. Aunque Goldie no se movía ni un centímetro.

—¿Es que nadie va a acompañarme al altar?

Dan negó con la cabeza, divertido, y avanzó por el pasillo entre las sillas. Cuando llegó hasta ella, le ofreció el brazo y Goldie se enganchó con elegancia.

—Al menos hay un caballero decente entre este puñado de parásitos sin vergüenza.

Dan agachó la cabeza y le susurró algo al oído con una sonrisa que solo ella pudo oír. Pero Goldie, imperturbable, respondió en voz alta:

—No, no estoy borracha. ¡Pero me he fumado un porrito hace un rato!

No sabía si lo decía en serio o era una de sus bromas, pero daba igual. Goldie era Goldie. Algo tambaleante, avanzó con Dan hasta el altar, donde el sacerdote los esperaba con gesto impaciente. Lo habían avisado a última hora de que los novios habían cambiado, y yo recé por dentro para que no saliera corriendo en cuanto tuviera a Goldie delante.

Apenas estuvo Goldie frente a George, el sacerdote preguntó:

—¿Quién entrega a esta novia?

Goldie lo miró con desprecio.

—Chaval, tengo 86 años. Si mi padre supiera que me estoy casando por novena vez…

—Creía que era tu octava boda —susurró Dan.

—Ya no tengo ni idea de cuántas veces me he casado. A lo mejor fueron diez. ¿Quién se pone a contar?

El sacerdote la miró perplejo, luego dirigió una mirada compasiva a George, que seguía sonriendo como un enamorado. Justo cuando el cura iba a comenzar, George se inclinó hacia él.

—Padre, soy judío. ¿Es eso un problema?

—Hijo mío —empezó a decir el sacerdote, aunque resultaba un tanto extraño, porque George tenía al menos el doble de edad que él—, soy sacerdote de una iglesia evangélica. Caso a todo aquel que desee unirse en sagrado matrimonio ante nuestro Señor…

—¿Podemos saltarnos esta cháchara inútil? ¡No me estoy haciendo más joven! —lo interrumpió Goldie, exasperada.

El cura asintió y se dispuso a leer de la Biblia, pero Goldie soltó un bufido.

—Acorte ese rollo. ¿Quiere usted a George Hemming, a esta presente Marigold, bla, bla, bla? Ya sabe cómo va esto.

Tragó saliva, visiblemente perdiendo la paciencia con la incontrolable novia. Finalmente, apretó los dientes y fue directo al grano.

—¿Quiere usted, Marigold Craig Ford Schmitt…? Un momento. ¿Cuántos nombres tiene usted?

—Es usted un novato, ¿verdad? —respondió Marigold, y luego recitó con calma—: Marigold Elisabeth Justine Ford Craig Schmitt.

—¿Quiere usted… ya sabe, al presente George Andrew Hemming como esposo, y…?

—Sí, quiero. Venga, espabile, que me muero de hambre por este vejete sexy —le guiñó el ojo a George, que la miraba como si fuera la mujer más maravillosa del mundo.

El sacerdote resopló.

—Está bien. George, ¿quiere usted a Marigold…? Diga que sí, por favor, o su prometida me va a linchar.

—Sí —respondió George, radiante de felicidad, y dio un paso adelante. Le estampó un beso en los labios pintados de rosa chicle y luego se volvió hacia los invitados:

—¡Mazal tov![1]

Dan saltó del altar, corrió hacia una de las mesas y tomó una copa y una servilleta. Volvió rápidamente al altar, envolvió la copa, la colocó a los pies de George y gritó también:

—¡Mazal tov!

Los invitados corearon al unísono mientras George rompía el vaso con el pie. Todos aplaudieron con entusiasmo cuando el sacerdote los declaró oficialmente como el señor y la señora George Hemming.

Goldie alzó la mano, y al instante, el bullicio se apagó.

—Voy a secuestrar al novio. Le he echado un poquito de Viagra en el té. No vaya a ser que se le ponga tiesa antes de llegar a la habitación. No os comáis todo el bufé. Volveremos para reponer fuerzas… para la segunda ronda.

Algunos se rieron, otros se quedaron un tanto traumados. Yo, en cambio, miré a Dan con una sonrisa, justo cuando él se acercaba a mí con una expresión que dejaba claro que también quería secuestrarme. Mientras los recién casados abrían paso entre los invitados, aún pude oír al padre de Amanda refunfuñar por el comportamiento de su madre. Al menos su mujer, por una vez, mantenía la boca cerrada.

—La boda ha terminado —dijo Dan con voz suave—. ¿Qué te parece si volvemos a Boston esta noche y pasamos la noche en mi casa?

Apoyé la mano en su mejilla y lo miré con calma.

—¿Sabes qué? El día es precioso, y he visto lo que hay para comer. Además, más tarde habrá baile, y todavía no he visto bailar a Dan Miller.

Él me sonrió con picardía.

—Voy a dejarte en ridículo en la pista, señorita Greco. Bailar es probablemente el único talento verdadero que tengo.

—Oh, señor Miller, me está intrigando.

Sus labios se fundieron con los míos, y por un momento olvidamos que aún estábamos delante del altar, junto al sacerdote, y que parecíamos los verdaderos novios del día.

Mientras los invitados comenzaban a tomar asiento, donde originalmente iba a hablar el padre de la novia —que ahora era el hijo de la novia—, ni rastro del recién casado matrimonio. Solo de vez en cuando se escuchaban sus gemidos desde la habitación de arriba, lo que llevó al señor Craig a ordenar a la banda que empezaran a tocar durante la comida. Renunció a su discurso. El rojo de la ira aún le cubría el rostro, y su esposa no dejaba de lanzarme miradas fulminantes. Pero a mí, sinceramente, me importaba un comino.

Había otra mirada que sí me llamó la atención. Alguien me observaba con insistencia, y no era quien yo hubiera esperado.

Alex, sentado junto a una Marge con cara de vinagre, me miraba de reojo una y otra vez. Pero esta vez no era con desprecio, sino con nostalgia.

Intenté ignorarlo, alimentando a Dan con gambas y riéndome de sus ocurrencias. Pero al final, no pude evitar cruzar la mirada con Alex. Sus labios se curvaron en una sonrisa sincera. Era aquella misma sonrisa que me regalaba cuando empezábamos a salir en la universidad, cuando aún estábamos enamorados.

Confusa, aparté la vista justo cuando Dan me ofreció su mano para bailar. Se lo agradecí en el alma y me dejé guiar por mi jefe hasta la pista. Fuimos los primeros en animarse a bailar durante la

comida, pero en cuanto Dan me atrajo hacia él, varios invitados más se animaron y nos imitaron.

Apretados el uno contra el otro, nos movíamos al ritmo de la música. Quise prestar atención para ver si Dan realmente bailaba tan bien como decía, pero sus ojos no me dejaban escapar. Me perdí en ellos como en un océano, y aunque sentía la mirada de mi ex clavada en la espalda, durante un instante olvidé que aquella semana loca estaba a punto de terminar.

Aunque todo lo relacionado con la boda había sido un desastre, Dan y yo habíamos sido valientes. Por fin habíamos admitido lo que ambos llevábamos sintiendo desde hacía tiempo.

Y aunque me preocupaba cómo seguiría todo cuando volviéramos a la rutina…

Yo era feliz. Verdaderamente feliz.

Cuando empezó la siguiente canción, sirvieron el plato principal y regresamos paseando a nuestros asientos. De reojo miré hacia Alex, que ahora estaba solo en su mesa, cabizbajo, mirando el suelo con expresión triste. De Marge no había ni rastro.

Con algo de desgana —porque lo que realmente quería era seguir pasando tiempo a solas con Dan— me llevé un trozo del filete a los labios, justo cuando Dan se disculpó para ir al baño. Me quedé sola, observándole marchar, cuando una figura en movimiento llamó mi atención por el rabillo del ojo.

Sabía que era Alex quien se acercaba, y antes de que tuviera la oportunidad de sentarse a mi lado, me levanté de un salto y me dirigí hacia la puerta que daba acceso al hotel. No pensaba quedarme sola con él, ni escuchar una vez más sus tonterías.

Pero en cuanto crucé el vestíbulo, oí su voz detrás de mí. Apresuré el paso en dirección al comedor. No tenía claro qué pretendía haciendo eso, pero cuando una huye, no se hacen muchas preguntas: simplemente se busca la salida.

Por desgracia, me había metido en una trampa. El único camino posible para escapar era atravesando la cocina, y para cuando me di cuenta, Alex ya estaba detrás de mí y se aclaraba la garganta. Cerré los ojos, inspiré profundamente y me di la vuelta despacio.

—¿Qué quieres, Alex?

Estaba ahí, con la mirada clavada en el suelo, murmurando algo ininteligible. Finalmente, logró articular una frase, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Siento muchísimo todo, Leah.

Alcé las cejas.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haberte tirado a Marge en tu despacho o que yo te pillara haciéndolo?

Negó con la cabeza, dispuesto a replicar, pero lo interrumpí:

—¿O sientes haberles dicho a tus padres que fui yo quien te engañó? Espera, ¿o tal vez te arrepientes de haberme utilizado durante ocho años, apropiándote de mi trabajo y vendiéndolo como tuyo?

—Leah, por favor, escúchame —dijo dando un paso hacia mí. Intenté esquivarlo, pero choqué con una silla.

Ahora estaba frente a mí. Puso su mano cálida en mi mejilla, y un torrente de recuerdos felices recorrió mi cuerpo. No siempre había sido así. Al principio fue dulce, atento, cariñoso. ¿En qué momento se había convertido en lo que ahora era?

Su rostro se inclinó y, por un momento, pensé que iba a besarme. Pero no lo hizo. En lugar de eso, susurró:

—No te merezco. Hice todo mal y te hice daño. Sé que no es excusa, pero cuando me dejaste, perdí el control. Quería herirte porque no quería aceptar que ya lo había hecho yo antes. Quiero que sepas que siempre te he querido. Maldita sea, aún te quiero.

Negué con la cabeza. No eran palabras que quisiera oír.

—Alex, no hagas esto.

Pero no me escuchó.

—Justo antes de que Marge entrara en mi despacho aquel día… yo… —vaciló y sacó algo del interior de su americana—. Tenía esto.

Un precioso anillo de diamantes apareció entre sus dedos, brillando ante mí.

Lo miré desconcertada, luego a él. Se aclaró la voz.

—Quería pedirte matrimonio. Pero aquella mañana discutimos y me dijiste que me despreciabas. Me dolió tanto que solo quería hacerte daño cuando Marge se me echó encima. Ni siquiera lo

pensé. Sentí que era mi derecho. Tus palabras me hirieron tanto… fui un idiota al creer que dejarme seducir por Marge era lo correcto.

—¿Y si no te hubiera dejado, te habrías acostado con cualquier mujer cada vez que discutiéramos? —Mis palabras le golpearon de lleno. Abrió los ojos, sacudió la cabeza con fuerza.

—Cometí un error, Leah. Uno enorme. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y perderte fue lo peor que me ha ocurrido jamás. Perdóname, por favor.

Inspiré hondo y lo miré con compasión.

—¿Sabes qué? Te perdono. Pero ahora déjame en paz.

Me di la vuelta, dejándolo atrás, y me dirigí a los aseos.

Pero lo que vi allí hizo que la sangre se me helara en las venas.

28

Dan

Me dirigí a uno de los baños para aliviarme. Llevaba ya más vino y champán en el cuerpo de lo que estaba acostumbrado, y me sentía un poco achispado. Pero me daba igual. Iba a disfrutar este último día en Vermont con Leah al máximo.

Mañana volvíamos a Boston, y el lunes nos alcanzaría de nuevo la rutina. Aun así, deseaba con todas mis fuerzas la vida a su lado. Leah era algo extraordinario, y por primera vez en mi vida estaba seguro de una cosa: no quería dejarla escapar jamás.

Sonriendo por mi buen humor, empujé la puerta del baño de caballeros… solo para toparme de bruces con un empleado del hotel que sostenía una fregona y me miraba con gesto compasivo.

—Tenemos un atasco —dijo—. Use, por favor, el baño de señoras de al lado o el de caballeros en la primera planta.

Mi vejiga no me daba mucha opción, así que opté por el de señoras. Llamé suavemente a la puerta. Al no recibir respuesta, eché un vistazo dentro. Solo cuando estuve seguro de que no había nadie, entré en una de las cabinas y eché el pestillo. No habría llegado al primer piso sin sufrir un accidente. El champán era lo peor para mi vejiga.

Pero justo cuando me estaba subiendo de nuevo la cremallera del pantalón, oí cómo se abría la puerta y alguien entraba. Maldita sea. ¿Debería salir y dar la cara o esperar?

Opté por esperar, pero entonces escuché un sollozo desgarrador. Me resigné. Iba a estar allí encerrado un buen rato. Cuando vi que la intrusa no se iba, carraspeé con cuidado y dije:

—Por favor, no se asuste. El baño de caballeros está inutilizado. ¿Puedo salir?

—¿Dan? ¿Eres tú? —reconocí la voz de Marge al otro lado de la puerta.

—Sí. ¿Puedo salir? —La situación era lo más incómodo del mundo, pero no me quedaba otra. ¿Esperar a que dejara de llorar?

—Claro —respondió ella en voz baja. Así que abrí la puerta y salí.

Me disculpé con una mirada mientras me acercaba al lavabo a lavarme las manos. En el espejo, vi reflejada a Marge. Era guapa, sin duda. Algo delgada, quizá, pero atractiva. Sus ojos estaban rojos de tanto llorar, y me pregunté por qué se había liado con un tipo como Alex.

No quería preguntar, pero tampoco era un insensible, así que me animé a hablarle:

—¿Estás bien?

Ella asintió, intentando esbozar una sonrisa.

—Alex me ha dejado. En realidad, debería alegrarme… pero… joder, duele.

Volvió a romper en llanto. Pensé que tal vez necesitaba un abrazo, pero preferí no ser yo quien se lo ofreciera.

—¿Quieres que llame a Leah? Quiero decir, ella y Alex…

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Marge—. Ha sido por su culpa que me ha dejado.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo dices?

Negó con la cabeza con desesperación, y uno de sus pendientes salió despedido y rodó bajo el lavabo. Me agaché para recogerlo, pero ella dijo:

—Ya lo veo yo.

Se agachó justo frente a mí en ese estrecho espacio, recogió el pendiente dorado con piedrecitas brillantes y, al intentar levantarse, su melena se enganchó en mi cremallera.

—¡Ay! —gritó, quedándose de rodillas delante de mí.

—¿Cómo has conseguido eso? —pregunté, intentando liberar el mechón enredado.

—No, Dan, que me haces daño —se quejaba, mientras se colocaba frente a mí para tratar de ver mejor cómo desengancharse.

—Tienes que… —empecé a decir, dando un paso atrás, pero entonces ella me agarró los muslos y soltó un gemido.

—Oh, Dan…

—¿Pero qué demonios…? —escuché de repente la voz de Leah tras de mí y la vi reflejada en el espejo, justo cuando entraba por la puerta.

Miré hacia abajo, al cabello de Marge tirando de mi bragueta, sus manos aún sobre mis piernas. Gimiendo, dijo:

—Leah, ¿puedes ayudarme un momento?

Pero Leah ya se estaba dando la vuelta para salir del baño a toda prisa. Quise ir tras ella, pero al moverme, arrastré a Marge conmigo. Tropezó hacia delante y me tiró al suelo con ella. Ambos acabamos en el suelo del baño, yo intentando desesperadamente liberarla.

No podía permitir que Leah creyera que la estaba engañando. Aunque a ojos de cualquiera, eso era exactamente lo que parecía.

Como no lograba soltarle el pelo, empecé a perder los nervios y tiré con fuerza, arrancando mechones enteros mientras Marge suplicaba que no le destrozara el peinado. Me daba igual. La única mujer que me importaba acababa de huir.

Corrí hacia el vestíbulo… y choqué de lleno con Alex, que me miró desconcertado. Sus ojos bajaron lentamente hasta mi bragueta, donde todavía quedaban mechones del pelo de Marge enganchados.

Recordé sus palabras: que había dejado a Marge por Leah. Me miró, avergonzado, y antes de pensar en lo que decía, le solté:

—Da igual lo que planees. ¡Mantén las manos lejos de mi mujer!

Su expresión de culpa fue suficiente para entender que, efectivamente, había intentado algo. Bajó la mirada y murmuró:

—Ya la he perdido.

Y en ese mismo instante, la vi. A través del ventanal del hotel, Leah salía con su coche a toda velocidad, levantando una nube de polvo tras de sí.

Ignoré a Alex y corrí tras ella, pero ya era tarde. Saqué el móvil y marqué su número. Me colgó.

Ni siquiera tenía las llaves de mi coche encima. Corrí hacia los ascensores, pulsé el botón, pero como no llegaban, me lancé por las escaleras, de dos en dos. Cuando por fin llegué a la puerta de nuestra habitación, me di cuenta de que no tenía la tarjeta. Leah se la había llevado consigo.

Apoyé la cabeza contra la puerta.

Era demasiado tarde.

29

Dan

Esa misma noche me fui. Como Leah había salido corriendo sin su equipaje, me tocó a mí recoger la habitación solo, lo que, sin la dichosa tarjeta, me llevó casi tres horas.

Ya había oscurecido cuando por fin me senté al volante y emprendí el viaje de regreso a Massachusetts. Para mi desgracia, comenzó a llover a cántaros, y lo que debían ser siete horas se convirtieron en diez.

El domingo por la mañana llegué por fin a mi oficina. En vez de ir directamente a casa, decidí que antes tenía que ver a Leah. Como nunca había estado en su piso, lo primero era averiguar su dirección.

Todavía con la ropa del día anterior, me puse a rebuscar en los archivos del personal, que estaban guardados en el escritorio de Margret. Por desgracia, Margret no confiaba demasiado en la informática y seguía llevando todos los expedientes en papel. Y, cómo no, guardados bajo llave.

No me quedaba más remedio que esperar al día siguiente.

Agotado y con el ánimo por los suelos, conduje hasta mi casa, a unos treinta minutos de Boston. Pero, aunque me había pasado la noche al volante y apenas podía mantener los ojos abiertos, mis pensamientos giraban sin cesar en torno a Leah, impidiéndome dormir.

Finalmente, me rendí. Pedí una pizza y llamé a Benny. Si alguien podía saber dónde vivía Leah, era él.

Contestó tras el primer tono, pero en vez de una bienvenida cordial, escuché un gruñido por la línea. Al principio creí que era un perro, pero cuando empezó a soltar sapos y culebras, supe que era mi empleado… gruñéndome de verdad.

—¿Qué demonios ha hecho, señor Miller? ¿Sabe usted por todo lo que ha pasado Leah en el pasado, y ahora…?

—¡Cálmate un poco, Benny! —ordené, pero no me hizo ni caso.

—¡Y encima Marge! Esa furcia barata. ¿No tiene usted vergüenza?

—¡No ha pasado nada! —le espeté con tono autoritario. No solo no estaba dispuesto a permitir que un subordinado me hablase así, sino que, además, no había hecho nada malo.

—¡Un mamada NO ES "NADA"! —gritó con tal fuerza que me pitaban los oídos.

—¡NO HUBO NINGUNA MAMADA! —grité harto—. Se agachó y se le quedó el pelo enganchado en la cremallera, ¡joder!

Oí una risa desdeñosa por la línea.

—Esa tontería cuéntesela a otro.

Y colgó.

Me quedé paralizado, con el móvil en la mano. Volví a llamarlo, pero me rechazó la llamada sin pensárselo.

Genial. Fantástico.

Sin hambre, pero con el estómago gruñendo, me metí un trozo de pizza en la boca mientras buscaba a Leah Greco por Internet. Para mi pesar, encontré algunas fotos en las que aparecía junto a Alex… o más bien, detrás de él. Parecía que alguien se había esmerado en que quedara siempre en segundo plano, como un simple decorado detrás del gran Alexander Craig.

En ninguna de las imágenes se la veía feliz. Pero aparte de eso, no había nada. Ninguna dirección, ningún dato útil. Y saber que tenía que esperar hasta el día siguiente me desquiciaba.

Me di una ducha fría, recogí los restos de la pizza y empecé a deshacer la maleta. Pero cada prenda olía a su perfume. A ese aroma fresco a limón que parecía haber tomado por asalto todo mi dormitorio.

Y maldita sea, la echaba tanto de menos.

Al final, rendido, saqué la maleta de la habitación y me entregué a una botella de vino.

No fue hasta que sonó el despertador que me di cuenta de que me había quedado dormido y que ya era lunes por la mañana.

Me estallaba la cabeza. Todo me daba vueltas y lamenté profundamente haber recurrido al vino. No es que no me gustara

una copa de vez en cuando, pero una botella entera había sido claramente demasiado.

Arrastré los pies hasta el baño, me duché y me afeité para, al menos, parecer humano, aunque no me sintiera como tal. Me puse unos vaqueros a toda prisa, me abotoné la camisa y, de camino a la puerta, cogí mi termo de café y el portátil antes de salir hacia la oficina.

Decir que estaba tan nervioso que casi me hacía pis encima era quedarse corto. Me aterraba encontrarme con Leah, porque no sabía si sería capaz de creerme.

Después de la llamada con Benny, estaba convencido de que me despellejaría vivo y luego tiraría mis restos al río Charles. No hay que subestimar el temperamento italiano.

Fui el primero en llegar a la oficina y, mientras sorbía café de mi termo, puse en marcha la cafetera para el resto del equipo.

Había comprado rosas rojas de camino y las dejé en el escritorio de Leah. Pero justo cuando me iba a apartar, noté que faltaban algunas cosas. Su taza graciosa ya no estaba junto al portátil y también había desaparecido la foto en la que aparecía con sus abuelos.

Desconcertado, entré en mi despacho y vi un sobre sobre la mesa. Todo mi cuerpo se tensó al reconocer su letra, clara y con grandes curvas, donde ponía simplemente: *Dan*.

Ya sabía lo que había dentro antes de abrirlo. Quizá debería tirarlo a la papelera y fingir que nunca lo había recibido. Me vino a la mente el experimento del gato de Schrödinger: si no abría el sobre, no sabría lo que contenía.

Pero era una estupidez. Así que lo abrí. Y, como imaginaba, era su carta de renuncia. Estaba mecanografiada, formal. Me dejé caer en la silla y cerré los ojos. ¿Cómo podía un malentendido tan estúpido haberlo arruinado todo?

Un carraspeo me sacó de mis pensamientos. Abrí los ojos y vi a Benny delante de mí, fulminándome con la mirada.

—Tiene suerte de que me encante este trabajo. Si no, ya me habría marchado como Leah.

—Joder, Benny. ¡No pasó nada! —solté con cansancio, llevándome las manos a la cara.

—¿Y cómo explica entonces que Leah le encontrara en el baño de mujeres? ¿Fue casualidad que se topase con Marge ahí mismo?

Le miré y suspiré.

—El baño de hombres estaba atascado. No había nadie en el de mujeres, así que entré ahí.

Benny me miró como si creyera que me había dado un golpe en la cabeza.

—Invente algo mejor, por favor.

—Cuando salía de la cabina, Marge entró llorando. ¿Qué iba a hacer? No se iba, así que me hice notar. Y por muy estúpido que suene, se agachó a recoger su pendiente, se enganchó el pelo en mi cremallera… y justo en ese momento entró Leah.

—Es usted un imbécil, señor Miller. Nadie va a creerse eso.

Se dio media vuelta dispuesto a irse, pero entonces caí en la cuenta de que en la carta de renuncia venía la dirección de Leah. Me levanté de un salto, le adelanté y me pegué a él.

—¿A dónde va? —preguntó, desconcertado.

—¡Voy a buscar a Leah!

—Está con sus padres. No se moleste.

Me detuve, me giré hacia él y sonreí.

—Gracias por el dato.

Me abalancé sobre él, le planté un beso en la mejilla y salí disparado hacia la puerta.

—¡Espere, Miller! ¡No es buena idea! —gritó Benny detrás de mí.

Cuando llegué al coche, aún lo oía detrás:

—¡No lo haga, señor Miller!

—¡No puedes detenerme, Benny!

—Yo no. Pero la familia de Leah seguro que sí —dijo, jadeando a mi lado justo cuando Margret apareció por el camino, en dirección a la oficina.

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Nos vamos de excursión o qué? —preguntó confundida, mirando primero a Benny, luego a mí.

—Miller la ha cagado con Leah y ahora piensa que puede presentarse en casa de sus padres —respondió Benny, mirándome

como si fuera el mayor idiota del planeta. Y antes de que pudiera reaccionar, Margret ya estaba también junto a la puerta del coche, señalándola.

—Vamos, jefe. Yo le ayudo. Sería una pena que ustedes dos lo dejasen tan pronto… Ya sabe a lo que me refiero.

—¡Lo haces solo porque apostaste a que no durarían ni tres meses! —bufó Benny.

—¿Cómo sabéis lo de Leah y yo? —pregunté, atónito—. ¿Y cuántas apuestas hay en juego exactamente?

Ignorando mi primera pregunta, Margret se puso pensativa.

—Una sobre cuándo os liaríais. Nadie apostó en contra, por cierto. Otra sobre si romperíais antes de los tres meses. Benny apostó que sí.

—¡Cállate, Margret! —saltó él, ofendido.

—¿Y qué más? —pregunté mientras abría el coche y veía cómo Benny ocupaba el asiento del copiloto y Margret se acomodaba detrás.

—Bueno, está la de cuándo tendréis hijos, otra sobre cuándo suenan las campanas de boda, y también la de cuánto tardaréis en… ya sabes… hacerlo en la oficina.

—¡Follando! ¡Eso es lo que quiere decir! —gruñó Benny.

—Estáis todos locos. ¿Lo sabéis? —resoplé mientras los miraba—. ¿Y qué hacéis en mi coche?

—Vamos contigo —dijo Benny—. No me pienso perder cómo los hermanos de Leah te aplastan.

—Yo le daré apoyo moral, señor Miller —dijo Margret desde atrás.

Negué con la cabeza.

—No. Vosotros os bajáis. Puedo arreglármelas solo.

—¿Ah, sí, Miller? ¿Y dónde está el restaurante de la familia de Leah? —preguntó Benny con una sonrisita malévola mientras se abrochaba el cinturón.

—Vale. Pero deja de llamarme *Miller*. O me llamas *señor Miller*, o *Dan*.

Benny se recostó con aire satisfecho.

—De acuerdo, *Dan*. Vamos a North End.

Me dejé guiar por Benny entre el tráfico espeso de Boston. No entendía por qué me ayudaba si aún pensaba que había engañado a Leah. Margret, en cambio, me animaba, aunque sospechaba que era solo porque no quería perder ninguna de sus apuestas.

Cuando por fin llegamos a North End, agradecí de verdad tener un coche pequeño. Las callejuelas eran estrechas, casi imposibles para maniobrar. Y yo era demasiado tacaño para pagar un *parking*.

Nos detuvimos frente a una pequeña panadería italiana porque Benny dijo que el resto podíamos hacerlo a pie. Al avanzar por las calles, entendí el porqué. Delante de la pizzería, con ese bonito nombre de *Little Italy*, no había ni una sola plaza libre para aparcar.

Benny señaló el local y sonrió con malicia.

—Venga, campeón. Adelante. Entra.

Sacó el móvil y empezó a grabar.

Lo miré, perplejo.

—¿Qué haces?

—Solo quiero inmortalizar el momento en que los hermanos de Leah te convierten en carne picada.

Margret tragó saliva y me agarró del brazo.

—¿Prefiere ser incinerado o un entierro tradicional?

La miré sin entender.

—¿Perdón?

En lugar de contestar, eché a andar con paso decidido —o al menos eso aparentaba, aunque me temblaban las piernas—, directo hacia el restaurante, del que salía un delicioso aroma a pizza recién horneada. Inspiré hondo antes de empujar la puerta y entrar.

Y allí estaba: *mi Leah*.

Estaba de espaldas, poniendo los cubiertos sobre las mesas. Reuní todo el valor que tenía y me acerqué a ella.

—Leah, tienes que escucharme. Sé que lo que viste fue realmente… No era lo que tú crees. Fue todo muy distinto y solo quiero que sepas cuánto te amo.

Leah se giró lentamente y, para mi sorpresa… no era Leah. Era su madre.

Benny se rio por lo bajo detrás de mí.

—Buenos días, señora Greco.

—Ah… Buenos días, señora Greco. Soy Dan Miller y yo…

—… y está usted enamorado de mi hija —dijo aquella mujer guapísima con un marcado acento italiano. Leah era literalmente su viva imagen.

—Sí. Lo estoy —respondí, sonriendo.

Antes de que pudiera decir nada más, ella me examinó de arriba abajo sin el menor disimulo.

—¿Ha desayunado? Leah ha salido a comprar con su padre, pero usted tiene pinta de necesitar algo que le reponga.

Estaba a punto de negarme cuando Benny me clavó un codazo en las costillas.

—A una *mamma* italiana nunca se le dice que no —susurró.

Y sin perder el ritmo, le sonrió a la señora Greco y contestó por mí:

—¡Por supuesto que tiene hambre!

Sin pestañear, me cogió de la mano y me condujo a una mesa, donde también indicó a Margret y a Benny que se sentaran.

No eran ni las once de la mañana y, la verdad, me habría apetecido más un café. Pero cuando la madre de la mujer de la que estás locamente enamorado empieza a servir comida, tu estómago reacciona como por arte de magia.

Trajo de la cocina una variedad interminable de platos: *antipasti*, pastas, pescados... todo recién hecho. Benny se lanzó a por ellos como un lobo hambriento y Margret tampoco se lo pensó dos veces.

—Coma, chico. Leah es una mujer fuerte. Necesita a su lado a un hombre fuerte. Y a usted no le vendrían mal unos kilitos de más.

Asentí, aunque no tenía ni idea de a qué se refería con eso de "unos kilitos más". Tenía una constitución bastante atlética y, sinceramente, estaba bastante contento con ella.

Estaba llenando mi segundo plato cuando vi cómo Benny le daba un codazo a Margret y se ponía en pie. Ella hizo lo mismo, y sin decir ni una palabra, desaparecieron de la mesa.

No estuve solo por mucho tiempo.

De repente, se sentaron tres hombres jóvenes a mi lado. Los reconocí al instante por las fotos de Leah. Eran sus hermanos. Y por

dentro maldije a Benny: si me dejaba solo con ellos, era hombre muerto.

30

Dan

Dos de los hermanos se colocaron a mi izquierda y a mi derecha, dejándome apenas espacio para respirar. El otro se sentó frente a mí y me escudriñó con una expresión tan intimidante que me dejó helado.

Maldita sea… tenía unas manos enormes.

Intenté incorporarme, pero uno de los hermanos me empujó de nuevo hacia el asiento y preguntó:

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—Solo iba… al baño —respondí con voz baja.

—Vamos contigo —dijo el tipo que tenía enfrente.

—Bah, no os molestéis. Yo puedo sujetarla solo —solté, en un alarde de valentía suicida… y me quedé helado al ver cómo el hermano a mi derecha clavaba un cuchillo de carnicero en la mesa.

Abrí los ojos como platos, pero antes de poder reaccionar, su cabeza salió disparada hacia delante: la señora Greco acababa de darle un sonoro coscorrón en la nuca mientras le regañaba en italiano.

Él, obediente, sacó el cuchillo de la mesa y se lo entregó, mientras ella le señalaba el agujero en la tabla con indignación. Quizá aquellos tipos no eran tan temibles si una mujer tan menuda como ella podía domarlos así. Pero entonces recordé a Leah… y su temperamento. Las mujeres italianas no eran de este mundo.

—¿Quién eres tú? —preguntó por fin uno de los hermanos, cuando su madre volvió a la cocina.

—Soy Dan, el novio de vuestra hermana —solté. No sabía si acababa de firmar mi sentencia de muerte, pero me pareció mejor ir con la verdad por delante.

El que tenía enfrente resopló.

—Eh, Marco, ¿este payaso acaba de decir que es el novio de nuestra hermanita?

Marco, el de mi izquierda, asintió.

—Sí, creo que eso ha dicho.

A mi derecha, el tercer hermano se aclaró la garganta y, con un ligero tartamudeo, soltó:

—E-e-e-espera. ¿Le-le-leah tie-tie-tiene un n-n-n…?

—Ay, eres tonto, Domenico. ¿Qué te crees, por qué volvió ayer a casa con esa cara? —interrumpió el de enfrente.

Marco posó de repente una manaza enorme en mi hombro y apretó.

—Nuestra hermana llegó ayer muy triste. No sabrás por casualidad por qué, ¿verdad?

Intenté esbozar una sonrisa.

—Quizá porque anoche perdió el Milan, ¿no?

—¿E-e-e-el Milan qué? —Domenico me miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, perdieron dos a cero. ¿No viste el partido?

La verdad, tampoco lo había visto, pero como buen aficionado al fútbol, esa mañana había consultado los resultados mientras tomaba el café.

—Maldición… he perdido la apuesta —murmuró Marco, visiblemente abatido. Luego miró al otro hermano—. ¿Tú también apostaste por el Milan, Francesco?

Francesco me miró.

—¿Y sabes cómo quedó la Juve?

Asentí, viendo ahí mi oportunidad. Si iban a matarme de todas formas, al menos que fuera rápido y sin dolor. Quizá mi conocimiento futbolístico pudiera ganarme unos minutos más de vida.

—Empataron con la Roma.

—¿Tú juegas? —preguntó Marco, con curiosidad.

—Jugué en la universidad. Aunque era el peor portero que haya pisado jamás ese campo.

—Yo-yo-yo ta-ta-ta-también e-e-e-era po-po-portero —soltó Domenico, sonriendo.

Estaba casi convencido de que iba a salir de allí con vida cuando Francesco preguntó:

—Muy bien, pero aún no has explicado qué hiciste con nuestra hermana.

Abrí la boca, sin saber muy bien qué decir, cuando la señora Greco apareció de nuevo con una bandeja de pizza y la colocó delante de nosotros.

—¡Dejad que el muchacho coma de una vez! —regañó a sus tres hijos, que se disculparon de inmediato y esperaron a que ella regresara a la cocina.

—Come —ordenó Marco, observando cómo tomaba un trozo de pizza.

El apetito se me había evaporado, pero ni en broma me habría atrevido a desobedecerles. Francesco se echó hacia atrás en la silla, luciendo bíceps con ese chaleco que llevaba. Parecía un culturista pasado de esteroides.

—Bonita camiseta —comenté, intentando aliviar la tensión.

Él bajó la vista hacia su torso y casi sonrió.

—¿Estás intentando distraerme?

—¿Y si lo estuviera? —dije… y me mordí la lengua al instante.

—Sabes, me caes bien. Al menos entiendes de fútbol, que es más de lo que se podía decir del ex de Leah —dijo de pronto Marco, y Domenico asintió.

—¿Te refieres a Alex, ese imbécil? —pregunté, y ellos asintieron. Yo continué—. Ese tipo es insufrible.

—E-e-e-ese se se-se-se cree me-me-mejor que nadie —añadió Domenico.

—¿Conoces a Alex? —preguntó Francesco, sorprendido.

—Por desgracia, sí.

—¿Y no sabrás dónde vive, no? Me encantaría hacerle una visita —gruñó Marco, apretando los puños.

—No, pero ya le solté un buen puñetazo. Así que…

—¿¡Le pegaste!? —Francesco me miró con una pizca de respeto en los ojos.

Asentí. Domenico me dio tal palmada en la espalda que la porción de pizza que tenía en la mano salió volando.

—¡E-e-e-eso es ge-ge-genial!

—Ese tipo es un creído y un baboso —comenté, y los tres hermanos asintieron con convicción.

—¿Cómo pudo Leah aguantar tanto tiempo con ese capullo? —se preguntó Marco, y yo no pude estar más de acuerdo.

—Ocho años. ¿Te lo puedes creer?

La tensión en el ambiente comenzaba a disiparse y yo, ingenuamente, pensé que saldría de esta con vida… hasta que escuché una voz a mi espalda. La voz que tanto había echado de menos. Pero, por desgracia, no sonaba ni alegre ni dulce.

—¿Qué haces tú aquí?

Me giré despacio y allí estaba Leah, de pie junto a un hombre mayor que encajaba a la perfección con el estereotipo de pizzero italiano que uno lleva en la cabeza: algo rellenito, un bigote enorme y una mirada aguda que me evaluó con desconfianza.

Me puse de pie, al igual que los tres hermanos. Leah tenía el rostro demacrado y sus ojos rojos delataban que había llorado. Lo único que deseaba era abrazarla y protegerla, pero sabía que lo más probable era que me propinase una patada en las pelotas.

—Leah, tenemos que hablar —dije con voz suplicante.

—¡No quiero hablar contigo! —soltó con rabia y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse. Pero su padre la sujetó y le dijo algo en italiano.

Entonces se acercó a mí, me tendió la mano y se presentó:

—Soy Andrea Greco. Usted debe de ser Dan.

Asentí y le estreché la mano.

—Sí, señor. Un placer conocerle.

Su apretón fue fuerte, inesperadamente fuerte para sus años. Me acercó hacia él y, en voz baja, con un tono amenazante, me dijo:

—No sé qué ha pasado entre usted y mi hija, pero si la vuelve a hacer daño, le escaldaré los huevos en agua hirviendo y se los pelaré como a un tomate. Le castraré vivo y tiraré su cadáver al Charles River. ¿Estamos?

Le miré con los ojos como platos y asentí rápidamente.

Se fue hacia la cocina, donde su esposa le esperaba apoyada en el marco de la puerta. En cuanto cruzó el umbral, le dio un coscorrón

en la nuca y empezó a regañarle en italiano, igual que había hecho con sus hijos.

Marco se colocó de pronto a mi lado.

—Buena suerte, Dan. Te va a hacer falta. Si se te engancha, grita bien alto para que podamos ayudarte.

Ni me molesté en responderle. Di un paso hacia Leah, pero ella retrocedió al instante.

—¡Leah, por favor! No aguanto ni un segundo más sin ti. Lo que viste… no fue lo que parecía.

—¿No es esa la excusa que suelta todo infiel cuando lo pillan con las manos en la masa?

Tenía razón. Y, aun así, tenía que encontrar la forma de convencerla de que decía la verdad.

—¿Por qué demonios iba a estar en el baño de mujeres… y con *Marge*, precisamente? —Puse una cara tan elocuente de desagrado que era imposible no entenderme—. ¡No es ni remotamente mi tipo!

—¡Estaba de rodillas delante de ti!

—¡Se le enredó el pelo en la cremallera cuando intentaba recoger un pendiente del suelo!

Me acerqué a Leah, y cuando intentó esquivarme, la sujeté suavemente.

—El baño de hombres estaba atascado. Pensé que no había nadie en el de mujeres. Entonces entró Marge llorando. Hablé un momento con ella… y se le cayó el pendiente…

—Es la historia más estúpida que he oído en mi vida —replicó Leah, mirándome furiosa y negando con la cabeza—. ¿Cómo se le puede enganchar el pelo a alguien en una cremallera?

—Tengo el pantalón en casa. ¿Quieres que te lo enseñe? ¡Le arranqué mechones enteros para liberarla!

—Eso me habría gustado verlo —se oyó decir a Benny entre risas, desde algún lugar del restaurante.

—¡Cállate, Benny! —dijimos Leah y yo al unísono, fulminándole con la mirada.

Volví a mirar a Leah y tomé su rostro entre mis manos. Para mi sorpresa, esta vez no se apartó.

—¿De verdad crees que yo me acostaría con Marge? Vamos, Leah… ¿Tan poco piensas de mí? ¿Y en un baño público? ¡Por favor! Con la de rincones que tiene ese hotel para ese tipo de cosas. ¿Por qué iba a arriesgarme así?

En sus ojos pude ver que empezaba a considerar mis palabras. Apoyé mi frente en la suya y le dije con la voz firme:

—Leah, no quiero perderte. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Joder, he llegado a pensar si era demasiado pronto para hablar de matrimonio…

—¿Qué has dicho? —preguntó ella, y su mirada se volvió indescifrable.

—Quiero despertarme cada mañana y ver tu cara. Volver a casa cada noche y abrazarte. Quiero que nuestros hijos jueguen en nuestro jardín y que nuestros nietos nos vengan a visitar. Quiero estar a tu lado cuando te descubras tu primera cana, y que tú me cuentes las arrugas. —Y en un susurro añadí—: Y quiero, dentro de muchos años, jugar con tus tetas caídas mientras tú me azotas el culo lleno de arrugas.

—¿¿¿Tetas caídas??? ¿Pero tú estás mal de la cabeza o qué? —Leah me miró escandalizada.

—La gravedad acabará haciendo de las suyas, amor mío. Y mientras mis huevos cuelguen entre las rodillas, tus tetas rozarán el ombligo. No podemos frenar el paso del tiempo… pero sí podemos convertirlo juntos en los mejores años de nuestras vidas.

—¡Ni hablar! —exclamó Leah, y tragué saliva. ¿Eso era un no? Pero entonces me miró con determinación—. Tus huevos pueden colgar donde quieran, pero mis tetas jamás tocarán mi ombligo.

—Entonces las sujetaré yo. Así nunca colgarán de ningún sitio que no sean mis manos. —Le sonreí, esperando que entendiera que, bromas aparte, lo decía muy en serio.

—¿Y yo puedo sujetarte a ti los huevos? Para que no se te descuelguen tanto… —preguntó Leah con dulzura, torciendo los labios en un mohín adorable.

—Puedes hacer con ellos lo que te dé la gana, preciosa. Pero por favor… quédate a mi lado.

Sin decir ni una palabra más, Leah me atrajo hacia ella y pegó sus labios a los míos. Escuché murmullos detrás de mí, pero me dieron absolutamente igual. Lo único que me importaba era la mujer que tenía entre mis brazos. Esa a la que no pensaba soltar jamás.

Cuando se separó de mí, me miró con ternura y dijo:

—Dan Miller, eres un idiota incorregible… y si no me hubiera encontrado justo ahora con Marge, que me ha contado exactamente lo mismo, no te habría creído. Pero te quiero, y…

—Espera un momento. ¿Has hablado con Marge hace un rato y aun así me has hecho suplicar como un condenado antes de decirme que ya sabías la verdad?

La miré boquiabierto, mientras ella me sonreía con toda la malicia del mundo.

—Considera esto un pequeño adelanto de lo que te espera si algún día juegas con mis sentimientos.

—Acabo de sobrevivir a un interrogatorio de tus hermanos. ¿No crees que con eso ya has dejado claro quién manda?

Ella echó un vistazo por encima de mi hombro, reflexionando.

—Te los has metido en el bolsillo con tu encanto. —Y añadió con una media sonrisa—. Ahora bésame, jefe.

—¡No hace falta que me lo digas dos veces! —respondí antes de abrazarla y besarla como si me fuera la vida en ello.

31

Leah

Siete meses después

Cansada, yacía sobre la camilla y miraba fijamente al techo. Odiaba estar tumbada boca arriba, porque cada vez que lo hacía sufría de ardor estomacal. Mis pies estaban hinchados y, aparte de unas chanclas, no había calzado que pudiera ponerme.

¿Quién iba a imaginar que ya me sentiría como una morsa incapaz de agacharse?

Estaba agotada. Llevaba semanas sin poder dormir en condiciones. Casi me había quedado dormida, si Dan no se hubiera aclarado la garganta a mi lado.

—¿Qué te parece Luisa, si es una niña?

—¿No es un poco pronto para estar pensando en nombres? —respondí, irritada.

Dan alzó una ceja.

—¡Nunca es demasiado pronto!

Gruñendo, manifesté mi disgusto:

—Cada vez son peores.

—¡Luisa es precioso! —dijo Dan, visiblemente ofendido, mientras seguía deslizando el dedo por su móvil—. ¿Lía? ¿Lucy?

—No soy un caballo, Dan. El nombre de nuestra hija no tiene por qué empezar con la misma letra que el mío. ¿Y si es un niño?

—Entonces le pondremos Lucas. O Brody.

Resoplé y me giré de lado. Que fuésemos a tener un bebé tan pronto no lo habríamos creído ninguno de los dos hacía apenas siete meses, cuando nos habíamos acercado por primera vez en Vermont. Pero en cuanto volvimos a Massachusetts, apenas unas semanas después, nos mudamos juntos a casa de Dan… y, sin esperarlo, me quedé embarazada.

Y ahí estaba el problema, porque aún no había conseguido reunir el valor para contarle a mi estricta familia católica que estaba embarazada… y sin estar casada.

Aunque, para ser sincera, no era solo miedo: era también que me horrorizaba la idea de casarme en estas circunstancias. Porque eso implicaría que nuestras familias se conocieran. Y, qué queréis que os diga, nuestras familias eran como el día y la noche.

Ahora estaba ya en la semana dieciocho, y apenas podía seguir ocultándolo. Posponía una y otra vez las visitas a mis padres porque no me atrevía a decirles la verdad. Y aunque esperaba un hijo, lo de casarme ahora era impensable. No pensaba reventar un vestido de novia o desfilar hasta el altar con las piernas hinchadas. Incluso mi cara parecía haber almacenado veinte litros de agua. Me sentía… horrible.

Dan, en cambio, no podía quitarme las manos de encima. Si no estaba diciéndome lo sexy que me veía con la barriga (ya considerable), intentaba convencerme de que la selva amazónica entre mis piernas —a la que ya ni siquiera alcanzaba para depilar— no era para tanto, o directamente se pasaba el día sobándome.

Y no es que me molestara. Desde que me quedé embarazada, me sentía increíblemente excitada, y me habría tirado a Dan cada hora si no fuera por las náuseas matutinas, que no entendían de horas y me tenían en jaque todo el día.

Si no estaba comiendo cantidades absurdas, me pasaba horas vomitando. Si a Dan se le volvía a ocurrir que podríamos tener otro hijo, lo castraría yo misma. Por muy muchos que quisiera.

—Matilda también es bonito.

—¡Por encima de mi cadáver! —solté con sarcasmo, mientras miraba impaciente el reloj—. ¿Dónde se habrá metido? La cita tenía que haber empezado hace media hora.

—Seguro que no tarda, cariño —intentó calmarme Dan, y me dio un beso en la frente—. Allí cuelga un modelo de útero. Podemos ir ensayando el parto.

Le miré horrorizada.

—Quiero una cesárea. ¡No pienso parir un bebé por mi chichi!

Me daba pánico el parto. No me importa reconocerlo. Ya me parecía surrealista tener a un bebé entero flotando dentro de mí, pero darlo a luz… eso ya me provocaba pesadillas.

—Cariño, lo que tú decidas. Estoy contigo —dijo Dan sonriendo, y le agradecí que, por una vez, no hiciera un comentario estúpido.

Justo cuando me perdía en esos ojazos suyos, llamaron a la puerta y entró mi ginecóloga.

—Hola, Leah. ¿Dan? —Nos dio la mano a los dos y empezó a preparar el ecógrafo—. ¿Cómo estás, Leah? ¿Sigues con las retenciones de líquidos?

—Píncheme si quiere. Seguro que le inundo la consulta —le respondí con tono lastimero, mientras Dan se reía en silencio a mi lado. Él no tenía ni idea de lo que era cargar con un bebé… y medio océano dentro.

—Vamos a ver a esta criatura. Quizá podamos descubrir ya el sexo.

Noté cómo Dan se removía en el asiento.

—¿Podría escribirlo en un papel, por favor?

—¡Ni hablar! —protesté.

La semana pasada Amanda me había llamado para decirme que quería organizarme una baby shower. Como ya me imaginaba que se le iría de las manos, le prohibí tajantemente que la preparase. Pero a Dan le pareció una idea estupenda y, por lo que se ve, ya estaban conspirando los dos a mis espaldas.

Lo miré con ojos entrecerrados.

—¿Qué estás tramando?

Me devolvió una mirada inocente.

—Nada. No sé de qué hablas.

Justo cuando iba a soltarle una buena bronca, la ginecóloga me untó la barriga con el frío gel y pegué un respingo. Me centré en la pantalla del ecógrafo, aunque no sin antes dedicarle otra mirada de advertencia a Dan.

—Veamos qué nos quiere enseñar hoy este pequeñín.

La doctora movía el cabezal sobre mi vientre y vi unos pequeños piececitos y el corazón latiendo. Esos eran los momentos en los que,

por un instante, me olvidaba de todos los efectos secundarios del embarazo. Era un milagro. ¡Nuestro pequeño milagro!

Miré a Dan, que no apartaba los ojos de la pantalla. Casi me pareció que tenía los ojos vidriosos. No se había perdido ni una de las tres visitas previas y se lo agradecía de corazón. Pero de pronto su expresión cambió:

—¿Eso ha sido…?

Miré con desconcierto la imagen, sin saber qué había llamado tanto su atención.

Pero la doctora también fruncía el ceño mirando fijamente la pantalla. Y entonces lo vi yo también. Había un segundo latido… no… ¿un segundo y un tercero?

FIN

Nota de la autora

«¡Algún día escribiré un libro!»

Con estas palabras, la autora bávara Tanja Nickel sentó las bases de su carrera ya en la infancia.

De aquellas historias distópicas breves surgieron con el tiempo novelas románticas, a veces dramáticas, a veces con mucho humor. Ocasionalmente, la madre de dos hijos se deja llevar y da vida a oscuros thrillers.

No obstante, su verdadero enfoque es crear historias que hagan soñar y reír a sus lectores.

Cuando Tanja Nickel no está escribiendo, trabaja como traductora freelance de libros o se desahoga, armada con una aguja de ganchillo, enredándose con un ovillo de lana.

De aquel objetivo de la infancia nació uno nuevo:

«¡Algún día escribiré un bestseller!»

---

[1] ¡Felicidades! ¡Bien hecho!